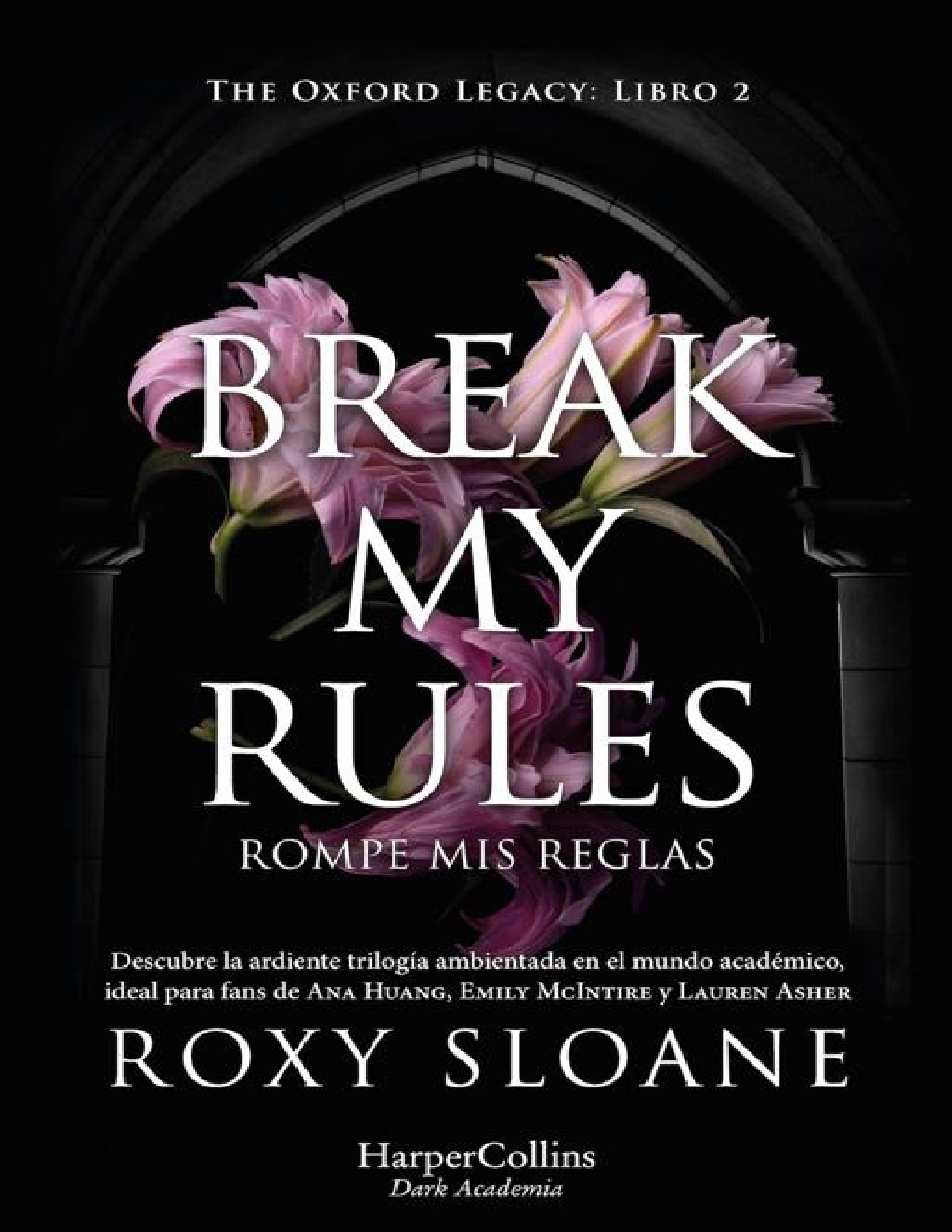
THE OXFORD LEGACY: LIBRO 2



BREAK MY RULES

ROMPE MIS REGLAS

Descubre la ardiente trilogía ambientada en el mundo académico, ideal para fans de ANA HUANG, EMILY MCINTIRE y LAUREN ASHER

ROXY SLOANE

HarperCollins
Dark Academia

BREAK MY RULES

ROMPE MIS REGLAS

ROXY SLOANE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Break my rules. Rompe mis reglas
Título original: Break My Rules. The Oxford Legacy Trilogy 2
© 2023 by AAHM, Inc./Roxy Sloane.
© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
© De la traducción del inglés, Carlos Ramos Malavé

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Roxy Sloane
Imágenes de cubierta: © stock.adobe.com; © Getty Images
Ilustración de interior: © vectortatu/Stock.Adobe.com

I.S.B.N.: 9788410641167

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Agradecimientos
Nota

Para todos los lectores que estén pensando en la venganza…

Capítulo 1

Tessa



No puedo respirar.

Me quedo paralizada, de rodillas junto al lago. Saint está tumbado en el suelo delante de mí, por fin desnudo, con el cuerpo rígido por la expectativa del placer. Hace tan solo unos segundos, yo también me hallaba presa de la misma excitación, ansiosa por desnudarlo y volverle loco; en cambio ahora…

Ahora noto que el corazón se me ha convertido en plomo mientras contemplo el pequeño tatuaje que lleva en el muslo. Una corona con una serpiente enroscada alrededor. Es pequeño pero inconfundible, y lo reconocería en cualquier parte.

Es el mismo tatuaje que describió mi hermana. El único detalle que recordaba de la terrible agresión que la hizo caer en el pozo de la depresión… y la llevó a quitarse la vida. He estado buscando ese tatuaje —y a un hombre que es un auténtico monstruo— desde que llegué a Oxford. Pensé que lo encontraría en la fiesta de la sociedad secreta en la que me he infiltrado esta noche, y llevaba razón. Aunque no tal como me imaginaba.

Porque aquí está: tatuado sobre la piel de Anthony St. Clair. Saint. El hombre del que me estaba enamorando, el único en quien confiaba, el hombre que me ha hecho conocer cotas inmensurables de placer salvaje.

El hombre que acaba de abrazarme con ternura mientras yo sollozaba y me ha dicho que debía seguir con mi vida y dejar atrás esta búsqueda de venganza tan autodestructiva.

Es él.

No puede ser.

Esto no está pasando. No me lo puedo creer.

—¿Tessa? —me dice, levantando la cabeza y mirándome con esos penetrantes ojos azules, aún cargados de deseo. Me dedica una sonrisa seductora y perezosa; la misma sonrisa que me ha derretido docenas de veces ya—. Creí haberte dicho que dejaras de ser una calientapollas.

Trato de coger aire, mareada. ¿Cómo es posible que no lo hubiera visto hasta ahora? Pero todos los encuentros que hemos tenido han sido espontáneos, tan apasionados que nunca había reparado en el hecho de que no lo había visto totalmente desnudo hasta ahora. Las luces tenues de la fiesta de la Medianoche… Cuando me hallé con los ojos vendados en aquel club… Incluso la primera vez que follamos, me empotró contra la pared, desde atrás.

Y me encantó de principio a fin.

—Lo siento… —le digo, con ganas de vomitar. No sé qué narices hacer ahora mismo, solo sé que tengo que alejarme de él—. No puedo…

En un instante, el deseo del rostro de Saint es reemplazado por un gesto de preocupación.

—Tessa —me llama, incorporándose para tratar de abrazarme. Pero yo me estremezco y retrocedo.

—Es que… Creo que todavía estoy un poco alterada, por lo de antes —balbuceo, tratando de evitar su mirada—. Pensé que esto era lo que necesitaba, pero…

—Shhh, no pasa nada —responde, y se vuelve a poner la ropa. Me sonríe para tranquilizarme —. Podemos quedarnos aquí sentados y hablar un rato más, o lo que te apetezca.

Lo que me apetece es rebobinar los últimos cinco minutos para no haber visto nunca ese tatuaje.

O retroceder más aún, hasta antes de conocerlo siquiera. Para no acabar enamorándome del hombre que le destrozó la vida a mi hermana. Cuando pienso en lo mucho que me he reído con él, en lo mucho que le he confesado…

Lo mucho que he follado con él.

Dios mío.

Consigo ponerme en pie, tambaleante. La arboleda que hace solo unos minutos me parecía un lugar romántico y aislado, ahora me resulta peligrosa e inquietante. Estamos aquí solos, sin nadie alrededor. Me sentía muy segura con Saint, pero ahora…

Ahora no puedo confiar en nada.

—Volvamos a la fiesta —le digo, apresurada. No quiero que sepa que lo he descubierto. Al menos hasta que haya elaborado algún tipo de plan.

—¿Estás segura? —me pregunta con el ceño fruncido, y yo me obligo a sonreír.

—Me vendrá bien distraerme un poco. Divertirme —insisto—. No quiero quedarme aquí sentada llorando toda la noche.

Menos aún con el hombre que podría ser el causante de todas y cada una de mis lágrimas.

—De acuerdo. —Me dedica otra sonrisa cariñosa—. Tus deseos son órdenes.

Se recoloca el resto de la ropa y me estrecha la mano. El instinto me impulsa a apartarme asqueada, pero me obligo a comportarme con normalidad. Consigo ir caminando con él, uno al lado del otro, atravesando la arboleda hacia las luces de la fiesta como si no ocurriera nada. Y a cada paso, noto que la cabeza me da vueltas.

¿Cómo pudo ser Saint?

Todos esos secretos que he compartido con él… Se lo he contado todo, le he explicado el dolor que sintió Wren después de su agresión…, también mi propio dolor por haberla perdido. Y él me ha dicho que el hombre que le hizo eso era un monstruo. Perverso.

¿Habrá estado riéndose de mí desde el principio?

¿Habrá sido un plan enfermizo para hacerme confiar en él?

Pero no tiene ningún sentido.

Al fin, tras lo que me parece una eternidad, alcanzo a ver la mansión. La fiesta que abandonamos hace un rato está ahora en pleno apogeo, con la música a todo volumen y los miembros de la Sociedad Blackthorn bailando y bebiendo, entregados al desenfreno, olvidada ya toda compostura. No puedo creerme que pensara que aquí encontraría alguna oscura conspiración, cuando en realidad no son más que un puñado de aristócratas privilegiados pasando un buen rato.

Y la verdadera amenaza estaba más cerca de lo que imaginaba.

Le dirijo una mirada de reojo a Saint mientras me guía hacia la terraza. Está igual que siempre: increíblemente guapo, con el pelo oscuro revuelto y esos ojos azules turbulentos, además de una sonrisa capaz de tentarme para olvidar todas mis inhibiciones.

En una ocasión le dije que parecía un ángel caído. Ahora me pregunto si no será el mismo demonio.

—¡Necesito una copa! —declaro en voz alta, al tiempo que le suelto la mano—. ¿Serías tan amable de ir a buscarme algo con burbujas? Y también algo de picar. Yo voy al baño. Enseguida vuelvo.

Capto un fugaz destello de preocupación en su mirada ante mi abrupto cambio de humor, pero me sonríe y asiente.

—¿Algo dulce o salado para picar?

—¡Sorpréndeme!

Lo dejo junto a la barra y me abro paso entre la multitud hasta volver a entrar en la imponente casa principal. Hay un baño al final del pasillo, pero en su lugar dirijo mis pasos hacia las puertas delanteras, con el corazón desbocado como si estuviera planeando fugarme de la cárcel. Espero oír la voz de Saint de un momento a otro, o encontrármelo cortándome el paso, pero mantengo la cabeza agachada, ignorando a los asistentes a la fiesta que me rodean, hasta que por fin consigo salir.

El camino de acceso a la mansión está ahora lleno de coches que van llegando para dejar a sus ocupantes. Claro, es el *after party*, pienso. Saint me contó que, cuando se dan por terminados los asuntos oficiales de la sociedad secreta, llega sangre fresca para sumarse a la diversión. Seguramente así fue como logró colarse mi hermana, en una fiesta de las mismas características. La fiesta en la que se la llevaron y la tuvieron prisionera en una celda, mientras un hombre desconocido le hacía cosas que, por suerte, ella nunca logró recordar.

No pudo ser Saint.

Me trago la bilis que siento en la garganta y camino directa hacia un taxi que acaba de dejar a un grupo de mujeres glamurosas.

—¿Me podría llevar a Oxford? —pregunto a la desesperada.

El taxista enarca las cejas, calculando, sin duda, lo cara que me va a salir la carrera.

—Sin problema, corazón. Móntate.

Me lanzo al asiento trasero y mantengo la cabeza agachada, conteniendo la respiración y atenta a las puertas de la casa, por si acaso aparece Saint. Pero no viene a buscarme. El conductor pasa de largo las hileras de vehículos caros y relucientes y enfila el camino de entrada, dejando atrás las luces y la música de la fiesta.

No me relajo ni por un instante. No hasta que ya estamos a kilómetros de distancia, atravesando la oscuridad del campo a gran velocidad, y es entonces cuando por fin sucumbo a un llanto desconsolado.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta el taxista: me está mirando por el espejo retrovisor mientras trato de disimular los sollozos.

—Sí, sí —respondo entre hipidos—. Perdón, es que… He tenido una mala ruptura —consigo murmurar, y entonces me dedica un gesto de cabeza compasivo.

—Lo lamento, corazón. No te preocupes, por la mañana te encontrarás mejor.

Pero, conforme las preguntas van agolpándose en mi mente, no creo que vaya a poder sentirme mejor nunca más. Revivo todo lo que ha ocurrido esta noche, en busca de respuestas, pero es que no tiene sentido.

Creí que lo conocía. Creí que me tenía cariño.

Es imposible que fuera todo mentira.

«¿Quién eres, Saint?», me pregunto.

De vuelta en Oxford, doy indicaciones al taxista para llegar a mi antiguo apartamento de estudiante. Me trasladé de allí hace solo unos días…

Mejor dicho, Saint fue quien me trasladó, pienso mientras subo a duras penas las escaleras y abro la puerta. Recogió mis cosas y se las llevó a su casa. Dijo que aquí no estaba a salvo, que deseaba protegerme.

¿Y durante todo ese tiempo era de él de quien necesitaba protegerme?

Con gran alivio, compruebo que Jia y Kris, mis compañeros de piso, han salido esta noche y el apartamento está en silencio. Me voy directa a mi dormitorio, me dejo caer sobre el colchón y contemplo con asombro la habitación vacía.

¿Qué hago ahora?

Me vibra el teléfono en el bolso; al sacarlo, veo una docena de llamadas perdidas y mensajes de Saint que me han ido llegando durante el trayecto de vuelta a Oxford.

¿Dónde estás?

¿Te has ido de la fiesta?

¿Te encuentras bien? No te encontramos por ningún lado.

Tessa, estoy preocupado. Por favor, dime qué pasa.

Los mensajes sucesivos denotan cada vez una mayor preocupación, y siento una punzada de culpabilidad al imaginarme su confusión cuando haya descubierto que he desaparecido de pronto.

Pero no se merece mi culpabilidad, me recuerdo a mí misma antes de apagar el teléfono. No se merece nada de mí, salvo mi rabia y mi repulsa por lo que ha hecho.

Salvo que… no albergo esos sentimientos.

Lo único que siento es desconcierto e incredulidad.

Me quedo tumbada en la cama, contemplando el techo como en un trance y tratando de asimilar que el hombre que conozco sea el monstruo al que he estado persiguiendo. No tiene ningún sentido que me haya mentido a la cara una y otra vez. Que pueda ser culpable de tan terribles delitos contra mi hermana, pero al mismo tiempo hacerme creer que me tiene cariño. Mostrarse tierno y comprensivo, apasionado y divertido.

Cuando los recuerdos me envuelven, brotan de nuevo las lágrimas; sollozos desesperados de angustia y traición que me dejan allí expuesta, rota por dentro.

¿Cómo he podido estar tan equivocada sobre él?

Capítulo 2

Tessa



Me paso el fin de semana encerrada en mi habitación, ignorando sus mensajes y tratando de encontrarle sentido a la situación. No es solo la sorpresa y el horror de descubrir que Saint podría ser el responsable de la agresión a Wren; también me asombra el desengaño que siento. Supongo que no me había dado cuenta de lo mucho que estaba enamorándome de él, hasta que fui consciente que era todo mentira.

Ahora me debato entre odiarlo y echarlo de menos. Maldigo su nombre y a la vez deseo con todas mis fuerzas que haya alguna otra explicación. Tal vez haya otra persona con ese mismo tatuaje… Tal vez no haya estado mintiéndome…

Para cuando llega el lunes, estoy agotada de batallar conmigo misma. Salgo dando tumbos de mi dormitorio y recorro el pasillo. Desde la cocina me llegan los susurros de mis compañeros de piso.

—¿Sabes qué ha ocurrido? Se ha pasado todo el fin de semana llorando sin parar.

—No me lo ha dicho. Solo sé que han roto.

—Querrás decir que él la ha dejado tirada, como sabíamos que haría.

—Está hecha polvo. Se nota que no se lo veía venir.

—¿Qué pasa? ¿Se pensaba que se enamoraría locamente del duque y vivirían felices para siempre? —Se oyen risotadas—. Se lo intentamos advertir, que esos cabrones con pasta pasan de todo.

—Shhh, creo que viene. Pero no digas que ya se lo advertimos.

Trago saliva y me preparo antes de abrir la puerta haciendo ruido.

—Buenos días.

—¡Buenos días! —Kris y Jia dan un respingo de inmediato y me lanzan miradas compasivas con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Jia—. ¿Quieres café? ¿Has podido dormir algo?

—Un poco. Me apetece un café, sí, gracias. —Esbozo con esfuerzo una sonrisa mientras me sirvo un tazón de cereales y me siento a la mesa.

Sé que están siendo hipócritas, fingiendo preocuparse por mí cuando hace unos segundos se reían de mi dolor, pero lo acepto.

Prefiero que piensen que soy una ingenua a la que han dejado tirada antes que tener que explicar la verdad.

—¿Qué plan tienes para hoy? —me pregunta Kris alegremente.

—Estudiar, supongo —respondo, alicaída—. Mi asesora académica me echó una reprimenda

la semana pasada, dijo que debía ponerme las pilas si no quería perder la beca.

Aunque ya no estoy tan segura de por qué quiero quedarme en Oxford.

—Bueno, por lo menos tienes tiempo de sobra —me contesta Jia con cierta arrogancia—. No tienes más distracciones.

Como Saint, por ejemplo.

—Cierto. —Asiento quedamente con la cabeza.

—¿Por qué no te duchas la primera? —me sugiere Kris con una mirada elocuente—. Debería haber suficiente agua caliente.

—Gracias —respondo, pese a que está claro que no ha sido tanto un amable gesto como la prueba del mal aspecto que tengo ahora mismo, después de pasarme dos días llorando sin mirarme al espejo una sola vez.

No sé si estoy llorando por la traición de Saint o porque aún no me creo que el hombre del que estaba enamorándome pudiera ser capaz de semejantes atrocidades.

—Esta noche vamos a tomar copas al bar de la facultad —agrega Jia—. Hay karaoke. ¡Vente!

—No sé… —vacilo.

—Te sentirás mejor si sales y te diviertes un poco —promete Jia—. De todos modos, no pierdas el tiempo llorando por ese gilipollas.

—Menudo imbécil —conviene Kris—. Estás mejor sin él.

—Olvídate del tema —añade Jia—. Si sabes que ya habrá pasado al siguiente sabor de la semana.

Kris le lanza una mirada de advertencia.

—¿Qué? Perdona —me dice Jia con falsedad—. Pero es que ya te lo advertimos. Esos cabrones con pasta son todos iguales. Al menos ahora ya sabes cómo es de verdad. Tómatelo como una experiencia más y sigue adelante.

Como si fuera tan fácil.

—Gracias. —Les dedico a mis compañeros de piso una sonrisa breve y falsa—. Tenéis razón.

—Mierda, tenemos que irnos —anuncia Kris mientras coge su mochila.

Jia me dedica otra sonrisa arrogante.

—Cuídate. ¡Y acuérdate de darte esa ducha!

La puerta se cierra de golpe a sus espaldas y yo me quedo en el apartamento.

Sola.

Respiro hondo. Lo único que me apetece es esconderme otra vez debajo de las sábanas, pero lo que les he dicho es cierto: ya estoy pisando terreno pantanoso con mi rendimiento académico, que dista mucho de ser ejemplar. No tengo ni idea de lo que me depara el futuro aquí en Oxford, y ni siquiera sé si quiero quedarme, sabiendo lo que sé. Pero no soporto pasar otro día sola, obsesionándome con la traición de Saint, de modo que me doy esa ducha con la que tanto me han insistido y disfruto bajo el agua caliente hasta que vuelvo a sentirme casi persona. El día está gris y encapotado, de modo que me pongo mis pantalones de chándal más tupidos, la sudadera de la facultad, me abrigo bien y me voy camino de la biblioteca de Ashford College.

—Hola, Tessa. —Maeve, mi bibliotecaria favorita, tiene turno ese día, y me saluda cuando atravieso las puertas de madera grabadas.

La biblioteca es una vieja iglesia reconvertida, con techos altísimos, vigas de madera y vidrieras de colores.

—Ya tengo los libros que me pediste —añade mientras los recoge de una balda abarrotada que tiene a su espalda—. Tienen mucha lista de espera, así que comunícamelo cuando hayas acabado.

—Gracias —respondo, aceptando la pila de libros.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta con el ceño fruncido, y me doy cuenta de que debería haber invertido algo más de tiempo con el antiojeras, para disimular mis ojos enrojecidos.

—¡Claro! —miento—. No es más que alergia. ¡Te los devolveré lo antes posible!

Me voy arriba, a mi cubículo de estudio habitual, situado en un rincón alejado, y me dispongo a pasar allí el día. Cuando decidí venir a Oxford para investigar la verdad sobre lo que le sucedió a Wren, sabía que, si me presentaba como una mera turista, no conseguiría las respuestas que necesitaba. Tenía que venir aquí, a Ashford College, donde Wren había disfrutado de su beca de investigación, e indagar desde dentro, como estudiante, para rastrear sus pasos.

Nunca he sido muy dada al mundo académico. Mis estudios los salvé a duras penas y después estuve trabajando en organizaciones artísticas sin ánimo de lucro en Filadelfia. Hacía años que no abría un libro, pero logré encontrar una beca para gente con una formación «no tradicional» que ofrecía la posibilidad de estudiar en Ashford durante un año. Es decir, gente que no había sacado calificaciones perfectas desde que nació. Logré superar el proceso de selección mediante mentiras y obtener suficientes referencias positivas para ganar la plaza, pero, ahora que de verdad estoy aquí, tratando de mantener el ritmo con todas las conferencias y seminarios…

En el mejor de los casos, supone un trabajo a jornada completa tratar de mantener la cabeza a flote.

Y este, desde luego, no es el mejor de los casos.

Consulto mi horario de la semana. Tengo unas cuantas conferencias y un par de trabajos que entregar. Uno de ellos es para la clase de Saint sobre la literatura libertina y radical. Trago saliva. No tengo ninguna intención de acudir a esa clase, porque solo la idea de compartir habitación con él me produce un dolor intenso, pero, si no entrego el trabajo, sé que tendré problemas con mi supervisora. «Los libertinos y la Iglesia» es el tema de esta semana, de modo que suspiro y saco la lista de artículos y ensayos que debo revisar, abro el primero de ellos y empiezo a leer.

Por suerte, los densos textos son tan difíciles de entender que exigen toda mi atención. Con gran esfuerzo logro quitarme de encima las lecturas y redacto un trabajo poco inspirado sobre el tema antes de pasar al siguiente. Y al siguiente. Casi sin darme cuenta, ha pasado el día entero, habiendo hecho tan solo una breve pausa para ir a la cafetería a por un sándwich y volver a mi mesa a estudiar.

Para cuando el dolor de cabeza es demasiado intenso para permitir concentrarme, fuera ya ha oscurecido, y la biblioteca está casi vacía. Me estiro, bostezando, y recojo mis cosas. Hace tiempo que Maeve terminó su turno, de manera que deposito los libros en la cesta de devoluciones, me cuelgo la mochila al hombro y salgo a la calle, al aire frío de la noche que sopla a través del patio interior.

—Ahí estás. —La voz de Saint me detiene en seco. Viene corriendo desde otro de los edificios, con expresión de miedo—. Tessa, gracias a Dios. He estado buscándote por todas partes.

Me quedo paralizada. «Joder».

—Saint… —Me tiembla la voz cuando me quedo mirándolo fijamente.

Luce un aspecto desaliñado, parece cansado, tiene barba de dos días y la camisa arrugada por debajo del abrigo de marinero, que lleva abierto.

Se me encoge el corazón solo con verlo.

—¿Qué ha ocurrido? —me pregunta y se detiene delante de mí—. Joder, Tessa, desapareciste de la fiesta sin decir nada. Estuve buscándote por todas partes, hasta que alguien me dijo que te

había visto irte. ¿Por qué no me lo dijiste? —me pregunta mientras se pasa una mano por el pelo.

—Lo siento, necesitaba espacio —respondo con cautela, mirando a mi alrededor. Pero es tarde, y el patio está vacío y a oscuras, con solo el brillo de las viejas farolas.

Me estremezco.

—¿Espacio? —repite Saint, con gesto furioso—. Tessa, ¿tienes idea de lo preocupado que he estado? No me hablas, no respondes a mis llamadas. ¿Qué cojones está pasando?

Trago saliva, tratando de pensar con claridad, pese a las emociones encontradas que se agolpan en mi pecho.

—He estado pensándolo, y esto que hay entre nosotros… creo que es mejor que lo dejemos —le digo.

Es la historia que les he contado a mis compañeros de piso. Tal vez sea la manera más sencilla de salir de esto, al menos hasta que averigüe qué narices voy a hacer ahora.

Saint se queda mirándome como si le hubiera abofeteado.

—¿Quieres que lo dejemos? —repite—. Tessa, ¿de qué estás hablando? ¿Qué ha ocurrido?

—Es que no va a funcionar —digo con firmeza—. Somos demasiado diferentes. Tú vienes de un mundo totalmente distinto. En teoría iba a ser algo divertido y ya está —añado—, y entonces las cosas se complicaron y hemos ido demasiado deprisa. En la fiesta de la Sociedad Blackthorn me di cuenta de que… es mejor que le pongamos fin ahora, antes de que alguno de los dos salga herido. —Me cargo la mochila al hombro y empiezo a caminar, pero Saint se acerca y me corta el paso.

—Tessa, háblame —me pide con rictus de angustia—. Ya sabes que esas chorradas a mí no me importan. Dime la verdad, ¿qué te hace decir esto?

—Es lo que siento —miento, tratando de pasarlo de largo—. Buscamos cosas diferentes. Eres el profesor macizo, ¿recuerdas? No te costará trabajo encontrar a alguien que te mantenga la cama caliente.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —me pregunta, dolido—. ¿Después de todo lo que hemos compartido?

Una vez más, siento la punzada traicionera de la culpa. Al verlo herido por mis palabras, tratando de encontrarle sentido a mi explicación, siento que mi decisión hace aguas.

Tengo que apartarme de él antes de que mis defensas terminen de venirse abajo.

—No quiero hablar del tema —declaro con determinación—. Por favor, no me llames más. Déjame en paz.

Me alejo.

—¡Tessa! —grita a mi espalda—. ¡Espera, Tessa! —Me alcanza y me agarra del brazo para detenerme.

Me encojo por instinto, y doy un tirón del brazo llevada por la adrenalina.

—¡No me toques! —grito.

Saint me suelta al instante y me mira con descrédito.

—¿Me tienes miedo? —pregunta, y advierto entonces la certeza en su mirada.

La certeza… y el dolor.

—No sé qué ha ocurrido, pero, por favor, Tessa, cuéntamelo. —Su expresión es la viva imagen de la preocupación—. Deja que te ayude. Sea lo que sea, podemos resolverlo.

Sacudo la cabeza, más confundida que nunca. Su interpretación inocente no flaquea ni un instante. O es un actor magnífico, o verdaderamente no tiene ni idea de lo que sucede. Pero eso no puede ser verdad.

¿O sí?

Siento de pronto un torrente de rabia que me sube por dentro. No lo soporto, el no saber. No aguanto más sus mentiras.

—¡Deja de mentir! —le chillo, y el eco de mi voz resuena por el patio a oscuras—. ¡Lo sé todo, Saint, te vi el tatuaje!

—¿De qué estás hablando? —Me mira, aún visiblemente confuso.

—¡El tatuaje! El que tienes en el muslo —explico, sombría—. Ella también lo vio.

—¿Quién?

—¡Wren! —exploto—. Esa noche, cuando se la llevaron. Fue lo único que recordaba del hombre que le hizo daño. Me lo describió en detalle —agrego amargamente—. Ya no puedes engañarme más. Sé que tuviste que ser tú.

Capítulo 3

Saint



«Cree que fui yo».

Me quedo mirando a Tessa con incredulidad. Tiene que ser una broma retorcida. No pensará de verdad que…

Pero sí que lo cree. Lo lleva escrito en la cara, esa sospecha crispada, y la forma en que ya se aparta de mí y atraviesa la facultad a toda prisa en dirección a la garita de la entrada.

Cree que yo soy el monstruo que le hizo daño a su hermana.

«Dios mío».

—¡Tessa! —Vuelvo en mí y corro tras ella—. ¡Espera, Tessa!

Ella sigue andando, pero la alcanzo y resisto el impulso de estrecharla de nuevo entre mis brazos.

—Lo que le sucedió a tu hermana… No pensarás de verdad que se lo hice yo —le pregunto en su lugar, totalmente desolado por su acusación.

—¡No sé qué pensar! —exclama, sollozando, y las lágrimas resplandecen en la oscuridad sobre sus mejillas—. Creí que te conocía, Saint, creí que me estaba enamorando, pero entonces vi el tatuaje.

El maldito tatuaje. Debería haber imaginado que pasaba algo cuando abandonó la fiesta tan de repente.

—Yo no soy el único que lleva ese dibujo —le digo, antes de que pueda salir huyendo otra vez.

Tessa deja de andar y se vuelve hacia mí.

—¿C-cómo?

Advierto en sus ojos una mirada de alivio, y eso me ofrece algo en lo que creer.

Ella no deseaba pensar que había sido yo.

—He tenido ese tatuaje desde que estudiaba aquí —le explico, apresurado—. Mis compañeros y yo nos los hicimos una noche, a modo de reto, antes de los exámenes finales. Lo diseñamos nosotros mismos. No era más que una broma de borrachos…

Me detengo, al darme cuenta de lo que eso significa. Si el hombre que hirió a Wren tenía ese tatuaje…

Entonces, uno de mis amigos de aquella noche es el monstruo que hirió a la hermana de Tessa. El que le destrozó la vida y la llevó a la muerte.

—Dios mío, Tessa —digo y dejo escapar el aliento—. Lo siento mucho…

Ella sacude la cabeza, como si estuviera tratando de procesarlo. El cabello oscuro le cae por los ojos.

—¿No fuiste tú? —me pregunta con la voz cargada de esperanza.

—No, cariño, te lo juro —le respondo con sinceridad—. Durante la fiesta de la Sociedad

Blackthorn del año pasado, yo estaba en la casa que tiene mi familia en el sur de Francia, trabajando en mi libro. Puedo mostrarte los recibos —añado—. Billetes de avión, los extractos de la tarjeta de crédito. Lo que sea necesario para que me creas. Me conoces —insisto—. Sabes que nunca le haría daño a nadie de esa forma.

Tessa traga saliva, parece perdida en su inmenso abrigo. Trato de imaginarme sus sentimientos de perplejidad y traición, pero sé que me resultaría imposible. Pensar que yo había estado engañándola, que era el culpable…

«Podría perderla», pienso.

Me invade el miedo y me aprieta con su garra afilada y metálica. Esta mujer me ha cautivado desde que nos conocimos, y cada noche que hemos pasado juntos no ha hecho sino que la deseara más aún. La necesito.

—Lo siento mucho, Tessa —le digo, manteniendo la voz calmada pese a la furiosa tormenta de emociones que me asola por dentro. Mi instinto me grita para que la abrace y la consuele. Para ayudarla a procesar la sorpresa y el conflicto que lleva escritos en la cara. Pero me obligo a guardar la distancia y concederle el espacio que me ha pedido—. No me imagino lo que has estado pasando, si viste ese tatuaje y pensaste que yo…

Me suena entonces el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Lo había dejado con sonido para oírlo si Tessa me devolvía las llamadas. Ahora, me apresuro a sacarlo para silenciarlo sin dejar de mirarla a los ojos.

—Vamos a algún sitio para hablar de esto —le sugiero—. O, si quieres estar sola esta noche, lo entiendo. Pero, por favor, no me eches de tu vida. Te juro que nada ha cambiado —le aseguro, conmovido ante la idea de perderla—. Sigo siendo el mismo hombre que conoces. Ya te lo dije, soy un libro abierto. Siempre seré del todo sincero contigo, te lo juro.

Tessa parece dudar, pero entonces vuelve a sonarme el teléfono, interrumpiendo lo que parecía estar a punto de decir.

Contengo un taco y vuelvo a sacarlo con la intención de apagar el maldito trasto.

—¿Quién es? —pregunta Tessa.

—Mi madre. —Hago una pausa y frunzo el ceño. ¿Qué hace llamándome a esta hora?—. Pero da igual —le aseguro enseguida—. Lo único que importa ahora mismo eres tú.

En cuanto rechazo la llamada de mi madre, recibo otra, esta vez de Robert, mi hermano.

—Responde —me dice Tessa al verme dudar.

—No… —No quiero perder la oportunidad de hablar con ella, pero Tessa menea la cabeza y empieza a retroceder de nuevo, escurridiza.

—No puedo hablar de esto ahora mismo —me dice—. Tienes razón. Necesito algo de espacio para procesarlo todo.

—Pero me crees, ¿verdad? —El miedo me rompe el corazón. Joder, tiene que creerme.

Tessa me mira a los ojos y deja escapar el aliento. Después, con reticencia, dice que sí con la cabeza.

Es un gesto levísimo, un sutil asentimiento con la barbilla, pero me provoca un alivio que me recorre entero.

«Gracias a Dios», pienso.

—Te llamaré cuando esté preparada para hablar —me dice—. Por favor, hasta entonces, no te pongas en contacto conmigo.

Antes de poder decirle una palabra más, se gira sobre los talones y echa a correr hacia las luces de la garita de la entrada.

Y, joder, tengo que hacer un gran esfuerzo por dejarla marchar.

Robert vuelve a llamarme. Respondo con un gruñido de fastidio.

—¿Qué pasa, joder? ¿A qué coño vienen tantas prisas?

Se produce un silencio al otro lado de la línea telefónica, y entonces me llega la voz de mi hermano, cargada de tensión.

—Tienes que venir a Londres. Se trata de una emergencia.

Sigo mirando cómo Tessa se aleja y tardo unos instantes en entender lo que Robert me está diciendo.

—¿Una emergencia?

—Papá está en el hospital. Dicen que ha sufrido un ataque cardiaco masivo. Tienes que venir cuanto antes.

Me voy directo a Oxford con el coche. Es más de medianoche cuando llego al hospital y sigo las indicaciones de Robert hasta la sección VIP de una nueva ala cardiotorácica. El lugar está casi vacío, pero justo en ese momento sale una enfermera de la habitación de mi padre. Me detengo junto a la puerta abierta.

Mi padre está dormitando en la cama del hospital, mi madre se empeña en ahuecarle las almohadas y Robert está hablando por el móvil en el rincón, rodeado del murmullo de las máquinas. Mi padre tiene un tubo metido por la nariz y cables que desaparecen por debajo del cuello de su bata de hospital de color verde. Está pálido y débil. Como si fuera la sombra del hombre decidido y robusto que siempre he conocido.

Me quedo allí parado unos instantes, y me sorprende que su pelo entrecano ahora me parezca totalmente gris; presenta, además, unas pronunciadas ojeras. Este hombre ha sido siempre como una fuerza imparable, como un grano en el culo para mí. Agobiándome con las expectativas, y siempre tan decepcionado conmigo. Pero viéndolo ahora, tan frágil, me conmuevo profundamente.

—Saint —dice mi madre al verme allí, y se pone en pie—. Gracias a Dios que has venido.

Atraviesa la habitación hacia mí y me da un abrazo breve. Dicha muestra física de afecto es muy impropia de la gran Lillian St. Clair, y viene a demostrar que la situación es seria.

Me aparto de ella y termino de entrar en la habitación.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto, acercándome a la cama.

Me doy cuenta de que mi padre, Alexander, está consciente, y me ofrece una sonrisa débil.

—No hay nada de qué preocuparse —me dice—. Una montaña de un grano de arena.

—Ha sido un ataque cardiaco masivo —le corrige Robert. Camina de un lado a otro y desprende una energía ansiosa.

Siendo el benjamín de la familia, trabaja codo con codo con nuestro padre en la empresa familiar y, por lo general, se muestra optimista y tranquilo. Pero esta noche parece casi tan demacrado como nuestro padre.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Hace unas horas. Se quedó trabajando hasta tarde. Otra vez. Los médicos dicen que podría haber muerto si su secretaria no lo hubiera encontrado.

—Podría, pero no ha ocurrido —responde mi padre agitando la mano para restar importancia a la situación—. Hará falta algo más que eso para quitarme de en medio. Y recordadme que le conceda a Tricia un aumento —añade en tono jocoso—. Pensé que la que necesitaría el desfibrilador sería ella, a juzgar por su cara.

—Cariño, tienes que tomártelo en serio —le reprende mi madre.

—Y así me lo tomo. —Mi padre me mira entonces a los ojos—. Lillian, ¿por qué no vas a ver

si me consigues algo de comer? —pregunta de pronto—. Y, Robert, ve a buscar al médico para que le explique todo a tu hermano.

Robert nos mira alternativamente y entonces asiente.

—Venga, madre —dice, conduciéndola hacia la puerta—. Vamos a ver si te preparan una taza de té para calmarte los nervios.

—Hará falta más que té para eso —responde ella a regañadientes, pero lo sigue hacia la puerta, dejándome a solas con mi padre.

—En serio, ¿cómo te encuentras? —le pregunto tras acercarme más a la cama y fijarme en el ligero temblor de su mano cuando trata de alcanzar el vaso de plástico con agua helada situado en la mesa junto a él. Se lo alcanzo y da un sorbo lento.

—He estado mejor —responde, volviendo a recostarse sobre las almohadas con un suspiro—. Pero no es para tanto. He estado pensando en tomarme unas vacaciones de la oficina. Una suspensión remunerada, que lo llaman.

—Hay maneras más fáciles de lograr eso —respondo, siguiéndole el juego, aunque su tono me pone de los nervios.

Mi padre no es un hombre propenso a las bromas, y menos conmigo. El hecho de que ahora se muestre bromista me confirma que la situación es más seria de lo que quiere aparentar.

—A lo mejor me aficiono al *bridge*. Tu madre no para de decirme que me busque un pasatiempo —continúa mi padre—. O la petanca. Es una pena que no me hayáis dado nietos aún, porque eso sí que me mantendría ocupado.

—¿Qué fue de aquello de mantener la bragueta cerrada? —le pregunto alegremente—. ¿No decías que el mundo está lleno de cazafortunas ansiosas por entrar en el linaje de la familia St. Clair?

Mi padre se ríe con suavidad, pero le sobreviene entonces un ataque de tos. Da otro sorbo de agua y se calma.

—Los tiempos cambian, hijo —me dice con la voz algo temblorosa—. Y, en momentos así… En fin, un hombre se para a pensar en el futuro. En lo que quedará cuando ya no esté.

—Tú no vas a ninguna parte —le respondo de inmediato, más nervioso que nunca—. Si apenas tienes sesenta y cinco años. Te queda tiempo de sobra para tener un montón de hijos más, si los quieres.

—No sé si a tu madre le haría mucha gracia —responde con una sonrisa débil.

—Pues cámbiala por una modelo más joven, todos tus amigos lo hacen —bromeo, antes de recordar la conversación entre susurros que oí en la fiesta de Lancaster Media hace unas semanas.

Me topé sin querer con mi padre, que hablaba con una joven francesa, manteniendo una acalorada e íntima conversación. No alcancé a oír exactamente lo que estaban discutiendo, pero no hace falta ser un genio para deducirlo.

Me aclaro la garganta y me apresuro a cambiar de tema. Las aventuras extramaritales de mi padre no son de mi incumbencia.

—¿Cuánto tiempo dicen los médicos que te tendrán aquí?

—Unos días más, en observación. Sigo con la presión arterial elevada, y dicen que tengo que implementar cambios para evitar otro incidente.

—¿Qué clase de cambios? —pregunto.

—Ya sabes: dieta, salud, reducir el estrés diario —comenta poniendo los ojos en blanco—. Tricia me obligará a comer ensalada y seguro que todo irá bien.

Yo no estoy tan seguro, pero no quiero presionarlo con el tema. Deja escapar un bostezo, así

que me levanto de la silla situada junto a la cama.

—Es tarde. Deberías descansar —le digo, sorprendido aún por el cambio que se ha obrado en él—. Iré a hablar con tus médicos.

Asiente, ya medio dormido.

—Gracias por venir, hijo.

—No hay de qué —murmuro—. Que duermas bien.

Abandono su habitación con una profunda sensación de desconcierto y perplejidad. Puede que mi padre y yo no mantengamos la mejor relación del mundo, las cosas entre nosotros han estado tensas desde que, hace diez años, falleció Edward, mi hermano mayor. De pronto, el futuro del linaje familiar recayó sobre mis rebeldes hombros, y mis padres no se han molestado en disimular la tremenda decepción que eso les supone. Yo he mantenido las distancias e ignorado sus discursos sobre sentar la cabeza y ocupar el puesto que me corresponde como hijo y heredero del legado Ashford, el título de duque, el laboratorio farmacéutico, todo.

No he querido formar parte de ello y estaba decidido a seguir mi propio camino en busca del placer, no de la responsabilidad. Pero al ver a mi padre así, al tener que enfrentarme a su mortalidad…

Ese legado me resulta más cercano que nunca, un peso asfixiante que me aterroriza.

Que me recuerda que nunca lograré estar a la altura de Edward.

Que me recuerda que siempre seré plato de segunda mesa.

Me encuentro a medio camino de los ascensores cuando aparece mi madre.

—Anthony, espera —me dice, arrinconándome—. ¿Ya te marchas?

—Voy a dormir un poco —le respondo, extenuado por todo lo que ha ocurrido hoy. He estado hecho un desastre desde que Tessa desapareció de la fiesta, y siento que estoy a punto de llegar al límite—. Tú también deberías intentar descansar un poco —agrego, viendo la tensa expresión de su rostro y sus marcadas ojeras—. Podemos estar de vuelta aquí por la mañana antes incluso de que se despierte.

—Siempre y cuando tú vuelvas —puntualiza Lillian con tirantez—. Tenemos que hablar con sus médicos y elaborar un plan. Ya sabes que esto nunca habría ocurrido si no hubiera estado tan estresado con el trabajo. Los ensayos clínicos, el lanzamiento del nuevo producto… Es demasiado para un solo hombre, y Dios sabe que tu hermano ayuda en lo que puede, pero carece de la madurez suficiente para tomar las riendas.

—¿Me estás diciendo que esto es culpa mía? —le pregunto, a la defensiva.

—Lo que te digo es que ya has perdido suficiente tiempo con esas tonterías académicas. —Mi madre me lanza una mirada decidida y fulminante—. Ya te has divertido bastante, ahora es el momento de colaborar y aceptar tus responsabilidades para con esta familia, antes de que tu padre acabe en la tumba de tanto trabajar.

Se aleja antes de darme tiempo a responder, pero sus palabras se quedan grabadas en lo profundo de mi corazón culpable.

Llevo muchos años resistiéndome a esta parte de mi vida. Rebelándome ante sus expectativas y presiones, haciendo todo lo posible por ignorar el destino que ha estado escrito en mi ADN desde el día en que nací; y desde el día en que Edward murió, convirtiéndome a mí en heredero de todo.

Pero, al ver a mi padre en la cama del hospital, en ese estado, me doy cuenta de que, en el fondo, no puedo seguir huyendo de mi destino.

Las cosas tienen que cambiar.

Capítulo 4

Tessa



Las calles de Oxford a primera hora de la mañana están, por suerte, vacías mientras corro por las aceras siguiendo mi ruta habitual por la parte vieja de la ciudad, con sus *colleges* históricos y su arquitectura antigua. Siento la quemazón en las extremidades, pero no me detengo, corro de vuelta hasta Ashford; después, atravieso el patio interior y enfilo pendiente abajo hacia la ribera del río.

Es un lugar tranquilo. El otoño ha llegado con todo su esplendor y las hojas de los árboles van adoptando vibrantes tonalidades rojizas y anaranjadas; el aire es frío y la neblina del alba aún cubre los prados con su manto. Alcanzo a ver al equipo de remo, que está ya entrenando a estas horas, aunque no me detengo a mirar. Necesito despejarme la cabeza. A solas.

En los últimos días han ocurrido muchas cosas y todavía estoy desconcertada ante tanta revelación. He pasado de confiar en Saint a preguntarme si me había traicionado, y después a cuestionarlo todo una vez más… Con tanto cambio me siento mareada, como en una montaña rusa emocional. Ya no sé qué creer.

Pero no puedo negar lo que de verdad siento.

Lo echo de menos.

Por fin me detengo para tomar aliento, jadeando con fuerza, y mi respiración forma nubes de vaho entre la neblina matutina. Han pasado dos días desde esa noche frente a la biblioteca, y no he tenido noticias de Saint. Le dije que no se pusiera en contacto conmigo —así que tiene sentido que no me haya escrito—, pero cada vez que me entran ganas de llamarlo, recuerdo la mirada de traición que vi en sus ojos cuando lo acusé de haberle hecho daño a Wren.

¿Qué puedo decirle ahora?

Estaba dolida, confusa, deseaba con todas mis fuerzas que no fuera cierto; pero, aun así, eso no sirve de consuelo cuando prácticamente has acusado a tu novio de ser un monstruo sádico.

¿Me odiará? No se lo reprocharía si así fuera, a pesar de que, en su momento, sí que me pareciera una prueba bastante condenatoria.

Y ahora hay una nueva incógnita en mi investigación. El tatuaje de la serpiente y la corona.

Saint me dijo que se lo hizo yendo borracho con unos amigos antes de los exámenes finales, y hay una parte de mí que ahora no puede dejar de pensar en ese hecho. Porque significa que vuelvo a tener una pista. Quizá lo de la sociedad secreta no fuese un callejón sin salida después de todo. Quizá esas notas misteriosas apuntaban en esa dirección porque Saint y sus amigos son miembros.

La fiesta anual era el terreno de caza. A Wren se la llevó… uno de ellos.

Y ahora tengo un nuevo grupo de sospechosos…, que resulta ser sorprendentemente pequeño. Los hombres con ese tatuaje… Puede que lo haya echado todo a perder con Saint, y me habré equivocado con él estrepitosamente, pero resulta que estoy más cerca que nunca de la verdad.

Solo tengo que averiguar quiénes son esos hombres.

Termino de correr, aminoro la marcha y empiezo a estirar. El *college* empieza a cobrar vida mientras camino de vuelta, atravesando el patio interior, y me detengo en la garita para recoger el correo. Albergo la vaga esperanza de recibir otra de esas útiles notas anónimas, aunque sea críptica de narices, pero hoy no me espera nada en el cubículo del correo salvo algunos panfletos aleatorios de eventos universitarios a los que nunca acudiré. Los tiro a la basura y me detengo en la vieja garita de guardia para saludar a Blake, el curtido bedel que está de servicio.

—Hace frío fuera, ¿verdad? —me pregunta con una sonrisa. Lleva al cuello una bufanda de lana con los colores de Ashford College: negro y carmesí.

—Me gusta el otoño —le confieso—. Las hojas cambian de color y todo se vuelve acogedor.

Blake se ríe.

—Igual que tu hermana —me dice, y me recorre un escalofrío al recordar que él habría charlado con Wren igual que conmigo—. Siempre llevaba uno de esos cafés con leche y calabaza.

Me invade un recuerdo de los otoños de mi infancia, jugando entre las hojas secas con Wren. Nos pasábamos horas enteras en el jardín, recogiendo hojas de vívidos colores para formar *collages* y grabados.

—Era su estación favorita —convengo, antes de darme cuenta de mi error: hablar de Wren en tiempo pasado. No le he dicho a nadie del *college* que mi hermana ha muerto, pero por suerte Blake no parece darse cuenta, atareado como está ordenando paquetes detrás del mostrador—. En fin, será mejor que me vaya a la biblioteca. Tengo trabajos que acabar.

—Cuídate —me dice con una sonrisa amable—. Ah, y dale un abrazo de mi parte al profesor St. Clair. Qué noticia tan terrible —agrega y chasquea la lengua—. Dile que esperamos que todo vaya bien.

Frunzo el ceño, confusa. ¿Estará hablando de nuestra ruptura? Pero no creo que pudiera ser tan poco diplomático.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—A lo de su padre —responde—. En el *college* están todos rezando para que se recupere rápido. Aunque, claro, Alexander St. Clair está hecho de otra pasta. Seguro que hará falta algo más que un ataque al corazón para pararle los pies.

¿Un ataque al corazón?

—Ah… Claro, le haré llegar tus palabras —consigo responder, mientras se me acelera la mente—. ¡Adiós!

Abandono la conserjería y, como en trance, me abro paso entre la multitud de gente que invade las aceras en su camino al trabajo. ¿El padre de Saint ha sufrido un infarto? ¡No me extraña que no haya sabido nada de él! Pese a la palpable tensión de su relación, no deja de ser su padre, el hombre que lo crio, y si Saint ha estado a punto de perderlo…

No me imagino lo que estará pasando.

Echo a correr. Ahora mismo no me importa lo que haya pasado entre nosotros.

Tengo que estar a su lado.

Me cambio de ropa a toda prisa y cojo el expreso a Londres. De camino, escribo a Imogen

para que me dé los detalles del hospital donde está ingresado el padre de Saint. Pero, cuando llego a la abarrotada recepción y pregunto por el número de su habitación, la recepcionista me pone trabas.

—Lo siento —me dice, mirándome por encima de sus bifocales—. No podemos proporcionar información sobre nuestros pacientes. ¿Es usted familia?

—No —admito, frustrada—. Pero, por favor, tengo que verlos. Soy… amiga de su hijo. —Amiga, posible exnovia, la mujer que se ha embarcado en una aventura sexual salvaje con él…

La mujer se queda observándome, impertérrita.

—No puedo ayudarla —responde con firmeza—. Por favor, retírese y deje pasar a la siguiente persona.

Suspiro frustrada y me alejo del mostrador. ¿Qué hago ahora? Pruebo a llamar a Saint otra vez, pues ya le he dejado una docena de mensajes, pero no responde.

—¿Tessa?

Me giro y veo a Robert, el hermano pequeño de Saint, entrar por la puerta haciendo equilibrios con una bandeja de cafés en las manos.

—Ay, gracias a Dios —exclamo, corriendo hacia él—. Estaba intentando conseguir los detalles de la habitación, pero la mujer de recepción no me dejaba pasar, y Saint no responde al teléfono y… —me callo al darme cuenta de que estoy divagando—. Da igual. ¿Tú cómo estás? —le pregunto. Robert parece exhausto, su cabello rubio luce despeinado y tiene los hombros caídos—. ¿Cómo está tu padre? Me he enterado hace un rato, ¿se sabe algo?

—Está mejor —responde, y respiro aliviada—. Los médicos siguen haciéndole pruebas, pero es probable que mañana le den el alta; siempre y cuando guarde reposo en cama, cosa que, conociendo a mi padre, no le resultará nada fácil.

—Me alegro mucho —le digo con sinceridad—. ¿Saint está aquí?

Robert asiente.

—Vamos, yo te llevo.

Pasamos de largo el mostrador de recepción y me guía hacia los ascensores, después subimos hasta la cuarta planta, que parece un ala reservada a los VIP, un oasis de calma comparado con el caos de abajo. La habitación del señor St. Clair se encuentra al final de un pasillo de suelo resplandeciente. Robert entra sin llamar, pero yo vacilo en el umbral mientras absorbo la escena. Saint está de pie junto a las ventanas, contemplando la ciudad de espaldas a la habitación, mientras su padre, Alexander, está incorporado en la cama. Lillian, la madre de Saint, está animándolo a beberse un zumo de color verde y aspecto desagradable.

—Sabe a hierba —se queja Alexander. Está pálido, pero parece ir recuperando su fuerza, pese a las máquinas a las que está conectado, que controlan sus constantes vitales—. ¿Qué tiene de malo el café de toda la vida?

—Los médicos han dicho que…

—Que les den a los médicos. Si tanto te gusta esa porquería verde, bébetela tú. Ah, esto sí que sí. —Alexander levanta la mirada y sonríe cuando ve entrar a Robert con el café—. ¿Un capuchino? ¿Y el cruasán?

—Robert —reprende Lillian a su hijo, impecablemente vestida de Chanel—. ¿Qué hemos dicho de su dieta?

—Calla, cielo —murmura Alexander con cariño—. Déjame disfrutar en paz de mi café. Ah, hola —dice al reparar en mi presencia junto a la puerta—. Tessa, ¿verdad?

Al oír mi nombre, Saint se da la vuelta. Parece cansado también, pero mantiene el mismo porte seguro de sí mismo de siempre, vestido con una camisa bien planchada y unos vaqueros

negros y gastados; el pelo oscuro le cae revuelto sobre los ojos, evidenciando la necesidad de hacerle una visita al barbero.

Está tan guapo que me duele solo mirarlo.

Nuestras miradas se cruzan de un extremo al otro de la habitación, y le ofrezco una tímida sonrisa de apoyo, pero su expresión permanece impertérrita. Indescifrable.

—Hola, sí. Perdón, no quería interrumpir —me justifico al fijarme en los ojos entornados de Lillian—. Es que acabo de enterarme y quería ver cómo estabais todos. ¿Hay algo que yo pueda hacer? —pregunto.

—Qué mona —comenta la madre de Saint con una sonrisa gélida—. No, gracias, estamos todos bien.

—Vale. —Me quedo allí parada; me siento incómoda y fuera de lugar.

Saint no dice una palabra, y empiezo a arrepentirme de haber venido. A lo mejor no quiere hablar conmigo después de las cosas horribles de las que lo acusé.

—No es que no agradezcamos que pienses en nosotros en un momento tan difícil como este —prosigue Lillian—. Pero preferiríamos que fuera un asunto familiar, si no te importa…

—Desde luego. —Me sonrojo. Desde luego, este no es mi lugar—. Perdón. Ya me marcho. En Ashford todo el mundo le envía recuerdos —le digo a Alexander, y me doy la vuelta para marcharme.

Recorro el pasillo y estoy esperando de nuevo el ascensor cuando sale Saint y camina despacio hacia mí.

Siento el corazón en la garganta.

—Hola —le digo en voz baja, estudiando su rostro en busca de algún tipo de emoción—. ¿Cómo lo llevas?

—A decir verdad —responde con un esbozo de sonrisa cansada—, he tenido días mejores.

—Ya me imagino.

Se produce un silencio largo, y yo trato de decidir por dónde empezar.

—¿Podemos hablar? —pregunto al cabo, esperanzada, mirándolo a los ojos. Percibo un campo de fuerza entre nosotros, una distancia que me gustaría poder salvar.

Saint me mira y parece suavizar un poco el gesto, solo un poco. Asiente.

—Pero aquí no —me dice, con la mirada hacia la habitación de su padre—. Necesito que me dé el aire.

—Abajo he visto una cafetería —le sugiero, y me dice que sí con la cabeza.

—Vamos.

Bajamos al vestíbulo en silencio, y tampoco hablamos hasta llegar a la cafetería, donde Saint se compra un sándwich a precio desorbitado y yo pido un yogur con muesli. Encontramos una mesa disponible en el pequeño patio y nos sentamos, pero yo no puedo comer nada. Estoy demasiado centrada en Saint, y en el rictus pesaroso de su rostro mientras me mira desde el otro lado de la mesa.

—Lo siento —le digo a las claras, con el corazón encogido—. Siento haberte acusado de haberle hecho daño a Wren. Es que no sabía qué pensar. Ese tatuaje es el único detalle real que ella recordaba de su agresor, y cuando te lo vi a ti…, me entró el pánico. Tienes que entenderlo, parecía encajar todo —añado, porque necesito que comprenda cómo pude ponerme en su contra de ese modo—. Pero, aun cuando intentaba encajar todas las piezas, una parte de mí no podía creérselo —le juro—. No me creía que fueses capaz de hacer algo así. Sé que probablemente eso no te sirva de consuelo —agrego con amargura, pero Saint asiente con la cabeza.

—Sí que sirve.

Parpadeo, perpleja.

—¿Quieres decir que no me odias?

—Claro que no —responde con el ceño fruncido—. ¿Me sentí desconcertado y dolido en su momento? Sí, desde luego. El hecho de que creyeras que te estaba mintiendo, que podía haberle hecho daño a Wren… —Sacude la cabeza—. Pero eso es cosa mía, no tuya. Tú te basabas en las pruebas. Yo habría llegado a la misma conclusión de haber estado en tu situación.

Respiro con gran alivio. No me odia. Me entiende.

—Entonces, ¿por qué no me has llamado? —le pregunto, estirando el brazo para agarrarle la mano. Instintivamente, entrelazo los dedos con los suyos y él hace lo mismo, y ya me siento mejor, solo con estar conectada a él de esta forma tan nimia—. Sé que dije que necesitaba espacio, pero con lo que le ha pasado a tu padre…

Saint suspira. Baja la mirada y me acaricia los nudillos.

—Al principio, estaba tratando de asimilarlo. No quería arrastrarte hasta aquí y obligarte a lidiar con mis padres…

—Eso no importa —insisto—. He venido por ti. Estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias. —Me mira a los ojos y me dedica una sonrisa tierna que me derrite el corazón—. Pero no es solo eso… —Su sonrisa se desvanece—. Es lo del tatuaje. He estado pensando en ello sin parar, desde que me lo contaste.

—Ah. —Le aprieto la mano y hago una mueca de dolor—. Claro.

—Si el hombre que agredió a Wren tiene el mismo tatuaje… —empieza a decirme con gesto sombrío—, entonces sabes lo que eso significa, ¿verdad? Formaba parte del grupo cuando nos hicimos los tatuajes, hace diez años. El hombre que se llevó a tu hermana y le hizo daño… es uno de mis amigos.

Se hace el silencio. Yo he tenido días para procesar esa incómoda verdad, pero entiendo que, para Saint, es mucho peor.

—Lo siento —le digo, aunque no sirva de nada.

—Yo también. —Respira hondo y me mira a los ojos con determinación—. Ahora solo tenemos que averiguar cuál de ellos fue.

—¿Vas a ayudarme? —le pregunto, sorprendida por su respuesta. No capto en su voz duda o reticencia alguna, ni por un instante.

—Ya te dije que lo haría. —Frunce el ceño, como si la cuestión fuera evidente—. Estamos juntos en esto, pase lo que pase.

—¿Incluso aunque el agresor sea uno de tus amigos más cercanos? —le pregunto, sin poder evitarlo, porque quiero estar segura—. Ya no estamos hablando de algún miembro aleatorio de la sociedad secreta. Lo conoces. Confías en él. Joder, si os hicisteis los tatuajes en el *college*, ¡lo conoces desde hace casi media vida!

—Y, si le hizo daño a tu hermana —me dice con una sonrisa amarga—, entonces no es amigo mío. —Asiente con decisión, como si no hubiera más discusión posible, y sin poder evitarlo me levanto del asiento, me inclino por encima de la mesa y le planto un beso en la boca.

Saint me devuelve el beso, lento y profundo, y noto el calor que nos envuelve, que difumina el resto del mundo.

«Estamos juntos en esto», pienso.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta cuando por fin me aparto.

—A que eres un buen hombre —respondo, tratando de ignorar el torrente de emoción que me invade el pecho.

Tratando de ignorarlo, aunque sin lograrlo. Porque el instinto me dice que me lance a los brazos de Saint y que no lo suelte nunca. Las cosas han ido muy rápido entre nosotros, tanto que ya ni siquiera sé qué somos el uno para el otro. Pero lo que sí sé es que lo de la «simple aventurilla sexual sin ataduras» ya quedó lejos hace tiempo.

Esto es algo real.

Me aclaro la garganta y, de pronto, me siento insegura.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunto, y disfruto de poder incluirlo a él en mis pesquisas—. ¿Quiénes son esos amigos tuyos que tienen el tatuaje?

Saint se recuesta en el asiento.

—Éramos cinco —responde, y va enumerándolos—. Aparte de mí, estaban Hugh y Max, a los que ya conoces. Y también Sebastian Wolfe y Felix Western.

—Cuatro sospechosos —recapitulo, y me recorre un escalofrío al ver cerca mi objetivo.

Todo este tiempo he estado buscando una aguja en un pajar; en cambio ahora, de pronto, la lista se ha reducido de manera considerable.

Pero Saint niega con la cabeza.

—Felix murió aquel verano, antes de la graduación. Se emborrachó en una fiesta y decidió salir a nadar por el lago a medianoche. —Sacude la cabeza, apesadumbrado—. Fue una puta tragedia.

—Entonces quedan tres —le digo con una sonrisa compasiva.

Y de uno de ellos ya sospecho desde hace tiempo. Max Lancaster: el rico vividor mujeriego, heredero de un imperio mediático global, que además ya mintió cuando explicó hasta qué punto conocía a Wren. Durante el tiempo que ella pasó en Oxford, se hicieron amigos, puede incluso que salieran juntos.

¿Sobre qué más habrá mentido?

A Saint le vibra el móvil.

—Los médicos tienen más resultados —me informa tras ver el mensaje—. Tengo que volver a subir.

Lo acompaño de vuelta hasta la habitación de su padre, y él se detiene en el pasillo.

—Gracias por venir —me dice—. Sé que estás hasta arriba con los estudios.

—No tiene importancia, de verdad. Puedo quedarme todo el tiempo que necesites —le aseguro, pero él menea la cabeza.

—Vuelve a Oxford, hinca los codos y mantén mi cama caliente —me dice con una sonrisa que se vuelve ardiente—. Volveré esta noche cuando le den el alta.

—Vale. —Sonrío—. Siento no poder ayudarte más.

—Me ayudas mucho —asegura, atrayéndome hacia sí para darme un abrazo—. El hecho de tenerte aquí… es más que suficiente.

Me rodea con los brazos y me mantiene así unos segundos, contra su cuerpo caliente y sólido. Después se aparta, me levanta la barbilla con el dedo y me da un beso lento y tierno en los labios. Me derrito, lo necesito cerca.

Dios, cuánto lo he echado de menos.

Al final se aparta y me mira con reticencia.

—Vete, antes de que cambie de opinión y te arrastre hacia el cuarto de mantenimiento —me dice con un guiño cuando una mujer con bata blanca pasa por delante en dirección a la habitación de su padre.

—¿Doctora Heller? —pregunta Saint, ella asiente y él la sigue al interior de la habitación.

Oigo sus voces, están hablando de los resultados de las pruebas y del plan de tratamiento.

Es mi momento para marcharme.

Bajo al vestíbulo por las escaleras y voy notando que me he quitado un tremendo peso de encima. El padre de Saint va a ponerse bien, y él y yo volvemos a ser… Bueno, lo que sea que somos. Salvo que, esta vez, ya no hay más mentiras ni engaños entre nosotros. Puedo ser totalmente sincera con él respecto a mi misión. Puedo confiar en él.

Confiar en él y también desearlo.

Me estremezco, sintiendo aún la huella caliente de sus labios en los míos. Voy perdida en mis pensamientos, anticipando el momento en el que podamos volver a estar juntos a solas, cuando estoy a punto de chocarme con alguien frente a las puertas del hospital.

—Perdón —murmuro, antes de darme cuenta de que se trata de Lillian, la madre de Saint—. Ah, hola, señora St. Clair —digo con cierta incomodidad.

—Estaba buscando a mi hijo —me responde, mirándome de arriba abajo.

Con las prisas por no perder el tren, he cogido la primera ropa limpia que he encontrado, así que llevo unos vaqueros y una camisa arrugada debajo del abrigo, y seguro que tengo un aspecto horrible.

—Saint está arriba con su padre. Acaba de llegar la doctora —añado.

—Gracias —me responde secamente, después se detiene—. Deberías saber que Saint estará muy ocupado ahora, con todas sus responsabilidades familiares. Tendrá que arrimar el hombro para ayudar en la empresa. Ya era hora.

Asiento despacio, sin saber bien a dónde quiere ir a parar.

—Me atrevería a decir que tendrá que solicitar la baja en su puesto como profesor en Oxford y se trasladará aquí, a Londres, de forma permanente —agrega con gesto altivo—. Cierto, ha disfrutado de su libertad, se lo ha pasado bien, pero eso no iba a durar. Es el futuro duque de Ashford. No tendrá tiempo para distracciones, digamos, sórdidas. Su familia siempre será la prioridad.

Queda claro que me considera una de las distracciones sórdidas de su hijo. En otras palabras, me está diciendo que me quite de en medio.

—Saint es un hombre adulto —respondo con voz tranquila y una sonrisa amable—. Seguro que sabrá decidir qué o quién supone una distracción en su vida. Cuídese —añado alegremente —. Estoy segura de que volveremos a vernos pronto.

Alzo la cabeza y me marcho antes de que pueda responderme, pero casi siento su mirada fulminante clavada en la espalda mientras me alejo.

Me estremezco. Algo me dice que no debo subestimar a Lillian St. Clair.

Capítulo 5

Tessa



De vuelta en Oxford, encamino mis pasos hacia la casa adosada que tiene Saint en la ciudad, y que está ubicada cerca de Ashford College, en una calle arbolada y llena de carísimos edificios históricos. Entro y disfruto de la tranquilidad que se respira en esta casa histórica y ecléctica; y también de la ausencia de compañeros de piso con comentarios pasivo-agresivos.

Por ahora, tengo la casa para mí sola.

Cojo una botella de agua con gas de la acogedora cocina y me dirijo arriba. El dormitorio de Saint es espacioso y sobrio, decorado en tonos crema y azul marino, con alfombras antiguas bajo los pies. Mis cosas siguen guardadas en bolsas y cajas, donde las dejé antes de nuestra pelea. Ahora, me alegra poder tomarme el tiempo para desempaquetarlo todo como es debido y trasladar mi ropa al espacio que me ha dejado en su inmenso vestidor, y dejar mis artículos de tocador en el refulgente cuarto de baño de la habitación, antes de darme una larga ducha caliente.

Y, durante todo ese tiempo, no paro de darle vueltas a la cabeza.

Hugh Ambrose. Max Lancaster. Sebastian Wolfe.

Tres hombres que comparten el tatuaje de la corona y la serpiente. Tres hombres que podrían ser culpables de haber atacado a mi hermana.

Y tres hombres, además, con inmensas riquezas y contactos poderosos.

Noto una punzada de inseguridad al pensar en enfrentarme a uno de esos hombres. No tengo su dinero ni sus privilegios, carezco de su ejército de abogados y de sus amigos poderosos. Lo único que poseo yo es la rabia y el dolor que me impulsan, la promesa que hice cuando juré descubrir la verdad sobre Wren.

Ahora también tengo a Saint a mi lado.

Sonrío y me siento un poco mejor sabiendo que está de mi lado. Me preocuparé por la batalla cuando descubra quién de los tres es, decido mientras termino de guardar mis cosas. Por el momento, aún tengo que descubrir todo lo posible sobre esos hombres.

Me pongo una falda larga y cómoda de punto y una sudadera con capucha, y bajo a la cocina, saco el portátil y me acomodo con una taza de té y galletas para investigar mi nueva lista de sospechosos. Comienzo con Sebastian Wolfe, que es un desconocido para mí. No obstante, el apellido me resulta familiar, y no tardo en darme cuenta de por qué: salió en las noticias el año pasado. Al parecer, es un pez gordo de las finanzas, un multimillonario al que acusaron de matar a su propio padre, y después fingió su propia muerte como parte de una trama para descubrir al verdadero asesino.

Leo por encima los artículos con los ojos muy abiertos. Desde que saltó el escándalo,

Sebastian ha estado fuera del país, se le ha fotografiado a veces en Nueva York y en una isla tropical privada, con su última esposa colgada del brazo. En la foto de un *paparazzi* aparece saliendo de un restaurante caro mientras mira a las cámaras con desdén: alto, frío e imponente.

¿Sería él quien le hizo daño a Wren?

Tomo algunas notas y sigo adelante. El siguiente de mi lista es Hugh Ambrose. Me detengo, reticente. Ya conozco un poco a Hugh y parece un tipo bastante decente. Su padre aspira a ser el próximo primer ministro, y Hugh dirige una organización benéfica. Me ofreció allí un trabajo asombroso y, cuando fui a ver de qué iba, me enamoré de la energía y de la determinación de la empresa, y del magnífico trabajo que están haciendo en proyectos de todo el mundo.

Pero eso no significa nada, me recuerdo a mí misma. Muchos monstruos saben esconderse bien a la vista de cualquiera. Es igual de sospechoso que el último hombre de la lista, Max Lancaster.

Mujeriego y vividor. Heredero de un imperio mediático. Y el único de los tres que ya sé que tenía relación con Wren. Él mismo ha admitido que la conoció cuando ella llegó a Oxford. Max lo hizo pasar por una amistad informal —tal vez porque su prometida estuviera delante cuando lo contó—, aunque por las cosas que dijo, estoy segura de que conocía a mi hermana mejor de lo que quería aparentar.

¿Estarían juntos? ¿Mantendrían una aventura ilícita a espaldas de Annabelle? ¿Y cómo esa relación acabó con su secuestro y agresión?

Me paso la tarde perdida en mis pensamientos, investigándolos a todos, y casi me sorprendo al oír la llave en la puerta de entrada.

—¿Hola? —me llega la voz de Saint desde el pasillo.

Cierro el portátil y sonrío.

—Estoy aquí atrás —grito en respuesta.

Oigo acercarse sus pisadas; entonces, aparece en el umbral, con aspecto cansado.

—Hola. —Me levanto y voy a saludarlo con un beso—. ¿Le han dado el alta a tu padre?

Saint hace un gesto afirmativo, deja las llaves y el abrigo, y suelta un largo suspiro.

—Pero han tardado una eternidad. Mi madre no paraba de hacer preguntas a los médicos sobre los medicamentos de mi padre, una y otra vez, y luego ha insistido en que se lo llevaran en ambulancia. Ahora se han instalado en la casa de Sussex. Allí debería poder descansar y recuperarse.

—Me alegro —respondo, rodeándole la cintura con los brazos—. Y, ahora, ¿qué podemos hacer para que descanses y te recuperes tú?

Pese a todo, Saint suelta una carcajada.

—¿Sinceramente? Ya me siento mejor estando aquí. Contigo. —Me besa en la frente y nos quedamos así de pie un momento, abrazados.

Dios, qué bien sienta estar de nuevo entre sus brazos. Apoyo la cabeza contra su pecho y aspiro el aroma de su cuerpo, el calor protector que desprende su abrazo.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta, mirándome con una sonrisa cariñosa.

—Bien —respondo sin soltarlo—. Supongo que aún estoy intentando asimilarlo todo. Han sido unos días muy difíciles. La fiesta de la Sociedad Blackthorn, y luego lo de tu padre…

—Ya lo sé. —Saint me abraza con fuerza—. Pero me alegra que estés aquí. Saber que estarías en casa cuando volviera ha hecho que las últimas veinticuatro horas fueran mucho más fáciles.

—Yo también me alegro de estar aquí —respondo con una sonrisa—. Tienes una calefacción mucho mejor que en el apartamento. Y el picoteo también es superior.

—¿Has encontrado las Choco Leibniz? —Se ríe al ver el paquete de galletas de chocolate que

prácticamente he acabado—. Hice acopio solo para ti.

—Cuidado —bromeo, sonriente—. Si sigues cortejándome con galletas con el setenta por ciento de cacao, jamás te librarás de mí.

—Bueno, puede que ese sea el plan. —Saint me mira a los ojos y el calor chisporrotea entre ambos.

Aparto la mirada, sin aliento de pronto. El vínculo que hay entre nosotros es ahora diferente. Más fuerte, más sólido. Ya no se trata solo de la emoción de la atracción física y salvaje, sino de algo más profundo que se va arraigando.

Emociones reales.

Riesgo real.

—¿Tienes hambre? —le pregunto, liberándome de sus brazos. Un poco abrumada—. Podríamos cenar algo en algún sitio de la zona —sugiero—. ¿Te parece?

—Suena bien —responde Saint, pero al mirarlo de cerca me doy cuenta de que está exhausto.

—Mejor nos quedamos en casa —zanjo la cuestión—. Cocino yo.

—¿En serio? —me pregunta con una ceja levantada.

—Que no te sorprenda tanto. —Sonrío mientras voy a la nevera y a los armarios para ver qué tiene—. Soy una mujer con muchos talentos.

—Oh, ya lo sé. —Su voz se vuelve seductora y, cuando levanto la mirada, me está mirando con un gesto lascivo—. Recuerdo algunos de ellos. Con mucha claridad.

—Tú siéntate ahí —le digo riéndome—, y las manos quietas —le ordeno, señalando un taburete que hay junto a la enorme isla que domina el centro de la cocina—. Salvo que las necesite para mezclar o cortar. Esta noche eres ayudante de cocina.

—Sí, chef. —Saint me hace un saludo militar y obedece, pero no sin antes desviarse para poner música *jazz* y servir una copa de vino para cada uno.

Me entrega una y entonces me roba un beso con su boca caliente y dulce.

Me aparto riéndome.

—¿Qué te he dicho?

—Que me estuviera con las manos quietas —responde con una sonrisa arrogante—. Pero no has mencionado nada de la boca. —Vuelve a besarme, más tiempo esta vez; su lengua se desliza contra la mía y juntas ejecutan un baile sensual.

Me estremezco, noto que se me va calentando la sangre con la expectativa, disfruto de su sabor.

—Pensé que tenías hambre —susurro mientras sus labios describen una línea hasta mordisquearme el lóbulo de la oreja.

—Mucha.

Maldita sea. El sonido gutural de su voz me hace apretar los muslos, pero me obligo a separarme de él.

—Siéntate. Estate quieto. —Señalo el taburete y él sonríe.

—¿Esta noche estás mandona? Me gusta.

—A ti te gusta todo —respondo, coqueta, mientras empiezo a reunir los ingredientes.

Desde el principio me doy cuenta de que no tengo la concentración suficiente para preparar una comida de verdad, teniendo a Saint ahí sentado, observándome, tan tentador, de modo que decido que lo mejor será una sencilla receta de pasta. Por suerte, su despensa está bien surtida con ingredientes de gran calidad, y no tardo mucho en encontrar lo que necesito para preparar mi salsa favorita.

—Toma, córtalas. —Le paso las aceitunas, las alcaparras y las anchoas, y mientras pongo una

cacerola al fuego para hervir el agua—. Vamos a preparar *puttanesca.*

—¿Sabes por qué la llaman así? —me pregunta Saint con gesto divertido mientras alcanza un cuchillo.

—No, ¿por qué?

—Viene de la palabra italiana *puttana*, que significa «puta». Literalmente quiere decir «al estilo de las prostitutas».

—¿Cómo? —protesto, riéndome—. No puede ser.

—Es verdad. —Saint está sonriendo abiertamente, y me alegra verlo más relajado—. Cuenta la leyenda que tentaban a sus clientes con el aroma picante.

—Te lo está inventando.

—Para nada. Te lo prometo. Búscalo si quieres.

Se pone en pie y trae la tabla de cortar y los ingredientes para reunirse conmigo junto a los fogones. Lo deja todo allí, después se coloca a mi espalda y me retira el cabello hacia un lado para darme besos suaves por el lateral del cuello.

—Deja de distraerme. —Me río, tratando de concentrarme en la comida.

—¿No decías que eras una mujer con muchos talentos? —La voz de Saint resuena contra mi clavícula, y yo suspiro de placer al notar cómo las sensaciones se me expanden por la piel—. ¿La multitarea no es uno de ellos?

—No cuando estás haciendo eso —respondo, y suelto un grito ahogado cuando sus manos se deslizan a mi alrededor y me agarran con suavidad los pechos, moldeándolos y estimulándolos a través de la sudadera.

Me recuesto contra su pecho, olvidada ya la cena, mientras Saint me aprisiona allí contra la encimera, su cuerpo duro contra el mío, pese a que sus manos presentan una suavidad seductora. Mueve las manos en sentido ascendente por debajo de mi sudadera y me roza los pezones con las yemas de los dedos, acariciándolos hasta que se me pone duros mientras, con la boca, sigue dándome besos suaves en el cuello.

—Saint… —gimoteo suavemente, arqueando la espalda para sentir sus manos.

—Dios, Tessa… —Su voz suena untuosa por el deseo; empujo hacia atrás y restriego mi culo contra la silueta de su erección—. Estaba volviéndome loco de deseo.

De pronto me da la vuelta para que lo mire, me levanta por las caderas y me sienta en la encimera. Su boca encuentra la mía, y yo lo beso con ganas, rodeándole la cintura con las piernas mientras nuestras lenguas se fusionan y un infierno se desata en mi interior. Se restriega contra mí, haciéndome gemir con la deliciosa fricción de mi clítoris, hasta que al fin aparta la boca y me clava una mirada que deja claras sus oscuras intenciones.

—Tengo hambre… —murmura, deslizando las manos hacia arriba por la cara interna de mis muslos.

Me levanta la falda y me recuesta con suavidad hasta que quedo tendida allí, expuesta sobre la isla de la cocina.

Se me acelera el pulso cuando empieza a describir círculos hipnóticos sobre mi piel.

Saint me baja las bragas, sin dejar de besar mi piel mientras sus manos siguen acariciándome las caderas y los pechos, con mucha suavidad. Es una sensación increíble, y me incorporo sobre los codos para verle hacerlo, lo que hace que las sensaciones se magnifiquen al ver su cuerpo moverse con cada caricia y con cada beso.

Me mira a los ojos.

—Pensé que esta noche las órdenes las dabas tú —murmura con los ojos cargados de lascivia. Se inclina hacia abajo y me muerde suavemente la cara interna del muslo—. Y que yo solo soy

tu ayudante con ganas de complacer…

El mordisco se convierte en un lametón, ascendiendo cada vez más, acercándose a mi clítoris. Dejo escapar un grito ahogado por la expectación, me tenso, pero entonces se detiene a escasos centímetros de donde más lo necesito.

—Pues dame órdenes. —Noto el aliento caliente de su voz contra mi piel, y contraigo los músculos, ansiosa por sentirlo dentro de mí—. Dime exactamente lo que debo hacer, chef.

Aguarda ahí, sin moverse, esperando órdenes.

Esperando a que yo me haga con el control.

Siento la emoción del poder. En nuestras aventuras sexuales, Saint ha sido quien ha llevado la batuta, y yo he estado encantada de dejarle hacer, pero, joder, noto una excitación distinta al verlo así, dispuesto a complacerme tal y como a mí se me antoje.

—Saboréame —le ordeno, sin aliento. Separo más las piernas, invitándolo—. Quiero sentir tu boca en mí. Tu lengua…

Saint emite un gutural murmullo de aprobación; entonces, agacha la cabeza hacia mí y me lame el clítoris con un movimiento lento y delicioso de la lengua.

Dios mío.

Me dejo caer sobre la encimera, disfrutando de sus lametones, y después del movimiento circular de su lengua alrededor de mi clítoris hinchado, adquiriendo un ritmo perverso. Es el paraíso, me entrego al deslumbrante subidón del placer mientras Saint me explora con lamidas firmes y decididas.

—¿Así, chef? —bromea, moviendo la lengua despacio, arriba y abajo, sobre mi clítoris.

—Más rápido —respondo con un gemido y un grito ahogado, retorciéndome ya bajo sus expertas maniobras—. Más.

—A sus órdenes.

Vuelve a deleitarme con su boca, lamiendo más rápido, encendiendo un fuego ardiente por mis venas. Me arqueo contra su boca y noto que el calor va en aumento.

—No pares —gimo, deslizo una mano hasta su nuca y enredo los dedos en su pelo—. ¡Dios, no pares!

Saint deja escapar un murmullo de placer, me coloca las piernas por encima de sus hombros, acercándome más a él para devorarme mejor. Mueve la lengua en un baile frenético contra mi clítoris, haciéndome levantar las caderas de la mesa para pegarme más a su boca.

—Tócame —le digo, disfrutando de la sensación de control—. Quiero tus dedos. Dentro…

Saint obedece, introduce un dedo, después otro, en mi coño apretado. Contraigo los músculos a su alrededor, adoro la intrusión, dilatándome poco a poco mientras su lengua se dedica a venerar mi clítoris hinchado.

Entonces empieza a bombear.

—¡Saint! —grito, perdida ya en el placer. Joder, qué bien.

Me siento llena. Me cuesta resistirme. Le sujeto con más fuerza la cabeza y muevo las caderas contra su boca, persiguiendo la gloriosa cima del éxtasis. Le oigo gemir de deseo contra mí, lamiéndome con frenesí mientras sus dedos empujan y me frotan por dentro en los lugares justos.

—Dios… Joder… ¡Saint!

Cierra los labios en torno a mi clítoris y succiona, y yo me dejo caer en una espiral mareante de placer. Me arqueo, sacudiéndome salvajemente contra su boca mientras me lame durante el orgasmo, dejándome jadeante y con ganas de más.

—¿Más, cariño? —pregunta, como si me hubiera leído el pensamiento, y cuando elevo la cabeza, le veo mirándome con una mirada de pura lascivia, con los dedos aún bombeando dentro

de mí, mientras los escalofríos posteriores al clímax me recorren de un extremo al otro.

—Más de ti —consigo decirle entre resoplidos, lo agarro del cuello de la camisa y tiro de él para darle un beso entrecortado y sudoroso.

Pruebo mi propio sabor en sus labios, una nueva excitación que se suma a la sensación de control que aún recorre mi cuerpo. Me aparto y lo miro a los ojos.

—Fóllame —le desafío, jadeante—. Tómame, como quieras. Úsame.

—Joder. —Saint gime y emite un sonido profundo de apreciación—. Cielo, ¿estás segura de lo que dices?

Me agarra con más fuerza. Me devora con una mirada oscura, como si estuviera planeando a qué clase de depravaciones va a someterme.

Y, joder, me noto aún más mojada.

—Yo llevo la voz cantante, ¿recuerdas? —le digo, casi sin aire—. Y te digo, te ordeno, que me folles. Soy tuya.

Digo las palabras sin pensar, pero, joder, qué bien suenan. Porque ahora mismo, tendida sobre la encimera, con el cuerpo sonrosado por el placer y la sangre aún caliente y espesa de deseo en las venas, en efecto, lo soy.

Soy suya.

—Al suelo, cariño. —Saint me levanta, y me tiemblan las piernas cuando me deja en el suelo.

Me quita la sudadera, me arranca el sujetador y me deja totalmente desnuda, después me da un azote en el culo y me empuja por los hombros para guiarme hasta el suelo de la cocina.

—Bocabajo, a cuatro patas. Vas a demostrarme lo buena chica que puedes ser.

Gimo sin poder evitarlo. Me siento borracha de deseo, y me arrodillo de buena gana sobre el suelo frío de baldosas, disponiendo mi cuerpo según sus órdenes: las palmas de las manos apoyadas, el cuerpo arqueado, el culo en pompa.

—Joder, qué delicia —murmura con apreciación, y vuelve a azotarme.

Suelto un grito ahogado al notar el escozor, y tiemblo mientras Saint va arrancándose la ropa. Se arrodilla y desliza la palma de la mano por mi espalda y mis caderas con gesto posesivo.

—Te gusta tanto dar como recibir, ¿verdad?

—Sí —susurro, con la cabeza baja y mis pechos oscilando en libertad. Muevo las caderas, me encanta sentir la brisa que entra por la ventana abierta, un aire frío sobre mi piel desnuda—. Me encanta todo lo que haces.

Saint deja escapar una risotada grave, hunde una mano en mi melena y aprieta.

—Demuéstramelo, cariño. Demuéstrame lo mucho que te gusta chuparme la polla.

Me tira del pelo y, con un único movimiento fluido, introduce su polla en mi boca. Sorprendida, casi me atraganto por el grosor de la intrusión, pero Saint me mantiene ahí sujeta, metiéndola más hacia el fondo, hasta la garganta, hasta que no me queda más remedio que tragármela entera.

Joder.

Trato de tomar aire, abrumada, y disfruto de cada segundo. De su sabor, de su aroma, de su miembro duro, poseyéndome como yo anhelo. Me adapto para que me quepa entera, relajando la garganta, mientras muevo los labios en torno a la gruesa base de su pene.

Saint responde con un gemido.

—Qué buena chica —murmura, con una voz tan tierna como exigente es su cuerpo.

Vuelve a embestirme, follándome la boca, mientras me acaricia la mejilla y susurra sus sórdidos elogios.

—Venga, hasta el fondo, trágatela entera. Joder… Estás preciosa con mi polla en la boca.

Me estremezco y gimo de placer en torno a su polla mientras succiono y lamo.

—Eso es, cielo —me elogia—. Chúpamela bien. Déjamela bien mojada para ti. Porque esto no ha hecho más que empezar…

De pronto se inclina hacia delante y me da un azote en el culo, haciéndome chillar. Pero, igual de rápido, me calma el escozor de la nalga con una caricia solícita.

Desliza los dedos entre mis nalgas y me acaricia la piel tersa y tirante que rodea el ano.

Dejo escapar un grito ahogado por la sorpresa, me tenso, aunque al mismo tiempo me estremezco por el inesperado placer de esa caricia ilícita.

Saint me agarra el pelo con más fuerza, sujetándome en el sitio.

—Has dicho que querías que usara tu cuerpo… Todo tu cuerpo.

Oigo el sonido de un escupitajo y, entonces, noto el calor húmedo de su saliva chorreando entre mis nalgas. Me acaricia allí con los dedos, otra vez, extendiendo la saliva, y presiona levemente, lo justo para atravesar el ano.

Ay, Dios.

Gimo por la sorpresa… y el placer. ¿Qué me está haciendo este hombre? Sigue agarrándome el pelo con una mano, mi boca llena con su polla, mientras con la otra juguetea, traza círculos alrededor de ese lugar prohibido, y, joder, es increíble, sentir que es capaz de controlar mi cuerpo sin esfuerzo, de extraer placer con cada caricia.

No me canso.

—¿Te gusta, cariño? —Me masajea y yo gimoteo, echando las nalgas hacia atrás, desvergonzada, para sentir la presión de su mano.

Dios, sí.

Saca la polla de mi boca, estoy jadeando.

—Tumbada —murmura con voz gutural, y apenas me da tiempo a ver la mirada tórrida y salvaje de su rostro antes de sentir el suelo frío de baldosas contra mi espalda.

Saint se coloca encima de mí, me levanta las piernas hasta colocarlas a ambos lados de mis orejas, y me penetra con un potente gemido.

Yo suelto un grito de placer.

Su polla se adentra cada vez más, tan profunda que apenas puedo respirar. Es demasiado. Trato de detenerme para ajustarme al grosor de su pene, pero Saint no baja el ritmo, ni siquiera un segundo. Me embiste, clavándome al suelo, me folla una y otra vez, un torbellino de fricción y de placer, hasta que pierdo la cabeza y me vuelvo laxa, grito con todas mis fuerzas y me aferro a él envuelta en el frenesí.

—¡Saint! ¡Joder!

Es insaciable. Es una revelación. Mis gritos se mezclan con sus gemidos, y con el choque sucio de nuestra carne desnuda y salvaje, tan agradable que no lo aguanto más. Me corro con un aullido, clavándole las uñas en la espalda mientras mi cuerpo se convulsiona con el éxtasis.

Mientras, Saint sigue follándome. Vuelvo a correrme, una y otra vez, tantas que pierdo la cuenta. Pierdo la noción de todo, salvo del roce de su cuerpo y de su polla gruesa y larga dentro de mí; me sujeta las muñecas con las manos, aprisionándome, de modo que no hay nada que pueda hacer salvo aceptarlo.

Aceptar todo lo que tiene para darme, mientras me entrego por completo al infierno.

—¡Tessa! —Saint emite un grito rasgado y entonces empieza a convulsionarse mientras me folla y se corre dentro de mí, nuestros cuerpos temblorosos, hasta que la locura disminuye; quedamos exhaustos, derrumbados, casi inconscientes en el suelo.

Madre mía.

Trato de coger aire, mareada. Ni en mis fantasías más salvajes me habían follado así nunca. Como si me poseyera. Usándome, tal y como le he pedido. Dejo escapar una risita de incredulidad, con el placer aún denso como la melaza en las venas.

Saint levanta la cabeza de la baldosa del suelo donde está tumbado junto a mí, tan agotado como yo me siento.

—¿Estás bien? —me pregunta con la voz rasgada, pero, incluso en ese estado de agotamiento, es capaz de estirar un brazo para apartarme un mechón de pelo de la cara sudorosa, mirándome con cariño.

Asiento con la cabeza. O al menos lo intento. Aún no estoy segura de no haber abandonado mi cuerpo por completo.

—Mejor que bien —le digo, jadeando—. ¿Qué cojones ha sido…?

Se ríe con una carcajada profunda y gutural.

—Me vas a matar, lo sabes, ¿verdad?

—¿Yo a ti? —Consigo arrastrarme hacia él, hasta quedar acurrucada contra su pecho, mientras recupero la respiración—. Si ha sido cosa tuya, profesor.

—Mentira. —Me acaricia el pelo distraídamente, y noto que se le va calmando la respiración —. Joder, Tessa… Eres increíble.

—Lo mismo digo —respondo con un brillo de satisfacción.

Nos quedamos ahí tumbados un momento, disfrutando de la sensación de cercanía y satisfacción, hasta que percibo un burbujeo procedente de los fogones.

—¡El agua! —exclamo, y me pongo en pie con dificultad.

Bordeo la isla y descubro que la olla está hirviendo hasta el punto de haberse evaporado casi por completo el agua. Suelto una maldición mientras cojo un trapo, y Saint se levanta y se estira con un bostezo perezoso.

—Yo me encargo —me dice mientras se pone los calzoncillos—. Tú quédate ahí tumbada, con esa pinta deliciosa que tienes.

—¿Estás seguro? —le pregunto con una sonrisa burlona—. Con tu historial en la cocina…

—Esa historia me perseguirá siempre, ¿verdad? —Se ríe y me da un beso rápido en los labios mientras me aparta hacia un lado, vuelve a llenar la olla y centra su atención en los ingredientes de la salsa—. Venga, ve a relajarte. Te mereces que me desviva por ti después de lo que acabas de hacer.

—¿Sabes qué? Tienes razón. —Me noto resplandeciente, como si flotara en una nube.

Si un hombre guapo y medio desnudo quiere prepararme la cena y satisfacer todas mis necesidades, no seré yo quien se lo impida. Me pongo su camisa y me la abrocho, después me siento en un taburete y doy un sorbo al vino que, milagrosamente, no se ha volcado.

—Me quedaré aquí sentada disfrutando del espectáculo.

Saint sonríe y, con destreza, comienza a trocear y saltear, mientras yo voy volviendo poco a poco a la realidad. Ahora, al verlo cocinar, me doy cuenta de que es diferente. Nuestra química salvaje ha estado ahí desde el principio, pero, antes, nuestros encuentros sexuales estaban consumidos por una especie de ansia, por la aventura de lo desconocido. Eso sigue ahí, y me lleva a elevadas cotas de placer, en cambio ahora también hay algo nuevo entre ambos.

Confianza.

Una confianza que me permite entregarme por completo, sabiendo que Saint cuidará de mí, pase lo que pase. Una confianza que me permite ser aún más atrevida y desvergonzada que nunca antes, porque puedo estar segura de que, cuando la niebla de la pasión se disipe, ya no tendré más dudas y preguntas.

Estamos juntos en esto.

Saint emplata nuestra pasta y se sienta a la mesa junto a mí. Me presenta mi plato con una floritura y yo, hambrienta, lleno el tenedor y me lo llevo a la boca.

—Está delicioso —exclamo—. Nada mal para un ayudante de cocina —agrego, en broma.

—Me he limitado a seguir tus instrucciones de experta —me dice entre risas.

Rellena nuestras copas de vino y comemos en silencio durante un rato, agotados y hambrientos. Luego, cuando su plato ya está medio vacío, me pregunta:

—Bueno, ¿quieres empezar?

—¿Con qué? —digo, sin haberme terminado aún la comida. Está sabrosa y salada, y me aporta la energía necesaria después de todo el ejercicio que acabo de hacer.

—La lista de sospechosos. Nuestra investigación.

Ah, eso.

Lo miro y descubro que me está observando con una expresión cómplice.

—Tú ya has empezado, ¿verdad? —me pregunta, y le digo que sí con la cabeza.

—Es posible… Pero solo me he estado documentando, para conocer un poco el pasado de los tres —admito—. Conozco ligeramente a Max y a Hugh, pero ese tal Sebastian Wolfe… Tiene un buen historial.

—No es Seb —dice Saint, negando de inmediato con la cabeza—. De todos ellos, él es mi amigo más íntimo —declara con determinación—. No fue él. Ni hablar.

Siento cierta inquietud al ver esa lealtad instintiva que siente Saint hacia sus amigos. De un modo u otro, esa lealtad pronto se verá puesta a prueba.

—Bueno, si no es él, entonces podremos descartarlo nada más verlo —le sugiero—. En sí mismo, nos resultará útil.

—Tienes razón —reconoce Saint con gesto afirmativo—. Llamaré a Seb para ver cuándo puede quedar.

—Juntos —le recuerdo—. Yo también tengo que estar presente.

—No va a haber una manera fácil de hacer esto, ¿verdad? —me pregunta tras una pausa, y siento una punzada de dolor. Ya no es solo mi vida la que estoy poniendo patas arriba en pos de la justicia, sino también la suya.

—¿Ya te estás arrepintiendo? —le pregunto alegremente, pese a que busco en su rostro la verdad.

Pero su mirada es franca y directa. Sus ojos no ocultan ningún secreto.

—Encontraremos las respuestas —me dice, me estrecha la mano y me la aprieta—. Estoy a tu lado, elijas lo que elijas.

—O encima de mí —bromeo para aligerar la tensión con una sonrisa coqueta—. O detrás…

—¿No me digas que ya estás lista para el segundo asalto? —me dice riéndose.

De pronto me sienta en su regazo y me besa despacio, hasta dejarme sin aliento.

—Vas a tener que espabilar para seguirme el ritmo, abuelo —susurro, en broma, y se ríe.

—Te arrepentirás de eso, cariño. —Me muerde el labio inferior y la sangre se me enciende de nuevo en las venas.

—Oblígame —susurro, y no tardo en volver a perderme en su abrazo.

Sean cuales sean las decisiones difíciles que debamos tomar en el futuro, ahora estamos juntos otra vez, y es lo único que necesito en estos momentos.

Capítulo 6

Tessa



Acepto el trabajo en Ambrose Foundation. No tengo ni idea de cómo voy a poder compaginarlo con mis estudios en el *college*. Ya estoy retrasada, pero, habida cuenta de que Hugh Ambrose figura en mi lista de sospechosos, no puedo dejar pasar la oportunidad de acercarme más a él para averiguar información.

—Qué buena noticia —me dice, entusiasmado, cuando le llamo para comunicárselo—. Sé que encajarás en el equipo a las mil maravillas. Priya, nuestra directora de recaudación de fondos, todavía habla de algunas de tus ideas del otro día.

—Me muero de ganas —respondo, y hablo en serio—. Aunque tendré que trabajar en remoto desde Oxford mientras siga teniendo conferencias y seminarios.

—Lo que necesites —me dice Hugh de inmediato—. Podremos hacerlo.

—¿Y si empiezo redactando una propuesta real sobre mi plan para utilizar a los *influencers* en redes sociales para expandir la divulgación de nuestras iniciativas? —sugiero. Cuando comenté la idea en persona, todos se mostraron entusiasmados—. Podría pasarme por la oficina a finales de esta semana para hablarlo en persona.

—Suena genial —conviene Hugh—. Te enviaré toda la documentación necesaria para que te incorpores y le pediré a los informáticos que te abran todas las cuentas necesarias. ¡Bienvenida!

—Gracias por darme la oportunidad —respondo—. Confío en que podamos marcar la diferencia de verdad.

Y descubrir si oculta un lado oscuro.

Paso el resto de la semana en Oxford con Saint, poniéndome al día con mi carga académica y preparando la presentación para Hugh y su equipo. Estoy dividida. Hugh me parece un tipo estupendo y su fundación realiza un gran trabajo, apoyando proyectos benéficos por todo el mundo. Pero no puedo confiar en su afable sentido del humor ni en sus buenos actos, al menos hasta descubrir si tiene una buena coartada para la agresión de Wren. Es igual de poderoso que el resto, me recuerdo a mí misma mientras me documento en internet, ampliando mis archivos. Lionel, su padre, el político, está a pocas semanas de convertirse en primer ministro, si creemos lo que dicen las encuestas. Hugh tiene riqueza y contactos, además del tatuaje de la serpiente y la corona.

Y mucho que perder.

¿Tanto como para enviar a un abusón anónimo a amenazarme? Me estremezco al recordar mi ataque, del que escapé de milagro. Aún conservo los hematomas, ya medio borrados, en la caja

torácica de cuando alguien me quiso intimidar para que dejara de investigar a la Sociedad Blackthorn. No se trata de un juego. Esta gente hará cualquier cosa para ocultar sus delitos. Pero no puedo parar ahora. Estoy acercándome a la verdad.

Acercándome a poder vengar la muerte de mi hermana. Porque quien le hizo daño —quien la drogó, la secuestró y le hizo Dios sabe qué atrocidades en aquella celda— es, sin duda, el culpable de su suicidio. Es él quien la rompió por dentro y le hizo caer en esa espiral autodestructiva. Destruyó a la mujer feliz y esperanzada que iba a cambiar el mundo con su investigación en medicina; me quitó a mi adorada hermana. A mi protectora. A mi amiga.

Y sea quien sea, pienso hacerle pagar por ello.

—Tu primer día en un trabajo nuevo… —La voz de Saint se cuela entre mis pensamientos—. Creo que debería haberte regalado un maletín para celebrarlo.

Miro hacia él. Vamos a bordo de uno de los primeros trenes de la mañana del viernes rumbo a Londres, con bolsas de viaje para pasar el fin de semana. Saint tiene que ir a ver a su familia, ahora que su padre está en recuperación, y yo llevo toda la semana escribiéndome con Priya y el equipo.

—No es un trabajo de verdad —puntualizo, mientras el paisaje se escurre veloz al otro lado de las ventanillas—. Solo lo uso para acercarme a Hugh.

—Y porque te gusta la causa —me recuerda Saint con una mirada cómplice—. Te recuerdo que te vi la cara después de la entrevista. Te encantó el equipo, y te encantó la misión. De no ser así, no te habrías esforzado tanto esta semana en hacer la presentación.

—Vale, puede que un poco de ilusión sí que me haga —reconozco—. Ambrose Foundation es una gran organización.

—Pues cuando descartemos a Hugh, te lo pasarás muy bien trabajando allí —me responde Saint alegremente, mirando su teléfono.

Vuelvo a sentir esa punzada de inquietud. Porque, dentro de poco, tendremos que descubrir la verdad sobre cuál de sus amigos de la infancia es en realidad un monstruo, y cuando ese día llegue… Bueno, no sé si Saint está preparado aún para afrontarlo. Dice que está de mi lado y que me ayudará a descubrir la verdad cueste lo que cueste, pero, ahora mismo, son todo sospechosos e hipótesis. Es fácil contar con su apoyo cuando el culpable sigue siendo un misterio.

Pero ¿podrá mirarlo a los ojos y renegar de él, después de décadas de amistad?

—¿Estás nerviosa por la presentación? —me pregunta—. Lo harás genial, no te preocupes.

—¿Has sabido ya algo de Sebastian Wolfe? —le pregunto, cambiando de tema para abordar a otro de los sospechosos de la lista—. Dijiste que tal vez volviese al país este fin de semana.

—Acaba de escribirme, llegó anoche con Avery —responde Saint—. Le he sugerido cenar hoy. Van a ver si tienen mucho *jet lag* y me dirán algo. Pero nos reuniremos este fin de semana —añade.

Asiento con la cabeza, satisfecha de comprobar que nuestro planes por fin despegan. Ha estado carcomiéndome la impaciencia, y tengo ganas de precipitarme y exigir saber la verdad, pero sé que este secreto está muy bien enterrado. Van a hacer falta paciencia y estrategia para desenmascarar al culpable de lo que le sucedió a Wren.

—Comunícamelo cuando sepas algo, por favor —le pido, mientras los campos abiertos del exterior van dando paso a las afueras de Londres. Pronto llegaremos a nuestro destino—. Me pasaré todo el día en la fundación, después iré a tu casa en Kensington.

—Eso es. Lo que me recuerda. —Saint me ofrece una llave—. Esta es de la casa, y también te enviaré por mensaje los códigos de seguridad.

No puedo evitar sonreír con satisfacción al pensar en lo rápido que han mejorado mis

condiciones de vivienda, de compartir un mugriento piso de estudiantes a habitar la lujosa propiedad de Saint.

—¿Seguro que no tienes algún otro inmueble que añadir a la colección? —bromeo mientras me la adjunto al llavero, junto con la otra llave nueva de su vivienda en Oxford—. ¿Una segunda vivienda en París, quizá? ¿Un escondite en Bermudas?

—Bueno, ahora que lo mencionas —me dice con una sonrisa—, sí que tenemos alguna propiedad en Escocia, y una casa familiar en la Provenza…

—Claro, naturalmente —bromeo. A veces se me olvida que Saint es Anthony St. Clair, futuro duque de Ashford y heredero de una fortuna farmacéutica—. ¿Pasarás el día en la oficina?

Asiente con reticencia.

—Mi padre todavía se está tomando las cosas con calma, así que veré qué puedo hacer por echar una mano en la central.

—Eres un buen hijo —le digo, y suelta una carcajada amarga.

—Eso díselo a mi madre. Lleva toda la semana insistiendo para que arrime el hombro y me implique más en la empresa.

—Bueno…, pues yo sí estoy orgullosa de ti —aclaro—. Ashford financiaba la investigación de Wren sobre el alzhéimer, así que, sea lo que sea lo que se trae ahora entre manos la empresa, estoy segura de que será por una buena causa. Para ayudar a la gente. Y evidentemente mi opinión es la única que importa, así que…

Vuelve a reírse, pero advierto el miedo en su mirada. Sé que tiene una dinámica turbulenta con su familia. Ha pasado años intentando resistirse a las responsabilidades que de pronto recayeron sobre sus hombros tras la muerte de su hermano mayor; sé también que el reciente problema de salud de su padre ha hecho que esa responsabilidad pese más todavía.

—Lo harás genial —le aseguro, conforme el tren aminora la marcha y se aproxima a la estación—. Creo en ti.

—¿Esa no era mi frase? —Saint coge nuestras bolsas de viaje.

—Me aseguraré de acreditarte en las notas a pie de página —respondo con un guiño.

Encamino mis pasos hacia las oficinas de Ambrose Foundation, ubicadas en una zona chic del este de Londres, en un bullicioso almacén reconvertido y lleno de oficinas diáfanas y llamativas obras de arte. Hugh va a pasar toda la mañana fuera, en reuniones, según me informan, así que puedo dedicarme a terminar de rellenar todos los papeles de recursos humanos para la incorporación y a preparar mis notas para la gran presentación.

—¿Preparada? —me pregunta Priya al detenerse junto a mi mesa para recogerme. Tiene cuarenta y tantos años y es una mujer resuelta y decidida a la que sé que tengo que impresionar. Sobre todo porque Hugh me contrató de la noche a la mañana por capricho, porque resulta que salgo con Saint.

—¡Sí! —Me pongo en pie de un brinco y agarro mi carpeta de notas—. Preparada.

Al menos, espero estarlo.

—Estamos arriba, en la sala de conferencias —me indica, guiándome escaleras arriba—. Aquí es todo muy informal —agrega, probablemente al ver el terror en mis ojos—. No tienes que hacer una presentación deslumbrante ni nada por el estilo. Solo charlar con nosotros, cuéntanos lo que piensas y cómo podemos poner en marcha el plan.

Asiento con la cabeza y empiezo a relajarme un poco. Priya me presenta al resto del equipo de recaudación de fondos, otras cuatro personas que parecen amables. Después me miran expectantes. Tomo aliento y empiezo:

—Bueno, he estado elaborando un plan de acción, centrado en vuestra próxima campaña, sobre la iniciativa para tener agua limpia…

Sigo hablando, adquiriendo seguridad en mí misma conforme veo las expresiones de interés en sus caras. Hugh me contó que la fundación ha estado bastante anticuada en cuanto a su enfoque para recaudar fondos, recurriendo a elegantes cenas de gala y subastas benéficas para la alta sociedad con el fin de recaudar pasta a raudales, pese a que, a menudo, esa clase de eventos cuesta una generosa porción de los beneficios. Ahora está buscando un nuevo enfoque. Le sugerí echar un vistazo a vías más modernas y juveniles para despertar concienciación y también recaudar dinero, utilizando a los *influencers* en redes sociales y asociándonos con ellos en campañas para llegar a su público.

—He elaborado listas de *influencers* a los que deberíamos dirigirnos —explico mientras reparto los materiales que he preparado—. Los primeros diez nombres de la lista combinados llegan a más de veinte millones de seguidores.

—¿Veinte millones? —repite Priya, impresionada—. Esos son más ojos de los que tendríamos en una campaña publicitaria a nivel nacional.

—Y por mucho menos dinero —convengo—. Ya me he puesto en contacto con ellos para pedirles sus tarifas de patrocinio y, sinceramente, creo que podemos lograr que la mayoría lo haga gratis. A ellos les hace quedar bien —añado—. Conciencia social, una misión benéfica. Todos ganan.

—A mí me parece fantástico.

Miro hacia allá y veo a Hugh en el umbral de la puerta, sonriendo.

—Parece que has arrancado por todo lo alto —comenta, y los demás emiten sonidos apreciativos.

—Deberías seguir por ahí —me dice Priya—. Y mantenme informada. Ya me dirás qué necesitas para llevarlo a cabo.

Termina la reunión y yo me siento resplandeciente de orgullo…, también de alivio, por no haber quedado como una idiota en mi primer día en la oficina.

—Sabía que serías de una gran ayuda para el equipo —comenta Hugh mientras se me acerca —. ¿Qué te hizo cambiar de opinión para aceptar el puesto?

—Bueno, es por una gran causa —respondo vagamente. No pienso decirle que él es uno de los sospechosos de mi investigación, de modo que me limito a sonreír—. Tú me convenciste.

—Sí que puedo llegar a ser muy persuasivo —conviene Hugh sonriendo.

Luce una melena rubia oscura y revuelta, y desprende una energía ligeramente *nerd*, con unas gafas de montura dorada y una camisa. Siempre me ha parecido el más simpático de los amigos ricos de Saint, discreto y sincero; sin embargo, ahora lo veo con otros ojos, busco algún indicio de que pueda llevar una doble vida.

—¿Qué tal va todo? —le pregunto, amistosa, mientras regresamos hacia mi mesa. Me detengo, ofreciéndole una sonrisa expectante. La única razón por la que estoy aquí es forjar una amistad con él y descubrir lo más posible—. No te he visto desde… Fue en la fiesta de Blackthorn, ¿verdad?

—Sí —confirma con gesto afirmativo—. Fue una noche divertida.

—Sí que lo fue —convengo—. Aunque… Supongo que me esperaba algo más de la gran Sociedad Blackthorn.

Suelta una carcajada.

—Resulta que las sociedades secretas pueden ser bastante comunes y corrientes —me dice, bajando la voz en tono confidencial—. Pero hacemos creer a los demás que vivimos aventuras

salvajes para que piensen que molamos mucho más de lo que en realidad molamos.

Sonrío.

—Fue una reunión normal, ¿verdad? —pregunto con tono distendido—. ¿Acudes a muchos eventos así?

—Debería —responde poniendo una mueca de dolor—. Mi padre no para de decirme que son importantes para el legado y la tradición, pero, si te digo la verdad, a mí me resultan un poco encorsetados. Aun así, son ocasiones magníficas para hacer negocios —añade, señalando con la cabeza el entorno que nos rodea—. Casi todos nuestros donantes más generosos son miembros de la sociedad, así que esos eventos no son más que una herramienta para establecer contactos. Al menos eso es lo que me digo a mí mismo cuando me veo atrapado hablando sobre los resultados del críquet con Humphrey Hewton-Littlegate, clase del 64 —agrega con una sonrisa.

Me río con él.

—Por eso es genial que estés aquí —me dice con una sonrisa amistosa—. Vas a cambiar las cosas en la fundación, ya lo estoy viendo. Además, no debería decirlo, pero nunca había visto a Saint tan feliz —añade—. Que se presente a una de esas reuniones ya es una rareza en sí misma, pero ¿que lo haga con una sonrisa en la cara? Inaudito. Sea lo que sea lo que hay entre vosotros, espero que salga bien.

—Gracias. Yo también —convengo. Me doy cuenta de que me está vibrando el teléfono sobre la mesa y miro el número.

—Hablando del rey de Roma. ¿O debería decir el Santo…?

Hugh sonríe.

—Dile que me debe una partida de *squash* —dice Hugh, y me deja para que responda al teléfono a solas.

Descuelgo.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Saint de inmediato—. Seguro que los has dejado con la boca abierta.

—Ha ido bien… —respondo mirando a mi alrededor—. Mejor que bien.

—Esa es mi chica.

Su elogio me provoca un intenso calor por todo el cuerpo.

—¿Y tú? ¿Qué tal en Ashford? —pregunto.

—Lo de siempre —responde con un suspiro—. Informes, datos financieros, decepción y comentarios pasivo-agresivos sin fin.

—Bueno, siempre y cuando te lo estés pasando bien —le digo en broma, y se ríe.

—Me ha respondido Seb. Esta noche pueden quedar a cenar.

—¿En serio? —Siento un pellizco de expectativa—. Qué bien.

Saint no parece tan entusiasmado, pero continúa:

—Así que te recogeré en casa después del trabajo e iremos juntos en coche al restaurante para reunirnos allí con ellos.

—Trato hecho —le digo, y ya empiezo a buscar en mi cabeza posibles formas de abordar el tema.

—Y te he enviado una cosita —agrega Saint en tono críptico—. Disfruta.

Cuelga el teléfono antes de que pueda preguntarle nada más. Qué misterioso. Miro a mi alrededor, preguntándome si me habrá enviado flores, pero no noto nada extraño. Me encojo de hombros, vuelvo al trabajo y me paso una hora redactando los siguientes puntos del plan que he presentado. Pero, cuando me detengo para tomar un café a media tarde, me sorprende ver una cara familiar que atraviesa la oficina.

—Tessa. —Imogen, la prima de Saint, me saluda con besos al aire en ambas mejillas.

—Hola —digo, sorprendida—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás planeando una fiesta de recaudación de fondos con Hugh?

Imogen tiene veintimuchos años, es elegante y sofisticada, y dirige una exitosa empresa de planificación de eventos.

—Qué va —responde directamente, pasándose una mano por la lustrosa cabellera rubia—. Me pareció que ya era hora de que nos conociéramos un poco mejor. Además, Saint me ha dicho que estabas en la ciudad y que te vendrían bien mis conocimientos de experta en moda —añade Imogen, que ya me conduce hacia la salida—. Incluso me ha dado su tarjeta de crédito, así que el cielo es el límite.

—Estás de broma. —Me detengo en seco, un poco ofendida. ¿Saint cree que debo cambiar mi manera de vestir?

—Cielo, nunca bromeo cuando se trata de moda —contesta Imogen con una sonrisa.

Sacudo la cabeza, todavía desconcertada.

—Lo siento, pero… no puedo gastarme su dinero. Sería demasiado *Pretty Woman* para mí.

Imogen enarca una ceja perfectamente depilada.

—Así que tienes un vestido de cóctel para la cena de esta noche, y un modelito para jugar al tenis, por si acaso Max y Annabelle deciden organizar un partido de dobles este fin de semana, y otros dos o tres vestidos de gala, porque, madre mía, los St. Clair tienen una vida social de lo más ajetreada, y luego, claro está, tenemos las comidas para recaudar fondos…

—Vale, vale —la interrumpo cuando entiendo a qué se refiere. Puede que mi vestuario de estudiante universitaria informal no encaje en el aristocrático mundo de Saint. Y, si quiero intentar pasar desapercibida y no llamar la atención sobre mi investigación…—. Cuando dices que el cielo es el límite, ¿qué clase de límite tiene su tarjeta de crédito? —pregunto, llevada por la curiosidad.

—Ahora empezamos a entendernos —responde Imogen con una sonrisa cómplice.

Imogen pide un coche y nos lleva a visitar las exclusivas *boutiques* de Bond Street. Solo con mirar a través de los escaparates, me doy cuenta de que están muy por encima de mi presupuesto, con suelos lustrosos, muebles de lujo y dependientas altaneras. Pero, claro, Imogen se siente como en casa. Entra en la primera tienda como si nada, fijándose en los expositores, y llama a una estilista para que le muestre algunos conjuntos; estilista a la que, evidentemente, conoce por el nombre.

—Samantha, hola —le dice mientras echa un vistazo a las prendas colgadas—. ¿Puedes enseñarnos algo de la nueva colección para mi amiga? Esas preciosas prendas de seda, por ejemplo. Creo que el azul marino le sentará de maravilla a su tono de piel.

—¿Con toques de tonos joya, quizá? —sugiere la chica con pasión.

—¡Sí, exacto! —exclama Imogen—. Tessa, ¿qué talla tienes?

—Mmm, en los Estados Unidos tengo una ocho, pero no sé cuál es la equivalencia aquí —respondo, un poco abrumada por la rapidez de su conversación.

—No te preocupes. Sam lo averiguará. Es un genio. —Imogen sigue seleccionando ropa y, poco después, estoy metida en un suntuoso probador evaluando media docena de conjuntos.

Me detengo a echar un vistazo a las etiquetas y casi me desmayo. ¡Solo una de las blusas cuesta más que todo el dinero de la beca de un semestre!

—¿Cómo andas de ropa de abrigo? —me pregunta Imogen a través de las gruesas cortinas de terciopelo.

—¿A qué te refieres? —respondo antes de respirar hondo. Ha sido Saint quien se ofreció a pagar por este cambio de vestuario, me recuerdo a mí misma. De hecho, insistió en que lo hiciera.

—Abrigos, chaquetas, capas… —Imogen abre las cortinas sin ninguna ceremonia y me mira vestida con los pantalones que me estoy probando.

—¿Capas? —repito, perpleja.

—Ya sabes, para la ópera y eventos formales. Sí y sí —añade, acercándose para abrocharme bien los botones de la espalda de mi camisa de seda—. Me encanta. Ahora pruébate el rojo.

—Un momento —le digo, levantando una mano para frenarla—. ¿No podemos parar un momento? O, por lo menos, ir a un ritmo de persona, y no esta velocidad ultrasónica que llevas.

Imogen se detiene y me dedica una sonrisa arrepentida.

—Perdona. Sé que a veces soy un poco… eficiente. Deformación profesional. Cuando tienes que construir dieciséis cenadores de rosas y una novia asustada que entra en pánico por culpa de la polla descarriada de su prometido, tiendes a resolver los problemas con mucha celeridad.

Le devuelvo la sonrisa.

—Bueno, ¿por qué no te sientas y disfrutas del champán y las pastas? —le sugiero, contemplando el surtido que nos ha traído alguna dependienta—. Ah, y háblame un poco más de esa polla descarriada. Tengo aquí casi media tienda, así que me va a llevar un buen rato —agrego.

Imogen se ríe y procede a acomodarse en el mullido sofá.

—Bueno, pues todo empezó en la cena de ensayo —me cuenta, y pasa a relatarme la historia de sus últimos clientes, que tuvieron una crisis (además de hacerse un trío con la dama de honor) pocos días antes del gran día.

—No llegaron a casarse, ¿verdad? —pregunto, asombrada, mientras retiro la cortina y salgo con otro modelo. Este es un largo vestido liso de seda de un azul oscuro. Brilla como el petróleo untuoso bajo la luz, y he de admitir que me encanta.

—Ay, claro que sí —responde Imogen, levantándose para ayudarme a ajustar los exiguos tirantes—. ¿Con la cantidad de dinero que se había gastado esa familia en el fin de semana? No podían cancelarlo. Corre el rumor de que la amiga especial se fue con ellos de luna de miel.

Se echa hacia atrás y da su aprobación con un gesto de cabeza.

—Este también nos lo quedamos.

Trago saliva. Nos estamos quedando con un montón de prendas carísimas, y, aunque se supone que puedo usar la tarjeta de crédito de Saint a discreción, no puedo evitar sumar el total, y la cifra que obtengo me deja boquiabierta.

Imogen debe de ver el pánico en mi mirada, porque sonríe.

—No te preocupes —me dice—. Se lo puede permitir.

—¿Seguro? —me aventuro a preguntar.

Ya hemos seleccionado tres vestidos de gala, dos vestidos de cóctel y un montón de pantalones y jerséis elegantes, por no mencionar la pila de botas y accesorios que ha reunido Imogen… Aquí debe de haber más de cincuenta mil libras en ropa, desperdigada como si nada por el probador.

—¿De verdad no lo sabes?

Al darme la vuelta, Imogen me está mirando con curiosidad.

—¿Saber qué? —respondo.

—Los St. Clair están forrados —me explica, como si tal cosa.

—Sí, pero Saint no es más que un profesor de universidad —le rebato—. Es académico y…

—Y tiene un fideicomiso de ocho cifras que heredó cuando cumplió veinticinco años —concluye Imogen por mí—. Y eso es solo el principio. Sé que le gusta ir por la vida como si fuera uno de esos poetas libertinos sobre los que enseña. Ya sabes, persiguiendo tan solo la pasión y el placer, pero es el heredero de una de las fortunas más antiguas e importantes del país. Y luego tenemos Ashford Pharma… —Se encoge de hombros—. Mira, ya sé que a los británicos no nos gusta nada hablar de dinero, pero deberías saber cuál es la situación. Sobre todo si la cosa va en serio entre vosotros.

Tomo asiento mientras proceso sus palabras. Siempre he sabido que Saint tenía dinero, pero de un modo vago y lejano. No tenía ni idea de lo que suponía eso en realidad.

—¿Qué más debería saber? —pregunto al cabo—. Sobre Saint, quiero decir. Tú lo conoces mejor que nadie, y Dios sabe que no endulzas las verdades —añado.

Imogen es la viva estampa de una debutante de la alta sociedad, pero también posee una inteligencia y un ingenio que admiro. De ella puedo esperar algo más que la típica conversación insustancial.

Imogen da un sorbo de champán y me evalúa, pensativa, con la mirada.

—Bueno, seguramente estés al tanto de que le gustan las estudiantes ingenuas.

—He oído historias —respondo con gesto afirmativo—. En Ashford tiene una reputación.

—Y bien merecida. Le gusta la variedad. Aventuras frescas, nuevas conquistas —continúa Imogen, poniendo los ojos en blanco—. No me malinterpretes. Lo quiero como a un hermano, pero nunca ha tenido una relación de la que no haya salido huyendo. Hasta que has llegado tú —agrega con cierta curiosidad en la voz—. Ahora parece distinto. Está claro que tú sabes controlarlo, solo le falta la correa —bromea.

Entonces me viene a la mente el club de sexo al que me llevó, y la mujer que llevaba a su pareja con una correa como si fuera un perro. Me atraganto y se me escapa un poco de champán.

—Perdona —le digo mientras me recupero—. No es nada.

Imogen parece tan refinada y correcta que no pienso escandalizarla contándole nada sobre el lado más salvaje de Saint.

—Sé que las cosas con su familia son complicadas —añado, buscando más información—. Después de lo de Edward…

Imogen asiente y se le entristece el gesto.

—Saint lo adoraba. Todos lo adoraban. Edward era uno de los buenos, y cuando murió en Afganistán… Nadie supo cómo lidiar con ello. De un día para otro, todo cambió, en especial para Saint. Nunca había esperado heredar el título, y creo que aún no se hace a la idea de lo que eso significa.

—Robert, su hermano pequeño, parece más adecuado para ese papel —comento—. Saint dice que ya trabaja en Ashford Pharma y ayuda con los asuntos familiares. ¿Por qué no puede ocuparse él de los deberes oficiales?

Imogen me dedica una sonrisa triste.

—No funciona así. Por desgracia, la herencia de los Ashford queda limitada a los varones primogénitos. Saint es ahora el hijo mayor, así que será él quien lo herede todo. Le guste o no.

—Pues no me parece justo, para ninguno de los dos. —Frunzo el ceño.

—Bienvenida al maravilloso mundo de la aristocracia británica —responde Imogen con una sonrisa irónica—. Me temo que la justicia y la igualdad no figuran en el menú.

Asiento mientras trato de asimilar la información. Para mí, Saint no solo proviene de otro país, sino de otro mundo totalmente distinto. Un mundo en el que los derechos de nacimiento y el legado parecen sellar el destino de esas personas desde el momento en el que nacen.

—Su madre… —empiezo a decir, reticente. Imogen me mira—. Parece que no le gusto mucho.

—A la tía Lillian no le gusta nada, salvo Chanel, los concursos de saltos de hípica y su jauría de perros *schnoodle* —bromea Imogen—. No le des mucha importancia.

—Digamos que me hizo una advertencia para que no saliera con Saint —explico, al recordar la escena del hospital, y la determinación dibujada en su gesto.

—Ya me imagino. —Imogen se fija en mi expresión y se relaja—. Mira, en este mundo, el matrimonio se sigue viendo como una especie de… fusión comercial —declara—. Claro, ya nadie nos obliga a casarnos, ni redacta contratos matrimoniales cuando aún estamos en la cuna, pero aún existe mucha presión por tomar la decisión correcta. Escoger a la persona correcta, de la familia correcta, con el pedigrí correcto, que resulte ventajosa para todos. Por algo será que Max Lancaster se va a casar con una aristócrata como Annabelle, que es trigésima octava en la línea de sucesión al trono inglés, y por algo será que ella se va a casar con él: por miles de millones de libras, concretamente. No es solo el amor de juventud. Tú eres una forastera, no tienes dinero ni linaje —prosigue Imogen—. Eres la última persona que querrían para él.

—Vaya…, pues qué bien —comento secamente, y ella se ríe.

—Verás, a Saint le dan igual esas chorradas. Así que, si las cosas entre vosotros van bien, no te preocupes por la opinión de Lillian.

—¿Y qué me dices de ti? —pregunto, llevada por la curiosidad. Imogen no ha mencionado tener pareja ni vida romántica—. ¿Alguna fusión comercial en el horizonte?

—Yo prefiero construir mi propio imperio —responde con una sonrisa arrogante.

—El negocio de la planificación de eventos.

—Eso es. Organización de eventos inmersivos —explica, y un destello de intriga muda su rostro. Pero no es más que un instante fugaz, luego desaparece—. Ya sabes, meriendas con té y fiestas de gala. Todo muy aburrido —añade enseguida—. Nada nuevo.

Algo me dice que una mujer tan lista como Imogen no invertiría su tiempo en algo así de aburrido, pero ya ha seguido adelante con la conversación.

—Creo que aún nos da tiempo a probarnos un par de conjuntos más —declara alegremente mientras me hace entrega de una elegante blusa—. Y luego será mejor que te lleve de vuelta con Saint a tiempo para la cena.

—Claro. Es verdad. —Sigo sus órdenes y me pruebo las últimas prendas, pero ya estoy pensando en el encuentro que me espera esta noche con Sebastian Wolfe.

Me recorre un escalofrío nervioso al preguntarme cómo será ese hombre. Todo lo que he leído sobre él me indica que es alguien difícil de tratar. Poderoso. Frío.

Despiadado.

Pero Saint jura que es su amigo más íntimo y que no cree que fuera él el responsable de la agresión a mi hermana.

¿Quién es ese hombre? ¿Será él quien le hizo daño a Wren?

Capítulo 7

Tessa



—Si hubiera sabido que ibas a ponerte así de guapa, habría insistido en que nos quedásemos en casa —murmura Saint mientras desliza una mano por la parte baja de mi espalda cuando llegamos al restaurante esa noche.

Me sonrojo, incapaz de ignorar el calor que me recorre solo con sentir la palma de su mano acariciando mi piel desnuda.

—¿Apruebas entonces mis dispendios en ropa? —pregunto con actitud coqueta.

—Los apruebo sobremanera —responde entre risas.

—Pues aún no has visto la lencería que me he comprado —le susurro, haciéndole expulsar el aire con fuerza.

—Ahora me lo tienes que decir… —Me devora con la mirada, como si estuviera tratando de ver a través del vestido de seda azul por el que he acabado decantándome para la cena, conjuntado con unas sandalias de tiras. Llevo el pelo suelto, en bucles amplios, y el efecto es elegante pero informal. O al menos eso espero. Desde luego a Saint parece gustarle el conjunto, porque se inclina para susurrarme al oído—: ¿No te han dicho nunca que está muy feo ser una calientapollas?

—Tómatelo como un ejercicio de paciencia —respondo, sonriendo.

Me abre la puerta y entramos. Se trata de un bullicioso restaurante japonés de lujo, con iluminación tenue de neón y barras elegantes. Los demás comensales son todos jóvenes y tremendamente glamurosos, y doy gracias mentalmente a Imogen por haberse asegurado de que escogiera el vestido correcto para la velada.

—Señor St. Clair. —La *maître* se acerca y lo saluda por su nombre—. Por favor, síganme. Son los primeros en llegar.

Dejo escapar el aire. Bien. Mis nervios respecto a esta cena han ido en aumento durante toda la tarde, pero ahora que estamos aquí, me siento a punto de explotar.

¿Cómo narices voy a poder hacer esto?, me pregunto mientras los sigo hacia la mesa, situada en un reservado, claramente destinado a los VIP. Quería mirar cara a cara a ese hombre, pero ¿qué le voy a decir?

«Oye, por casualidad, ¿el año pasado no secuestrarías y agredirías tú a mi hermana?».

No acabo de verlo.

Saint me sujeta la silla, después posa la mano sobre mi hombro mientras me siento.

—Relájate —murmura—. No es más que una cena.

Salvo que no lo es. Para mí no. El riesgo es cada vez mayor, y cuanto más voy descubriendo

más me pregunto quién habría sido capaz de un ataque tan cruel y premeditado.

La persona a la que estoy buscando es un monstruo. Y se esconde a la vista de todos.

—Aquí estás —anuncia una voz a nuestra espalda, y entonces llega Sebastian, alto e impecablemente vestido con un traje a medida—. El pecador en persona. —Arrastra a Saint para darle un abrazo y darse palmadas en la espalda, y entonces ambos se ríen, como los viejos amigos que claramente son. Luego se vuelve hacia mí—: Y tú debes de ser la famosa Tessa. —Me mira de arriba abajo, con unos ojos azules y fríos. Guarda cierto parecido con Saint, de pelo oscuro y rasgos aristocráticos bien definidos, pero en Sebastian todo parece más afilado. Más duro. Como si estuviera tallado en piedra—. Es un placer conocerte —me dice—. Saint apenas me ha hablado de ti, pero el hecho de que nos reunamos aquí resulta de lo más significativo.

—Yo también me alegro de conocerte —respondo, estrechándole la mano.

Siento curiosidad por saber por qué este lugar es tan especial, ¿dónde si no esperaba que nos fuesen a presentar? Pero no me da tiempo a darle muchas vueltas a esa idea antes de que Sebastian me presente a su esposa, Avery. Es unos pocos años más joven que yo, pero me resulta intimidante, vestida con unos vaqueros negros y botas robustas; con el delineador de ojos negro y algo corrido, transmite una energía de chica dura. Pero es evidente que están locos el uno por el otro, Sebastian no para de tocarla, apoya una mano en su hombro, le estrecha la suya…, incluso cuando se sientan.

—Ya os lo advierto, no sé cuánto tiempo vamos a aguantar —anuncia Seb—. Anoche llegamos de Miami.

—A él no le pasa nada —agrega Avery con una sonrisa cómplice—. Soy yo la que no está acostumbrada a los cambios de zona horaria y al *jet lag*.

—¿Eres estadounidense? —le pregunto, satisfecha al reconocer un acento familiar—. ¿De dónde?

—Nueva York —responde, sonriente, pero su mirada es afilada y directa. Me doy cuenta enseguida de que nada se le escapa.

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunto, haciendo un esfuerzo por parecer amable y distendida. Al fin y al cabo, se supone que estamos en una cena distendida entre viejos amigos, no en la Inquisición española.

Avery y Sebastian se miran.

—Ah, pues… nos presentó un amigo en común —responde él, sonriente—. Luego Avery acabó en Inglaterra y… fuimos intimando.

—Se refiere a que me ganó en una partida de póquer, después de que yo jurase que le destruiría la vida —comenta Avery con dulzura antes de dar un sorbo a su copa de agua—. Cosa que hice. Pero al final también acabamos enamorándonos.

—Ah… —respondo, perpleja—. Vale… La leche.

Miro hacia Saint, pero él se limita a sonreír, encantado con la anécdota. Está claro que disfruta con todo este drama.

—¿Y vosotros? —pregunta Avery con visible curiosidad.

—Nos conocimos en Oxford —respondo enseguida, porque no pienso ser tan brutalmente franca respecto a lo que de verdad nos unió—. Estudio allí.

—Soy su profesor —explica Saint con una mueca de suficiencia—. Entró en mi seminario y se puso a flirtear conmigo sin vergüenza. No pude resistirme.

—¡No es verdad! —protesto—. De hecho fue bastante gilipollas, me mangoneaba —les cuento, y Saint se carcajea—. Así que le dije lo que pensaba de esa tontería de ir de intenso por la vida.

—¿Soy intenso? —me pregunta, sonriendo.

—Ya lo sabes. —Le devuelvo la sonrisa.

Se ríe, y no puedo evitar sonreír también. Cuando por fin vuelvo a mirar a Sebastian y Avery, nos están observando con visible curiosidad.

—Bueno… —dice al cabo Sebastian, y mira a Saint con una sonrisa de suficiencia—. Me parece de lo más interesante…

—Cuidado con lo que dices —responde Saint—. Confío en que te portes bien y no espantes a Tessa. Y lo mismo te digo a ti —le advierte a Avery, quien a su vez le dedica una sonrisa que es pura inocencia.

—¿Quién, yo? Si siempre soy una buena chica.

Saint tiene un ataque de tos y bebe un poco de agua.

—¿Pedimos ya? —sugiere, cambiando de tema súbitamente.

Se acerca el camarero y nos recomienda un surtido de platos de *sushi*, mientras yo me arrellano en mi silla tratando de averiguar qué energía me transmite todo esto. Salta a la vista que son buenos amigos.

Pero ¿cómo de buenos?

—¿Qué tal van las cosas por Ashford? —pregunta Sebastian—. ¿El decano del *college* sigue negándose a jubilarse?

—Seguirá al pie del cañón hasta que le dé un síncope en mitad del patio —responde Saint, y ambos se ponen al día, recordando a viejos amigos y profesores conforme va llegando la comida.

Yo sigo atenta la conversación, sonriendo, a la espera de una oportunidad para indagar un poco más.

—… Tendré que ver si anda por aquí —está diciendo Saint—. A ver si podemos juntarnos todos.

—Hace mucho tiempo que no estamos todos juntos en un mismo sitio —conviene Sebastian con gesto afirmativo.

—¿Alguna vez pasas por Oxford? —le pregunto a Sebastian alegremente.

—A veces —responde—. No soy de esos exalumnos que siempre andan acudiendo a eventos, pero sí que tengo algunos intereses empresariales por la zona, así que voy de vez en cuando.

Una respuesta imprecisa.

—Es una ciudad preciosa —continúo—. Pero he oído que está cambiando mucho, con tantas nuevas urbanizaciones. ¿Has estado hace poco?

—Hace tiempo que no.

Igual de impreciso.

Estoy tratando de encontrar la manera de rastrear sus movimientos cuando, de pronto, advierto que Avery me está mirando con expresión de curiosidad. Mierda. Me quedo callada, a la espera de que la conversación se centre en sus últimos viajes, antes de volver a probar suerte.

—¿Barbados? —observo cuando Avery describe la casa de la playa en la que pasaron unos meses para escapar del frenesí de la prensa tras el escándalo del año anterior—. En la fiesta de hace un par de semanas, estuve hablando con alguien sobre ese lugar —comento—. Ya sabéis, la gran fiesta de la Sociedad Blackthorn.

Saint parece divertido.

—¿Qué parte de «sociedad secreta» no te ha quedado clara? —me pregunta, y yo suelto una carcajada tímida.

—Ay, perdón. Es que he dado por hecho que Sebastian formaba parte del grupo.

—Yo no —aclara Sebastian antes de dar un trago al sake—. Mi sangre no es lo

suficientemente azul para gente como ellos —añade con una sonrisa amistosa.

—Y, cuando estábamos en Oxford, solo era asquerosamente rico, en lugar de estar forrado hasta resultar ofensivo —agrega Saint con una risotada.

—¿Qué puedo decir? —se justifica Sebastian con una sonrisa modesta—. El negocio va bien.

Yo también sonrío, pero en realidad me decepciona haber vuelto a fallar. ¿Cómo voy a conseguir las respuestas que busco de manera sutil?

—Disculpad —anuncio, poniéndome en pie—. Enseguida vuelvo.

Atravieso el restaurante en dirección al baño y me tomo unos minutos para recomponerme. Los aseos son igual de modernos que el resto del establecimiento, con lavabos bajos de hormigón e iluminación tenue e íntima. Me encierro en un cubículo y trato de pensar en una estrategia. Saint no me está ayudando en nada; salvo por la presentación, se comporta como si esta no fuese más que una simple reunión de viejos amigos.

«Salvo que accedió a dejar que llevaras tú la batuta», me recuerdo entonces.

Suspiro con la esperanza de que la noche no se haya echado a perder. Pero, al tirar de la cisterna y salir a la zona común del baño, me sorprende descubrir que Avery está esperándome allí.

—Hola —le digo, sorprendida. Está apoyada contra la pared, con los brazos cruzados, mirándome mientras me lavo las manos—. Me alegra ver a Saint poniéndose al día con viejos amigos —comento, distendida—. Oír todas esas anécdotas… Aunque me da la impresión de que no nos cuentan ni la mitad de los líos que se traían entre manos —añado con una sonrisa.

Avery no me devuelve la sonrisa. De hecho, su manera de mirarme me intimida, como si fuera una mujer capaz de darme una buena paliza y, además, estuviera más que dispuesta a hacerlo.

—¿A qué estás jugando? —me pregunta a bocajarro, con los ojos entornados.

Yo parpadeo. Se me dispara la adrenalina en el torrente sanguíneo, pero me obligo a comportarme con normalidad.

«Es imposible que sepa algo», pienso.

—Perdona —respondo, sin abandonar la sonrisa amable. «Cuando dudes, hazte la tonta»—. No sé a qué te refieres.

Me seco las manos y contemplo mi reflejo en el espejo, muy consciente de que Avery sigue con la mirada clavada en mí.

—Tú buscas algo —me dice muy despacio—. Y estás haciendo muchas preguntas para averiguarlo. Todavía no sé lo que es, pero no me trago esa actitud de curiosidad inocente.

Dejo escapar una risa nerviosa.

—En serio, no sé de qué estás hablando. Solo intento saber más sobre los amigos de Saint, eso es todo. —Me vuelvo para mirarla a la cara y le dedico una sonrisa radiante—. Con suerte, podremos salir todos juntos en el futuro.

Avery me mira con los ojos entornados, pero no dice nada más cuando salgo del cuarto de baño. Me sigue de vuelta a la mesa y, cuando ocupo de nuevo mi asiento, Saint me dedica una sonrisa.

—Estábamos decidiendo qué hacer con el postre.

—¿Qué hay que decidir? —pregunto—. La respuesta es sí, siempre.

—Eso pensaba —conviene Saint, estira el brazo y me aprieta la mano. Se inclina hacia mí y me susurra al oído—: Eso no significa que después no nos tomemos el postre juntos…

Me estremezco al notar el roce de sus labios.

—Ya te lo he dicho —murmuro con voz coqueta—. La respuesta es sí, siempre.

Saint se ríe y se acomoda de nuevo en su asiento. Se lleva mi mano a los labios y me besa los nudillos mientras me dirige una de esas miradas ardientes, pero, justo cuando estoy empezando a relajarme de nuevo, Avery anuncia a bocajarro:

—Creo que ya es hora de que os dejéis de tonterías y nos digáis qué está pasando.

Me quedo paralizada, e incluso Sebastian parece sorprendido.

—¿A qué te refieres? —le pregunta a su mujer con el ceño fruncido.

—Pregúntaselo a ellos. —Avery nos señala con la cabeza a Saint y a mí—. Traman algo. Y yo que pensé que nos conocíamos lo suficiente para ser sinceros, en lugar de andarnos con jueguecitos. Por lo menos, nosotros tres sí nos conocemos —agrega, dirigiéndome otra mirada larga y desconfiada.

—No es para tanto —responde Saint, que de inmediato trata de aliviar la tensión—. Hay una cosa que Tessa está intentando averiguar, y cabe la posibilidad de que…

—¿Tú tienes el tatuaje? —le pregunto a Sebastian directamente. Está claro que no tiene sentido seguir con sutilezas—. El símbolo de la serpiente y la corona.

Sebastian frunce el ceño, desconcertado, y responde:

—No.

¿Cómo?

—Pero si Saint me dijo que… —empiezo, y Sebastian levanta una mano para que le permita continuar.

—Me lo borré. No te ofendas —le dice a Saint con una sonrisa irónica—. Pero no es precisamente mi estilo.

—No me ofendo —dice Saint.

—¿Cuándo? —exijo saber, tratando de no desviarme del tema—. ¿Cuándo te lo borraste?

—Dinos por qué quieres saberlo —interviene Avery de nuevo. Me lanza una mirada desdeñosa—. Porque no me gustan los mentirosos, y tú has estado mintiendo desde que nos hemos sentado.

Le aguanto la mirada.

—Porque mi hermana fue secuestrada, torturada y Dios sabe qué más cosas a manos de un hombre que tenía ese tatuaje —respondo con igual fiereza—. Y estoy tratando de averiguar quién fue, de dentro del grupo.

Se hace el silencio.

Sebastian y Avery se quedan perplejos, por su parte Saint se aclara la garganta, visiblemente incómodo.

—¿Alguien quiere más sake? —pregunta, como si pretendiera hacer un chiste.

Ellos lo ignoran.

—¿Crees que fue Sebastian? —Avery se inclina hacia delante.

—Creo que está en la lista de sospechosos, y tengo que descartarlo —respondo sin dudar.

Me espero una reacción iracunda ante mi sugerencia, o incluso que se levanten y se vayan, pero en su lugar Avery asiente con parquedad.

—¿Cuándo? ¿Cuándo atacaron a tu hermana?

—Pues el año pasado, en otoño —les hablo del fin de semana en que sucedió, y Avery mira a Sebastian.

—Eso fue antes de conocernos —dice Avery, y él saca su móvil para mirar el calendario.

—Yo estaba en Nueva York por trabajo —explica, levantando la mirada.

—¿Puedes demostrarlo? —le pregunto.

—Tessa… —Saint me lanza una mirada furiosa, pero a mí ya me da igual resultar

maleducada.

Tengo que estar segura, sea como sea.

—¿Seb? —le insiste Avery, que parece que está de mi lado. O a lo mejor tiene prisa por quitarse este asunto de encima, pero, de un modo u otro, me vale.

—Un momento… —Seb busca en su teléfono, después me muestra la pantalla. Es una fotografía donde aparece en una alfombra roja, bien vestido. El pie de foto dice: «La alta sociedad de Nueva York acude a una representación de gala en el New York City Ballet». Hay una descripción de la lista de invitados y de la fecha—. Seguro que podré encontrar más fotos y pruebas de esa noche, si las necesitas. Mi historial de vuelos, y testimonios de los empleados.

Me recuesto y dejo escapar el aire. Las fechas coinciden. No fue él.

—¿Satisfecha? —me pregunta Avery con frialdad.

—Sí —respondo, tremendamente aliviada.

Es evidente que Saint siente aprecio por este hombre y se preocupa por su amistad. Me alegra que, a fin de cuentas, estuviera en lo cierto respecto a Sebastian.

—Gracias —agrego, contenta de que ya no sea sospechoso. Pero, cuando miro a Saint, me queda claro que a él no le ha hecho ninguna gracia.

Parece furioso y tiene la mandíbula apretada como si apenas lograse contener la tensión.

—Creo que es hora de irnos. —Se levanta y deja caer su servilleta—. Tessa.

No es una pregunta, sino una orden.

Mierda.

—Ha sido un placer conoceros —les digo mientras me pongo en pie y les dedico a ambos una sonrisa incómoda—. Bueno, salvo por la parte del interrogatorio. ¡Espero que volvamos a vernos pronto!

Saint me coge la mano y prácticamente me saca a rastras. Tengo que correr para seguirle el ritmo, pero no me dice ni una palabra, al menos hasta que salimos a la acera, frente al restaurante.

—Joder, Tessa —exclama, volviéndose hacia mí para dejar escapar su rabia—. ¿A qué coño estabas jugando?

—Estaba buscando respuestas —respondo, zafándome de su mano—. Como te dije que haría.

—¡Son mis amigos! —me grita, elevando el tono por la frustración—. Además, a Seb ya le han lanzado suficientes acusaciones falsas, joder. ¿Tanto te habría costado ser más discreta y sutil? —me pregunta pasándose una mano por el pelo.

—¡He intentado ser discreta! —me defiendo—. ¡Pero así no íbamos a ninguna parte! Así que he pensado que era mejor ser directa.

—E insultarlos a la cara —me acusa Saint; camina nervioso de un lado a otro.

—Pero ha funcionado, ¿no? —le rebato—. Podemos tacharlo de la lista.

—¡Pero solo porque es inocente! —exclama Saint, y sus ojos brillan en la oscuridad—. ¿Te crees que el verdadero agresor va a levantar las manos y a sincerarse? «Ay, sí, perdón, me has pillado» —se burla—. Tienes que ser más lista. ¡Por amor de Dios, tenía un plan!

—¿Y yo cómo iba a saberlo? —le pregunto acaloradamente.

—Porque este es mi mundo —me responde a gritos—. Son mis amigos, es mi vida la que estás destrozando. ¡Lo mínimo que podrías hacer es dejarme decidir cuál es la mejor dinamita que podemos usar antes de volarlo todo por los aires! —La voz de Saint reverbera en la noche, y nos quedamos allí parados, en silencio, con la respiración acelerada.

Su mundo…

Con una punzada de dolor, de pronto me doy cuenta de lo mucho que le estoy pidiendo. Que

se ponga en contra de aquellos en quienes confía, que les mienta y los interrogue, que me ayude a descubrir la verdad.

Y no ha vacilado, ni por un momento.

—Lo siento —susurro, salvando la distancia que nos separa—. Sé que esto es difícil para ti. Tener que elegir un bando, decidir a quién quieres serle fiel…

—¡Es que no lo es! —me grita, apretando los puños en los costados, con el cuerpo crispado por la tensión—. Eso es lo que más me jode. Porque no me resulta difícil elegir. Ni por un segundo. Te elijo siempre a ti.

Tomo aliento de forma brusca y me quedo mirándolo en la acera.

«Te elijo siempre a ti».

Me embarga la emoción, un torrente de pasión demasiado fuerte para resistirme a él. Lo alcanzo y me ovillo entre sus brazos, tirando de él para fundirnos en un beso salvaje y tórrido.

Saint gime contra mi boca y, en ese instante, toda nuestra frustración y rabia se canalizan en un calor abrasador que nos rodea en la oscuridad. Saint me devuelve el beso, con vehemencia, atrayéndome hacia sí; sus brazos fuertes me aprisionan y entonces toma el control. Me fundo contra su cuerpo y separo los labios con abandono para que pueda saborearme y explorarme, mientras yo me aferro a él como si se me fuera la vida en ello.

Quiero más.

A juzgar por cómo nos invade el deseo, juro que habría podido arrancarle la ropa allí mismo, en la calle, pero Saint consigue apartarse de mí el tiempo suficiente para parar un taxi. Regresamos a su casa y atravesamos el umbral fundidos en una maraña de manos enredadas y bocas húmedas. Me empotra contra la pared, besándome con pasión, y en sus ojos brilla aún la frustración anterior, lo percibo en el vestíbulo apenas iluminado.

—Deberías haber confiado en mí —gruñe mientras me da besos en el cuello—. Joder, dime que confías en mí, Tessa.

—Confío —respondo con un gemido cuando su lengua encuentra ese hueco sensible de mi cuello—. Lo siento, sí que confío en ti.

Me levanta del suelo y subimos hasta el dormitorio, donde nos arrancamos la ropa lo más rápido que podemos.

—Joder —murmura al verme desnuda con mi lencería negra recién comprada—. Me vas a tener que hacer un pase completo de todo lo que te has comprado.

—Luego —respondo, asiéndolo del cuello de la camisa para atraerlo hacia mí—. Ahora quítamelo.

—Será un placer. —Saint me empuja sobre la cama, me cubre con su cuerpo y me devora centímetro a centímetro.

Siento su boca en los pechos, sus manos separándome ya los muslos, restregándose contra mi clítoris húmedo mientras yo dejo escapar un grito ahogado y me retuerzo.

—¡Saint! —Mi voz suena aguda y lleva consigo el deseo que siento cuando me baja las copas de encaje del sujetador y se da un festín con mis pechos, me atormenta y juguetea con mis pezones hasta dejármelos duros. Arqueo la espalda para sentir su mano, buscando cada vez más presión.

Levanta la cabeza y me mira con ojos oscuros y la respiración entrecortada.

—Demuéstramelo —me ordena, separándome más aún las piernas antes de levantarme los tobillos y apoyárselos sobre los hombros—. Demuéstrame que confías en mí. Que puedes seguir una puñetera orden. No te atrevas a correrte hasta que yo te lo diga.

Hunde la cabeza entre mis piernas y me lame el clítoris, provocándome un torrente de placer.

Ay, joder.

Levanto los brazos a ciegas y me aferro al cabecero para no perder el equilibrio mientras Saint se propone chuparme hasta volverme loca.

—¡Sí! —grito cuando introduce dos dedos en mi interior y bombea al ritmo de los movimientos de su lengua—. ¡Dios, sí, justo ahí!

Saint no se detiene, me lame y rodea el clítoris con una precisión devastadora. Gimoteo, impotente, retorciéndome bajo su boca, perdida en la increíble fricción de sus dedos, que se flexionan y dilatan mi interior. El placer crece, y poco después empiezo a temblar, al borde del orgasmo. Tiene demasiado talento, sus dedos y su lengua me están volviendo loca.

—Por favor —le ruego, con la voz aguda por el deseo—. Dios mío, Saint, por favor…

Agarro con fuerza al cabecero, haciendo todo lo posible por contener el placer, pero es demasiado bueno, demasiado fuerte. No voy a durar.

—¡Saint! —chillo, mientras él mueve los dedos hasta introducirlos más dentro aún.

Levanta la cabeza y se detiene mientras yo cojo aire y me retuerzo.

—¿La próxima vez seguirás el plan a rajatabla? —me pregunta, observándome.

Yo emito un ruido de frustración.

—No es justo —exclamo, perdida en la niebla del placer—. Pensé que habíamos acordado… no usar el sexo como… ¡Ahhh! —Mi queja se ahoga con un gemido cuando vuelve a flexionar los dedos dentro de mí, haciéndome arquear el cuerpo—… arma —concluyo, sin aliento.

—Pero eso es más divertido que pelear —me responde con una sonrisa engreída, y no me queda otra que reírme, pese a que ahora mismo lo odie un poco—. ¿Trato hecho? —me pregunta, y vuelve a flexionarlos, frotando mis paredes internas como más me gusta.

Gimo, a punto de correrme. A punto.

—Sí —capitulo al fin, tensando los músculos sin poder evitarlo en torno a sus dedos—. Joder, sí, lo que tú quieras, pero deja que me corra. Por favor…

Saint emite una carcajada grave.

—¿Tan pronto? Pero si te pones muy guapa cuando me suplicas.

—Saint… —Mi voz suena rasgada y desesperada.

Él me mira con determinación. Testarudo. Empeñado en demostrarme que lleva razón.

—Ay, cariño, podría pasarme la noche entera haciendo esto.

Pero no pienso tolerarlo.

Con un movimiento rápido, me incorporo, sujeto a Saint, tiro de él hacia el colchón y giramos los dos hasta que yo quedo sentada a horcajadas sobre él, aprisionándolo sobre la cama. Se ríe, sorprendido, y yo amortiguo sus risas con un beso, saboreo su boca mientras le desabrocho el cinturón y le bajo de un tirón los pantalones y los calzoncillos.

—Ya te has divertido bastante torturándome… —le reprendo, juguetona, mientras le saco la polla. Se la agarro con fuerza y le hago gemir—. Ahora me toca a mí conseguir lo que quiero.

—Adelante —se rinde, dejándose caer sobre las almohadas. Se queda mirándome, con la voz densa por la pasión. Su polla me palpita en las manos—. Joder, Tessa, métetela toda.

Y eso hago.

Sentada en su regazo, me elevo y coloco su glande caliente e hinchado contra mis pliegues húmedos. Después me dejo caer, sintiendo cómo entra, joder, justo hasta el fondo.

Dios mío.

Sobrecogida por el placer, echo la cabeza hacia atrás y noto cómo su polla va dilatándome centímetro a centímetro, generando una fricción deliciosa. De dentro del pecho me sale un potente gemido, y Saint responde con una obscenidad febril.

—Joder, Tessa. Joder. —Lleva las manos a mis caderas y me sujeta con tanta fuerza que sé que me dejará marcas, pero me da igual.

Ahora mismo me da igual todo salvo el calor que me recorre las venas, y el placer que aumenta cuando me elevo y vuelvo a sentarme sobre su polla una vez más; joder, siento lo gorda que está, me muevo con vehemencia persiguiendo el orgasmo.

—Eso es, cabálgame —dice con un rugido, allí tendido, debajo de mí. Me mueve las caderas, adaptándose a mi ritmo—. Cabalga mi polla, cariño. Quiero notar cómo aprietas el coño.

Suelto un gemido y me muevo más rápido ahora, jadeando, empiezo a botar. Todo lo que necesito está justo aquí, en cada centímetro de su polla, en los empellones perfectos de sus caderas. Estoy desatada, utilizando su cuerpo sin vergüenza en pos del placer definitivo.

—Saint… —Estoy cada vez más cerca, joder, noto que el clímax se eleva como un maremoto. Echo la cabeza hacia atrás, dejo escapar un grito ahogado, ya estoy a punto…

—Tócate —me ordena Saint, elevando las caderas para seguirme el ritmo. Tiene los ojos empañados por el deseo y la mandíbula apretada para mantener el autocontrol—. Enséñame lo mucho que te gusta, cielo. Frótate el clítoris mientras cabalgas mi polla.

Dios mío. Deslizo una mano hasta el punto donde nuestros cuerpos se fusionan, encuentro el clítoris hinchado y húmedo y me lo froto mientras me restriego. El placer se extiende por todo mi cuerpo como una descarga eléctrica, por dentro y por fuera, y noto el hormigueo que me nace en la base de la columna.

—¡Sí! —grito, sintiendo que empieza a temblarme el cuerpo—. ¡Dios mío, sí!

Saint emite un rugido desesperado, se incorpora hacia mis pechos y me muerde y me lame; esa sensación añadida me vuelve loca. Me rodea un pezón con los labios y succiona con tanta fuerza que dejo escapar un grito y tenso los músculos de la vagina cuando me sobrevienen los espasmos.

Me corro con un aullido, mi cuerpo entero se convulsiona mientras él me empala sobre su polla, embistiéndome una y otra vez mientras yo me retuerzo entre sus brazos.

—Joder, sí, apriétame la polla —gime, poniendo los ojos en blanco—. Lo noto, cariño, no pares. ¡Ordéñame!

Me invade una nueva oleada de placer, y grito, pero Saint no se detiene. Me hace botar con más fuerza sobre su polla, la fricción me vuelve loca, hasta hacerme sollozar y perder la cabeza.

—Joder… —oigo su rugido desesperado mientras nos da la vuelta, se pone encima y me folla contra el colchón, hundiendo su polla hasta el fondo, luego se corre con un torrente cálido que me hace gemir.

Se estremece dentro de mí, extasiado, con la cara hundida contra las almohadas, hasta que al final su cuerpo queda inerte y se deja caer entre mis brazos.

Me quedo allí tendida, aturdida, hasta que, poco a poco, empiezo a poder articular de nuevo frases completas.

—No hacía falta que negociaras tanto —murmuro, acariciándole con dulzura la espalda sudorosa.

Levanta la cabeza y me fijo en su rostro laxo por el placer.

—¿Cómo?

—Confío en ti. La próxima vez, me esforzaré más en colaborar contigo.

Sonríe y coge aire.

—Aun así, ha sido divertido hacerte suplicar.

—Puede ser —admito, riéndome, mientras me acurruco junto a él—. Solo un poquito.

—Y has sido una chica muy buena y obediente… —baja la voz, grave y gutural—. Creo que

te has ganado un premio.

Grito sorprendida cuando me levanta, agarrándome por las caderas, y se coloca mi vagina directamente sobre la cara.

—Saint, espera, si acabo de correrme…

Sin embargo, su lengua me encuentra, ya mojada, y me estimula el clítoris con movimientos deliciosos. Dejo escapar un gemido, me inclino hacia delante y, nuevamente, me sujeto al cabecero de la cama.

Debería suplicarle más a menudo.

Capítulo 8

Saint



Decir que no me gusta madrugar es quedarse corto. Por lo general duermo hasta mediodía, cansado de las depravaciones de la noche anterior, o vuelvo a casa andando de madrugada para tratar de eludir la mala conducta de la noche anterior. Pero, al despertarme temprano el lunes por la mañana con Tessa en la cama junto a mí, desnuda bajo las sábanas y con una sonrisa de satisfacción en el rostro, empiezo a verle la gracia a eso de madrugar.

La observo durante unos segundos y disfruto de la oportunidad de verla tan relajada, casi inocente. Deja escapar un suspiro, se revuelve bajo las sábanas y yo siento una presión desconocida en el pecho.

Es mía.

Alargo el brazo y le retiro un mechón de pelo de la mejilla, con cuidado de no despertarla. Tras el drama de la cena del viernes por la noche, hemos pasado juntos un relajante fin de semana, paseando por la ciudad, enseñándole los monumentos. Las noches las hemos pasado en casa, viendo películas antiguas y abrazándonos. Han sido días tranquilos. Sosegados. Domésticos, incluso.

«Para lo que hemos quedado», pienso.

Contengo una carcajada irónica. Madre mía, jamás había sido posesivo con ninguna de mis amantes; mis aventuras sexuales son la viva definición de la temporalidad. Una pareja sexual está para disfrutarla, para educarla, para explorarla; incluso para compartirla, como pueden atestiguar algunas de mis conquistas pasadas. Sin embargo, por muy bien que me lo hubiera pasado, el final siempre era el mismo: nos íbamos cada uno por su lado. Sin promesas, sin ataduras, nada salvo un breve interludio de satisfacción mutua… y pasaba a la siguiente.

Pero aquí tumbado, con Tessa entre mis brazos…

Ahora entiendo por qué Sebastian estaría dispuesto a matar por su mujer. Y por qué sentí un profundo instinto de protección al ver a Tessa ensartar la llave de mi casa en su llavero.

Esto es solo el principio.

Tessa se mueve y parpadea somnolienta un par de veces mientras se despierta.

—Buenos días —murmura, estirándose con un bostezo. Su cuerpo se agita bajo las sábanas, dejando al descubierto los pechos, y no puedo resistirme a inclinarme para besarle ambos pezones.

—Desde luego que son buenos… —respondo mientras la lamo con dulzura, y ella emite un suave sonido de satisfacción, a medio camino entre el gemido y la risa.

—Esto es mucho mejor que la alarma del móvil —comenta, sonriente, y me atrae hacia sí para darme un beso lento y sensual en la boca.

Dios mío, es la perfección entre mis brazos, cálida y desnuda, rodeándome de tal forma que parece que no quisiera soltarse jamás.

Lo cual me parecería bien.

Al cabo, se detiene a tomar aire con las mejillas arreboladas.

—¿Qué harías por mí ahora mismo? —me pregunta, con un destello juguetón en la mirada.

Aprieto las caderas contra la unión de sus muslos para que note mi erección.

—Lo que te apetezca, cariño —respondo, la beso en el cuello y encuentro ese punto sensible que la hace temblar.

—El desayuno —me dice Tessa, apartándose con una sonrisa—. Hazme el desayuno, cielo. Tengo tanta hambre que podría comerme hasta la almohada.

Me río. «Cielo»… Qué bien suena eso.

—¿No te gustó la cena?

—Anoche, comer no estaba precisamente entre mis prioridades —responde, mirándome con complicidad.

—Bien dicho. —La suelto y me levanto de la cama—. ¿Huevos? ¿Tostadas? ¿Beicon? —pregunto mientras me pongo unos calzoncillos y un albornoz.

—Todas las opciones son correctas —responde, radiante, mientras se incorpora.

—Espera —la detengo cuando va de camino al cuarto de baño.

—¿Qué pasa? —Se detiene y me mira expectante.

Disfruto de la imagen de su cuerpo desnudo, ahí, bajo la luz del sol de la mañana. Joder, el valle de sus caderas… La montaña de sus pechos… Me dan ganas de entregarme a la poesía. Y, cuando la recuerdo cabalgando sobre mi polla la otra noche, gozando sin vergüenza del placer que le daba, pidiendo más a gritos…

—Nada —respondo al fin—. Es que empiezo a entender por qué los grandes escritores dedicaban sus vidas a su oficio. ¿Cómo encontrar las palabras que describan algo como tú?

Tessa parpadea sorprendida y después pone los ojos en blanco.

—Déjalo ya —me dice, coqueta, como si no me creyera—. Ya me has metido en tu cama, no hace falta que me digas cursiladas. —Con una sonrisa, entra en el baño con un hipnótico bamboleo de caderas y cierra la puerta tras ella.

Bajo las escaleras para ponerme a preparar el desayuno, y disfruto de la tranquilidad de la mañana. Tampoco puedo negar que siento un profundo alivio sabiendo que hemos tachado oficialmente a Sebastian Wolfe de su lista de sospechosos. Es uno de mis mejores amigos, y ni por un momento creí que pudiera ser él. Aun así, ahora que Tessa también está convencida, me he quitado un peso de encima.

Hasta que caigo en la cuenta de que solo nos quedan otras dos personas: Max y Hugh. También amigos desde hace tiempo. Y también me resulta impensable que sean ellos los responsables.

Tessa no tarda en reunirse conmigo, ya vestida con unos vaqueros y la sudadera de la facultad. Va a volver a Oxford a pasar la semana, para asistir a sus clases, y yo me quedaré en Londres para ver cómo van las cosas por Ashford Pharma.

—¿Qué ha pasado con tu ropa nueva? —le pregunto mientras le sirvo un plato y lo dejo junto al café que acabo de preparar—. Me han llamado los de la tarjeta de crédito para asegurarse de que no me había robado una mujer con un gusto exquisito.

—Son unas prendas preciosas —responde, riéndose—, pero… no quiero acudir a clase vestida de alta costura —explica mientras se lanza sobre la comida. Se mete un trozo de tostada en la boca y habla mientras mastica—: Todos visten de forma discreta, y sabes que no quiero destacar.

—Difícil —le digo, añadiendo un zumo de naranja a su festín—, porque siempre destacas,

solo con entrar en la habitación.

Tessa vuelve a poner los ojos en blanco.

—¿Crees que me dará tiempo a estar de vuelta para mi clase de las nueve? —me pregunta, cambiando de tema.

Está claro que le incomodan los cumplidos, lo cual me parece una locura. He estado cantando sus alabanzas desde que la pillé con las manos en la masa en su allanamiento improvisado durante la fiesta de bienvenida en Ashford.

Ya entonces supe que me traería problemas; lo que no imaginé fue lo dulces que serían dichos problemas.

Miro el reloj antes de responder.

—Ya he pedido el coche, pero vas a ir justa —observo—. ¿Por qué no te la saltas y te pasas la mañana aquí conmigo? Te tendré de vuelta en Oxford a mediodía… después de tres orgasmos como mínimo —añado con una sonrisa arrogante.

—¿Solo tres? —responde con otra sonrisa—. Se ve que ya te estás aburriendo de mí.

¿Aburrirme? Joder, no tiene ni idea de lo obsesionado que estoy con ella. Ninguna otra podría volverme así de loco, gritándome en plena calle como la otra noche, o hacerme perder la cabeza con sus gemidos de placer. Pero sé que, por mucho que diga que confía en mí, aún está inquieta. Ha pasado tanto tiempo a solas con su dolor y su rabia que tiene la guardia muy alta. Si de verdad quiero demostrarle lo bien que estaríamos juntos, he de tomármelo con calma.

Así que le dedico una sonrisa tórrida y sigo con la broma.

—Bueno, eres bastante predecible —bromeo, utilizando el insulto que más le gusta emplear contra mí—. Tessa Peterson, la chica normal y corriente. Sosita, incluso —añado, y recuerdo la primera noche en la fiesta de la Medianoche, cuando separó los muslos para mí en la oscuridad y gimió como una diosa mientras se masturbaba en una habitación llena de desconocidos.

Para mí.

—Aquí no hay trampa ni cartón —conviene conmigo, y dibuja con los labios una sonrisa coqueta—. Yo jamás de los jamases sería la clase de mujer que se pone unas bragas de seda francesa debajo de los vaqueros. Esas bragas que podrías apartar a un lado cuando me inclines hacia delante…

Joder.

Me explota el deseo y trato de abrazarla, pero ella se zafa con una risita.

—Ahora no —me reprende con un guiño—. Tengo que llegar a clase. Y tú tienes una ajetreada semana por delante, pensando en todas las cosas que me vas a hacer el próximo fin de semana. —Se pone de puntillas y me susurra al oído—: Y sí, por si acaso tienes dudas, el sujetador hace juego.

Entonces se aparta, coge su tostada y su mochila, y se marcha.

Y yo voy al baño a darme una ducha fría.

Sin Tessa aquí para distraerme, no puedo seguir evitando los compromisos, así que por fin me dirijo al centro de Londres, a la monstruosidad de cromo y cristal que alberga la sede central de Ashford Pharma. La sutileza no va con mi padre, al menos en lo referente a su empresa, de modo que la nueva edificación se alza sobre las calles históricas del centro, con impresionantes vistas al río y al cielo gris del horizonte.

Paso frente al mostrador de seguridad del vestíbulo, saludo al guardia con la cabeza y cojo el ascensor hasta la planta de los ejecutivos. Allí me detengo y echo un vistazo a mi alrededor. Mi padre no está aquí, se está recuperando en la finca familiar de Sussex, y la verdad es que no estoy

muy familiarizado con el resto del personal. Todo este tiempo, me he propuesto firmemente no inmiscuirme en los asuntos de la empresa.

Y, ya puestos, tampoco en los asuntos familiares.

Sin embargo, con mi padre fuera de combate tras el ataque al corazón, sé que no puedo seguir evitando mis compromisos oficiales como hijo mayor y heredero.

Encuentro a Robert en su despacho, contemplando con el ceño fruncido una pila de documentos.

—Bonitas vistas —comento al entrar.

—Saint. —Me mira sorprendido—. ¿Qué… qué estás haciendo aquí?

—Perdón, creo que me he despistado, estaba buscando el bar —bromeo, mirando a mi alrededor.

—Son las nueve de la mañana —responde Robert con un suspiro.

—Razón de más para abrir una botella de algo fuerte.

Joder, este despacho parece más bien la celda de una cárcel. Es un espacio anodino y corporativo, el escritorio está de espaldas a las ventanas, para que nada le distraiga de la pantalla de su ordenador. Pero, claro, Robert siempre ha sido el hermano trabajador. Incluso tiene fotos familiares dispuestas sobre un aparador, sonriendo feliz junto a nuestros padres.

Y también una fotografía de Edward haciendo senderismo por las montañas.

Me detengo frente al marco y siento el eco de un dolor antiguo, de hace diez años. «Deberías estar tú aquí, hermano. No yo».

Yo nunca.

Pero las cosas no suceden tal como las planeamos, de modo que dejo el marco en su lugar y me vuelvo hacia Robert con un gesto de rendición.

—He venido a ayudar —explico—. Papá pasará un tiempo más en recuperación, e incluso cuando los médicos le den luz verde, tendrá que reincorporarse progresivamente.

—Todo eso ya lo sé —responde Robert con gesto de fastidio—. Yo también estaba en la reunión.

—Mira, no he venido a complicarte la vida —le aseguro, levantando las manos en son de paz —. Si no me quieres por aquí, me voy y te dejo solo con…

—¿Crees que te vas a librar tan fácilmente? —Robert por fin sonríe y empuja una pila de carpetas hacia mí—. Buen intento, pero cualquier ayuda nos viene bien.

—¿Incluso la mía?

—Incluso la tuya. Venga —añade, me saca del despacho y me guía por el pasillo—. Puedes trabajar desde el despacho de papá mientras no está. Será más seguro así. Creo que Tricia es la única secretaria de aquí inmune a tus encantos —me dice con una mirada cómplice.

—Me subestimas —respondo con una sonrisa engreída. Además, no sabe que ahora soy hombre de una sola mujer—. Pero no te preocupes. Me estaré con las manos quietas, y los ojos fijos en la… «Matriz de previsión ajustada anual» —anuncio, leyendo el título de la carpeta situada la primera del montón. Emito un silbido—. No me parece un título superventas.

—El título da igual, solo importa el resumen —explica Robert, que coge más carpetas de un escritorio según pasamos por delante—. Vamos a enviar a los inversores el boletín trimestral y quiero que resumas lo más destacable. Buenas noticias que podamos utilizar para tenerlos contentos y optimistas hasta que el mes que viene se anuncien los resultados del gran ensayo.

—¿El medicamento contra el alzhéimer? —pregunto, y Robert parece sorprendido.

—¿Estás al día con nuestros ensayos?

Pongo los ojos en blanco y respondo:

—No estoy totalmente al margen de lo que pasa aquí —le digo, aunque, si no fuera por la relación de Tessa con el proyecto, probablemente no sabría nada al respecto. Pero, dado que su hermana trabajó en la fase de los primeros ensayos, sé que para Tess el proyecto es importante…, una manera de hacer que perdure el legado de Wren—. ¿Cómo van los ensayos?

—Terminaron hace unos meses —responde Robert—. Ahora están introduciendo los datos y esperando los análisis de los compañeros especializados antes de poder anunciar los resultados.

—Qué bien. —Miro las carpetas que me ha dado, pero ahí no veo nada sobre nuevos medicamentos ni investigaciones interesantes, tan solo archivos gruesos y aburridos sobre recorte de gastos.

—¿Esto del boletín no es tarea del Departamento de Relaciones Públicas? —pregunto con un suspiro.

—Papá insistió en hacerlo él mismo —responde Robert con una mueca de hastío—. El toque personal, ya sabes. Así que ahora…

—Ahora estamos jodidos sin él —concluyo. Es el inconveniente de tener un director ejecutivo obsesionado con el control—. Entendido. ¿Hay algo en particular que necesites?

—Cualquier cosa con un tono optimista. Ahorros generales, nuevas subvenciones, efectos secundarios útiles para los medicamentos contra la diabetes. Cualquier cosa que necesites la encontrarás en los informes de actualizaciones internas. —Se detiene—. Has estado leyendo los informes de actualizaciones, ¿verdad?

—Puede que vaya con unas semanas de retraso —respondo. O más bien años—. Pero podré hacerlo —le aseguro—. Buenas noticias, grandes beneficios, ¡viva Ashford!

—Mmm…, vale. —Robert parece reticente, pero en ese momento llega otro miembro del personal y se lo lleva a una reunión, así que accedo al despacho de mi padre, cojo la primera carpeta al azar y me pongo manos a la obra.

«Análisis de costes apalancados – División del sur de Europa».

Ay, Dios.

Transcurridas cinco horas, dos expresos y unos cuantos dónuts *gourmet* que he cogido de la sala de descanso, me va a explotar la cabeza con tantas proyecciones financieras y terminología médica. Hay una docena de razones por las que me he mantenido alejado de Ashford todos estos años, y la naturaleza corporativa y aburrida del trabajo va camino de encabezar la lista.

«Desembolsos de laboratorio ajustados – Reino Unido».

Bostezo mientras echo un vistazo a la siguiente carpeta. Ya he recopilado varias historias positivas de los archivos, y casi tengo suficiente material para contentar a cualquier inversor con los prodigios de Ashford a nivel mundial, pero me detengo cuando estoy analizando el desglose financiero de nuestra sede en Oxford.

Eso no puede ser cierto.

Frunzo el ceño al fijarme en la densa letra impresa, pero las cifras no cambian.

«Contingencias», las denomina la hoja de cálculo, pero ascienden a un total de más de cincuenta mil libras mensuales por encima de los niveles habituales de gasto, y cuando reviso las notas a pie de página ubicadas al final del informe, compruebo que le han sido abonadas personalmente a la doctora DeJonge.

Busco su nombre en nuestra base de datos de la plantilla y descubro que es la científica al mando del proyecto del medicamento contra el alzhéimer. También figura una foto suya: elegante, de pelo oscuro, con el cabello cortado por encima de los hombros y unos fríos ojos azules.

Valerie DeJonge.

Es la mujer francesa con la que estaba discutiendo mi padre en la fiesta de los Lancaster. Y ha estado pagándole una escandalosa suma de dinero en B durante casi un año.

Maldita sea.

Cojo el informe, asomo la cabeza por la puerta del despacho y miro hacia Tricia, la fiel secretaria de mi padre, que está trabajando sentada a su mesa.

—Supongo que no sabes quién podría darme más información sobre estas cifras, ¿verdad? —le pregunto.

—En Contabilidad deberían poder ayudarte —responde—. Prueba a hablar con Harold. Lo sabe todo.

Me quedo parado y Tricia me mira divertida.

—Cuarta planta —me explica.

—Muchas gracias.

Bajo en ascensor hasta la cuarta planta y voy en busca de Harold el que todo lo sabe. Lo encuentro metido en un cubículo sin ventanas; se trata de un hombre de mediana edad con una calvicie incipiente que está encorvado sobre un sándwich blando de supermercado.

—¿Harold? —pregunto.

Él levanta la mirada y, al verme, se atraganta con su ensalada de huevo.

—Eh… Sí… Señor Saint Clair —me dice, tratando de limpiarse la mostaza de la camisa—. Maldita sea. Quiero decir, hola. ¿Se ha perdido? —pregunta, confuso.

—Llámame Saint —respondo con una sonrisa—. Confiaba en que pudieras ayudarme con una cosa…

Miro a mi alrededor. Este sitio es deprimente, todo cubículos hasta donde alcanza la vista. Está claro que se gastaron el presupuesto de decoración en la planta de arriba.

Y también el presupuesto del *catering*.

—¿Qué necesitas? —me pregunta Harold, dejando a un lado su almuerzo antes de ponerse las gafas de lectura.

—Son estas celdas de la columna del presupuesto —le explico, acercando una silla para mostrarle la hoja de cálculo—. Debo de estar malinterpretándolas. Las nuevas contingencias me parecen muy elevadas.

—Mmm… —Harold hojea el documento y evalúa las cifras con pericia—. No, mira, lo pone aquí. A principios de año empezaron a desglosar el presupuesto del equipo de laboratorio, con más detalle —me explica, volviendo a mirarme—. Antes las contingencias estaban agrupadas dentro del presupuesto general. Por eso de pronto parecen haberse incrementado.

—Pero ¿esos pagos no irían abonados a los proveedores? —pregunto, pues mi instinto sigue diciéndome que algo no anda bien.

—Sí, así es. Mira, aquí está el desglose suplementario. —Harold me muestra otra hilera de números, que cuadra con las cincuenta mil libras todos los meses, todo legítimo y legal—. Tu padre lo autorizó personalmente, así que no te preocupes —me tranquiliza—. Todo cuadra.

Salvo que eso no es verdad.

Sin embargo, en lugar de señalar esas notas al pie, donde figuran los abonos directos a la cuenta personal de la doctora Valerie DeJonge, cierro la carpeta.

—Gracias, Harold —respondo poniéndome en pie—. Has sido de mucha ayuda.

—Vaya, gracias, señor… Quiero decir, Saint. Siempre ando por aquí, si necesitas respuestas.

Asiento y me despido, pero, según vuelvo a subir al despacho, me queda claro que solo hay una persona que pueda darme las respuestas que necesito. El hombre que sabe por qué la doctora

DeJonge recibe semejante bonus personal directamente de las cuentas de la empresa.

Mi padre.

Cuando reviso su agenda con Tricia, descubro que tiene revisión en el hospital St. Guy's esta tarde para ver cómo va evolucionando. Me alegro. Preferiría mantener la conversación lo más lejos posible de mi madre. Aunque, cuando me dirijo al hospital y subo hasta su *suite*, situada en el ala VIP, me sorprende descubrir que no está solo.

Desde fuera oigo una voz con acento francés que ya me resulta familiar. La puerta está entreabierta, de modo que me detengo delante y escucho la discusión que tiene lugar en el interior.

—No puedo seguir así —insiste Valerie. Parece alterada y, a juzgar por el tono frustrado y duro de mi padre, él tampoco parece muy contento.

—Ya sabías en qué te estabas metiendo. Nadie te obligó.

—¿Y ya está? Al fin y al cabo, soy tu empleada. Puede que la gente lo viera de otro modo si se lo contara.

—¿Me estás amenazando? —Mi padre alza la voz, nervioso.

—Interprétalo como quieras. No puedes esconder esto, Alexander —añade ella—. Y yo no puedo seguir escondiéndolo tampoco por más tiempo.

—No te atrevas a…

Percibo la rabia en su voz, y abro la puerta con suavidad.

—Hola, padre —anuncio en voz alta.

Se quedan paralizados cuando los pillo al otro lado de la habitación. Mi padre luce una expresión de rabia y tiene a Valerie sujeta del brazo. Ahora que me fijo, me doy cuenta de que la he visto en diferentes fiestas y en eventos de Ashford. Solo que, en esas ocasiones, siempre mostraba un gesto de impaciencia, como si tuviera otro lugar mejor en el que estar.

Ahora, en cambio, parece alterada.

—Espero no interrumpir —me disculpo.

—Claro que no —asegura mi padre en voz alta mientras le suelta el brazo.

En cuanto queda libre, Valerie se aparta de él. Se recupera y me dedica una sonrisa educada.

—Yo ya me iba. Alexander —le hace un gesto a mi padre con la cabeza—, la conversación no ha terminado. Hablaremos pronto.

Abandona la habitación y el repiqueteo de sus tacones resuena por el pasillo.

Mi padre deja escapar el aire y se hunde en la cama.

—¿Va todo bien? —pregunto con cautela.

—Ah, claro que sí —responde de inmediato—. Algunos contratiempos en el laboratorio. Plazos de entrega y cosas así. Ya sabes cómo se ponen los científicos. Brillantes, pero muy estrictos. —Saca un pañuelo de tela y se enjuga la frente. Le tiembla la mano.

Maldita sea.

Deseaba mantenerme al margen de sus asuntos personales, pero está claro que esto se está yendo de madre.

—Conmigo no tienes que fingir —le digo—. Sé lo que está pasando.

Mi padre me mira y veo el pánico dibujado en su rostro.

—Hijo…

—Esta aventura con Valerie —le interrumpo antes de que pueda negarlo—. He presenciado vuestras conversaciones íntimas. Aquí, en la fiesta de los Lancaster… Solo es cuestión de tiempo que alguien os descubra.

—Tienes razón —admite tras una pausa. Deja caer la cabeza y juraría que incluso parece aliviado—. Lo siento.

—No me debes ninguna disculpa —contesto fríamente—. No es asunto mío con quién andes tonteando. Pero ¿y los pagos? ¿Cincuenta mil libras al mes de los fondos de la empresa? Menudo descuido, papá. Da igual lo creativo que te pusieras con la contabilidad para tratar de ocultarlo —añado—. Joder, si yo lo he descubierto con solo echar un vistazo a los libros, cualquiera puede hacerlo.

—¿Has estado en la oficina? —quiere saber, más animado.

—Dije que echaría una mano. Y menos mal que lo he hecho —le advierto—. ¿De verdad quieres que los sobornos a tu amante salgan a la luz en una auditoría oficial? No quedaría nada bien en el boletín para los inversores, eso seguro.

Asiente con gesto arrepentido.

—Tienes razón. No sé en qué estaba pensando. No tienes de qué preocuparte —me asegura —. Se ha acabado. Le pondré fin, te lo prometo.

—Me alegro —respondo, aliviado.

Por una vez, soy yo quien sermonea a mi padre respecto a las decisiones que toma, pero esta inversión de papeles no compensa el hecho de tener que pensar en la vida sexual de mis padres, ni por un instante.

—¿Qué tal la revisión? —le pregunto, agradecido de poder cambiar de tema—. ¿Todo evoluciona bien?

Asiente con la cabeza.

—Lo de siempre: que me lo tome con calma y que coma más verduras de hoja. Tu madre me envía *smoothies* dos veces al día —añade con cara de asco—. Lo que daría por un buen filete poco hecho.

—Bueno, siempre y cuando vayas mejorando… —Me levanto, dispuesto a marcharme—. Y, cuanto antes despaches el asunto con la doctora DeJonge, a menos estrés estarás sometido.

—Supongo que no pude resistirme a la tentación. Has salido a mí, ¿eh? De tal palo tal astilla —me dice con una sonrisa débil, y yo aprieto los dientes al pensar en ello.

—Ya no.

Mi padre parece sorprenderse.

—¿Esa chica estadounidense aún te mantiene ocupado?

—Se llama Tessa, y sí. —Dirijo mis pasos hacia la puerta—. Por cierto, voy a concederle un ascenso a Harold, el de Contabilidad. También un aumento de sueldo. —Y salgo de la habitación.

Dios sabe que alguien debería sacar provecho de todo este lío. Dado que Valerie ha estado embolsándose una pequeña fortuna gracias a mi padre, y teniendo en cuenta que él también se ha beneficiado de la aventura, me parece que va a ser Harold el de los sándwiches de ensalada de huevo quien ría el último. Me alegro. Cuanto menos tenga que pensar en la vida sexual de mi padre, mejor. Pero, al salir del hospital, sus palabras me acompañan.

«De tal palo tal astilla».

Es cierto, nunca he renunciado a la búsqueda del placer, pero me gusta pensar que mi código moral de conducta no incluye los cuernos ni el engaño. Sobre todo ahora, con Tessa, no hay cabida en mi mente para otra mujer, pues solo puedo pensar en ella.

En su sonrisa sexi y juguetona.

En sus carcajadas únicas y brillantes.

En su coño apretado en torno a mi polla hasta hacerme perder la cabeza.

Saco el teléfono y empiezo a escribir un mensaje: «Te echo de menos».

Pero me detengo y lo borro justo a tiempo. Es demasiado intenso; además, demasiado pronto. Quiero tomarme mi tiempo con ella y hacerlo bien.

Porque algo me dice que es la elegida. Y tenemos toda la vida para hacer que la cosa funcione.

Capítulo 9

Tessa



Puede que mi mente se encuentre a años luz de Oxford —repasando mi lista de sospechosos y recordando mi perezoso fin de semana con Saint—, pero mi agenda académica para la semana está más que clara: tengo que ponerme las pilas antes de perder la beca y el visado, y que me envíen de vuelta a los Estados Unidos.

Tengo que ponerme a estudiar, y mucho.

Por suerte, la casa que tiene Saint en la ciudad es perfecta para recluirse y estudiar, y sin su tentadora presencia, logro ponerme al día con mi lista de lecturas y avanzo bastante para la semana. La lujosa cafetera y los armarios llenos de cosas para picar también ayudan, desde luego. El miércoles, casi he terminado un trabajo que tengo que entregar ese día, y empiezo a creer que tal vez sea capaz de salvar el cuatrimestre, pero entonces oigo que llaman al timbre.

Corro escaleras abajo, pues he adoptado la biblioteca de Saint como lugar de estudio.

—Jia —digo, sorprendida al encontrarme a mi antigua compañera de piso de pie en los escalones de la entrada.

Lleva en los brazos una caja y, dibujada en la cara, una mueca sentenciosa mientras contempla la casa de Saint.

—Bonita choza —comenta, mirando hacia el interior del recibidor—. Ahora entiendo por qué ya no quieres vivir como los pobres con nosotros en el apartamento.

—Hola —respondo con cautela, acostumbrada ya a sus comentarios pasivo-agresivos—. Yo también me alegro de verte.

—Te dejaste en casa algunas cosas —me dice, tendiéndome la caja sin ninguna ceremonia.

Yo la cojo, desprevenida, y veo que dentro hay algunos de mis libros y trabajos arrugados sin ningún cuidado.

—Gracias por traérmelos —respondo alegremente.

—Bueno, pensamos guardártelas allí —añade Jia con una sonrisa de suficiencia—. Para la próxima vez que el profesor y tú rompáis. Kris apostó cinco libras a que volverías antes de que terminase la semana, pero yo creo que aguantarás por lo menos hasta noviembre.

—Vaya, gracias —respondo secamente—. Tu seguridad es conmovedora.

—¿Y qué esperas? —me pregunta—. Estáis juntos, rompéis, vuelves a estar aquí adulándolo otra vez… No da buenas vibraciones. La gente anda hablando por la facultad. Sobre Saint y tú, y vuestra aventura.

—Y seguro que tú les dices a todos que se metan en sus asuntos. —Me cuesta cada vez más actuar con indiferencia. Está claro que no ha venido porque esté preocupada por mí, sino porque

quiere darme una puñalada—. En fin, gracias por la caja. Será mejor que me vaya a la facultad. No quiero llegar tarde a mi seminario.

—¿Por qué, es Saint el profesor? —pregunta Jia con arrogancia mientras retrocede—. Pensaba que tú ya tenías tu nota asegurada.

Se aleja y yo cierro de un portazo tras ella, echando chispas. Al principio, me gustaba salir con Jia y Kris, pensaba que podíamos ser amigos de verdad, pero enseguida quedó claro que, bajo sus divertidas aventuras y chismorreos, se escondía un lado retorcido.

Y ahora ella acaba de demostrármelo.

Pero no tengo tiempo para detenerme a pensar en sus comentarios hirientes; cojo los libros y el abrigo y corro hacia el campus de Ashford College, donde mi próximo seminario está a punto de empezar. El despacho de la profesora se halla en el ala este, subiendo una escalera de peldaños que crujen, y cuando entro en la sala me sorprende comprobar que la clase ya ha empezado.

—Lo siento mucho —murmuro, mirando a los demás estudiantes, que están sentados con sus cuadernos abiertos y una expresión estudiosa dibujada en el rostro. Oxford se enorgullece de sus grupos de estudio reducidos y exigentes, pero, hay que fastidiarse, lo difícil que resulta pasar inadvertida—. Creí que empezábamos a las cuatro y media —comento mientras saco mi horario impreso para asegurarme.

—Esta mañana envié un correo para adelantar el comienzo a las cuatro en punto —explica la profesora Abernathy. Se trata de una mujer alta y robusta de cuarenta y tantos años, conocida en la facultad por su amor por la poesía romántica y por los dos caniches que reposan a sus pies.

—Ay, lo siento mucho —repito mientras busco un asiento—. He estado muy ocupada; no he consultado el *mail.* Tome. —Le entrego mi trabajo impreso, que con las prisas ha acabado arrugándose.

Mis compañeros se miran unos a otros y yo me preparo para el rapapolvo. Abernathy es dura, pero justa, y no soporta la impuntualidad, aunque hoy me dedica una sonrisa sorprendentemente comprensiva.

—Claro, ya debes de tener bastantes cosas en la cabeza ahora mismo. ¿Cómo está? —me pregunta.

—¿Cómo está quién? —pregunto, confusa.

—Alexander St. Clair —continúa la profesora—. Saint dice que has estado en Londres con él, apoyando a la familia. No pasa absolutamente nada si esta semana necesitas más tiempo para entregar tu trabajo —agrega con una sonrisa compasiva—. Entiendo que debe de ser un momento difícil.

—Ah. —Trago saliva, perpleja. ¿Saint la ha llamado?—. Gracias. Sería… genial, claro. Y está mejor. El señor Saint Clair, digo. Saint dice que se recuperará del todo.

—Es una noticia excelente. —Abernathy sonríe—. Por favor, envíale saludos y dile a Saint que, a su vuelta, estaré esperándolo con una botella de su *whisky* escocés favorito.

—Así lo haré.

Me encojo en mi asiento y capto las miradas de los demás estudiantes. Abernathy retoma su disertación. Consigo pasar desapercibida el resto del seminario y tan solo ofrezco algún discreto comentario ocasional, pero, en cuanto termina la sesión y todos bajamos las escaleras en dirección al patio, de pronto vuelvo a convertirme en el centro de atención.

—Debe de ser genial —comenta una de mis compañeras con tono sarcástico. Es una chica refinada y vivaracha que lleva escrito en la cara «estudiante de sobresaliente»—. Tener a un duque al que recurrir para justificar tu ausencia.

—No todos tenemos amigos en las altas esferas a quienes poder llamar para que nos echen un cable —interviene otro con un resoplido desdeñoso. Es un chico de aspecto atlético al que siempre le gusta tener la última palabra—. Yo también debería intentar cobrarme favores especiales la próxima vez que me retrase en la entrega de un trabajo. Perdone, profesora, no he podido hacer la lectura que nos había encargado, pero mire, aquí traigo una nota de mi novio.

Se ríen todos con crueldad y, después de haber tenido que soportar los comentarios irónicos de Jia, algo hace clic dentro de mí.

—Perdón, ¿hemos vuelto al instituto? —pregunto, mirándolos uno a uno—. Porque estoy confundida con todos estos chismorreos infantiles. ¿Por qué no maduráis un poco, os centráis en vuestra vida y me dejáis a mí en paz?

Hay cejas enarcadas y miradas de sorpresa, pero nadie parece alterado por mi salida de tono.

—Hoy te toca a ti pagar en el bar, Tarquin —comenta la chica como si nada—. Jules dice que esta noche proyectan *La víbora negra* en la sala común de estudiantes, y además mañana tenemos el baile…

El grupo se aleja charlando sobre sus inminentes planes sociales y riéndose de bromas internas como si se conocieran todos desde hace años.

Siento una punzada de envidia al verlos marchar. Cierto, se comportan como unos niñatos, pero eso es porque pueden hacerlo. Recuerdo mi experiencia universitaria, la primera vez. Las fiestas, trasnochar, la gozosa sensación de libertad. Puede que Oxford sea una olla a presión, pero, para estos muchachos, no deja de ser un atisbo despreocupado de lo que es la vida adulta. Ellos no llevan sobre los hombros la misma carga que he de soportar yo.

No podrían ni imaginarse que me encuentro en una oscura misión que he jurado cumplir, cueste lo que cueste.

Wren.

Habiendo tachado a Sebastian Wolfe de mi lista de sospechosos, estoy cada vez más cerca del verdadero culpable, y sé que no tardaré en encontrar las respuestas que mi hermana merece. Me da igual que Jia y mis compañeros me lancen puñaladas traperas criticando mi trato especial. Tengo cosas mucho más importantes en las que pensar.

Vuelvo a casa de Saint y, de camino, me detengo a comprar comida en la tienda de la esquina, antes de entrar en casa. Está todo muy silencioso sin él y me sorprende echarlo de menos más cada día, pese a que nos llamamos y escribimos con frecuencia.

«¿Qué tal tu nuevo mejor amigo Harold?», le escribo antes de sacar de la mochila la leche y los huevos.

Saint me responde con un emoji. «Estamos intimando mientras leemos las declaraciones de beneficios y pérdidas. ¿La clase bien?».

«Bien», miento.

Estoy agotada de tanto drama, a pesar de que lo único que he hecho en los últimos días ha sido estar sentada a un escritorio estudiando, de modo que decido servirme una copa de vino y voy arriba a darme un baño relajante. Bajo las luces, vierto medio bote de un carísimo aceite de lavanda en la inmensa bañera con patas de garra y, poco después, el cuarto de baño queda inundado por un vapor aromático.

Me desnudo y me meto en el agua caliente con un suspiro.

«Ahhhh».

Qué agradable es sentir el agua sobre mi piel desnuda. Disfruto de las burbujas y dejo que mi mente vague libre.

Y también mis manos…

Me acaricio la piel mojada, recordando la última vez que estuve en esta bañera, con Saint. Se metió totalmente vestido, sin importarle que se le empapase la ropa. Suspiro de placer al recordar su boca en mi cuello… Sus manos deslizándose sobre mis pechos…

Empiezo a deslizar los dedos entre mis muslos cuando suena el móvil, que empieza a vibrar sobre el pequeño taburete situado junto a la bañera. Es precisamente él.

—¿Es que eres capaz de percibir cuando estoy desnuda y pensando en ti? —respondo con sensualidad, pongo el manos libres del teléfono y vuelvo a dejarlo en el taburete.

Saint deja escapar una carcajada gutural.

—¿Qué harías si ahora mismo tuviese el teléfono puesto en altavoz?

—Saludaría a Harold —respondo, sonriendo.

—Harold no está. —Se ríe—. Por fin hemos terminado el día en la oficina. Ya estoy en casa. Solo. Deseando poder estar allí contigo.

—Yo también desearía que estuvieras aquí. Estoy dándome un baño de burbujas… —le digo, coqueta.

Emite un gemido.

—Me estás atormentando.

—Estoy completamente mojada, desnuda y…, repito, mojada… —Saco una pierna del agua, la estiro y veo cómo las burbujas me resbalan por la piel.

—Dímelo —me exige—. Dime dónde tienes las manos.

—Donde tú quieras. —Suspiro con un escalofrío provocado por la expectación—. ¿Dónde quieres que las ponga?

—En las tetas —responde con un rugido, y la fogosidad de su voz me provoca un vuelco en el estómago—. Tócate. Juega con tus pezones.

Hago lo que me dice, vuelvo a hundirme en el agua y me acaricio los pechos. Rodeo los pezones con los dedos, imaginando sus manos dándome placer, sus dedos pellizcándome…

Emito un gemido y Saint resopla al otro lado de la línea.

—Joder, Tessa…

Sonrío, porque me encanta poder provocarle ese efecto, incluso sin estar en la misma habitación.

—Te deseo —gimo de nuevo—. Dentro de mí…

—Joder, yo también te deseo. Pero tendrás que encargarte del asunto si no estoy yo, ¿verdad, cariño? —Su voz suena grave y seductora, animándome a seguir—. Juega con tu coño. Acaríciate el clítoris, despacito.

Sigo bajando la mano, por mi abdomen, hasta metérmela entre las piernas. Encuentro el clítoris y empiezo a acariciarlo despacio, tal como me dice. El placer recorre mi cuerpo, provocado por mis suaves caricias mientras me…

Oigo un ruido procedente del patio. Un estrépito cerca de la casa.

Me incorporo de golpe en la bañera.

—¿Has oído eso? —pregunto, con el corazón de pronto desbocado.

—¿Tus gemidos? —responde Saint, aún juguetón, aunque ahora mismo la seducción es lo último en lo que estoy pensando.

—No, he oído un ruido —le digo mientras salgo de la bañera. Cojo un albornoz, me envuelvo con él y me acerco a la ventana para mirar.

Fuera está oscuro, pero las luces de seguridad están encendidas.

—Las luces solo se encienden si hay algo ahí fuera, ¿verdad? —pregunto, tratando de no

entrar en pánico.

—Seguramente sea un zorro. Siempre intentan colarse en los cubos de basura —me dice Saint, tratando de calmarme.

—Te juro que he oído a alguien —repito mientras echo otro vistazo.

El patio está en sombra y no alcanzo a ver bien desde donde estoy; aun así, siento como si hubiera alguien ahí fuera. Observando.

—Saint, no estoy de broma.

—No pasa nada —me tranquiliza Saint de inmediato—. Estoy accediendo ahora mismo a la aplicación de seguridad. Todo parece en orden —me informa pocos segundos después—. Todas las puertas y ventanas tienen alarma. En las cámaras no aparece nada. Estás a salvo, cariño. Te lo prometo.

—Vale… —respondo tras dejar escapar el aliento.

Me aparto de la ventana y corro las cortinas. El baño sigue caliente, pero a mí ya no me apetece.

—Creo que me voy a ir a la cama —le digo a Saint—. Ha sido un día muy largo.

—No irás a ponerte a darle vueltas a esto, ¿verdad? —me pregunta, preocupado—. Puedo ir con el coche esta misma noche, si quieres…

—No, no. Tranquilo —insisto, sintiéndome un poco idiota—. Como has dicho, seguramente fuera un zorro, o un mapache cachondo.

—Esos cabrones salidos —bromea Saint—. Bueno, pues duerme bien. Llámame si necesitas algo. Lo que sea —insiste.

—Descuida, así lo haré. Buenas noches.

Cuelgo y contemplo la habitación vacía. Estos días he disfrutado de la paz y tranquilidad de tener la casa para mí sola, pero ahora no logro quitarme de encima esta inquietud.

Si hay alguien ahí fuera…

Ya he resultado herida en esta misión: un hombre misterioso y siniestro me atacó en plena noche y me advirtió que dejase de husmear en los asuntos de la Sociedad Blackthorn. Ahora, me pregunto lo peligroso que puede llegar a ser esto.

El hombre al que estoy persiguiendo puede perderlo todo si lo delato.

¿Hasta dónde estará dispuesto a llegar para mantener ocultos sus delitos?

Capítulo 10

Tessa



No pego ojo. Trato de convencerme de que el sonido que oí no fue nada, pero no consigo desprenderme de la sensación de inquietud, ese cosquilleo que me mantiene alerta conforme pasan las horas y doy vueltas sola en la cama de Saint.

¿Habrá alguien observándome?

Puede que esté exagerando, pero no puedo evitar preguntarme si será el instinto de supervivencia: mi instinto de lucha o huida, que me dice que algo va mal. De un modo u otro, me paso la noche sobresaltándome a cada ruido que oigo y, para cuando el alba se cuela por las ventanas, estoy exhausta y de los nervios. No pienso quedarme aquí sola el resto de la semana, asustada de las sombras, sola en una casa vacía, así que guardo mis libros y cojo uno de los primeros trenes a Londres, dejando atrás las viejas calles siniestras en favor del bullicio de la gran ciudad.

Mi tensión va aliviándose a cada kilómetro que pasa, pero aun así me siento un poco idiota cuando llego a Kensington y me presento en casa de Saint. ¿Pensará que soy una mujer dependiente y paranoica? Pero, en cuanto abre la puerta con una taza de café en la mano y pelo de recién levantado, sé que he tomado la decisión correcta.

Me siento mejor solo con perderme entre sus brazos.

—Esto sí que es una bonita sorpresa —comenta, apartándose un poco para darme un beso de bienvenida en los labios—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te echaba de menos —respondo, cosa que es cierta. Decido pasar por alto lo de que me asusto hasta de mi sombra.

—Bueno, yo también te echaba de menos. —Sonríe ampliamente y me atrae hacia sí para darme otro beso, más largo y lento.

Suspiro, dejándome absorber por su cuerpo, sintiéndome por fin a salvo en el calor de su abrazo.

—Entra —me invita, haciéndose cargo de mi bolsa de viaje antes de guiarme al interior—. Hay café recién hecho y bollos de canela.

—¿Los has horneado tú? —pregunto, sorprendida.

—No —responde con una sonrisa—, los robé ayer de la oficina.

—Si la oficina es tuya —señalo—. Técnicamente, podrías llevarte todos los muebles y no sería robar.

—Bien pensado. —Me conduce hasta la cocina, me sirve una taza de café y me la coloca entre las manos antes de romper un pedazo de bollo y metérmelo entre los labios.

¿Azúcar, cafeína y un beso de buenos días? Me pregunto por qué me habré pasado toda la semana durmiendo sola en Oxford.

Me acomodo en la mesa y disfruto del café mientras veo a Saint prepararse para ir al trabajo. Ya siento que los malos presentimientos han quedado a kilómetros de aquí, en Oxford, y ahora a mi alrededor solo hay charlas distendidas y besos cariñosos que hacen que vuelva a sentirme bien.

Aquí me siento a gusto.

—¿Qué? —pregunta Saint al ver que me he quedado mirando.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—No es nada —respondo. Mis sentimientos hacia él crecen día a día, pero aún no estoy preparada para pensar en qué significa eso—. Me alegra que tu padre esté mejor —digo en su lugar—. ¿Hay alguna novedad?

—Ayer lo vi después de su revisión —me dice tras una pausa, pero no parece muy satisfecho al respecto.

—¿Cosas de familia? —pregunto con cautela.

Asiente, visiblemente aliviado de no tener que dar explicaciones.

—Cosas de familia.

—Bueno, creo que es muy considerado por tu parte echar una mano —le digo con cariño.

—¿Cuando, en su lugar, podría tenerte desnuda y atada a mi cama todo el día, quieres decir? —Me dirige una mirada tórrida y yo se la devuelvo.

—No es que tengas que elegir entre una cosa u otra… Tu cama seguirá aquí esta noche. Y yo también.

—Pues entonces cuenta con ello. —Se inclina y me da un beso apasionado, dejándome más que claro que piensa cumplir todas y cada una de sus sensuales promesas.

Al cabo, se aparta.

—Ojalá pudiera quedarme —dice—, pero tengo varias reuniones esta mañana y no puedo faltar.

—No necesito que me distraigas —le prometo, recolocándole la camisa—. Todavía tengo mucho que estudiar. Mucho que leer y un trabajo que entregar. Tú vete tranquilo y compórtate como un miembro productivo del equipo de Ashford Pharma.

—No lo digas así —protesta con una mueca de dolor mientras recoge su chaqueta y sus llaves —. Si me descuido, acabaré vestido con un traje gris jugando al *bridge* con Harold.

—Creo que aún te queda mucho para convertirte en un aburrido esclavo corporativo —le tranquilizo con una carcajada—. A no ser que a Harold también le gusten las fiestas sexuales los fines de semana…

—Nunca se sabe —responde Saint entre risas—. He visto una foto de Clive, su marido. Un auténtico madurito interesante.

Sé que debería dejarlo marchar, pero no puedo resistirme a preguntarle:

—¿Has pensado en cómo podemos abordar a Max o a Hugh?

A Saint se le borra ligeramente la sonrisa, solo un poco.

—Max sigue en Europa —responde—. Haciendo Dios sabe qué, pero seguramente incluya un yate, barra libre y la mitad del equipo de esquí femenino. Y con Hugh había quedado para jugar al *squash*, pero lo ha retrasado a la próxima semana. Creo que también está hasta arriba de trabajo.

—Vale —le digo, tratando de contener mi impaciencia.

Un retraso de un día, de una semana… A fin de cuentas no cambia nada. Si aguardo mi

momento y juego bien mis cartas, conseguiré las respuestas que busco.

—No irás a hacer nada precipitado, ¿verdad? —me pregunta Saint, estudiando mi cara.

—Ya te prometí que no —le aseguro meneando la cabeza y me dispongo a darle un beso de despedida—. No me importa esperar a que tú decidas la jugada.

Saint sonríe de nuevo y me estrecha entre sus brazos.

—¿Esa es una expresión del fútbol americano, o algo así? —me pregunta en broma.

—¿Por qué? —respondo sonriendo—. ¿Te gustan los *tailgates*[1] y las animadoras?

—Lo primero no sé qué son, y sí, ahora que lo mencionas… —Me acaricia el cuello con la nariz y yo lo aparto, juguetona.

—Esta noche —le prometo, anticipando ya sus sensuales caricias—. Ya veremos si me das algo digno de un «¡hurra!».

—Cuenta con ello.

Saint se va a la oficina y yo me dispongo a abordar mi lista de lecturas, sin sobresaltarme cada vez que un pájaro pía en la ventana. Aun así, pese a que por fin puedo relajarme sin permitir que el pánico me distraiga de mi tarea, no puedo dejar de dar vueltas a la cabeza, pensando en el próximo sospechoso de mi lista.

Max Lancaster.

Guapo, encantador, futuro magnate mediático… Su padre, presidente ejecutivo del grupo, es un hombre todopoderoso, y además ya sé que Max estaba más unido a Wren de lo que pretende aparentar. Pero, más allá de eso, su relación sigue siendo un misterio, y no sé cómo podría estar conectada con el ataque sufrido por mi hermana.

Pero puede que haya alguien que sí lo sepa.

En un momento de inspiración, saco el teléfono y escribo a Annabelle, la prometida de Max. Tiene mi edad y ha sido la más amable conmigo de entre todos los amigos de Saint. Su burbujeante buen humor ya me ha permitido confirmar algunos detalles sobre la Sociedad Blackthorn.

¿Qué otra información podría poseer?

«Estoy en Londres… ¿Quieres quedar a comer?», le escribo, y poco después recibo la respuesta.

«¡Dios mío, sí! ¿Vamos al *spa*? Vente a verme».

Me envía una dirección y una hora y, aunque sé que debería concentrarme en los estudios, le respondo con un pulgar hacia arriba. «Estoy investigando», me digo a mí misma mientras cierro los libros. Y, por muchas otras cosas que estén sucediendo en mi vida ahora mismo, la prioridad siempre va a ser descubrir a la persona que atacó a Wren.

Además, después de una noche en tensión, he de admitir que la idea de pasar el día en el *spa* me resulta bastante sugerente. Cuando llego a la dirección que me ha enviado Annabelle y me encuentro con un recinto moderno y elegante, todo de mármol y lleno de rosas frescas y aromáticas, sé que he tomado la decisión correcta.

—¡Tessa! ¡Cielo! —Annabelle me recibe en el vestíbulo, ataviada con unas botas blancas de cuero con ribete de piel hasta las rodillas y una parka blanca a juego, como si estuviera a punto de irse a esquiar en vez de pasear por Bond Street—. Qué bien que estés en la ciudad —exclama alegremente con una sonrisa inocente—. Estaba pensando que deberíamos quedar, pasar un rato a solas las chicas. Quiero que me lo cuentes todo sobre Saint.

Annabelle se encarga de registrarnos en recepción y, pocos minutos después, estamos ambas en bañador, sumergidas en un baño termal con luz tenue bebiendo agua de pepino.

—Ahh. —Annabelle se sumerge en el agua con un suspiro—. Necesitaba esto. Te juro que he envejecido como diez años tratando de evitar que esta boda sea un completo desastre. ¿Sabes que la madrastra de Max está intentando meter las narices en los preparativos? Me dan ganas de decirle: «Mira, guapa, eres la esposa número cuatro, y ya sé que Cyrus ha empezado a buscarte sustituta. ¡Así que deja de dar tu opinión sobre el ramo de novia!».

Yo sonrío. La sala del baño termal está alicatada como un balneario marroquí, hay velas titilantes y un par de personas más que se enfrentan a uno de los baños de hielo situados en el rincón.

—¿Y qué dice Max de todo eso? —trato de desviar la conversación hacia el tema que más me interesa.

—A él los preparativos le dan totalmente igual —responde Annabelle salpicando con el brazo —. Sigue queriendo que nos fuguemos para casarnos en secreto, pero, a ver, es que mis padres me matarían. Y además los Lancaster quieren también la cobertura mediática. Si Cyrus llegó a sugerirme hacer una sesión de fotos para la revista *¡Hola!* —me confiesa, pletórica.

—¿Y lo vas a hacer?

—Ay, Dios, no —contesta meneando la cabeza—. Es muy amable por su parte ofrecérmelo, pero me parece demasiado presuntuoso. Una cosa es *Vogue*, pero ¿la prensa amarilla? Aunque es típico de Cyrus —añade en tono confidencial—. Él se cree que cuanto más grande, mejor. Es curioso, cualquiera pensaría que dirigir el mayor imperio mediático del planeta le permitiría relajarse un poco, pero qué va. Supongo que siempre tiene algo que demostrar.

—¿Y Max también es así? —pregunto antes de dar un trago a mi agua con gesto distraído.

—¿Con el trabajo? No. —Annabelle se queda pensativa—. Pero imagino que tiene el mismo instinto que su padre, esa especie de impulso animal por ser el macho alfa: derrotar al enemigo, seducir a todas las mujeres que le rodean… La emoción de la conquista y todas esas cosas.

Me quedo callada mientras archivo mentalmente esa información. ¿Acaso la emoción de la conquista llevó a Max a secuestrar a Wren como muestra retorcida de dominación y poder?

—Saint me ha dicho que ahora mismo está de viaje —respondo—. Debes de echarlo de menos.

Annabelle deja escapar una carcajada.

—¿Que si echo de menos la bebida, el libertinaje y lo mal que le huele el aliento cuando se levanta con resaca? No, gracias. Él se lo pasa bien por su lado, y yo, por el mío.

—¿Y a ti eso te parece bien? —pregunto, pensando en la mujer que vi que acompañaba a Max aquella noche, en Oxford. La glamurosa morena que, sin duda alguna, no era su prometida.

—Uy, mejor que bien, querida. —Annabelle saca una pierna del agua para admirar su brillante pedicura morada—. Es la única forma de hacer que una relación funcione a largo plazo. Ambos deben tener su libertad, de lo contrario todo se vuelve aburrido y asfixiante. Que Max haga todas las travesuras que quiera en el sur de Francia, porque sé que al final volverá a casa conmigo. Con unos preciosos diamantes Van Cleef para compensarme, estoy segura.

Annabelle me lanza otra de sus radiantes sonrisas, pero a mí me parece distinguir cierta tensión en su mirada. Quizá no le dé tan igual que Max ande tirándose a otras y esta sea su manera de conservar el orgullo. O tal vez yo esté proyectando mis propios sentimientos hacia ella, porque sé que jamás podría darme igual que Saint saliera con otras mujeres. La sola idea me provoca una intensa punzada de celos. Los juegos salvajes y sexuales son una cosa, pero ¿ser infiel?

Ni hablar.

Annabelle me dedica una sonrisa cómplice.

—Así que las cosas van viento en popa entre Saint y tú, si te ha convencido para venir a Londres cada dos por tres.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza y me siento un poco avergonzada.

—Sigo dándole vueltas a cómo encajo en su vida, y a cómo encajaría él en la mía… —Sobre todo habida cuenta de que mi misión podría acabar arruinándole la vida a uno de sus mejores amigos.

—No te preocupes por esas cosas —responde Annabelle con un gesto vago de la mano—. En una relación, solo hay tres preguntas importantes. ¿Venera el suelo que pisas? ¿El sexo es bueno?

—Sí… Y sí —admito riéndome, ruborizada.

¿Buen sexo? Más que bueno es alucinante, se me derriten las bragas solo de pensarlo.

Annabelle da palmas, encantada con la idea.

—Bueno, más le vale, teniendo en cuenta la reputación que tiene —comenta con un guiño.

—Oye, ¿y cuál es la tercera pregunta? —le digo—. Has dicho que eran tres las que importan.

—Ah, sí. —Annabelle hace una pausa, y entonces regresa a su rostro ese gesto efímero de tensión—. ¿Obtienes lo que necesitas de él? —pregunta sin más—. Si es así, bueno… Con eso ha de bastar, ¿no?

La pregunta queda suspendida entre ambas, y de nuevo me da por pensar qué será exactamente lo que Annabelle necesita que Max Lancaster aporta a su relación. No creo que sea solo por el dinero. Imogen me dijo que Annabelle viene de una familia muy antigua con buenos contactos.

Aunque supongo que los contactos no sirven para pagar los días de *spa* ni los diamantes Van Cleef.

Pero la pregunta no iba sobre ella. Iba sobre mí, y sobre Saint. Me quedo pensándolo. Al principio, tenía claro lo que deseaba de él: una aventura sexual salvaje y acceso a su prestigioso círculo social para mi investigación. Pero todo eso cambió enseguida: nuestro vínculo es más profundo ahora, y lo que valoro más que nada es que se haya ofrecido a acompañarme en mi misión. Me apoya sin dudar de mí, haciéndome sentir segura y respaldada, cueste lo que cueste.

Ya no es solo un amante, o una aventura salvaje, sino un compañero. Mi compañero.

—Sí —respondo al fin, y vuelvo a sentir en el pecho esa emoción tan desconocida—. Me da lo que necesito.

—Pues eso es lo único que importa ahora mismo —declara Annabelle—. Claro está, el hecho de que sea el futuro duque de Ashford y vaya a heredarlo todo también ayuda —añade con una carcajada, y después se lanza a darme una disertación sobre destinos de luna de miel y sobre si Max debería comprarles una islita privada en el Caribe para celebrar fiestas, puesto que es mucho más agradable tener la playa entera solo para ti.

Comemos algo y luego terminamos en el *spa*, antes de que Annabelle tenga que irse a una prueba de vestuario.

—¿Para el vestido de boda? —le pregunto, y se ríe.

—Qué va, es para mi tercer vestido de la recepción. ¡Pero me lo he pasado genial! Tenemos que quedar pronto todos juntos. Una cita doble, tú y yo, Saint y Max. ¡Nos divertiremos!

—Suena estupendo —le aseguro, con la esperanza de que Max no sea el cabrón enfermizo que estoy buscando, aunque sea por el bien de Annabelle.

Pero, si no se trata de Max, eso solo me deja a Hugh Ambrose como único sospechoso con el tatuaje de la corona y la serpiente. Tampoco soporto imaginarme que sea él, sobre todo con el

gran trabajo que lleva a cabo en la fundación benéfica. Aun así, no puedo descartarlo aún, así que decido pasarme por las oficinas de Ambrose Foundation antes de volver a casa de Saint.

—Tessa, me encantan los enlaces que has enviado —me dice Priya, la directora de recaudación de fondos, al encontrarse conmigo en la acera, cuando sale del edificio—. No puedo hablar ahora, pero organizamos un Zoom o una llamada y hablamos pronto. Creo que podríamos programar el inicio de la campaña para el año nuevo.

—¿Tan rápido? —pregunto, sorprendida.

—Aquí actuamos con rapidez —responde con una sonrisa—. ¡Elabora un calendario preliminar y lo conseguiremos!

Se aleja a toda prisa, como en una nube de seda y pintalabios rojo, y yo sigo mi camino hacia el interior, satisfecha conmigo misma. No debería estar dedicando tiempo a trabajar en mi proyecto para la fundación, pero significa mucho para mí poder emplear parte de los días en mí y en lo que me apasiona, no solo en vengar la muerte de Wren.

Además, eso me proporciona la excusa perfecta para conocer mejor a Hugh y descubrir qué hay debajo de esa apariencia de empollón despistado. Pero, al llegar a su despacho, no lo veo por ningún lado.

—¿Va a venir Hugh esta tarde? —le pregunto al becario más cercano, que está sentado a un escritorio junto a la puerta del despacho.

—Déjame ver… —responde, servicial. Peter, creo que se llama. Hace un par de clics con el ratón y, desde donde estoy, alcanzo a ver que está consultando la agenda de Hugh—. No —me informa—. Lo siento, según parece tiene reuniones el resto del día. ¿Querías algo?

Trato de pensar con rapidez. Si pudiera echar un vistazo más detallado a esa agenda…

—Pues sí, la verdad —respondo—. Hugh me dijo que estaba reuniendo información para mí, datos sobre donativos y distribución de los últimos tres meses…

—Lo siento —me dice encogiéndose de hombros con gesto arrepentido—. No me ha comentado nada.

—Vaya, qué pena —contesto con cara de preocupación—. Porque lo necesito cuanto antes, y no puedo avanzar si no tengo esos datos. —Le lanzo una mirada esperanzada—. ¿Tú no podrías intentar localizarlos?

—Por supuesto. —El becario pincha con eficiencia en varios documentos distintos—. Te los puedo enviar por *email*.

—Me refería a impresos —le digo casi sin pensar, recordando que en mi primera visita me mostraron que el cuarto de la impresora se encuentra al otro extremo de la oficina, lejos del rincón de Hugh. Le lanzo entonces otra sonrisa—. Y encuadernado, si puede ser. Tres copias.

—Puede que me lleve un rato —responde, poniéndose en pie.

—¡No hay problema! —exclamo, agradecida—. Puedo esperar.

Peter se aleja hacia el cuarto de la impresora y yo echo un vistazo rápido a mi alrededor. La planta principal es un espacio diáfano y lleno de actividad, pero por suerte todos parecen estar ocupados con sus propios asuntos.

Me siento en la silla de Peter y pincho en la pestaña de la agenda de Hugh, que sigue abierta. Se trata de una agenda diaria llena de reuniones, viajes, llamadas…

Retrocedo a toda velocidad hacia el año anterior y me fijo en la fecha en la que Wren fue agredida. Quien se la llevó la mantuvo prisionera en esa celda durante más de veinticuatro horas, y confío en encontrar algo en la agenda de Hugh correspondiente a ese periodo que me permita descartarlo, o que al menos me proporcione una coartada que poder verificar.

Noviembre, octubre… Ahí está. Encuentro el fin de semana en cuestión y consulto sus

compromisos para esas fechas.

El fin de semana entero aparece reservado.

Trago saliva. Hay una nota que indica que no está disponible, pero no figuran reuniones o eventos que puedan justificar su ausencia durante ese tiempo.

Maldita sea.

Pierdo la esperanza. Deseaba poder descartarlo con facilidad, pero, en su lugar, ahora me resulta más sospechoso que nunca. La fiesta de la Sociedad Blackthorn ocuparía todo el fin de semana; el propio Hugh me dijo que solo acude a ellas por obligación familiar y porque suponen una oportunidad de hacer contactos. Rebusco un poco más, pensando que tal vez haya una nota al margen o algo que justifique que el fin de semana aparezca reservado, y poder así…

—¡Tessa, hola!

Levanto la cabeza. Hugh está atravesando la oficina en dirección a mí con una afable sonrisa dibujada en la cara.

«¡Mierda!».

Salgo apresuradamente de su agenda y consigo abrir los documentos que ha encontrado Peter, de manera que, cuando Hugh llega hasta mí, la pantalla aparece llena de hojas de cálculo de aspecto inocente.

—¡Hola! —le digo, levantándome de un salto—. Creí que estarías todo el día de reuniones.

—Así es —responde, pesaroso. Va vestido de forma elegante con traje y corbata, pero cruzada sobre el pecho lleva una maltrecha bandolera de cuero—. Pero se me habían olvidado las carpetas con las nuevas propuestas de venta. Ni loco se me ocurriría tratar de seducir a los donantes sin enseñarles algunas fotos llamativas de nuestros buenos actos.

—¡Ni loco! —repito en voz demasiado alta. Tengo el corazón desbocado porque ha estado a punto de pillarme, pero trato de aparentar normalidad—. Me pasaba por aquí a buscar unos datos sobre nuestras campañas para ayudar a convencer a los *influencers* —agrego.

—Priya me ha compartido algunos de tus *emails*, para mantenerme al día del proyecto —me dice Hugh—. Va progresando de maravilla.

—Bueno, yo no llegaría a tanto —respondo, avergonzada—. De momento solo son ideas.

—Todo empieza con una idea —me corrige—. Y, créeme, he visto ideas terribles.

—¿Quieres decir que aquí tenéis el listón bajo? —bromeo, y se ríe.

—Aprende a aceptar un cumplido. ¿O es que Saint no te elogia lo suficiente como para acostumbrarte a ello?

¿Elogiarme?

De pronto me acuerdo de Saint diciéndome «buena chica» mientras me metía su polla hasta el fondo, y entonces me sonrojo.

—Bueno, gracias —exclamo alegremente—. Me lo estoy pasando muy bien con el proyecto, cuando logro sacar tiempo de mis estudios.

—Ay, sí, ya recuerdo que Oxford es como una olla a presión —me dice con una sonrisa compasiva—. El mejor consejo que puedo darte es que saques tiempo para proteger las cosas que de verdad te importan, de lo contrario acabarás sufriendo una pequeña crisis nerviosa.

—Las pequeñas crisis nerviosas no me preocupan —bromeo—. Son cosa de aficionados.

Hugh se ríe y, en ese momento, regresa Peter con un puñado de papeles.

—Impresos, encuadernados y por triplicado —me dice, orgulloso—. Tal como querías.

—Ay, gracias. —Le quito las carpetas de entre los brazos—. Te lo agradezco muchísimo. —Me vuelvo entonces hacia Hugh—. Saint ha dicho que deberíamos quedar todos para tomar algo algún día…

—¡Me encantaría! —conviene—. Vamos a mirar nuestras agendas y organizamos algo.

Me despido de él y me marcho —arrepintiéndome ya del montón de documentos con los que voy a tener que cargar por la ciudad—, pero sigo pensando en la agenda de Hugh y en ese misterioso fin de semana reservado.

¿Dónde estuvo? ¿Y estuvo Wren con él?

De vuelta en la casa adosada de Saint en Kensington, descubro que ya ha llegado; está bebiendo una copa de vino en el salón con la camisa desabrochada y los pies descalzos sobre la mesita del café.

Presenta un delicioso aspecto descuidado y me dedica una sonrisa perezosa que me indica que se alegra de verme.

—Estoy muerto —me dice con un bostezo cuando me inclino para darle un beso—. Me han tenido tres horas revisando proyecciones de depreciación. ¿Sabes cuál es el índice de rotura de objetos de cristal en un entorno de laboratorio? Porque yo sí. Ponme a prueba.

Da un trago al vino y yo me río, compasiva.

—Pobrecito —me compadezco sentándome en su regazo—. ¿Qué podemos hacer para despertarte?

Deslizo las manos por su torso desnudo y lo beso despacio. Saint emite un ruido de satisfacción, deja su copa de vino y me rodea con los brazos sin dejar de besarme.

—Bueno, eso ayuda, desde luego —murmura, de nuevo con brillo en la mirada cuando nos separamos para coger aire. Me acomoda sobre su regazo y me estrecha contra su cuerpo mientras me da besos por el cuello—. ¿Qué tal tu día estudiando?

Me muerdo el labio y confieso:

—Digamos que he hecho novillos. He quedado con Annabelle y luego me he pasado por la oficina a ver a Hugh. He revisado su agenda —explico—. Carece de cuartada para el fin de semana en el que agredieron a Wren. Al menos, no la he encontrado todavía. —Suspiro—. Ahora empiezo a entender cómo te sientes —añado, apoyando la cabeza en su hombro—. No soporto tener que sospechar de él por algo así.

—Es horrible —conviene Saint—. Ahora no me lo quito de la cabeza, me paso el día dándole vueltas al tema. Ojalá pudiéramos olvidarnos de ello, aunque fuera durante un rato.

—¿Te refieres a tomarnos un descanso de la investigación? —le pregunto.

—De la investigación, de mi trabajo en la empresa, de todo —responde, retirándome el pelo de la cara. Parece agotado y estresado, sé bien cómo se siente.

—¿Y por qué no lo hacemos? —sugiero, y noto que me invade un ansia impulsiva. Arquea una ceja—. Tomarnos tiempo libre —explico—. Hacer algo salvaje y divertido esta noche; dejarnos llevar y pasarlo bien. Seguro que se te ocurren algunas ideas —añado, coqueta—. Las cosas salvajes y divertidas son tu especialidad.

Me sonríe con picardía.

—¿Salvajes hasta qué punto? —me pregunta, deslizando las manos alrededor de mi cintura mientras me aprieta contra su cuerpo.

—Ponme a prueba —susurro con un escalofrío de anticipación, y veo que se le encienden los ojos de deseo.

—Hecho. —Se pone en pie, levantándome con él, y me deja en el suelo con un movimiento fluido—. Arriba —me ordena, dándome un cachete suave en el culo.

La anticipación se convierte en deseo ardiente.

—Sí, señor —murmuro, y salgo casi corriendo hacia el dormitorio.

Saint camina detrás de mí, pero, cuando llegamos a su cuarto, no me lanza sobre el colchón para empezar a devorarme; en su lugar, atraviesa la estancia hasta el armario.

—Ponte… esto —dice, sacando una percha después de rebuscar entre mi ropa nueva—. Y esto también. —Selecciona un conjunto de lencería, precioso, de seda y satén negros.

—Ya me gusta este plan —respondo mientras me quito la ropa y la tiro al suelo.

Saint se sienta en la cama y me observa, así que me aseguro de darle un buen espectáculo: me contoneo para ponerme las bragas y el sujetador de encaje, después me inclino hasta abajo para subirme las medias y colocarme el liguero.

Su rostro denota una expresión ardiente y, con la mirada, va devorando cada uno de mis movimientos, pero no trata de acercarse ni de tocarme, tan solo se recuesta y me mira mientras me pongo por encima de la cabeza el vestido que ha seleccionado para mí. Es un vestido negro de seda que resbala por mi cuerpo como el agua, se ciñe a mis curvas y cae desde la cintura hasta las rodillas. Me calzo un par de zapatos negros de tacón de aguja con tiras de cuero y me dejo la melena suelta y desenfadada.

—¿Te gusta? —le pregunto, posando para él, y disfruto con esa sutil alteración en la dinámica de poder; me gusta obedecer sus instrucciones y buscar su aprobación.

—Preciosa —responde con gesto afirmativo y la voz rasgada—. Píntate los labios de rojo. Voy a querer ver bien todo lo que hagas con esa boquita esta noche.

Siento un vuelco en el estómago. Ay, madre. He sido yo la que le ha pedido hacer algo salvaje y atrevido, ¿no?

Algo en su mirada me dice que me va a dar justo lo que quería…

Y más.

Capítulo 11

Tessa



Cogemos un taxi hasta el club privado del que Saint es miembro, y mi expectación va creciendo conforme pasan los kilómetros. En el coche no me toca, simplemente posa el brazo sobre mis hombros de manera informal, trazando círculos con las yemas de los dedos sobre mi piel desnuda, hasta que acabo encendida de deseo para cuando llegamos a nuestro destino.

—Bienvenido, señor St. Clair —nos saluda el guapo recepcionista al llegar, y nos conduce a través de la lujosa zona del vestíbulo, iluminada con una luz tenue. Su mano se detiene unos instantes sobre mi brazo mientras me dedica una sonrisa de admiración—. Por favor, disfruten de la velada. Y, si necesitan algo, lo que sea, háganmelo saber.

Me sonrojo ante la sugerencia de su voz y su manera de quedarse mirando mi vestido negro de seda, pero Saint reacciona al instante.

—Gracias. Te lo haremos saber.

Me conduce a través del ornamentado umbral de una puerta hasta un pasillo situado al otro lado.

—Pues parece que ya tienes un admirador —comenta, divertido.

—¿Estás celoso? —bromeo, y él se ríe.

—En absoluto —responde—. De hecho, si quieres que se tome una copa con nosotros esta noche, no tienes más que decirlo. Una copa… o más —añade con una sonrisa pícara.

Me sonrojo, algo sorprendida por la sugerencia.

—¿En serio? ¿Te parecería bien?

—¿Ver a otro hombre comerte el coño hasta que me supliques que te folle? —me pregunta con una sonrisa arrogante—. Desde luego, cariño. Me parecería mejor que bien.

La leche.

La cabeza aún me da vueltas con tan escandalosa proposición cuando Saint me arrincona de pronto contra una esquina en penumbra. El pulso se me acelera, aprisionada contra la pared, con su cuerpo duro contra el mío y sus manos aferradas a mi cintura.

—¿Te gustaría eso, cariño? —me pregunta con dulzura y un destello prometedor y seductor en la mirada—. Chuparle la polla como una buena chica mientras yo te follo por detrás. Que te compartamos, te consumamos…

Me recorre un escalofrío al tratar de imaginármelo. Entonces recuerdo algo: la intimidad que se palpaba en la mesa la otra noche con Sebastian Wolfe y su mujer.

—Ya lo has hecho antes, ¿verdad? —Me doy cuenta, levantando la cabeza para mirarlo—. Compartir a una mujer. Seb, Avery y tú.

Saint me acaricia lentamente la mejilla.

—Hemos disfrutado de nuestra mutua compañía, sí.

—Ah. —Trago saliva.

Él suaviza la sonrisa.

—Fue solo por diversión —me tranquiliza—. Y fue divertidísimo. Sobre todo para Avery —añade, y noto su aliento cálido en la oreja otra vez—. Al fin y al cabo, si te gusta que un hombre te venere…, ¿por qué no dejar que te veneren dos? Dos pares de manos sobre tu cuerpo —musita, acariciándome la curva de los pechos hasta que dejo escapar un grito ahogado—. Dos bocas explorándote… Dos pollas gordas llenándote entera.

Me arden las mejillas y de pronto me cuesta respirar al imaginar semejante escena.

No podría… ¿o sí?

—No es mi tipo —respondo como si nada, me agacho por debajo de su brazo y me adelanto varios pasos por el pasillo.

Le oigo reírse mientras recupero el aliento, y entonces me alcanza, me pasa un brazo por los hombros y entramos en la zona del bar.

—Interesante… ¿Y cuál es tu tipo? —me pregunta, echando un vistazo al exclusivo y suntuoso club privado—. ¿Joven e intrépido, quizá? —Señala con la cabeza a un hombre rubio que espera junto a la barra, afeitado y de pelo corto, vestido con vaqueros y una sencilla camiseta blanca de manga corta. Parece sano y alimentado a base de maíz, y Saint se inclina hacia mí para susurrarme—: Seguro que le encantaría tumbarse bocarriba para ti, para que te sientes en su cara mientras le chupas la polla.

Trago saliva. Pensé que estaba preparada para comportarme con naturalidad en un sitio así, en vez de quedarme con la boca abierta como una ingenua recién llegada, pero las sugerencias de Saint encienden el fuego en mi interior y me provocan un deseo nuevo y curioso.

—Él no —logro responder, aunque me cuesta hablar. Dios mío, no puedo creerme que esté ocurriendo esto.

«¿De verdad me lo está proponiendo?», me pregunto.

—Entonces, tal vez te gustaría ser la que acata las órdenes… —Saint no deja de insistir y sigue considerando en voz baja, como si tal cosa, igual que si estuviésemos escogiendo un restaurante al que pedir comida para llevar, en vez de planteando una noche salvaje y apasionante. Señala a un hombre de aspecto severo vestido con un traje caro que bebe *whisky* sentado a una mesa del rincón—. ¿Qué opinas? ¿Prefieres un hombre mayor?

Saint se coloca detrás de mí, me rodea el cuerpo con los brazos y me susurra al oído mientras me acaricia a través del vestido.

—Podrías intentar portarte como una malcriada, desde luego, pero entre los dos te pondríamos en tu lugar… —Me pellizca los pezones y me hace gemir—. Sí, él se aseguraría de que fueras una buena chica para los dos…

Mientras lo miramos, el hombre llama con un gesto a una mujer para que se acerque y señala el suelo, ordenándole que se ponga de rodillas con un movimiento fluido. Ella se acerca sin dudar, se arrodilla, le desabrocha el cinturón y le saca la polla para empezar a chupársela.

—¿A ti también te gustaría probarla? —me susurra Saint mientras observo a la pareja.

Sigue acariciándome perezosamente, y sus manos son como el fuego sobre mi piel caliente. Me hundo entre sus brazos y disfruto del movimiento incierto de sus manos. Estoy cada vez más caliente. Más mojada.

—Podría mirarte mientras se la chupas… Te daría muchas órdenes, para que te tragaras su polla hasta el fondo.

Observo, fascinada, mientras la mujer succiona el miembro del hombre hasta el fondo; arqueando la espalda, deslizando una mano entre sus muslos para tocarse también. La luz tenue se refleja en sus curvas, revelando un vestido ajustado; el hombre tiene la mano enredada en su melena rizada y oscura para controlar sus movimientos.

Es hermosa.

—Ah, entiendo… —murmura Saint con cierta arrogancia—. Puede que hayamos estado mirando en la dirección equivocada…

Saint me gira hacia la barra. Hay allí una mujer que, relajadamente, disfruta de su cóctel y contempla la estancia con una mirada curiosa, igual que nosotros. Rondará mi edad, tiene unos expresivos ojos azules y una melena rubia recogida en un moño descuidado, pero, al contrario que el resto de las mujeres aquí presentes esta noche, va vestida de manera informal, con una camiseta de tirantes y una larga falda de seda que le baila alrededor de las piernas cuando se levanta y atraviesa la sala para acomodarse en un reservado del rincón con la elegancia de una bailarina.

—Es guapa —murmura Saint con tono de aprobación—. ¿Qué opinas, cielo? ¿Quieres pedirle que venga a jugar?

Siento un nudo en el estómago. Ay, Dios mío.

—Nunca he… —susurro, con las mejillas arreboladas.

Pero no puedo negar que he pensado en ello. Me lo he preguntado. Me lo he imaginado…

Como si me hubiera leído el pensamiento, la mujer mira hacia nosotros. Nos recorre con la mirada, visiblemente curiosa, y después me mira a los ojos. Me lanza una sonrisa franca y amistosa, y sin darme cuenta se la devuelvo.

No puedo creerme que de verdad me esté planteando hacer esto, pero…

Lo deseo.

Saint me gira para que lo mire, y la curiosidad debe de notárseme en la cara, porque suelta una carcajada cómplice.

—Dímelo. Usa las palabras, cariño.

Vuelvo a tragar saliva, tengo la boca seca. El corazón me late desbocado.

—Sí —respondo, asintiendo vehementemente con la cabeza—. Sí, por favor.

—Joder —murmura él con lascivia, y mi emoción se intensifica—. No haremos nada que no quieras —me asegura—. Esto es para ti, así que, si cambias de opinión, o si sientes que quieres echar el freno, no tienes más que decirlo.

Asiento, pero ya sé que esta noche no cambiaré de opinión.

Lo deseo todo.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunto, casi sin aliento.

Saint se saca del bolsillo una pequeña llave dorada.

—¿Por qué no vas a refrescarte un poco y te reúnes conmigo en la habitación seis? —me dice, entregándome la llave—. Yo iré a pedirnos algo de beber y ver si nuestra nueva amiga quiere venirse con nosotros.

Digo que sí con la cabeza. Siento que tengo ganas de meter la cabeza entera debajo del agua fría, así que encamino mis pasos de buena gana hacia el lujoso cuarto de baño, con azulejos en rosa, decorado con lámparas *vintage* de Tiffany, butacones con flecos y viejos espejos de tocador de Hollywood.

«Respira profundo», me digo a mí misma mientras me lavo las manos bajo el agua fría. Cojo una toallita de papel y me aplico también un poco de agua en el pecho, pero sé que no habrá manera de poder refrescarme, porque la sangre me corre por las venas como un fuego

descontrolado.

¿Cómo es posible que Saint conozca todos mis deseos secretos?, me pregunto, maravillada y con los nervios a flor de piel. Desde que nos conocimos, ha accedido a mis sueños más prohibidos, conduciéndome de la mano hacia un nuevo mundo de placer y descubrimiento.

Y, ahora que confío plenamente en él, sé que el placer será aún más dulce.

La puerta del baño se abre a mi espalda y veo entrar a la mujer rubia. Nuestras miradas se cruzan en el espejo y yo me quedo paralizada, pero ella no parece en absoluto alterada cuando se acerca al espejo que tengo al lado y comienza a retocarse el pintalabios.

—Hola —me dice con una sonrisa amable y curiosa.

—Qué hay —respondo con una tremenda inseguridad. ¿Habrá hablado Saint ya con ella? ¿Estará al corriente?

Me doy cuenta de que me he quedado mirándola.

—Me encanta tu collar —le digo entonces, de forma atropellada.

Es cierto, lleva una fina cadena de oro con el diminuto colgante de una flor oscilando entre sus pechos pequeños y respingones.

—Gracias —responde con una sonrisa y un suave acento inglés—. Yo iba a decirte que me encanta tu vestido. Soy Rose —añade.

—Tessa —respondo, relajándome un poco.

No sé si me habrá dado su nombre real, pero, ahora que la veo de cerca, me doy cuenta de que Rose transmite una energía serena y amable que, de inmediato, me tranquiliza.

—¿Es la primera vez que vienes al club? —me pregunta, sacando un delineador de ojos antes de retocarse el maquillaje.

—Casi —confieso—. Vine aquí una vez, así que pensaba que ya no me escandalizaría, pero luego miro a mi alrededor y, en fin…

—Sé cómo te sientes —contesta entre risas—. La primera vez que vine aquí con una cita, me sentí como uno de esos dibujos animados, ya sabes, con los ojos como platos. Tú has venido con alguien, ¿verdad? —me pregunta, volviéndose hacia mí.

—Sí —confirmo—. ¿Te ha…? —dejo la frase a medias, sin saber cómo preguntárselo.

—Sí —responde Rose, sonriente—. Y, desde luego, me interesa —continúa, mirándome de arriba abajo de un modo que me resulta nuevo y familiar al mismo tiempo—. Pero quería hablar primero contigo —me explica—. Hay hombres que… Bueno, tienen esta fantasía y fuerzan a su acompañante para que les siga el rollo. A mí no me interesa en absoluto esa basura —asegura, tan decidida y segura de sí misma que, sin poder evitarlo, me impresiona aún más.

—No es eso —me apresuro a responder—. Ha sido idea mía. Es decir, quiero… —De nuevo me quedo callada y me sonrojo—. Perdón —murmuro, bajando la mirada—. No sé cómo funciona esto.

—Funciona como cualquier otra cosa. —Se acerca a mí, me coloca un dedo bajo la barbilla y me levanta la cara hasta que la miro a los ojos—. Solo has de hacer caso a tu instinto —susurra con brillo en la mirada. Como si fuera mi compinche—. Prescinde de tus inhibiciones y haz lo que te resulte correcto. Lo que sucede en el club se queda en el club —agrega con un guiño—. Solo queremos divertirnos.

Divertirnos…

Y, sin más, mi curiosidad ahoga los últimos latigazos de nervios. Le devuelvo la sonrisa y le cojo la mano.

—Sígueme —me atrevo a decirle, la saco del baño y la conduzco por un largo pasillo en penumbra.

Pasamos de largo a otra pareja y siento un escalofrío de placer al saber que nos miran. Que saben adónde vamos.

Y lo que estamos a punto de hacer.

Encuentro la habitación que me ha indicado Saint y me dispongo a abrir la puerta, pero descubro que ya está abierta. Dentro me espera Saint, con la chaqueta colgada del respaldo de un sillón de orejas, mientras sirve tres copas de champán. Hay una cama baja y la sugerente iluminación baña la estancia con un resplandor suave. Parece la *suite* de algún hotel caro, si estos tuvieran barras metálicas colgadas en paralelo al techo y una pared entera de cristal ahumado.

—La has encontrado —le dice a Rose con una sonrisa mientras yo cierro la puerta a nuestra espalda. Se acerca y nos entrega una copa a cada una.

—Pues sí. Y ya veo a lo que te referías —responde ella antes de dar un sorbo.

—¿Qué ha dicho de mí? —pregunto, mirándolos alternativamente.

—Que eras deliciosa —responde Rose con una sonrisa coqueta—. Aunque esa parte tendré que juzgarla por mí misma.

Y entonces deja la copa, se inclina hacia mí y me besa.

Su boca es fría, desconocida, dulce por las burbujas de champán y suave, mientras la de Saint es dura y decidida. Me resulta una sensación embriagadora, nueva y extraña, y el pulso se me acelera cuando me inclino hacia ella, le acaricio la mejilla y me asombra la textura sedosa de su cabello. Siento su lengua húmeda entre mis labios, abro la boca y deslizo la mía sobre la suya, ejecutando un baile sensual y desconocido.

—Joder… —Oigo que Saint emite un gemido de aprobación, después se coloca a mi espalda, aprisionándome entre ambos, y posa las manos en mi cintura mientras ella me rodea con las suyas las mejillas; el cuerpo de él es duro y firme, mientras que el de ella se restriega suavemente contra mis curvas.

La cabeza me da vueltas. Es increíble, siento que estoy viviendo una experiencia extracorporal, flotando allí entre ellos. Rose aparta la boca de la mía y me cubre de besos la mandíbula y el cuello, mientras Saint me desliza los tirantes del vestido por los brazos y me baja el corpiño hasta la cintura.

—¿Qué se siente, cariño? —me pregunta, seductor—. ¿Quieres un poco más?

En respuesta, dejo escapar un gemido, echo la cabeza hacia atrás para apoyarla contra su pecho y cierro los ojos para disfrutar de este torrente de sensaciones.

—No —me reprende con dulzura—. Abre los ojos. Mira cómo te toca…

Hago lo que me ordena, y me tiemblan las rodillas al ver a Rose bajar la cabeza y lamerme los pechos con la melena alborotada. Saint la ayuda, agarrando con ambas manos cada uno de mis senos forrados de encaje, ofreciéndoselos para que los lama por turnos. Dios mío… Me estremezco, abrumada por la increíble sensación de su boca, y su lengua suave y juguetona estimulándome a través del sujetador, hasta que me arqueo hacia ella y gimoteo llevada por el deseo.

—Creo que le gusta —le comenta Saint a Rose con una carcajada, y ella levanta la cabeza con las mejillas encendidas y me mira a los ojos con picardía.

—Tócame —me susurra, coge una de mis manos y la coloca sobre su pecho—. No seas tímida —me dice con una sonrisa—. Sabes lo que va a gustarme.

Me muerdo los labios para contener otro gemido y le aprieto el pecho siguiendo sus órdenes. No lleva sujetador, y siento el tacto duro de sus pezones erectos a través de la seda mientras se los acaricio y juego con ellos, actuando por puro instinto, haciendo todas las cosas que sé que a mí me encienden.

Rose suspira de placer, empujando contra mis manos.

—No pares —susurra, volviendo a besarme mientras Saint desliza sus manos atrevidas por todo mi cuerpo, y yo siento entonces su erección presionando contra el culo.

Aparta a Rose de mi boca y la besa también, mientras yo me restriego contra él, perdida en el torrente de sensaciones descarnadas, entregada a esta emoción embriagadora.

¿Qué está ocurriendo? Ya no me quedan palabras para describirlo. Lo único que sé es que quiero más. Manos y bocas tocándose, lenguas ansiosas que exploran, besos, caricias que nos encienden hasta volvernos locos.

Saint se aparta.

—Desnúdala —le ordena a Rose, que responde con una sonrisa coqueta.

—Sí, señor —responde, y obedientemente termina de bajarme el vestido, me desabrocha el sujetador y me quita también las bragas, acariciando todo mi cuerpo en el proceso hasta dejarme desnuda y temblorosa.

Estoy de pie entre ellos, que siguen aún totalmente vestidos, lo que me provoca una súbita descarga eléctrica.

—Tu turno —me dice Saint—. Quítaselo.

Hago lo que me ordena, le bajo la falda de seda a Rose hasta dejarla solo con las bragas, que no son más que una fina franja de seda rosa chillón entre sus muslos. Me deleito con la imagen de su cuerpo, consumida por la curiosidad, antes de llevar mis brazos hacia Saint.

—No tan rápido —me dice él con una sonrisa arrogante, y retrocede para sentarse al borde de la cama. Lentamente se desabrocha el cinturón y se baja los pantalones lo suficiente para dejar libre su polla dura y palpitante—. Sé una buena chica —me ordena con los ojos turbios de deseo —. Demuéstrale a nuestra nueva amiga cómo chuparme la polla.

Ay, joder.

Me arrodillo y me coloco entre sus muslos. Me inclino hacia delante, me introduzco su glande en la boca y succiono con ganas.

Oigo que emite un gemido rasgado que indica que le gusta.

—Eso es, cielo. Hasta el fondo.

Gimo con la boca llena e inclino la cabeza para meterme su polla hasta el fondo, tal como le gusta. Es entonces cuando siento que Rose se arrodilla a mi espalda y noto el roce desconocido de sus besos por la espalda.

Ay…

Los labios de Rose bañan mi piel con dulzura mientras, con las manos, me acaricia el cuerpo y me rodea ambos pechos para jugar con ellos, al tiempo que Saint comienza a empujar con la polla por mi garganta.

—Sujétala —oigo que dice—. Mantenla quieta, haz que se la trague entera.

No sé a qué se refiere, hasta que noto que Rose enreda las manos en mi pelo y siento la presión cuando empuja mi cabeza sobre la polla de Saint, controlando mis movimientos.

Joder.

La dominación me resulta embriagadora. Me estremezco, atrapada entre ambos, y disfruto dejándome hacer. Rose me mueve la cabeza más rápido, obligándome a introducirme el pene más adentro, mientras Saint me embiste con empellones salvajes, follándome la boca. Gimo, mareada, perdida en el torrente de sensaciones, aprieto los muslos y, de tan excitada como estoy, siento la humedad, estoy empapada.

De pronto, Saint me saca la polla de la boca, me lanza sobre la cama y se acomoda junto a mí. Yo intento coger aire, tendida allí a su lado, con el cuerpo tembloroso de deseo.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño —me elogia, inclinándose sobre mí para darme un beso dulce en la frente—. Creo que te mereces una recompensa.

Se desliza sobre mi cuerpo, pero Rose le coloca una mano en el hombro.

—Yo primero —murmura, arrodillándose sobre nosotros, y me mira con una sonrisa lasciva dibujada en la cara—. Eres tú quien dice que está deliciosa.

—Tienes razón —responde Saint—. Las damas primero. Mientras tanto, le mantendré la boca ocupada un rato más…

Vuelve a besarme, con más pasión esta vez, hundiendo la lengua en mi boca como si estuviera reclamando su territorio. Yo me elevo para recibir sus besos, le rodeo el cuello con los brazos y lo saboreo.

Entonces Rose se acomoda entre mis muslos y me lame ahí.

¡Dios mío!

Gimo contra los labios de Saint, llevada por la sorpresa… y el placer. Él no se detiene, me acaricia la boca con su lengua húmeda e insistente mientras me da lametones en el clítoris. Es una sensación abrumadora, y me retuerzo contra ambos, extasiada con este placer desconocido.

—¿Te gusta sentir su lengua en el coño? —me pregunta Saint, aprisionándome contra el colchón, de manera que no me queda más remedio que entregarme a los lametones suaves e insistentes de Rose—. Sé que te gusta, joder, si estás temblando como una hoja. Mírala, cariño, mira cómo te chupa.

Levanto la cabeza y jadeo, embriagada, al ver a Rose entre mis muslos, con la melena rubia esparcida sobre mi piel y los dedos clavados en mis caderas.

—¡Dios mío! ¡Ah!

—Utiliza los dedos —le ordena Saint con la voz rasgada—. Le encanta que se los metan.

Rose hace lo que le ordena, me introduce dos dedos, después tres, sin dejar de lamerme el clítoris. Suelto un grito, tensando los músculos en torno a ella, pero sus dedos son demasiado delgados, no es suficiente. Joder, ni de lejos. Levanta la cabeza.

—Ven a unirte a la fiesta —le dice a Saint con una sonrisa—. Está tan mojada que hay sitio para los dos.

Saint suelta una carcajada, desliza una mano entre mis piernas desde atrás y me mete los dedos.

—Joder. —Me estremezco al sentir la invasión y presiono hacia abajo, disfrutando de la tensión—. ¡No pares!

—Ya la has oído —dice Saint con una sonrisa de satisfacción, y tira de mí contra él, hasta que mi espalda queda pegada a su torso, y entonces utiliza la rodilla para separarme más las piernas, ofreciéndome a Rose—. Tienes que ver cuando se corre, es como un terremoto.

—Yo creo que no le queda mucho —comenta Rose, agacha la cabeza y me mordisquea la cara interna de los muslos mientras Saint me introduce los dedos más adentro.

Tiemblo entre sus brazos, gimoteando, sin importarme lo mucho que grite ni lo desesperada que parezca. Mi cuerpo es como un cable de alta tensión, chisporrotea, se retuerce en busca del clímax.

—Por favor —susurro, tratando de mover las caderas contra la boca de ella mientras tenso los músculos en torno a los dedos rítmicos de Saint—. Dios, por favor…

—Más fuerte, cariño —me susurra Saint al oído—. ¿No quieres que te oigan los de fuera?

Me gira la cabeza y veo que el cristal que recorre una de las paredes de la habitación ya no es ahumado y opaco. Alcanzo a ver una zona de bar llena de gente.

Joder.

—Es un espejo unidireccional —continúa Saint cuando yo estoy a punto de perder la cabeza —. Pero puedo hacer que sea bidireccional solo con pulsar un botón… ¿Te gustaría? —me susurra mientras Rose vuelve a chuparme el clítoris, devorándome—. ¿Te gustaría que todos vieran cómo te corres con su lengua en el coño?

Suelto un grito y me rompo en mil pedazos, me corro con tal fuerza que juro que veo las estrellas. El placer me invade, una y otra vez, hasta que caigo exhausta en brazos de Saint. Con un movimiento fluido, me tumba bocarriba, me arrastra hasta el borde mismo de la cama y sustituye a Rose entre mis muslos. Me acaricia el coño con un gesto posesivo y después hunde su polla en mí lentamente, hasta la base.

«Joder».

Vuelvo a gemir, temblorosa aún tras mi primer orgasmo, cuando Saint empieza a embestirme. Deja escapar un rugido de satisfacción.

—Joder, cariño, aún noto tus contracciones.

Trato de coger aire, mi cuerpo sigue estremeciéndose, al borde del abismo. Pero aun así quiero más.

—Tu turno —consigo decir, tiro de Rose para tumbarla a mi lado y trato de no perder la cabeza mientras la polla de Saint me embiste una y otra vez—. ¿Qué te gusta?

Ella me besa, despacio y con gesto sensual, mientras aprieta su cuerpo contra el mío.

—¿Por qué no lo averiguas tú? —me pregunta.

Me agarra la mano y la guía por su cuerpo hasta situarla entre sus piernas. Siento otra emoción desconocida al hundir los dedos en su coño y descubrir que está mojada, preparada para mí. Le acaricio el clítoris con cierta curiosidad y la oigo gemir ahogadamente.

—Sí… —murmura, arqueándose contra mí—. Justo así.

Vuelvo a acariciarla, aprendiendo de cada gemido y jadeo que emite, encontrando el ritmo adecuado hasta que gimotea con placer y hunde la cara en la curva de mi cuello. La estrecho contra mí y miro a Saint a los ojos por encima de su cabeza.

—¿Qué se siente? —me pregunta mientras me penetra de nuevo, dilatándome con cada empellón insaciable y decidido. Luce una expresión de puro éxtasis, pese a que su voz suena grave y rasgada, con el cuerpo en tensión para no perder el control—. ¿Te gusta volvernos locos a los dos al mismo tiempo? ¿Tener nuestro placer en tus manos?

No tengo palabras para describirlo, para expresar el poder y la fogosidad que me recorren en ese instante. Acaricio a Rose más rápido, hundiendo los dedos dentro de ella mientras tenso los músculos en torno a la polla de Saint; los oigo gemir a ambos de placer, jadear, rugir, suplicarme más.

Y yo les doy lo que me piden. Se lo doy a él. Lo miro a los ojos mientras elevo las caderas para recibir sus empellones, hasta que noto que Rose se quiebra a mi lado y alcanza el orgasmo con mis dedos, emitiendo un grito agudo. Y entonces ya solo me importa Saint, y todo lo demás se desdibuja. Me empotra, sujetándome las piernas en alto, se hunde en mí, tan adentro que me enciende el cuerpo, dejo los ojos en blanco y de mis labios escapa una plegaria.

—No pares… Por favor, Dios, ¡así! ¡No pares!

Y no para. Saint no se detiene, ni por un momento. Me embiste, rozando el punto justo dentro de mí, y ya estoy casi en la cresta de la ola otra vez cuando Rose desliza sus dedos gráciles entre nosotros y ejerce la presión perfecta sobre mi clítoris, mientras Saint me folla sin piedad contra las sábanas.

¡Dios mío!

Vuelvo a correrme con un grito, sintiendo una fricción tan pura y perfecta que, durante unos

segundos, no puedo ni respirar. El orgasmo difumina el mundo a mi alrededor, hasta dejarme jadeante sobre la cama, lánguida entre sus cuerpos, en una maraña de miembros exhaustos.

Increíble. La cabeza me da vueltas. Estoy borracha de placer, como nunca en mi vida.

Y en mitad del subidón, muy dentro de mí, me invade una oleada de tristeza inesperada. Porque, pese a la adrenalina que recorre mi cuerpo, pese a la alegría incontenible provocada por el clímax, sé que no puedo entregarme por completo a las sensaciones; no puedo dejarme llevar, ni vivir plenamente el momento con Saint.

Hasta haber completado mi misión.

Hasta haber hecho justicia en recuerdo de Wren y, por fin, poder seguir adelante.

Porque deseo hacerlo. Aquí tumbada, en la seguridad que me brindan los brazos de Saint, notando su respiración rasgada, con el hormigueo que me provoca por todo el cuerpo este placer recién descubierto, deseo con todas mis fuerzas permitirme enamorarme de este hombre.

Creo que una parte de mí ya lo ha hecho.

Pero el resto… El resto de mí no podrá ser del todo feliz hasta lograr llevar ante la justicia al agresor de Wren. Tengo que encontrarlo, ahora más que nunca. Y algo me dice que estoy quedándome sin tiempo.

No podré ser libre hasta que sepa quién es.

Y le haga sufrir por lo que hizo.

Capítulo 12

Tessa



«¿Qué se siente, cariño? ¿Quieres un poco más?».

Se me calienta la sangre al recordar las palabras de Saint y la lengua suave y juguetona de Rose sobre mi cuerpo, rodeándome el clítoris…

Se me arrebolan las mejillas, acalorada pese al aire fresco del otoño. Menos mal que esta mañana he elegido sentarme fuera, en la terraza de la cafetería, porque estoy ardiendo mientras recuerdo las aventuras sexuales de la noche anterior.

No cabe duda de que Saint cumplió su promesa. ¿Diversión sexi y salvaje? Más bien una aventura sensual que me volvió loca y que aún hace que se me acelere el pulso solo con pensar en ello.

Doy un sorbo al café y trato de centrarme en el trabajo que debo entregar y que aún tengo a medio terminar en la pantalla de mi portátil, pero no puedo evitar fantasear, reviviendo cada instante de nuestra tórrida noche en el club. El subidón de la sorpresa al sentir por primera vez las manos de Rose acariciando mi cuerpo desnudo… La intensidad del placer que ambos me proporcionaron, nublándome los sentidos hasta hacerme alcanzar el éxtasis… Y el delicioso abandono que me invadió, me consumió y me permitió mostrarme descarada.

Y suplicar cada vez más.

Joder, nunca había sentido nada parecido. Y no solo por Rose. Por alguna razón, Saint conoce todos los deseos secretos que he albergado; las fantasías ilícitas y oscuras que jamás había siquiera susurrado. Percibe el deseo que bulle dentro de mí, entonces se adelanta y aviva el fuego.

Además, no me juzga ni me avergüenza, simplemente me acepta. Jamás me había sentido tan segura con ningún hombre, incluso cuando me aprisiona contra la cama y me folla hasta hacerme perder el sentido.

Es una combinación embriagadora.

Me vibra el teléfono, consulto el mensaje y sonrío al ver que es de Saint. Hace tan solo una hora que me ha dejado en la cafetería, antes de marcharse a las oficinas de Ashford Pharma, que quedan cerca de aquí. Sin embargo, está claro que él también sigue pensando en lo de anoche.

«Me están hablando de las proyecciones para el segundo trimestre y yo solo puedo pensar en cómo apretabas el coño cuando Rose te chupaba los pezones».

Me sonrojo más aún y siento el hormigueo entre las piernas.

«¿La tienes dura?», le escribo, sorprendida por mi descaro.

«Ahora sí».

«Bien. Porque yo estoy empapada».

«Joder, cielo… No me tortures».

«Esto no es nada», respondo con una sonrisa. «Estoy a punto de encerrarme en el baño y masturbarme pensando en tu polla dentro de mi boca…».

Aparece en la pantalla el mensaje que me indica que está escribiendo algo, después desaparece y vuelve a aparecer.

Sonrío al imaginármelo atrapado en una aburrida reunión, tratando de disimular su excitación. Por fin aparece su respuesta.

«Pagarás por ello más tarde».

Siento otro delicioso escalofrío. Lo estoy deseando.

Me guardo el teléfono —y dejo de pensar en la forma que escogerá Saint para castigarme— para tratar de concentrarme en mi trabajo, pero la rebelión antisistema del siglo XVIII no es nada en comparación con la pregunta que aún me atormenta.

¿Max o Hugh? ¿Cuál de ellos será el hombre que recordaba Wren?

Sigo sin saber si Max tiene coartada, y aún me preocupa ese fin de semana tachado en la agenda de Hugh. Mi paciencia está llegando a su límite. Tengo que saber lo que hizo aquellos días. He estado buscando más información sobre ambos en internet, pero no he encontrado nada que pueda usar para juzgar si son culpables o no. Ambos cuentan con montones de información y apariciones en público que están publicadas *online*, sobre todo fiestas VIP y escapadas de mujeriego en el caso de Max, y eventos más serios y filantrópicos en lo tocante a Hugh, pero eso es obra del Departamento de Relaciones Públicas: la versión de sí mismos que muestran al mundo.

Tengo que averiguar quiénes son en realidad cuando no hay cámaras ni multitudes a su alrededor.

Repaso distraídamente las fotos de un torneo de polo celebrado durante el verano al que asistieron tanto Max como Hugh. Entonces distingo en la captura otro rostro familiar. Imogen.

Me pongo en guardia, preguntándome si la prima de Saint podría saber algo más sobre ellos. Por lo que he visto, conoce a todo el mundo y, dado que se dedica a la organización de eventos, quizá esté al tanto de lo que mantuvo a Hugh ocupado durante aquel fin de semana.

Vuelvo a sacar el teléfono y le envío un mensaje invitándola a comer.

«Lo siento», me responde de inmediato. «Estoy preparando el gran evento de Ashford para el viernes».

Me quedo desconcertada. Saint no ha mencionado nada sobre un evento y, ahora que está trabajando allí a jornada completa, siento más curiosidad por la empresa.

«¿Y si llevo algo para picar y te tomas un descanso rápido?», le sugiero, y enseguida me contesta con el pulgar hacia arriba.

Perfecto.

Me paso por una tienda de comida preparada y elijo unas ensaladas, después voy a pie hasta el impresionante edificio moderno que alberga la sede central europea de Ashford Pharma. Se trata de una imponente construcción de cromo y cristal, con un vestíbulo cavernoso que es un hervidero de actividad… y con muchas medidas de seguridad. Confío en sorprender también a Saint, pero cuando le pido al recepcionista que llame a su despacho, me informa de que ha salido a comer con el equipo de contabilidad.

—¿Tiene cita? —me pregunta el hombre con una educación gélida.

—No, he venido a ver a una persona. Imogen Alcott —respondo, pero se queda mirándome sin inmutarse.

—Si no ha puesto su nombre en la lista de visitas, me temo que no puedo ayudarla. ¿Qué número de extensión tiene?

—No trabaja aquí —trato de explicarle, y en ese momento distingo un rostro familiar. Se trata de Phillip McAlister, el compañero de laboratorio empollón de Wren, que acaba de entrar en el edificio con un termo en una mano y un pase de seguridad en la otra. Va vestido de manera informal con unos maltrechos pantalones de pana y un jersey arrugado—. ¿Phillip? —lo llamo —. ¡Hola!

Se detiene y parece sorprendido de verme.

—Tessa, ¿qué haces aquí?

—He quedado con una amiga, pero no ha puesto mi nombre en la lista y…

—No pasa nada —le comenta al recepcionista, mostrándole su tarjeta—. Viene conmigo.

—Gracias —le digo, atravieso el arco de seguridad y espero mientras un guardia escanea también las bolsas de comida—. ¿Tienen escondidas aquí las joyas de la Corona? —bromeo cuando por fin me permiten pasar y me reúno con Phillip al otro lado.

—Como si las tuvieran —me responde con una carcajada—. En el sótano tienen el laboratorio VIP, así que son bastante estrictos. Sus grandes secretos industriales y todo eso.

—De ahí el cacheo corporal y los guardias armados —respondo mientras Phillip me conduce hasta un ascensor, después pasa su tarjeta por el lector e introduce unos números solo para que se cierren las malditas puertas.

—¿A qué planta? —me pregunta.

—No sé, ¿a la de los ejecutivos? —conjeturo.

—Qué importancia —responde con una sonrisa mientras se cierran las puertas.

—No esperaba encontrarte aquí —le digo—. Pensé que vivías en Oxford.

—Así es, pero nos han convocado en la sede central para un evento importante —explica Phillip, pasándose la mano por el pelo castaño y rizado—. Nos dicen que tenemos que ensalzar la investigación. Utilizando un lenguaje corriente —agrega con una sonrisa irónica—. Hacen mucho hincapié en eso. Nada de jerga científica.

—Pues buena suerte —le animo con una sonrisa—. ¿Todo sigue yendo bien? —le pregunto.

Phillip ha firmado acuerdos de confidencialidad, pero ha insinuado que su investigación sobre el alzhéimer está resultando ser un éxito y los ensayos clínicos para el nuevo medicamento van a revolucionar el mercado. Mi hermana trabajó en las etapas iniciales de la investigación, y me alegra pensar que ha contribuido a algo que podría cambiar el mundo.

—Y cuando digo «todo», me refiero al proyecto ultrasecreto en el que estás trabajando y del que yo no sé absolutamente nada —aclaro con una sonrisa.

—Hablando en términos hipotéticos —responde Phillip con complicidad—, si estuviera trabajando en un proyecto ultrasecreto, digamos que dicho proyecto iría genial —concluye.

—Me alegro.

Llegamos a la planta veinte y las puertas se abren. Se trata de un espacio moderno y lujoso, con asombrosas vistas a la ciudad y ejecutivos de aspecto serio que mantienen reuniones de aspecto serio. Phillip suelta un silbido.

—Así es como vive la otra mitad, entonces —comenta mirando a su alrededor—. Qué chulo. Pero ¿qué te trae por aquí? ¿No sigues en Ashford College?

—Técnicamente sí —respondo, asimilando el entorno—. Reparto mi tiempo entre ambos lugares. Mi novio vive en Londres —explico, y me noto algo insegura al ponerle a Saint esa etiqueta por primera vez. Apenas me sonrojo cuando me masturba en una habitación llena de gente, pero sí, denominarlo mi novio me provoca mariposas en el estómago—. Seguro que lo

conoces —agrego al darme cuenta de que no até cabos la última vez que vi a Phillip—. Saint… Quiero decir, Anthony St. Clair.

Phillip se queda con los ojos como platos.

—¿Tu novio es el heredero rebelde?

—¿Así es como os referís a él? —pregunto con una risotada.

—Joder, no se lo digas —me pide de inmediato, con gesto avergonzado—. No es más que un mote idiota que usamos en el laboratorio. Ya sabes, porque se niega a implicarse en la empresa.

—Ya no —contesto—. Desde que a su padre le dio el infarto, está trabajando en la oficina. De hecho, ahora está aquí, echando una mano.

—Vaya, pues qué bien… Espero que estés feliz con él —me dice Phillip lentamente. Es evidente que está al tanto de la reputación de Saint, pero no hace ningún comentario al respecto.

—Pues sí —confirmo—. Muy feliz.

Y muy excitada.

Phillip mira el reloj.

—Será mejor que vuelva al trabajo —comenta—. En el sótano, con el resto de los empollones de ciencias. Pero me ha alegrado verte. Oye, ¿llegaste a averiguar algo más sobre esa sociedad secreta que estabas investigando? —me pregunta mientras vuelve a entrar en el ascensor.

—Resultó ser un callejón sin salida —respondo, sacudiendo la cabeza, al recordar la fiesta de la Sociedad Blackthorn. Había acudido con grandes esperanzas, aunque resultó ser tan solo un puñado de gente rica y privilegiada bebiendo y entonando lemas en latín.

—Puede que fuera para mejor —me dice Phillip con una sonrisa triste—. Ya sé que querías descubrir más cosas sobre el tiempo que Wren pasó en Oxford, pero no sé… A veces es mejor seguir adelante. Mantener vivos los recuerdos felices y olvidarse del resto.

—Puede ser —repito; sin embargo, no me lo creo ni por un segundo.

¿Olvidarme de lo que le ocurrió a Wren? No sabría cómo.

Las puertas se cierran y yo devuelvo mi atención a la oficina. Estoy empezando a plantearme a quién preguntarle para localizar a Imogen cuando ella misma aparece a toda prisa por el pasillo, vestida impecablemente con pantalones de seda azul marino y una chaqueta de cachemir, con la melena rubia recogida en una elegante trenza francesa.

—Lo siento —exclama, saludándome con un beso en la mejilla—. Me he liado con la música y no me he dado cuenta de que te había dejado abajo atrapada con la Gestapo.

—No pasa nada —respondo con una sonrisa y levanto las bolsas con la comida—. He venido con carbohidratos.

—Eres un ángel. ¿Y qué te trae por aquí? —me pregunta Imogen mientras me conduce por un pasillo—. No es que no me alegre de verte, claro. Llevo toda la mañana ahogada entre centros de mesa y me vendría bien un descanso.

—Y los mejores entrantes de Gino's —bromeo—. Es que estaba por el barrio y, a decir verdad, sentía curiosidad por este sitio —respondo, mirando a mi alrededor mientras caminamos —. Saint ha estado muy liado con reuniones toda la semana.

—Están todos hasta arriba —confirma con gesto afirmativo—. Lionel Ambrose ha decidido celebrar aquí un evento de campaña de última hora. Claro, nadie lo llama evento de campaña —añade, poniendo los ojos en blanco—. Eso resultaría inapropiado. Oficialmente, se trata de una celebración de la industria británica, con Ashford Pharma como deslumbrante ejemplo de innovación. No sé cómo me liaron para planificarlo —me explica, abriendo unas puertas que dan a una inmensa sala de conferencias—. Y ya ves lo bien que va.

Parpadeo. Parece como si acabase de pasar un huracán, todo lleno de fastuosos centros de

mesa, muebles de fiesta y cajas de mantelería y cubertería.

—Madre mía —le digo—. ¿Y dices que el evento es mañana?

—No te preocupes —me tranquiliza Imogen, sonriente—, tengo a un equipo de subordinados bien entrenados que me ayudan, y dentro de mi locura hay un método —me asegura, despejando una mesa y acercando dos sillas para sentarnos—. El viernes por la noche, esta planta entera dará testimonio de los imbatibles resultados de Ashford. O lo que sea que digan las últimas previsiones de inversión.

Dispongo la comida sobre la mesa y nos ponemos a comer.

—Saint no habla mucho de la empresa —admito, mirando a mi alrededor—. Pero, sobre todo, desarrollan nuevos medicamentos, ¿verdad?

Imogen asiente y picotea su ensalada.

—Técnicamente, Ashford tiene tentáculos en todos lados —explica—. Plásticos, productos de belleza, comida para bebés, incluso una fábrica de chocolate en Bélgica.

—¿En serio?

—En los años cincuenta, el abuelo de Saint se enamoró perdidamente de una chocolatera pechugona, según creo, y le construyó un pequeño imperio allí cuando el idilio terminó. Ahora la familia envía los mejores muestrarios por Navidad todos los años. Pero sí —agrega—, la investigación farmacéutica es el negocio principal. Es una industria de miles de millones de libras, y todo el mundo quiere inventar el próximo medicamento milagroso.

—Como el del alzhéimer —respondo sin pensar.

Imogen me mira sorprendida.

—¿Estás al corriente de eso?

Recuerdo entonces que Phillip me dijo que los ensayos clínicos eran alto secreto.

—Mi hermana trabajaba en la investigación —le explico apresuradamente—. ¿Y cómo lo sabes tú?

Imogen mira a su alrededor.

—Aquí es una especie de secreto a voces —me dice, pero aun así baja la voz, para que la gente que pasa frente a la puerta abierta no la oiga—. Mis padres liquidaron el resto de su cartera de acciones para comprar más de Ashford —confiesa—. Y todos sus amigos han hecho lo mismo. Verás, en cuanto Ashford anuncie los resultados del ensayo para el medicamento contra el alzhéimer, el valor de la empresa va a dispararse.

—¿Y eso no es… tráfico de información privilegiada o algo así? —Me río con el ceño fruncido.

—Puede ser —responde, entre risas también—, pero todos lo hacen. Hoy por ti, mañana por mí… Por eso celebran este evento aquí —añade—. Ashford despliega la alfombra roja para la campaña de Lionel Ambrose y lo ayuda con las elecciones. Luego, cuando sea primer ministro, hará presión para que los nuevos medicamentos estén disponibles en el Sistema Nacional de Salud. Habrá pedidos masivos por parte del Gobierno, lo que disparará más aún las acciones de Ashford. Está todo relacionado.

Más bien está todo corrupto, me parece a mí, pero no digo nada. Una industria de miles de millones de libras, campañas políticas nacionales… Son cosas que escapan a mi entendimiento y están a años luz de mi vida.

—Parece que las familias están muy unidas —comento en su lugar, pensando en Hugh.

Imogen asiente con la cabeza.

—Lionel y el padre de Saint se conocen desde hace mucho tiempo. También Cyrus Lancaster. Él es uno de los mayores donantes de Lionel, y creo que también ha invertido en Ashford. Han

ascendido juntos hasta la cima.

Y todas las familias tienen mucho que perder.

Trago saliva al recordar de nuevo todo lo que está en juego. Sea Max o Hugh quien estuvo detrás de la agresión a Wren, o quizá fueran ambos, son los dos igual de poderosos e intocables.

Llaman a la puerta y asoma la cabeza una ayudante preocupada.

—Señorita Alcott… Quiero decir, Imogen. En el muelle de entregas hay un camión con mil globos negros.

—¿Negros? —Imogen se pone en pie de inmediato—. No, no. Les dije rojos, plateados y blancos. Los colores de Ashford.

—Lo siento. —La mujer parece desamparada.

Imogen se vuelve hacia mí con un suspiro:

—Tengo que…

—¡Claro! No te preocupes. —Me levanto también, dándome cuenta de que ni siquiera he empezado a preguntarle por Hugh y Max. Aun así, he descubierto cierta información interesante sobre Ashford y las familias, de modo que mi visita no ha sido del todo en balde—. Ve a encargarte de los globos. Seguro que volvemos a vernos pronto.

—¿Vendrás con Saint al evento? —me pregunta.

—Todavía no ha comentado nada al respecto.

Imogen suspira y sacude la cabeza.

—Ay, sí, la típica estrategia: «Si ignoro algo durante largo tiempo, mi asistencia será opcional». Por alguna razón, a mí nunca me funciona.

—Probablemente porque tú eres necesaria para todo el evento —señalo, y ella sonríe.

—¡Claramente, tengo que revisar ese punto!

Imogen se aleja para ir a solicitar los globos correctos, así que me tomo mi tiempo para recoger y regresar de nuevo hacia los ascensores, echando un vistazo a mi alrededor según camino. Esto es un hervidero de actividad, pero me doy cuenta de por qué Saint se ha mantenido alejado: todos parecen muy serios y corporativos, vestidos con trajes discretos, corriendo de un lado a otro como si tuvieran millones de fuegos urgentes que apagar. Trato de imaginarme la actitud despreocupada de Saint y sus vaqueros negros lavados a la piedra intentando encajar en una reunión de equipo, y no me queda más remedio que sonreír.

El heredero rebelde…

Tengo claro que pienso burlarme de él con ese apodo. Estoy a punto de enviarle un mensaje cuando oigo que alguien dice mi nombre.

—¿Tessa?

Me vuelvo y me encuentro con Robert, el hermano pequeño de Saint, que se acerca por el pasillo. Supongo que, en efecto, este lugar es el epicentro de la familia St. Clair en estos momentos.

—Hola —lo saludo con una sonrisa.

Si Saint es el rebelde, con la mandíbula cincelada y su sonrisa perversa y provocadora, Robert es lo contrario: ancho de hombros, de cabello rubio y rasgos más redondeados y amables. Parece sentirse muy cómodo con camisa y corbata, aferrado a una botella de agua mineral mientras, con la otra mano, consulta su teléfono.

—Perdona. —Se lo guarda en el bolsillo—. Esto es un caos ahora mismo. Me alegro de verte. ¿Has venido a ver a Saint? Te acompaño a la salida.

—La verdad es que he venido a ver a Imogen —respondo mientras nos montamos en el ascensor—. Pero está como loca organizando el gran evento de la campaña.

—Claro, casi se me olvida. —Robert suelta una carcajada—. Siempre hay un millón de cosas en el calendario. Diría que dentro de poco las cosas se calmarán, pero, sí, parece que Ashford solo tiene una velocidad ahora mismo, y es a toda máquina.

—Bueno, sí que parece un momento emocionante. Sé que Saint ha estado trabajando mucho.

—Y eso hemos de agradecértelo a ti.

—¿A qué te refieres? —pregunto con el ceño fruncido.

Robert me dedica una sonrisa cómplice.

—Venga… Conozco a mi hermano, y nunca ha estado dispuesto a poner un pie en este edificio, y mucho menos a trabajar una jornada entera. A no ser que tuviera un ángel en el hombro empujándole en la dirección correcta. Sea lo que sea lo que estás haciendo, sigue así —añade, y su voz adquiere un tono de urgencia—. Ya era hora de que volviera a lo que realmente importa en esta familia. Nunca antes había habido tanto en juego.

Parpadeo, algo inquieta por la intensidad de su discurso. Tal vez el estrés de tener que sustituir a su padre esté pasándole factura.

—Te prometo que no soy ningún ángel, y desde luego no he estado empujando a Saint hacia ningún lado —respondo con firmeza—. Esto es cosa suya. Quiere ayudar. El infarto de vuestro padre fue algo muy serio; desde entonces está siendo diferente. Bueno, al menos en lo referente a Ashford y a sus responsabilidades familiares —puntualizo, pensando en la vena temeraria y sensual, que sigue siendo tan dominante como siempre.

—¿En serio? —Robert parece sorprendido—. Aun así, es un hombre distinto desde que empezasteis a salir.

—Distinto para bien, espero —comento a la ligera mientras salimos a la bulliciosa zona del vestíbulo en la planta baja.

Sigo un poco extrañada por la idea que tienen de que soy una especie de modelo a seguir, alguien capaz de meter a Saint en vereda y llevarlo por el camino correcto.

De hecho, con todas mis investigaciones, en todo caso soy la que lo está descarriando más.

—Más que bien, en realidad —me asegura Robert—. Espero veros a los dos mañana en el evento de Ambrose —me dice, aún con cierta urgencia—. Es importante que Saint se presente para que podamos ofrecer un frente unido.

—Yo también lo espero —respondo sin mucho entusiasmo y trato de cambiar de tema—: Me gustaría saber un poco más sobre el trabajo que hacéis aquí. Mi hermana trabajaba en un proyecto de investigación de Ashford Pharma, antes de fallecer —añado mientras Robert bebe de su botella de agua—. En el laboratorio de Oxford. Wren Peterson, a lo mejor te suena.

Robert se atraganta con el agua.

—Perdona —me dice dándose golpes en el pecho—. Se me ha ido por el otro lado. —Se toma unos segundos para recuperarse, con la cara roja, y después se bebe el resto de la botella—. ¿Has dicho Wren? No recuerdo que nuestros caminos se cruzaran —responde al fin—. Mi padre es el que dirige todas las operaciones de investigaciones punteras. O al menos, las dirigía. Es una empresa grande.

Asiento con la cabeza. Tiene sentido.

—Será mejor que vuelva —me dice Robert, que ya empieza a alejarse de mí—. Reuniones, llamadas, ya sabes.

—Trataré de arrastrar a Saint al evento de mañana —le aseguro, pero Robert apenas esboza una sonrisa.

—No te molestes. Saint es, bueno, es Saint. ¡Cuídate!

Entonces se da la vuelta, se aleja con paso rápido y vuelve a dejarme sola.

Mientras vuelvo a casa de Saint, voy pensando en Robert y en su extraño tono de urgencia. Supongo que también él está sometido a mucha presión. Ha tenido que llevar las riendas de Ashford Pharma sin Saint hasta ahora, y con su padre ausente, debe de ser aún más estresante para él tener que preparar el gran lanzamiento.

Me pregunto lo que debe de suponer ser el hijo menor en una familia como esta. Por mucho que Saint reniegue de sus responsabilidades como heredero de la fortuna de Ashford, me pregunto si alguna vez Robert le habrá guardado rencor por ello, o si desearía ser él el próximo en la línea sucesoria para ser duque. Al fin y al cabo, es él quien invierte horas de trabajo en la empresa, mientras que Saint ha estado llevando un camino diferente en la vida.

No creo que eso haya contribuido a estrechar los lazos fraternales, desde luego.

Entro en la calle de Saint, un bonito camino arbolado flanqueado de lujosas viviendas adosadas. Tras nuestra salvaje aventura de anoche, tengo ganas de pasar una velada tranquila acurrucada con él, descansando. Podríamos pedir comida a domicilio, poner una película y…

Cuando abro la puerta y paso, encuentro encima del felpudo un fino sobre marrón con mi nombre escrito con rotulador negro en la cara delantera.

Me detengo en seco y un escalofrío de inquietud me recorre la espalda.

Lo levanto despacio. No lleva remite ni sello, lo que significa que alguien lo ha metido por la ranura del correo.

Contemplo la calle vacía de fuera y, mientras cierro la puerta, mi inquietud va en aumento.

¿Quién sabe que estoy aquí?

Recuerdo lo que sucedió en Oxford, ese ruido extraño que oí en mitad de la noche y la sensación de que alguien me observaba. Por no hablar del hombre que me atacó para disuadirme de investigar a la Sociedad Blackthorn.

«Seguro que no es nada», me digo a mí misma. Algo de Imogen, o de Hugh a través de la fundación.

¿Entregado en persona?

Cruzo despacio hasta la cocina, preparándome para lo que haya en su interior. Una parte de mí quiere tirarlo a la basura sin leerlo, pero mi curiosidad es más fuerte. Respiro hondo y rasgo el sobre. En su interior hay una única hoja de papel blanco barato, y dos líneas impresas.

No sabes en lo que te estás metiendo. Deja de hacer preguntas antes de que sea demasiado tarde.

La leo y la releo.

¿Demasiado tarde para qué?

De pronto oigo una llave en la puerta. Me sobresalto y me vuelvo con el corazón en la garganta, pero entonces veo que se trata de Saint, que acaba de volver de trabajar.

—No sabes lo mucho que me alegro de verte —me saluda desde el otro extremo del pasillo con una sonrisa cariñosa—. Me parecía que este día no se iba a acabar nunca. ¿Qué tal tú? ¿Cómo te ha ido el día?

Se detiene junto a la puerta para quitarse la chaqueta y sacarse la cartera del bolsillo. Tomo la decisión en un segundo.

No puedo contarle lo de la nota.

Solo serviría para preocuparle y quizá incluso querría que abandonara la investigación por completo. Sin embargo, he llegado demasiado lejos para detenerme ahora; ahora que por fin estamos reduciendo la lista de sospechosos.

—¡Bien! —exclamo, me apresuro a romper el papel y lo tiro al cubo del reciclaje. Meto el sobre encima y empujo ambas cosas con las manos hasta que quedan tapadas por más correo

basura—. He visto a Imogen, y también a tu hermano.

—Una clásica reunión familiar. —Saint entra en la habitación y me atrae hacia sí para darme un cálido abrazo—. Mientras, yo me he pasado el día entero metido en una habitación entreteniendo a los contables. Si buscas un chiste sobre desviación estándar, dímelo —añade con una sonrisa irónica—. Ahora soy experto en juegos de palabras sobre matemáticas.

Me obligo a sonreír, pese a que tengo el corazón desbocado.

—Tu conducta desviada no tiene nada de estándar —bromeo, y él se ríe.

—¿Lo ves? Te sale solo, encajarías a las mil maravillas. —Me da un beso rápido en los labios y se aparta—. ¿Pedimos tailandés? ¿Ramen? ¿Qué opinas? Vas a necesitar energía —me asegura con una sonrisa pícara—. No creas que he olvidado que mereces unos azotes. He estado toda la mañana con la polla dura como una piedra después de leer tus mensajes.

Dejo escapar el aire, tratando de olvidarme del trozo de papel arrugado escondido a tan poca distancia de nosotros. «No cambia nada», me digo a mí misma con firmeza. Ya sé el riesgo que corro al perseguir al agresor de Wren.

Nada de lo que hagan podría hacer que me detuviera ahora.

Y, si empiezan a preocuparse lo suficiente como para enviar una nota amenazante y tratar de disuadirme, eso significa que estoy acercándome a la verdad.

Capítulo 13

Saint



—¡Maldita sea!

Estiro en vano el brazo de la raqueta y se me pasa de largo otra pelota de *squash*, que rebota contra las brillantes paredes emitiendo un sonido sordo.

Hugh se ríe alegremente a mi lado.

—Estás cada vez más torpe —se regodea, vestido con ropa deportiva, sin apenas haber derramado una gota de sudor—. Es lo que tiene el exceso de noches de fiesta, amigo mío.

—Al contrario —respondo, jadeante, mientras trato de recuperarme—. Estoy pillándole el ritmo.

—Ya lo veo, ya. Te toca. —Hugh me lanza la pelota y yo hago el saque y la golpeo con fuerza contra la pared.

Llevo tiempo posponiendo este partido de *squash*, desde que supe que Hugh podría estar detrás de la agresión a Wren, pero he quedado con él hoy a primera hora por insistencia de Tessa. Sigue intentando averiguar si mi amigo tiene coartada para ese fin de semana.

No puedo creer ni por un segundo que fuera él, pero sé que la posibilidad nos volverá locos a Tessa y a mí, así que aquí estoy, haciendo otro saque mientras me planteo qué preguntas podría hacerle para descartarlo como sospechoso. Esta vez consigo adoptar un ritmo decente, antes de que Hugh lance la pelota en un ángulo que me resulta imposible alcanzar.

—Sí que le estás pillando el ritmo… —bromea, y yo frunzo el ceño de buena gana.

—Recuérdame otra vez por qué accedo a jugar contigo, si siempre me das una paliza.

—Porque le viene bien a ese ego tan grande que tienes —responde Hugh, luego se detiene para beber de una botella de agua. Yo cojo la mía y hago lo mismo—. Lo sabemos todos desde hace años, al gran Anthony St. Clair hay que bajarle los humos, y a menudo, de lo contrario te pones insoportable.

No puedo evitar reírme. Hugh y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Como todos.

—No te preocupes por eso —observo con ironía—. Tessa ya se encarga de bajarme los humos todos los puñeteros días.

—Entonces, ¿seguís a tope? —me pregunta con una ceja levantada.

Asiento mientras me seco el sudor de la frente. A tope. Con fuerza. Hasta el fondo. A lo bestia, sin control… Lo mires por donde lo mires, estoy loco por ella.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunto, pues no tengo intención de tratar de describir todo lo que Tessa me provoca.

O cómo me sentí al verla tener un orgasmo con la cabeza de otra mujer entre sus piernas.

—¿No salías con la chica belga esa? —continúo—. La de los viñedos.

—Eso no duró —responde sacudiendo la cabeza—. Y últimamente… Bueno, es un auténtico circo, con esto de las elecciones. Los periodistas andan husmeando cualquier cosa remotamente

ligada a nuestra familia. No hay muchas mujeres dispuestas a someterse a ese nivel de escrutinio.

—Y las que están dispuestas son las equivocadas —convengo.

Nunca he llegado a ser el centro de atención tal y como lo son Hugh o Max, pero todos hemos sufrido a alguna cazafortunas que va detrás de nosotros para conseguir que su foto salga en la revista *Town & Country*.

—¿Te acuerdas de esa tal Tara con la que saliste el año pasado? —comento, desviando la conversación hacia su paradero el fin de semana del secuestro de Wren—. ¿No me dijo Max que intentó arruinar la fiesta de Blackthorn?

—Joder, me había olvidado de ella. —Hugh se ríe—. Sí, se presentó allí con un grupito de amigas del *college*, borrachas ya a base de lambrusco barato. Tuvimos que sacarlas por la puerta de atrás con mucho tacto, antes de que a Cyrus le diese un ataque.

—Qué locura… —respondo, distendido—. Oí que el *after party* ese año fue una barbaridad. Siento habérmelo perdido.

—Yo no me quedé mucho. —Hugh se encoge de hombros—. Ya sabes que no es mi rollo. Otro evento de relaciones públicas para mi padre, para charlar con todos sus donantes.

Estoy a punto de preguntarle qué estuvo haciendo en su lugar, pero entonces se apoya contra la pared de la cancha y suspira.

—Dios, te aseguro que estoy deseando que se acabe de una vez la campaña. Cuento los días con los dedos. Siento como si estuviera puesto bajo un microscopio —añade, secándose la frente —. Y las circulares… Y los malditos consultores, que revisan todos los movimientos. ¿Deberíamos ir a comer en familia al restaurante oriental y demostrar el compromiso de mi padre por un Reino Unido multicultural? ¿O mejor tomar un asado en el *pub* para indicar que posee valores ingleses tradicionales? —Hugh pone los ojos en blanco—. El otro día, cometí el error de llegar tarde a una reunión de estrategia y me echaron un sermón sobre la responsabilidad y la obediencia familiar.

—Ah, sí, lo conozco bien. —Levanto mi botella de agua para brindar amargamente. No puedo evitar sentirme identificado con él, ambos nos hemos lamentado de nuestros padres y de sus expectativas muchas veces a lo largo de los años—. El legado. El compromiso. Proteger el nombre de la familia.

—Pero es cierto. —Hugh se pone serio de pronto—. A fin de cuentas, eso es lo más importante, ¿verdad? Asegurarnos de no decepcionarlos. Asegurar el legado que han construido…, por muy elevado que sea el precio. Se lo debemos. Se lo debemos todo a ellos.

—Alguien ha estado escuchando demasiados discursos de la Sociedad Blackthorn —bromeo, sorprendido. Hugh nunca ha sido un gran defensor de la tradición. No es que sea una oveja negra como yo, pero pensé que quería hacer las cosas a su manera—. Dentro de poco empezarás a decir frases en latín. ¿Qué es eso que dice siempre Cyrus? ¿Que el pasado nos marca el camino hacia el futuro, o algo así? Más bien diría que el pasado nos encadena a él.

—Cierto. —Hugh sacude la cabeza y esboza de nuevo una sonrisa breve—. Primer ministro. Joder, como si mi padre no fuera ya un santurrón. Se va a poner insoportable cuando se convierta en líder de toda la nación.

—Míralo de este modo: no habrá club VIP que se te resista. Sin importar el club, viajarás a Davos y te codearás con los mejores —señalo—. Y esas fanáticas del Parlamento, desesperadas por saborear el poder… Se te echarán encima, tío. —Silbo, a modo de broma, y él se ríe.

—Creo que a ti no te hacen falta todas esas gratificaciones para que vayan todas detrás de ti, aunque, claro, al fin y al cabo eres un futuro duque.

—Y sabes que renunciaría a ello sin dudar —respondo con un quejido—, y poder así librarme

de las mierdas familiares que acompañan al título. —Pienso en mi padre y en su aventura con Valerie. Me juró que iba a ponerle fin de inmediato, y he estado revisando las cuentas: por lo menos los pagos han cesado.

Pero ¿significa eso que se ha acabado, o que ha encontrado otra manera de tapar sus huellas?

Hugh y yo volvemos al vestuario y nos vamos a las duchas, aunque sigo dándole vueltas a la pregunta. Solo espero que mi padre halle la manera de salir de eso, antes de que el asunto nos explote en la cara. Hugh tiene razón en una cosa, y es que estamos todos sometidos a un tremendo escrutinio ahora mismo: su familia debido a la campaña política, y la mía con la empresa de Ashford Pharma y el inminente lanzamiento del medicamento. Y, por supuesto, esos dos destinos están ahora ligados. Nuestras familias están conectadas y lo último que necesitamos es un escándalo.

Un escándalo como que Hugh resulte ser un depredador violento…

Me quedo estudiándolo mientras se peina y se pone el reloj en la muñeca. Nos conocemos desde hace tanto tiempo que sé que la maltrecha correa de cuero es la original, legada por su abuelo, y que, tras un desastroso corte de pelo con un estilista caro, ya solo acude a un viejo barbero de Bethnal Green para que le corte el pelo. No me lo imagino haciendo las cosas horribles que ha descrito Tessa, ni a él ni a Max, tampoco a ninguno de los hombres que conozco desde hace años.

Pero alguien lo hizo. Alguien ha estado mintiendo y ocultando su lado oscuro, incluido yo.

No es la primera vez que me pregunto si la pista del tatuaje es tan fiable como cree Tessa. No se lo he comentado, pero una parte de mí se pregunta si tal vez Wren podría haber estado equivocada. La propia Tessa me dijo que los recuerdos de su hermana eran muy difusos, tan solo fragmentos sueltos a causa de las drogas que le echaron en la bebida. ¿Y si era un diseño distinto y estamos mirando en la dirección equivocada? Permitiendo que el verdadero culpable quede impune por su delito…

Ya cruzaremos entonces juntos ese puente, cuando confirmemos las coartadas de Max y de Hugh sin asomo de duda, decido. Hablaba en serio cuando le dije a Tessa que soy su socio en esta misión. Sin importar las amistades que me cueste, al final averiguaremos la verdad. Solo confío en que sea antes de que la sospecha y la desconfianza constantes acaben por volverme loco.

Me paso el día en la oficina, resolviendo problemas de presupuestos con mi nuevo mejor amigo de contabilidad, Harold. Es un trabajo bastante aburrido, pero me doy cuenta de que todo el mundo anda distraído por el gran evento de Lionel Ambrose que se celebrará esta noche. Veo a Imogen ir corriendo de un despacho a otro, seguida de sus subordinados; para cuando dan las seis de la tarde y regreso a la planta de los ejecutivos, observo que ha trabajado duro. Han llegado ya cientos de personas: las estrellas de los medios, del Gobierno y de la sociedad británica. Hay globos, canapés y bonitos arreglos florales por todas partes, todos ellos con los colores rojos y plateados de Ashford, pese a que, técnicamente, el evento sea en honor a toda la industria británica, no solo a nuestra empresa.

—Te has superado —le digo a mi prima alzando una copa de champán cuando la veo aparecer entre la concurrencia, sorprendentemente serena, con un elegante vestido en tono crema.

—¿A que sí? —responde, contemplando con una sonrisa de satisfacción la bulliciosa fiesta a nuestro alrededor—. Pese a los intentos del equipo de Ambrose. ¿Sabías que sus chicas de Relaciones Públicas querían poner banderas del Reino Unido por todas partes? No tienen ningún sentido del gusto ni de la sutileza.

—No creo que la sutileza combine bien con la política —observo—. Al menos, si quieres ganar.

Imogen pone los ojos en blanco.

—Todos sabemos que tiene la carrera ganada —señala mientras coloca sobre un cubierto un brillante folleto sobre las recientes innovaciones de Ashford. Folletos que yo llevo toda la semana supervisando—. Los periódicos de Lancaster llevan toda la semana ensalzándolo. «La única opción sensata», dicen. ¿Has visto esas fotos de Hugh con la familia? —agrega con una sonrisa irónica—. «Los Kennedy británicos», los llamaron.

—Hugh le va a dar una paliza a Max por eso —respondo con un resoplido.

—O a estrecharle la mano por impulsarlos hasta el número 10 de Downing Street. —Imogen mira a su alrededor y suspira—. ¿Nunca hace que te sientas, no sé…, repulsivo?

—¿Repulsivo? —repito, sorprendido.

—Incómodo. Mal. Viendo que así es como funciona el mundo. —Imogen frunce el ceño un instante—. Lionel Ambrose y Cyrus Lancaster se estrechan la mano en un despacho y deciden quién acaba dirigiendo el país. Tu padre echa un cable y, de pronto, los medicamentos de Ashford obtienen el sello de aprobación del Gobierno, y todos reciben una generosa paga. Y aquí estamos nosotros, inflando globos y agitando banderas por el camino.

—Joder, si lo dices así… —Me termino la copa de champán—. Pero así es como ha sido siempre, ¿verdad? Antes de Lionel, Cyrus y mi padre, fueron sus padres, y los padres de estos antes.

—Pero ¿y qué pasará después? —pregunta Imogen, enarcando una ceja—. ¿Piensas seguir obedientemente sus pasos, sellar tratos a escondidas con Hugh y con Max dentro de veinte años?

—Desde luego que no —le aseguro.

—¿Y qué me dices de Robert? —pregunta intencionadamente.

Miro hacia el otro extremo de la sala y veo a mi hermano estrechando manos y sonriendo para las cámaras, posa con mi padre y con Lionel delante de una de esas banderas del Reino Unido tan poco sutiles.

—¿Por qué estás tan contemplativa? —le pregunto a Imogen, observándola con atención.

—De vez en cuando soy capaz de tener pensamientos profundos —responde con un leve encogimiento de hombros mientras se quita un hilo del vestido—. No todo son meriendas con té y la revista *Tatler*, ¿sabes?

—Cualquiera que te subestime es un idiota —le aseguro con cariño, y ella me sonríe.

—Te diría lo mismo, pero ambos sabemos que tu imagen de «intelectual despreocupado» no es más que una fachada. —Sonríe con suficiencia—. Menos mal que eres guapo, así compensas esa falta de cerebro.

Suelto una carcajada y después me detengo al descubrir a Tessa abrirse paso con cautela entre la multitud. Acordamos reunirnos aquí para el evento, así que es la primera vez que la veo con ese vestido azul marino ajustado: tiene un corte conservador, de escote alto y largo hasta las rodillas, pero se ciñe a su figura en los lugares idóneos. Lleva el pelo retirado de la cara, en bucles sueltos, y luce un aspecto fresco y tremendamente hermoso.

Noto que Imogen me golpea el brazo.

—¿Qué? —pregunto, desviando mi atención hacia ella.

—Llevo un minuto diciendo tu nombre. —Sonríe de nuevo con satisfacción mientras mira hacia Tessa—. Estás bien pillado.

No me molesto en negarlo. Lleva razón. Estoy loco por Tessa, y me da igual quién lo sepa.

—Si ves a mi madre, envíala en la dirección contraria, ¿de acuerdo? —le pido mientras cojo

otra copa de champán para Tessa—. Cuanto menos tiempo pase con Tessa, menos probabilidades habrá de que ella vuelva espantada a los Estados Unidos para huir de su frialdad.

Imogen se ríe.

—¡Estarás en deuda conmigo, primo!

Atravieso la estancia, esquivando con determinación los saludos e intentos de iniciar una conversación. Solo hay una persona a la que deseo ver.

—Ay, menos mal —exclama Tessa cuando la alcanzo. Claramente, el sentimiento es mutuo. Me agarra la mano con fuerza mientras mira a su alrededor—. Alguien me ha preguntado si soy del Departamento de Comercio e Industria, y qué pensaba sobre la política tecnológica que se está negociando en la próxima conferencia del G8. ¡Me ha dado miedo estar a punto de iniciar una guerra comercial internacional!

Sonrío y la atraigo hacia mí para darle un beso.

—Deberías haberle dicho que prefieres las políticas proteccionistas y que defendías los aranceles. Habrías hecho que mañana por la mañana se tambaleasen los mercados de valores —bromeo, sintiéndome mejor ahora que la tengo entre mis brazos.

Por algún motivo, Tessa hace que todo sea mejor.

Respira hondo y se aparta un poco para establecer una distancia apropiada entre ambos.

—Lionel Ambrose parece cómodo —comenta, señalando con la cabeza al hombre en cuestión mientras este recibe, imponente y carismático, las atenciones de mi padre y de un grupo de periodistas—. ¿Hugh ha llegado ya? ¿Qué tal el partido de *squash*? —me pregunta Tessa—. ¿Has descubierto algo de utilidad?

Sacudo la cabeza con pesar.

—Estuvo en la fiesta el año pasado, pero eso ya lo sabíamos —respondo, sabiendo que se decepcionará—. No obstante, dice que se marchó temprano, pero no encontré la manera de preguntarle qué más estuvo haciendo.

Tessa parece abatida.

—¿Y Max? ¿Es esta la clase de evento en la que suele aparecer?

—No si puede evitarlo.

—Así que no tenemos ninguna información nueva en absoluto. —Tessa aprieta los labios, visiblemente contrariada—. Nos estamos quedando sin tiempo.

—¿Y eso cómo lo sabes? —pregunto con el ceño fruncido.

En el último par de días, he observado un cambio de humor en ella, una nueva determinación en su búsqueda del agresor de Wren. Se queda levantada hasta tarde, navegando por internet en busca de pruebas; dejando de lado sus trabajos de clase para obsesionarse con las posibles coartadas de Hugh y Max, y tratando de encontrar formas de pillarlos mintiendo.

Sé que esta búsqueda es muy importante para ella, pero no puedo evitar sentirme inquieto al ver lo mucho que consume sus pensamientos. Incluso mientras charlamos en una noche como esta, me doy cuenta de que parte de su cerebro está alerta ante cualquier cosa que pudiera estar relacionada con Wren.

—Bueno, cuanto más tiempo pase haciendo preguntas y husmeando por ahí, más probabilidades habrá de que su agresor descubra que lo estoy buscando y borre sus huellas —me explica Tessa, y aparta la mirada casi con gesto de culpabilidad—. La Sociedad Blackthorn descubrió que estaba husmeando en sus asuntos y envió a ese tío a por mí —agrega—. Si ese hombre se siente amenazado…, a saber lo que podría hacer.

—No permitiré que nadie te haga daño —prometo, acercándola hacia mí. Aquel ataque en Oxford aún me atormenta, saber que debería haber estado allí para protegerla—. No tienes de

qué preocuparte. Ya no vas detrás de la sociedad.

—No, pero eso no significa que el blanco de mi investigación no sea peligroso —señala, con el rostro aún compungido.

Me inclino y le doy un beso para tratar de ahuyentar la sombra de su mirada.

—Lo encontraremos —le prometo, pese a que aún no tengo idea de cómo lograrlo.

Y, cuando encontremos al hombre correcto, ¿qué ocurrirá? No he hablado de ello con Tessa, pero debe saber que no podemos ir a la policía o esperar que el sistema legal nos ofrezca algún tipo de justicia. Wren murió hace tiempo, no hay testigos, solo fragmentos de información de segunda mano, y nadie presentaría cargos, y mucho menos condenaría a un hombre con pruebas como esa. Por no mencionar el hecho de que las familias Ambrose y Lancaster jamás tolerarían ningún tipo de investigación oficial. Sus abogados espantarían hasta al fiscal más decidido.

¿Cuál es entonces el objetivo final de Tessa?

¿Acaso quiero saberlo?

Cojo otra copa de champán. Esto se está poniendo muy turbio a pasos agigantados, y para colmo diviso a mis padres al otro lado de la sala. Es cuestión de tiempo que decidan acercarse a saludar, así que le estrecho la mano a Tessa y tiro de ella hacia el vestíbulo para alejarla de la fiesta principal.

—¿Te hago una visita guiada? —pregunto, con intención de aliviar la tensión.

—Ya lo he visto —protesta, pero vuelve a sonreír mientras tiro de ella hasta un hueco situado detrás de la zona de recepción principal.

—Sí, pero no te han hecho una visita privada, especial y personal… —murmuro, cubriéndole de besos el cuello y la clavícula.

Se le entrecorta la respiración y se estremece cuando encuentro ese punto que sé que le encanta.

—¿No tienes que socializar? —me pregunta, pero tiene las mejillas encendidas y la tentación ya le brilla en los ojos—. ¿Hacer de hijo obediente?

—Prefiero oír ese gemido que emites justo antes de correrte.

—¡Saint! —Tessa deja escapar un grito ahogado, mirando a su alrededor por si alguien me ha oído, pero por suerte están todos demasiado ocupados codeándose unos con otros.

—No he oído un no —respondo con una sonrisa de satisfacción mientras recorro su cuerpo con las manos.

Tessa se muerde el labio, sonrojándose aún más, aunque me sostiene la mirada con descaro.

—Ahora que lo pienso, tenía ganas de ver tu despacho —murmura con una sonrisa pícara—. Para poder visualizar con precisión dónde estás cuando te envío esos mensajes guarros y te la pongo dura.

Joder.

Contengo un gemido y la llevo por el pasillo, atravesamos la planta de los directivos hasta alcanzar el despacho del presidente ejecutivo, donde he estado trabajando este último par de semanas. El ruido de la fiesta suena más distante aquí dentro, lejos de la multitud.

—Qué elegante —comenta Tessa con un silbido mientras contempla la lujosa estancia, amueblada con un sofá, sillas de diseño y un impresionante escritorio situado justo delante del ventanal, que ofrece unas vistas espectaculares—. Aunque la decoración deja bastante que desear —añade con ironía mientras sostiene una foto enmarcada de mi madre.

Se la quito y la dejo a un lado.

—Este es el despacho de mi padre —le explico, y Tessa arquea una ceja; al mismo tiempo, me agarra del cuello de la camisa y tira de mí, contra el escritorio.

—¿Y quieres hacer de las tuyas conmigo aquí mismo? Sí que eres el heredero rebelde, desde luego.

—¿Qué me has llamado? —Me río mientras la agarro de las caderas y la levanto para sentarla al borde de la pulida superficie de madera.

—El heredero rebelde —repite, sonriendo—. Así es como te llaman por aquí.

—No —me quejo—. ¿Lo dices en serio?

—Pues sí —ronronea—. Y no pienso dejar de pincharte con eso.

—Pues tendré que encontrar la forma de callarte la boca —murmuro, antes de darle un beso largo y lento.

Dios, me encanta notar cómo florece bajo mis caricias. Tessa separa los labios, invitándome a entrar, y su cuerpo parece fundirse contra el mío, rogándome que la toque. Así que eso hago. Deslizo las manos por sus curvas, aprieto y acaricio las partes que sé que la harán gemir. Palpo sus pechos y oigo el grito ahogado que sale de sus labios cuando le estimulo los pezones, que ya se le han puesto duros.

Joder, esta mujer es increíble. Ya noto que se me enciende la sangre en las venas, anhelando sentir los músculos apretados de su coño; queriendo provocarle esos gemidos de placer que deja escapar su boca dulce y obediente.

—Saint… —susurra cuando al fin aparto los labios.

—¿No te había dicho que emplearas las palabras que tanto te gustan? —la reprendo en broma, mientras voy levantándole la falda y deslizando las manos en sentido ascendente por la cara interna de los muslos—. Saint, sí. Saint, dame más. Saint…, fóllame ahora mismo.

—Todas las respuestas son correctas —murmura cuando mis dedos encuentran su coño húmedo y dispuesto para mí.

—¿Incluso con la puerta abierta? —le pregunto, y veo que desliza la mirada hacia la puerta, ligeramente entreabierta.

—Sobre todo con la puerta abierta —responde, y, joder, el brillo de excitación de su mirada me vuelve loco. Siempre.

Rodeo con el dedo el clítoris hinchado y después lo introduzco en su interior, caliente y apretado, viendo cómo se le vidrian los ojos.

—Joder, estás ya bien abierta para mí. —Contengo un gemido y, en su lugar, vuelvo a besarla.

Esta vez deslizo la lengua en su boca, queriendo poseerla, saborear y devorar cada centímetro. Tessa me rodea el cuello con un brazo y tira de mí para que la bese con más fuerza, mientras empuja con el cuerpo contra mi mano.

—¿Quieres más, cariño? —le pregunto, flexionando el dedo en su interior.

Deja escapar un ruido de frustración.

—Ya sabes que sí —me dice.

—Pues pídemelo como es debido… —Le muerdo el lóbulo y ella se estremece.

—¿Por favor?

—Mejor aún… —Le saco el dedo y vuelvo a rodearle el clítoris, haciendo que dé voz a su frustración con un suave gimoteo.

Dios, me encanta volverla loca de esta forma. Hacer que me necesite, que el placer sea mucho más dulce. Es un subidón que no se parece a ningún otro, tener el poder de hacerle suplicar.

Sin embargo, esta noche Tessa no está de humor para súplicas. Me sujeta del cuello de la camisa y me lanza una mirada decidida.

—Dámelo todo —me exige con descaro y las mejillas arreboladas. Es perfecta, joder—.

Llénname, Saint. Haz que me corra hasta volverme loca sobre el escritorio de tu padre, para que cada vez que estés aquí, cada vez que él te llame para echarte un sermón, tú me imagines aquí tumbada, gimiendo para ti.

Joder.

Le meto dos dedos en el coño mojado y veo que arquea la espalda.

—Saint… —empieza a gemir, pero yo amortiguo sus palabras tapándole la boca con mi otra mano.

Veo que abre los ojos por la sorpresa, pero, a juzgar por la súbita tensión de los músculos de su vagina alrededor de mis dedos, sé que le encanta eso, así que le aprieto la boca con más fuerza mientras, con la otra mano, añado un tercer dedo, dilatándola mientras empiezo a bombear.

—Ni una palabra, cariño —le ordeno con severidad, mordisqueándole la oreja—. Tú lo has querido, ¿verdad? Pues ahora te aguantas. Aprieta bien el coño para mí… Eso es. Ahí está mi chica buena.

Gimotea contra mi mano, poniendo los ojos en blanco mientras yo flexiono los dedos y los muevo en su interior. Joder, es tremendamente excitante verla así. Ver cómo su cuerpo tiembla y se tensa; notar cómo su coño me atrapa los dedos como si fuera un cepo conforme se acerca al clímax.

—Ya casi estás —murmuro con satisfacción; noto que el orgasmo la invade.

Primero empiezan a temblarle las piernas, después sus gemidos se vuelven desesperados, su cuerpo se retuerce, casi como si estuviera tratando de escapar al embate del placer. Pero no le doy tregua, no dejo que se corra… Flexiono los dedos para introducirlos más adentro y restriego la palma de la mano contra su clítoris hinchado hasta que ya no puede aguantar más.

Alcanza el orgasmo con un gemido amortiguado, dejándose caer contra el escritorio mientras tiembla y jadea, con mis dedos aún dentro de su coño apretado durante todo lo que dura el clímax, hasta que queda tendida y exhausta entre los papeles y las carpetas de la mesa.

Joder, tiene razón. No podré volver a poner un pie en este despacho sin que se me ponga dura imaginándomela así. Relajada y radiante de placer.

Una diosa en toda regla.

Lentamente retiro los dedos y me los chupo para limpiarlos. Deliciosos. Tessa me mira desde abajo y se sonroja como si estuviera avergonzada, pese a que acabe de exigirme que la folle con los dedos hasta hacerle perder la cabeza.

—Hola —me dice sin aliento, y yo sonrío, tan entregado a esta mujer que tan solo una palabra suya basta para provocarme un vuelco en el corazón.

En el corazón y en otros sitios.

—Hola, cielo. —Le retiro con suavidad el cabello de la frente—. ¿Estás bien?

Asiente y sonríe más.

—Pero tengo una pregunta que hacerte —murmura, y hace un gesto con la mano para que me acerque.

Así que me inclino sobre ella.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué todavía no tengo tu polla dentro?

El deseo me invade.

—Un error por mi parte —respondo, llevándome la mano al cinturón—. Pero lo voy a rectificar de inmediato.

Sin embargo, justo cuando empiezo a abrirme los pantalones, oigo voces procedentes del pasillo. Voces que se acercan.

Con un movimiento rápido y fluido, bajo a Tessa del escritorio y la coloco de nuevo en pie. Una cosa es la emoción del riesgo a ser descubiertos y otra muy distinta convertirla en pasto de cotilleos. Algo a lo que nunca la sometería.

—No pueden oírnos —protesta Tessa con gesto de decepción.

—Nos oirían, teniendo en cuenta cómo tengo pensado follarte. —Le estiro el vestido para que vuelva a estar presentable. Bueno, salvo por el brillo orgásmico de su mirada—. Confía en mí, cielo. En un lugar así, los cotilleos circulan muy rápido. ¿Quieres que todos los presentes en el edificio sepan cómo te gusta meterte mi polla? Mis padres —añado—. Lionel Ambrose. Cyrus Lancaster.

—Bien pensado —exclama con los ojos muy abiertos mientras se alisa con frenesí el cabello revuelto.

Me quedo mirándola mientras se recompone. Y, pese a que tengo la erección a punto de explotar y voy a tener que ir caminando con la chaqueta estratégicamente doblada sobre el brazo para ocultar lo que hay bajo los pantalones, no logro borrarme la sonrisa de la cara.

Porque en estos momentos, cuando estamos los dos solos —sin listas de sospechosos ni planes de venganza, sin historias familiares ni dramas—, es cuando más en paz me siento.

Y quiero sentirme así siempre.

—¿Preparado? —me pregunta, radiante, tendiéndome la mano.

—Eh, sí. —Me aclaro la garganta e ignoro ese pensamiento inesperado.

Le sujeto la puerta y volvemos a salir al pasillo. Hay gente cerca, observo, hablando por los rincones y saliendo de la fiesta principal, así que me alegro de haber puesto freno a nuestro lascivo interludio.

Tessa habría hecho temblar las paredes del edificio con sus gritos.

—Ahí está tu hermano —me dice, señalando con la cabeza en dirección al otro extremo de la planta conforme nos acercamos a la fiesta. Robert está charlando con mi padre y con Lionel Ambrose, y tienen las cabezas muy juntas—. Parece serio —comenta Tessa, y se gira para interceptar a un camarero que pasa por allí con una bandeja de canapés.

—El negocio familiar siempre lo es —respondo con sequedad.

Los tres miran hacia aquí y nos ven, así que hago un educado gesto con la cabeza y saludo; entonces, Robert se apresura a abandonar a los otros dos para reunirse con nosotros.

—Tiene buena pinta, ¿no os parece? —me dice alegremente, haciendo un gesto que abarca la estancia.

—Es una fiesta preciosa —responde Tessa con educación—. Saint me estaba haciendo una visita guiada —añade, lanzándome una sonrisa pícara—. La velada ya ha sido de lo más estimulante.

Yo trato de no atragantarme con un rollito de salmón. Robert sonríe, ajeno al doble sentido de sus palabras.

—Excelente. He oído que ahora trabajas con Hugh en Ambrose Foundation.

Tessa asiente con la cabeza.

—Estoy trabajando en un proyecto para recaudar fondos; ha sido muy interesante.

—Está siendo modesta —anuncio con orgullo—. Ha revolucionado el gallinero. Hugh lleva semanas cantando sus alabanzas.

—Y él sabe lo que dice —conviene Robert con admiración—. Está triunfando. De tal palo tal astilla. No me sorprendería que, de aquí a unos años, estuviera también en el Gobierno.

Parpadeo sorprendido. A veces se me olvida que Robert creció con una generosa dosis de culto al héroe, siempre detrás de mí y de mis amigos.

—No sé si Hugh estaría de acuerdo —le digo, divertido, pero Robert parece convencido.

—Deberías verlo delante de una multitud —insiste—. En esa charla TED que dio el año pasado en Estocolmo, la gente se fijó en él. Deberías echarle un vistazo —le dice a Tessa—. Habló sobre la misión de la fundación, sobre cómo equilibrar las intervenciones positivas con la soberanía local. Creo que fue en octubre. —Frunce el ceño—. Sí, eso es. Recuerdo que se pasó la fiesta de la Sociedad Blackthorn repasando su discurso con nosotros, antes de irse en avión a la charla. Fue acojonante, y perdón por mi vocabulario —añade con una sonrisa.

—Lo buscaré, sin duda —responde ella lentamente.

Veo en su expresión algo que no reconozco, pero aguardo hasta que Robert se excusa y se va a seguir socializando, y entonces me vuelvo hacia ella:

—¿Qué sucede?

Tessa me mira con gesto de urgencia.

—Ya lo has oído. Ha dicho que Hugh se fue de la fiesta Blackthorn el año pasado para ir a dar un discurso en Suecia.

—Wren. —Caigo en la cuenta, y no puedo evitar sentirme aliviado—. A ella se la llevaron ese fin de semana. No pudo ser él.

—Si la coartada se confirma. —Tessa saca su teléfono y empieza a hacer clics con una mirada de feroz determinación en los ojos. Pocos segundos después, exhala—. Ah.

Me muestra la pantalla. Se trata de un vídeo de Hugh subido a un escenario, con gesto tímido, pero apasionado, dando un discurso en una sala de conferencias abarrotada. La fecha corresponde a la mañana posterior a la fiesta Blackthorn. Sigo bajando con el dedo y veo imágenes suyas en un cóctel celebrado la noche anterior.

—Mira —le muestro a Tessa—. Copas de bienvenida el viernes por la noche. Habría tenido que abandonar la fiesta temprano e irse directo al aeropuerto para llegar a tiempo.

Justo como dijo que hizo.

—Y no habría vuelto a Inglaterra antes del sábado por la tarde. Puede que más tarde —conviene Tessa—. No pudo ser él. Lo que significa que…

—Max es el único que queda en nuestra lista —comento, muy despacio. Al menos hasta que empecemos a mirar más allá de los hombres que comparten ese mismo tatuaje…

—Es él —responde Tessa con pesar—. Es el responsable.

—No lo sabemos a ciencia cierta —objeto de inmediato.

—¡Es el único que queda!

—Lo que significa que tenemos que establecer también dónde estuvo y descubrir qué hizo exactamente esa noche —digo, tratando de calmarla. Parece dispuesta a ir a buscar a Max en este preciso instante y arrastrarlo por la calle—. Tú misma lo has dicho, hemos de tener cuidado, para que quien sea el responsable no tenga oportunidad de cubrir sus huellas.

—¿Quien sea el responsable? —Tessa me mira con el ceño fruncido—. Sigues sin creer que fuera él, ¿verdad? Aun cuando es la única otra persona que lleva ese tatuaje.

Estoy a punto de plantear la posibilidad de que las pruebas de Wren pudieran no ser tan claras, pero en ese instante se nos acerca alguien. Y no es cualquier persona, sino la última a quien desearía ver.

La doctora Valerie DeJonge.

Preferiría mantener las distancias con la amante secreta de mi padre, pero es demasiado tarde, porque ya está saludando a Tessa con un beso en cada mejilla.

—Saint. —Me dedica un gesto frío con la cabeza—. Tessa, me alegra volver a verte —continúa, dedicándole a Tessa una sonrisa mucho más cálida—. ¿Qué tal estás? No sabía que

estuvieras tan unida a la familia St. Clair.

Tessa parece desconcertada, está claro que sigue asimilando la coartada irrefutable de Hugh.

—Ha sido… algo reciente —dice—. La doctora DeJonge fue la mentora de Wren en el laboratorio —me explica a mí.

—Llámame Valerie, por favor —la corrige la doctora—. Su hermana era una científica prometedora —añade—. Trabajó muy de cerca en los ensayos originales para el nuevo medicamento de Ashford. Justo estaba pensando que es una pena que ya no esté aquí para ver todos nuestros sueños hechos realidad. Si conseguimos lanzar el medicamento con éxito, claro está.

—¿Si? —repito, sorprendido—. Creí que los resultados prácticamente estaban confirmados.

Si no lo están, entonces el futuro de la empresa quedaría en entredicho. Mi padre lo ha apostado todo a este nuevo medicamento milagroso, a juzgar por las proyecciones financieras para los próximos años. Todas las conversaciones susurradas y esperanzadas que se oyen por el edificio giran en torno a los increíbles resultados del ensayo, y a que el lanzamiento cambiará el mundo…, además del margen de beneficios de Ashford.

Valerie deja escapar una risilla leve.

—Ya sabes cómo somos los científicos. Nos gusta comprobar los datos cien veces. Nunca se sabe lo que podríamos encontrar en el último momento… —Valerie lanza una mirada hacia la fiesta, y veo que mi padre está de pie en el umbral, observándonos.

Parece estresado y nervioso. No me sorprende. Probablemente esté preguntándose si Valerie estará revelándolos secretos sobre su aventura.

Como era de esperar, enseguida se acerca para interrumpirnos.

—Siento tener que molestar, Saint, pero ya casi es la hora de mi discurso. Tessa, me alegra mucho verte esta noche, estás maravillosa.

Mi padre le lanza una mirada a Valerie, pero no le dirige la palabra. De hecho, la tensión es tan palpable que me pregunto si de verdad habrá roto con ella después de todo.

—Antes de irte, deja que te dé mi número personal —insiste Valerie, reteniendo a Tessa—. Me encantaría quedar a comer algún día y hablar de la aportación de Wren al proyecto. ¿Sabías que la hermana de Tessa formó parte de mi investigación? —le pregunta a mi padre, con cierto retintín.

Él parece a punto de entrar en pánico, probablemente por el hecho de que estemos todos aquí charlando pese al inmenso asunto de la infidelidad, que todos elegimos obviar. No creo que mi madre tarde en sumarse a nosotros.

—El mundo es un pañuelo —comenta mi padre.

—Desde luego que sí. —Valerie le tiende a Tessa su tarjeta y esta promete que la llamará—. Deberías venir con nosotras, Saint —agrega, lanzándome una sonrisa enigmática—. Según tengo entendido, ahora ocupas un papel más destacado dentro de la empresa. Me encantaría explicarte más cosas sobre nuestra investigación. Deberías saber cómo funcionan los ensayos clínicos, de qué es capaz esta empresa.

Mi padre suelta una discreta tos.

—Deberíamos irnos ya —insiste, agarrándome con fuerza del brazo, antes de llevarme a rastras.

—Me estás cortando la circulación —le espeto, y entonces me suelta.

—Perdona, hijo. Supongo que el estrés de la velada me está pasando factura. —Se afloja el cuello de la camisa. De cerca, advierto que sigue más pálido de lo normal y ha perdido peso desde el infarto. Seguramente debido a la dieta baja en grasa y en colesterol que mi madre le

obliga a cumplir a rajatabla—. Me vendría bien una copa —comenta, mirando nervioso a su alrededor.

—Creí que estabas siguiendo las indicaciones del médico —le recuerdo, y entonces suspira.

—Hablas como tu madre.

—Pues entonces que Dios nos ayude a ambos. —Me vuelvo hacia Tessa, que da la impresión de querer estar en cualquier otra parte menos aquí. Sé que arde en deseos de retomar nuestra pelea sobre Max y el tatuaje, y lo último que quiero es que los presentes sospechen que algo sucede—. Papá, no quiero entretenerte. Disfruta de la noche…

—No tan deprisa. —Mi padre nos detiene y le lanza una mirada a Valerie que refleja un brillo de ansiedad—. Te debo una disculpa.

—¿Cómo? —pregunto, perplejo.

—He oído comentarios excelentes sobre tu trabajo aquí, en Ashford. Estoy orgulloso de ti.

Palabras que creo que mi padre no ha pronunciado jamás. Al menos en los últimos diez años. Pero, antes de que pueda preguntarme a qué viene esta recién descubierta admiración, se apresura a añadir:

—De hecho, creo que te mereces un descanso. Dado que has estado sin parar en la oficina, ¿por qué no te tomas unos días libres, para relajarte? Puedes hacer un viaje a la casa de la Provenza, si quieres. Seguro que a Tessa le encantaría —agrega, lanzándole otra mirada nerviosa a Valerie.

Ella le dedica una arrogante mirada de desdén, y entonces me doy cuenta:

Mi padre quiere sacarme de la oficina. Valerie, su idilio secreto, las recientes artimañas financieras en la contabilidad de Ashford…

Resulta que a mi padre le doy más problemas cuando me comporto como un hijo obediente en la oficina que cuando me desentiendo totalmente del asunto.

Abro la boca para rechazar su ofrecimiento, pero Tessa se me adelanta.

—Nos encantaría —exclama—. Qué oferta tan generosa.

—Me alegro. —Mi padre parece aliviado—. Podéis iros el fin de semana. Y no tengáis prisa en volver —añade, dándome una palmadita en el hombro—. Robert puede llevar el timón en tu ausencia. Vosotros relajaos y disfrutad.

La multitud comienza a callarse y a arremolinarse cuando Lionel Ambrose prueba el micrófono antes de su discurso, de modo que mi padre asiente y se aleja derecho hacia él.

Me vuelvo entonces hacia Tessa:

—¿Te importa decirme a qué ha venido eso?

—Max está en el sur de Francia —me dice, decidida—. No pienso quedarme esperando de brazos cruzados. Es el último nombre de nuestra lista, el único con el tatuaje. Ya es hora de que tengamos una pequeña charla y descubramos exactamente qué sabe sobre Wren.

Ahí está otra vez: esa mirada fría y decidida en sus ojos. La misión que sigue interponiéndose entre nosotros…, y entre el futuro que pueda llegar a tener con ella.

—De acuerdo —convengo con gesto afirmativo—. Iremos.

Una parte de mí sigue sin poder imaginar que mi amigo sea responsable de un delito tan terrible. Debe de haber otra explicación, algún tipo de error, pero de un modo u otro he de saberlo. Porque, cuanto antes deje atrás este horrible capítulo de su vida, antes podrá Tessa quitarse ese peso de los hombros. Volver a ser feliz. Y libre.

Pero no sé hasta dónde está dispuesta a llegar con tal de lograrlo.

Capítulo 14

Tessa



Es Max.

La idea me consume, me produce una rabia que hierve a fuego lento. Es él. Tiene que ser. Es el único que queda de nuestra lista. Asistió a la fiesta aquella noche, lleva el tatuaje delator en el muslo… y ya sé que era amigo de Wren, puede incluso que mantuviera con ella una aventura ilícita.

¿Sería él quien le sugirió acudir al *after party* de Blackthorn?, me pregunto mientras contemplo la foto de mi hermana que saqué del anuario, donde aparece girando ante la cámara en la fiesta, feliz y despreocupada. Max podría haberla tentado con historias sobre lo exclusivo y divertido que sería. Wren no se lo habría pensado dos veces, no habría dudado en subirse a un coche y marcharse a la finca de su familia para disfrutar del baile y de la diversión. Otra aventura más que vivir en su viaje soñado a Inglaterra. Ya me imagino a Max poniéndole en la mano una copa adulterada mientras bailaba, fuera del encuadre de la foto. Ella habría confiado en él, estaría pasándoselo bien y no sabía adónde la llevaría la noche.

No se imaginaba ni por un instante que ese mujeriego encantador pudiera ser capaz de semejantes atrocidades.

Apenas consigo dormir esa noche, hasta que la luz del alba se cuela por las ventanas de Saint, y entonces me levanto de la cama con cuidado de no despertarlo. Me pongo apresuradamente la ropa de correr y salgo de casa en silencio para hacer un poco de ejercicio matutino… y para tomar un desvío del que Saint nunca puede enterarse.

—¿Seguro que sabes lo que estás haciendo? —me pregunta Phillip, mirando nervioso a su alrededor.

Le escribí para pedirle que se reuniera conmigo en un discreto rincón de Hyde Park, con la hierba bañada aún por el rocío de la mañana y tan solo algunas personas a nuestro alrededor que pasean a sus perros.

—Esto no es un juego de niños, Tessa. Puede ser peligroso en las manos equivocadas.

—Tendré cuidado —le prometo—. ¿Lo has traído?

Phillip suspira, reticente, y se saca un paquetito del abrigo. Me lo entrega con rapidez y me lo guardo enseguida en el bolsillo de la sudadera.

—Gracias —le digo, y hablo en serio—. Siento no poder contarte nada más, pero… Que sepas que lo hago por Wren.

—No quiero saber nada —responde con firmeza—. Pero… ten cuidado.

—Lo tendré —le aseguro.

Pero lo único que me importa en estos momentos es atrapar a Max en su red de mentiras perversas.

Y, con ayuda de los pequeños viales que llevo en el bolsillo, podré conseguirlo.

De vuelta en la casa, saludo a Saint como si nada hubiera ocurrido, hacemos las maletas y emprendemos nuestro viaje a la propiedad que tienen los St. Clair en Francia. Pero enseguida me doy cuenta de que, para él, viajar no supone lo mismo que para mí.

—¿Champán, señor? —pregunta el auxiliar de vuelo, ofreciéndonos la botella con una amable sonrisa.

—¿Por qué no? —responde Saint, acomodado junto a mí en su asiento de primera clase—. ¿Tú quieres, Tessa?

Digo que sí con la cabeza, aunque tengo un nudo en el estómago de tanto pensar en la misión que me aguarda. El auxiliar de vuelo nos sirve champán, además de una bandeja con fruta, antes de seguir su camino. No puedo evitar acordarme de mi vuelo a Inglaterra, antes de que empezara todo esto: un trayecto largo a través del Atlántico, con personal hosco, bebés llorones y galletitas rancias. Ahora, me recuesto con estilo tras pasar por las colas VIP del aeropuerto y que me ofrecieran toallitas calientes y cosas de picar cada pocos metros.

Una pena que esté demasiado tensa para disfrutarlo.

—Ya casi hemos llegado —me dice Saint con una sonrisa tranquilizadora—. Vamos a tener un aterrizaje tranquilo.

Logro esbozar una sonrisa. Se cree que estoy nerviosa por el vuelo y no me ha soltado la mano ni un instante. No le he contado la verdad.

Sé que aún alberga la esperanza de que podamos exculpar a Max de alguna forma.

Entiendo su lealtad. Son amigos desde hace muchos años. Nadie quiere creer que alguien en quien confía sea capaz de semejantes actos despreciables. Y, pese a su conflicto, Saint me ha acompañado a cada paso del camino: me ha respaldado en todas mis investigaciones, está dispuesto a destruir sus amistades con tal de sacar la verdad a la luz.

Me doy cuenta de que tener que cuestionárselo todo y desconfiar de amigos de toda la vida le está devorando por dentro. Si hasta a mí me daba pena tener que sospechar de Hugh antes de que su coartada confirmara que no es el hombre que estoy buscando. Saint necesita cerrar esta historia tanto como yo.

Por eso llevo escondidos en el neceser de maquillaje los pequeños viales que me ha dado Phillip. Tengo que estar segura.

Lo suficientemente para obligar a Max a pagar por lo que ha hecho.

El avión se interna en una pequeña zona de turbulencias y me provoca un respingo. Saint me aprieta la mano.

—Ya no queda mucho —me asegura, y tiene razón.

Este viaje es decisivo para mí. Dentro de poco, Max tendrá por fin que rendir cuentas por sus delitos.

Aterrizamos en Marsella y pasamos sin problema el control. Saint ha alquilado un deportivo clásico para movernos por aquí, y se relaja al volante, recorriendo la bonita campiña francesa, salpicada de granjas y pueblos históricos, bañada en tonos tierra por el sol de octubre.

—Mi familia tiene esta casa desde antes de que yo naciera —me explica Saint, que claramente se alegra de haber venido—. Creo que algunos de mis recuerdos favoritos son de los veranos que pasábamos aquí. Mi padre trabajaba desde la sede europea, que está aquí cerca, y mi

madre se dedicaba a ir de compras por Saint-Tropez, así que mi hermanos y yo teníamos la casa entera para nosotros. Nos pasábamos el día haciendo el tonto en la piscina, o nos acercábamos al pueblo a flirtear con todas las chicas francesas que estaban fuera de nuestro alcance. Bueno, fuera de mi alcance y del de Robert —puntualiza con una sonrisa nostálgica—. Edward las encandilaba a todas, por supuesto, pese a que su francés era atroz.

Yo sonrío, tratando de relajarme también. Aunque no paro de pensar en los planes que tengo para Max, soy capaz de apreciar la belleza del entorno. En cualquier otra situación, le habría contado anécdotas de las vacaciones de verano de mi familia, y le habría pedido parar en uno de estos pueblos adorables a tomar una copa de vino, sentados a una mesa en la plaza del pueblo.

Pero, para mí, esto no son vacaciones, y en mis venas aún bulle la furia, de manera que me limito a contemplar el bonito paisaje de campos verdes y bosquecillos, contando los kilómetros que faltan, hasta que Saint se desvía por un largo camino flanqueado de altos cipreses.

—Ya hemos llegado —anuncia, con evidente cariño en la voz, tras detener el coche frente a un precioso palacete de estilo francés. Está edificado con piedra del color de la arena, luce tejas de arcilla roja en el tejado y enormes ventanales enmarcados por postigos pintados de azul Francia.

—Sí que es precioso —reconozco mientras bajo del coche—. Parece sacado de una postal.

—Creo que así fue como lo encontraron mis padres —observa Saint y saca nuestras bolsas del maletero, antes de abrir la puerta principal.

En el interior, la decoración es cálida y muy francesa, con suelos de baldosas, paredes blancas y muebles antiguos en tonalidades crema y azul. Saint me conduce a través de un amplio y diáfano salón hasta la enorme cocina rústica del fondo, con vistas a la piscina y a los jardines.

—Mi madre siempre cuenta que encontró un cuadro en una galería, un viejo óleo de esta casa. Se enamoró al instante, así que, para sorprenderla, mi padre localizó al artista y después compró la casa por su aniversario.

Me quedo perpleja ante la fastuosidad de semejante regalo, y también ante la idea de que su madre, gélida como ella sola, pueda mostrar sentimientos por algo. Saint debe de advertir la expresión de mi rostro, porque se ríe.

—Ya lo sé, a mí también me cuesta creerlo. Pero supongo que hubo un tiempo en el que mis padres eran jóvenes y estaban enamorados. —Se queda callado unos instantes—. Mi padre se acuesta con Valerie DeJonge —me suelta de golpe.

—¿Cómo? —Me quedo con la boca abierta.

—O se acuesta o se acostaba, no sé, porque jura que ya se acabó, pero sí… Estaba sobornándola con fondos de la empresa de Ashford, así fue como lo descubrí. —Suspira, pasándose una mano por el pelo, visiblemente frustrado—. Como si no tuviera ya suficientes cosas de las que ocuparme. Ahora también tengo que ocultar sus trapos sucios.

—Lo siento mucho —le digo, y me acerco para rodearle la cintura con los brazos. Lo abrazo contra mi pecho, queriendo mostrarle mi apoyo—. Es una situación muy incómoda para ti.

—Últimamente parece que es todo así —responde amargamente.

Levanto la cabeza y le dedico una sonrisa arrepentida.

—Lo siento —le digo.

—No lo sientas —responde dándome un beso en la coronilla—. No tienes nada que sentir. —Se queda allí parado un momento, abrazándome sin más, y al cabo se aparta—. Supongo que deberíamos abordar el asunto que nos ha traído hasta aquí —me dice mientras se saca el teléfono del bolsillo.

Marca y pone el manos libres, de modo que oigo la voz de Max cuando responde.

—No te imaginas dónde acabamos de aterrizar Tessa y yo —le dice Saint—. Estamos en la Provenza, hemos venido unos días. ¿Tú sigues por aquí?

—Pues claro que sí —responde Max, animado—. De hecho, celebro una fiesta en mi casa. Cuantos más seamos, mejor. —De fondo se oyen música y risas, y voces de mujer que lo llaman por su nombre. Está claro que la fiesta ya ha empezado.

Saint me mira y enarca las cejas con gesto inquisitivo. Yo le digo que sí con la cabeza.

—Vamos para allá —anuncia, luego anota la dirección que Max le dicta antes de colgar—. ¿Estás segura? —me pregunta, mirándome—. Llevamos todo el día de viaje, podríamos ponernos cómodos aquí esta noche y quedar con él mañana.

—Qué va. Me parece bien —insisto—. No puedo quedarme aquí metida, por muy bonito que sea esto. Me costaría relajarme.

Además, si Max lleva horas de fiesta, es probable que se muestre desinhibido.

¿Lo suficiente para revelar la verdad sobre aquella noche sin necesidad de que yo tenga que tomar ninguna medida adicional?

Eso espero.

El sol está empezando a ponerse sobre el mar para cuando nos aproximamos a casa de Max, a las afueras de Cannes. Mientras recorremos las calles con el coche, me doy cuenta de que la ciudad costera contrasta mucho con la pintoresca y relajada campiña francesa. Aquí todo es ostentoso, con bares ruidosos y gente glamurosa que va de camino a cenar, vestidos todos con conjuntos fabulosos, luciendo su riqueza de manera evidente. Y, al alcanzar la casa que Max tiene en la playa, situada en lo alto de los acantilados, descubro que se trata de una espectacular y moderna construcción con vistas a la bahía, paredes de cristal y una piscina infinita que resplandece en el borde de la terraza.

La fiesta se encuentra en pleno apogeo cuando llegamos, la música se oye hasta en la calle, y la serpenteante carretera de acceso está tan llena de Lamborghinis y Mercedes estacionados que tenemos que aparcar lejos y recorrer a pie el último tramo del camino.

—Típico de Max —comenta Saint con una sonrisa—. Podría llevar de fiesta ya tres horas, o tres días.

Hay gente guapa y joven desperdigada por las diferentes terrazas de la casa, vestida de cualquier manera, desde vestidos ajustados hasta ropa de calle, pasando por un tipo que se pasea ataviado con un enorme abrigo de esquiar, calzoncillos y nada más. Mi fiel vestido de tubo negro me resulta recatado entre esta multitud, y percibo un cosquilleo de nervios al entrar en el enorme y moderno recibidor de la mano de Saint.

Ahora todo está en juego. No puedo permitirme un paso en falso y arriesgarme a no descubrir la verdad.

—¡Hola, hola! —nos saluda Max, que emerge de entre la multitud descalzo y vestido con unos pantalones de lino y la camisa desabrochada hasta el ombligo. Lleva una botella de licor en una mano y un puro en la otra: la clásica imagen del heredero mujeriego—. Servíos una copa, tomad un poco de caviar. Tenemos todo lo que necesitáis. Hierba, mujeres, vino. Gino, mi hombre de confianza, anda por aquí, por si buscáis algo un poco más fuerte —añade con un guiño—. Sentíos como en casa.

Me quedo rezagada mientras Saint lo saluda con un abrazo y una palmada en la espalda. Max siempre ha sido escandaloso y libertino, pero ¿un depredador? No me lo imaginaba.

Ahora, en cambio, lo veo con otros ojos.

—Tessa, cielo, me alegra que hayas venido. —Me besa en ambas mejillas y tengo que hacer

un esfuerzo por no apartarme cuando me toca.

—Bonita casa —comento con una sonrisa forzada mientras miro a mi alrededor—. ¿Así que es aquí donde te escondías?

—Donde he escapado, más bien, pero, shhh, no se lo digas a mi padre —se lleva un dedo a los labios y susurra de forma teatral—, o me llevará a rastras de vuelta a Londres para escuchar otro de los indominables discursos de Lionel Ambrose. No, espera, lo he dicho mal. ¿Introminables? —pregunta, frunciendo el ceño—. ¡Interminables! ¡Eso es!

—¿Cuántas copas te has tomado? —se ríe Saint.

—No las suficientes, amigo mío. ¡Nunca son suficientes! —Nos conduce hasta un amplio salón que da a la terraza. La piscina está llena, a pesar del fresco aire otoñal, con modelos que se pasean con diminutos trajes de baño—. He oído que el festival masturbatorio de Ashford fue todo un éxito —agrega con un guiño—. Según parece, Hugh y tú os portasteis muy bien e hicisteis que vuestras familias estuvieran orgullosas.

—Por lo menos me abstuve de montar un escándalo. Aunque estuve a punto —responde Saint, lanzándome una sonrisa cómplice.

Recuerdo la visita privada al despacho de su padre y siento una punzada de nostalgia.

Por algún motivo, era todo mucho más simple antes de estar al tanto de la coartada de Hugh.

Antes de tener que enfrentarme a la cruda realidad de que el agresor de Wren podría estar justo delante de mis narices, dejándose caer perezosamente sobre un enorme sofá blanco mientras, con aire regio, exige que cambien la música.

—Ahí estás, cariño —grita Max, mirando por encima de nuestros hombros—. ¿Lo ves? Ya te dije que no todo serían europijos aburridos.

—¡Ay, Tessa, menos mal! —Annabelle se lanza a mis brazos y me tira dos besos con entusiasmo—. Cuánto me alegro de verte. Esta noche no conozco absolutamente a nadie. ¡No sé de dónde saca Max a esta gente!

—No tengo más que encender la Batseñal y aparece toda la gente guay —declara Max.

—Y cuando dice «guay», se refiere a todas las modelos, los DJ y los aspirantes a magnates de las criptomonedas de la Costa Azul. —Annabelle se ríe y me arrastra hacia uno de los sofás, después mete la mano en un inmenso cuenco de cristal lleno de hielo y latas y saca dos botellitas de champán en miniatura—. ¡Salud! —exclama, y me invade entonces una sensación de culpa mezclada con el conflicto.

He estado tan centrada en Max que no me había parado a pensar en Annabelle. Se supone que va a casarse con él el mes que viene; va a ser la boda más sonada de la temporada.

Y, si me salgo con la mía, será toda una campanada.

Encuentro la mirada de Saint y se la sostengo. No hemos venido aquí a relajarnos y pasarlo bien. Estamos en una misión.

Él asiente imperceptiblemente.

—¿Y qué vas a hacer después de este viajecito? —le pregunta a Max con aire distendido, apoyando un tobillo sobre su otra rodilla mientras se recuesta en el sofá como si estuviera disfrutando de las vistas—. He oído rumores de que vas a pasar un tiempo en el *London Weekly*, preparándote para el gran momento.

—Más bien voy a cumplir condena —responde Max riéndose—. Reuniones editoriales interminables, como para volver loco a cualquiera. Pero mi padre insiste en que tengo que pasar un tiempo haciendo trabajos de principiante antes de ocupar mi lugar en la junta directiva de Lancaster.

—Eso mismo me comentó en la fiesta de Blackthorn —dice Saint con una sonrisa—. Claro

está, te tuvo vigilado toda la noche, para asegurarse de que no se repitiera lo del año pasado. Hugh me contó lo del escándalo que se montó con esas chicas que se presentaron allí. Me habría encantado verle la cara a tu padre —añade, sin perder su tono distendido—. Déjame adivinar, se puso morado y empezó a escupir saliva como cuando se altera de verdad.

—Tú lo has dicho —comenta Max con un bostezo, distraído por una de las modelos macizas que pasan por delante.

—¿Qué chicas? —pregunta Annabelle, y Max le da una palmada en el muslo.

—No te preocupes, eran cosa de Hugh, no mía. Tú me tuviste atado y bien atado, ¿recuerdas? Y luego me cayeron mal las gambas y me pasé el resto del fin de semana vomitando. No mezcléis tequila con marisco del bufé, chicos —anuncia con una mueca de dolor—. Sigo sin poder ver una botella de Casa Noble sin que me entren náuseas. Los médicos dijeron que nunca habían visto a alguien vomitar en tan copiosas cantidades.

—¿Fuiste al hospital después de la fiesta? —pregunto, perpleja. Eso no encaja con mi línea temporal.

—Me pasé allí todo el fin de semana —confirma Max con pesar—. Los mejores médicos de St. Michael's me tuvieron que hacer un lavado de estómago. Prácticamente tuvimos que donar un ala entera para compensar el estropicio. ¡Oye, Gino! —grita de pronto y se pone en pie de un brinco—. Enseguida vuelvo. Tengo que empolvarme la nariz —añade con un guiño y desaparece entre la concurrencia.

Se me cae el corazón a los pies. Una coartada semejante sería fácil de confirmar; habría informes del paciente, papeles de ingreso… Si Max estuviera mintiendo, no elegiría una historia que pudiera refutarse con tanta facilidad.

¿Estará diciendo la verdad? De ser así, ¿en qué punto se encontraría entonces mi investigación?

—Enseguida vuelvo —me excuso, levantándome del sofá como un resorte. Tengo que despejarme la cabeza. Saint me mira preocupado, debe de saber que la historia de Max concuerda, pero no quiero hablar del tema ahora mismo—. ¿El baño?

—Al final del pasillo a la derecha —me indica Annabelle, poniéndose también en pie—. ¡Yo también voy!

Me guía a través de la fiesta, chismorreando sobre algunos de los invitados y contándome lo que han estado haciendo Max y ella en los últimos días.

—… Y las tiendas son una pasada, pero casi no te puedes mover con tantas estrellas de TikTok grabando sus bolsos de Hermès en oferta. Es un descontrol.

Entramos al cuarto de baño y yo respiro hondo, aliviada por este momento de tranquilidad. Se trata de una estancia espaciosa de azulejos blancos, con su propio balcón y alucinantes vistas al mar.

—¿Te encuentras bien, cielo? —me pregunta Annabelle mientras desaparece en el interior del cubículo del retrete.

—Claro. Solo un poco mareada aún después del vuelo —miento.

—¿Habéis tenido muchas turbulencias? —me pregunta desde dentro—. Son lo peor. Si todavía te encuentras regular, no tienes más que decirlo y te enchufamos una bolsa de plátano en un santiamén. El médico de Max en Londres puede conseguirte cita con alguien de aquí. Joder, ¿no tendrás un tampón?

—Creo que sí, déjame ver. —Rebusco en mi bolso y le meto uno por debajo de la puerta.

—¡Eres un ángel!

Pocos segundos después, Annabelle tira de la cadena y sale para lavarse las manos.

—A lo mejor es una pregunta absurda, pero ¿qué es una bolsa de plátano? —le pregunto, asomada a la ventana abierta, mientras aspiro profundamente la brisa marina para tratar de calmarme.

La cabeza aún me da vueltas después de que Max haya revelado su coartada, y la verdad es que ya no sé hacia dónde tirar. Necesito una distracción, o quizá un poco de ese tequila con el que Max acabó en urgencias.

—¡Ay, son pura magia! —me explica Annabelle—. Es como una bolsa de gotero intravenosa que te inyectan, un líquido amarillo que lleva toda clase de vitaminas y te quita la resaca en un abrir y cerrar de ojos. Max tiene al tío entre sus contactos habituales. No te creas ni una palabra de sus alharacas sobre el incidente de la comida en mal estado —agrega, poniendo los ojos en blanco mientras se aplica brillo de labios frente al espejo—. Te apuesto mil libras a que entró allí, le pusieron el gotero en el brazo y, en menos de una hora, ya estaba como nuevo. Lo hace siempre, es muy melodramático.

Consigo soltar una carcajada, pero por dentro tengo el corazón desbocado otra vez. Porque puede que Annabelle no lo sepa, para acaba de darle un buen mazazo a la coartada de Max. Bien podría este haber encontrado la forma de drogar a Wren y esconderla en alguna parte mientras él iba al hospital y regresaba con tiempo suficiente para ser el hombre que ella recordaba que la había agredido.

Al fin y al cabo, la fiesta de la Sociedad Blackthorn se celebró en la finca de los Lancaster. A saber qué bodegas polvorientas o sótanos en desuso habrá en ese lugar. Podría haberla retenido allí, escondida todo ese tiempo, mientras todos los demás seguían de fiesta, ajenos a los horrores que se producían allí cerca.

—Será mejor que vuelva, antes de que Max se meta en algún lío —me dice Annabelle con una sonrisa irónica.

—Buena suerte —respondo, siguiéndola de nuevo hacia la fiesta.

Pero, mientras que ella se va directa a atravesar la multitud, yo deambulo sin rumbo por los márgenes de la estancia, tratando de decidir cuál será mi próximo movimiento. Max está mintiendo como un bellaco; no conseguiré lo que necesito con meras preguntas.

No quería tener que recurrir a esto, pero esos viales que me dio Phillip van a resultar serme de gran utilidad.

Siempre y cuando juegue bien mis cartas.

Observo a Max, que menea la cabeza arriba y abajo junto a la cabina del DJ. Se da cuenta de que lo estoy mirando, así que lo saludo con la mano y un gesto coqueto y después me alejo, asegurándome de balancear bien las caderas al recorrer el vestíbulo y acceder a la cocina. Está llena de empleados del *catering*, pero yo me quedo allí remoloneando, me hago con una botella de agua y empiezo a beber despacio mientras cuento los segundos.

—Te juro que cada vez que te veo estás más guapa —anuncia Max cuando entra y me dedica una sonrisa encantadora—. Será mejor que Saint te trate bien. Si no, solo tienes que decirlo.

—¿Y qué harías entonces? —le pregunto, tratando de que mi voz suene sugerente y mi sonrisa sea provocativa.

Si se tratase de cualquier otro tío, pensaría que no iría a traicionar a su amigo, pero la propia Annabelle me dijo que a Max solo le importan las conquistas. Demostrar su poder. ¿Y qué mejor manera de demostrar tus encantos masculinos que ir detrás de la novia de tu colega?

Como era de esperar, Max recorre mi cuerpo con una mirada apasionada.

—Se me ocurren varias cosas —responde con un guiño, y yo suelto una risita nerviosa.

—¡Mira que eres malo! —Me hago la escandalizada.

—No lo sabes tú bien, cariño. —Se acerca un poco más—. Las historias que podría contar…

—No seas malo conmigo —le digo poniendo morritos—. Todo el mundo decía que Saint tenía una reputación salvaje, pero últimamente ha estado tan ocupado con cosas de Ashford que lo único que hace es trabajar. Qué rollo. Me prometió unas vacaciones divertidas —prosigo, haciéndome la ingenua—, pero mañana va a estar ocupado visitando las instalaciones de un laboratorio. Y yo voy a estar sola en casa sin nadie que me entretenga.

—Eso sí que es una auténtica pena. —Max se me acerca más y me acorrala contra la encimera. Me mira a los ojos, juguetón y petulante—. Una mujer hermosa como tú debería estar entretenida a todas horas.

—¡Gracias! Eso es lo que le digo yo. —Pongo los ojos en blanco y me disculpo mentalmente con Saint por esta deslealtad. Pero tengo que lograr que el numerito de la «novia aburrida» resulte convincente si quiero que mi nuevo plan funcione—. Supongo que me pasaré el día bronceándome junto a la piscina.

—No advierto las marcas del bikini —bromea Max, acariciándome la clavícula con el dedo.

Una vez más, tengo que hacer un esfuerzo por no apartarme asqueada; en su lugar, le dedico una sonrisa seductora.

—Estamos en Europa, cielo. Aquí todo el mundo hace toples. Y a veces también nudismo.

—¿Por qué no me das un toque mañana, entonces? —me sugiere Max con un brillo voraz en la mirada—. Cuando el aburrido y viejo Saint se haya ido a trabajar. Puedo ayudarte a ponerte protección solar, y tenerte entretenida…

Lo tengo.

—Suena genial. —Me agacho por debajo de su brazo y me aparto de él con un movimiento coqueto—. Genial, discreto y privado, espero —le advierto, como si me preocupara que Saint pudiera enterarse.

—Ya me conoces, cielo. Mis labios están sellados. —Me guiña un ojo y yo me río.

—Seguro que se nos ocurren mejores cosas que hacer con ellos —le prometo, después me marcho contoneándome y regreso a la fiesta.

Saint está charlando con unas personas en la terraza, así que voy a reunirme con él.

—¿Todo bien? —me pregunta, pasándome un brazo por la cintura.

—De maravilla —respondo.

Parece relajado, se le ve tranquilo ahora que cree que Max tiene una coartada para la agresión y lo ha tachado de la lista.

No le saco de su error. Intentaría disuadirme de llevar a cabo lo que tengo planeado, pero ya no pienso detenerme, por nada del mundo.

Si me salgo con la mía, esos labios mentirosos de Max no permanecerán sellados mucho tiempo.

Capítulo 15

Tessa



—Ya sabes que no tengo por qué ir a visitar las instalaciones. —Saint se estira la corbata mientras lo observo tendida junto a la piscina en el palacete de la Provenza, la mañana posterior a la fiesta en casa de Max.

Estoy acurrucada en una tumbona, vestida con un chándal, disfrutando del aire otoñal, y de un delicioso surtido de pan y bollería recién hechos de la pastelería que hay en el pueblo de al lado. Saint, por otra parte, va vestido de manera formal y lleva una gruesa carpeta en una mano y el teléfono en la otra.

—Robert solo mencionó que podría ser útil que me pasara por allí un momento. Para dar ánimos, ya sabes. Preferiría quedarme aquí y relajarme contigo —agrega, dirigiéndome una sonrisa tórrida que, en otras circunstancias, me aceleraría el pulso.

Pero hoy no.

—¿No está ya todo organizado? —Preocupada de pronto, trago saliva. Aún no le he contado mi plan secreto de verme con Max, pero llevo toda la mañana esperando a que se marche—. Seguramente ya hayan desplegado la alfombra roja —añado alegremente—. Y habrán lavado bien todas las batas blancas de laboratorio solo para ti. No querrás dejarlos tirados.

—Supongo que no —admite con un suspiro—. ¿Estarás bien aquí sola?

—¿Con la piscina, la sauna, la sala de juegos y un frigorífico lleno de deliciosos quesos franceses? Creo que sobreviviré —bromeo, y él se ríe.

—Bien pensado. No debería tardar más de unas pocas horas, luego si quieres te enseño mi bistró favorito.

—Suena genial.

Se inclina sobre mí y me da un beso lento y dulce.

—Llámame si me necesitas —me dice, y vuelve a entrar en la casa.

Me siento culpable al verlo marchar, y esa sensación no hace sino intensificarse al oír el cierre de la puerta de la entrada. Se oye el ruido del motor del coche al ponerse en marcha, y después se aleja conduciendo, dejándome sola.

Por fin.

Cojo el teléfono y le envío un mensaje a Max: «Todo despejado ;)».

Responde de inmediato: «Voy de camino».

Trato de no pensar en lo que le habrá dicho a Annabelle, o en lo que le diré yo a Saint. Ahora mismo, he de estar concentrada.

Solo tendré una oportunidad y debo hacerlo bien.

Voy a prepararme, me pongo una camiseta sin mangas más sugerente y unos pantalones de yoga que se ciñen a mi figura. Pongo música electrónica relajada, después reviso la casa en busca del lugar adecuado. El cuarto de la lavadora… La biblioteca… Entonces abro una puerta cercana a la cocina y descubro unas escaleras de piedra que conducen hasta una bodega barra almacén.

«Bingo».

Llevo hasta allí abajo una silla y luego hallo el resto de utensilios por la casa. No podía arriesgarme a meter en la maleta algo que levantara las sospechas de Saint, pero supuse que encontraría aquí todo lo necesario, y no me equivocaba. Me hago con una cuerda de tender y cinta aislante, cojo también una vieja caja de herramientas con alicates, un martillo y varios clavos oxidados. No me imagino usándolos, aunque eso Max no tiene por qué saberlo. Lo único que importa es que sepa que voy en serio.

Con todo preparado, no me queda nada más que ponerme a dar vueltas de un lado a otro, haciendo tiempo, nerviosa, hasta que oigo el motor de un coche acercarse por el camino de acceso a la propiedad.

Se me acelera el pulso. Por primera vez soy consciente del gran riesgo que estoy corriendo. Me he centrado tanto en conseguir que Max viniese hasta aquí que no me había parado a pensar en lo que significa, pero ahora estoy aquí sola, en mitad del campo, con un hombre que ya sé que es capaz de recurrir a la violencia. Un hombre perverso. Si esto no sale bien…

Nadie podrá salvarme.

Así que tiene que salir bien. Respiro hondo y me miro en el espejo. Me revuelvo un poco el pelo y me difumino ligeramente el lápiz de ojos, tratando de lograr un aspecto seductor: el de la novia aburrida que busca vivir aventuras ilícitas.

Suena el timbre. Llegó la hora del espectáculo.

—Has venido —ronroneo mientras abro la puerta. Max está en el escalón de la entrada, en un estado lamentable, con gafas de sol oscuras y unos vaqueros de diseño—. Me preguntaba si te habrías acobardado.

—¿De qué, cielo? —me pregunta con una sonrisa engreída mientras entra—. Lo que Saint no sepa no podrá hacerle daño.

—Cierto. —Dejo escapar una risita, obligándome a acercarme para darle un beso en la mejilla. Sin duda tiene resaca, y todavía conserva un leve aroma a alcohol; cuando se quita las Ray-Ban y mira a su alrededor, veo que tiene los ojos inyectados en sangre—. Menuda fiesta la de anoche —comento mientras lo conduzco hacia el interior de la vivienda—. ¿A qué hora terminó?

—¿Quién dice que terminara? —me responde con una sonrisa—. Siguen de fiesta, hasta donde yo sé.

—¿Y tú has podido escabullirte? —pregunto. Cuando me vuelvo para mirarlo, veo que tiene los ojos clavados en mi culo.

Encantador.

—Annabelle se ha ido hoy al *spa*, a no sé qué de una mascarilla facial con diamantes, así que me tienes todo para ti solita…

—Qué afortunada —contesto con tono cantarín—. ¿Quieres beber algo?

—Una copita, a ver si se me pasa la resaca —responde, entornando un poco los ojos—. Tengo que ir al baño.

—¡Marchando!

Max se aleja por el pasillo —está claro que ya ha venido aquí antes—, entonces corro hacia la cocina. Esta mañana, Saint nos preparó una jarra de *bloody mary*, así que sirvo dos vasos, añado

un extra de vodka en el de Max y lo decoro con una ramita de apio para no confundirme de vaso.

Luego saco el vial que me dio Phillip.

Parece tan inocente, una diminuta porción de líquido traslúcido, que cuesta creer que pueda producir efecto alguno; sin embargo, Phillip me advirtió que calculara el peso de Max y empleara una cantidad precisa para dejarlo inconsciente. Me detengo antes de verterlo. ¿Y si solo da un trago? ¿Y si no soy capaz de disimular y se da cuenta de que algo pasa?

Estamos aquí solos, Saint tardará horas en volver. Y ya sé lo peligroso que puede ser Max…

Vierto la mitad del vial en su vaso.

—Una pena que esté nublado —comenta Max con un bostezo mientras entra en la habitación. Me apresuro a esconder el vial en la palma de la mano para que no lo vea—. Supongo que tendremos que hacer el toples dentro de casa.

—¡Supongo! —Remuevo su vaso con una cuchara para mezclarlo bien y después se lo acerco —. Extra de vodka, como a ti te gusta —añado, y elevo el mío con una sonrisa—. ¡Hasta el fondo!

Doy un trago y veo que Max prácticamente se lo toma entero. Mierda. ¿Será seguro que lo consuma tan deprisa? No tengo ni idea, así que me obligo a sonreír y confío en que le haga efecto antes de que le entren ganas de tontear de verdad. Porque, si este monstruo me pone las manos encima…, no creo que pudiera fingir, ni siquiera por el bien del plan.

—¿Por dónde íbamos? —Me dedica otra sonrisa mientras se acerca—. ¿Sabes? Me daba la impresión de que eras una chica muy muy mala —murmura, y estira la mano para acariciarme el brazo con las yemas de los dedos—. Lo supe desde el momento en que te presentó Saint.

He de hacer un gran esfuerzo por no apartarlo de un empujón.

—¿Ah, sí? —En su lugar, bato las pestañas—. ¿Y qué fue lo que me delató?

—Tengo instinto para esas cosas —me dice con una carcajada—. Un talento, podríamos decir. Solo con mirar a una mujer, puedo saber cómo le gusta que la follen.

Menudo gilipollas.

—¿Y qué te dijo tu instinto sobre mí? —le pregunto con voz inocente, rezando para que la droga no tarde en hacerle efecto.

—Soy un caballero —responde con arrogancia—. Pero digamos que creo que te gusta poner a prueba los límites. Hacerlo a lo bestia —añade—. Igual que a mí.

Tiene razón, aunque no sabe hasta qué punto.

—Es una pena que no te conociera a ti primero —le digo, después me agacho por debajo de su brazo y atravieso la habitación contoneándome.

Finjo estar seleccionando la música en el teléfono, pero en realidad estoy tratando de ganar tiempo antes de que deje el flirteo y quiera pasar a mayores.

—Parece que he estado perdiendo el tiempo con el hombre equivocado —agrego.

—Entonces será mejor que… Será mejor que… —Max entorna los ojos y se tambalea ligeramente. Traga saliva y se aferra a la encimera para no perder el equilibro—. ¿Qué está pasando?

¡Por fin!

—¿Te encuentras bien? —le pregunto, viendo que le cuesta mantenerse en pie.

—No me… encuentro… bien…

Después cae redondo al suelo.

Gracias a Dios.

Me pongo en marcha de inmediato. El sedante no durará mucho, según me advirtió Phillip, solo el tiempo justo para pasar a la segunda fase de mi plan. Es al tratar de cargar con Max para

llevarlo a la bodega cuando me percato de que no había contado con tener que cargar yo sola con todo el peso de un hombre adulto. Tardo una eternidad en recorrer solo unos pocos pasos, jadeo y me cuesta sujetarlo; entonces, se me resbala en mitad de las escaleras y se precipita dando tumbos escalones abajo hasta aterrizar a todo lo largo en el suelo polvoriento.

Mierda.

Corro tras él. No veo sangre, tampoco creo que se haya golpeado la cabeza, así que lo arrastro hasta la silla y lo ato con la cuerda de tender y la cinta aislante. Estoy sudada y exhausta para cuando termino, pero aún tengo que dar un paso más.

Saco el segundo vial que me entregó Phillip y transfiero el contenido a una jeringuilla. Pentotal sódico. Phillip me dijo que es lo más parecido a un suero de la verdad, en teoría relaja el sistema nervioso y hace que el consumidor se vuelva más abierto y sugestionable. Que le cueste más seguir el hilo de sus mentiras.

Cojo el brazo de Max y se lo inyecto todo. Después me siento en el último escalón, respirando con dificultad. Aguardo ahí hasta que Max por fin empieza a agitarse.

—Mmmmm… —Deja escapar un quejido amortiguado conforme va despertándose. Está grogui y desorientado, y contempla la bodega en penumbra con los ojos entornados—. ¿Tessa? —dice cuando al fin se fija en mí—. ¿Qué coño está pasando?

—¿A ti qué te parece? —Me pongo en pie y me cruzo de brazos.

Max parpadea, y sé que está tratando de encontrarle sentido a todo esto, de encajar las piezas del rompecabezas. Aquí atado, en un sótano oscuro, sin nadie alrededor…

Y de pronto se le enciende la bombilla.

—¿Es algún tipo de perversión sexual? —pregunta mientras pone a prueba las ataduras de las muñecas, y entonces se ríe—. No has escatimado. Materiales de primera. Pero que sepas que te devolveré el favor cuando me toque el turno.

¿Lo dice en serio?

—Vamos a hablar —respondo con frialdad—. Y esta vez vas a contarme la verdad.

A Max le tiembla la sonrisa en los labios y me mira confuso.

—¿De qué estás hablando? ¿No se trata de un juego?

—¿Para ti fue un juego cuando secuestraste a mi hermana? —le pregunto sin más, perdido el control—. ¿Cuando la ataste en un sótano como este y le hiciste Dios sabe qué? Tienes suerte de que no vaya a recrear toda su experiencia contigo, porque son heridas que no se curan nunca.

—No sé de qué cojones estás hablando. —Me mira con los ojos desorbitados—. ¿Tu hermana? —Vuelve a tirar de las cuerdas—. ¿Qué tiene que ver esto con Wren?

—Buen intento. —Me acerco más y siento la rabia palpitando en mis venas—. Sé que fuiste tú.

—¿Yo qué?

—¡Tu coartada no se sostiene! —exclamo sin poder evitarlo—. Sé que fuiste tú. ¡Te la llevaste de la fiesta de Blackthorn! Le hiciste daño. La… ¡La destruiste!

Después de tanto tiempo, investigando, cuestionándolo todo, volviéndome loca, por fin lo tengo en mi poder. La rabia me ciega, saber las cosas horribles que le hizo.

El precio que pagó mi hermana por su culpa.

—Eres una puta pirada —me espeta Max, tratando de soltarse mientras mira a su alrededor—. Necesitas ayuda.

—No. Lo que necesito son respuestas. Y tú me las vas a dar.

Miro el teléfono. Diez minutos, eso fue lo que dijo Phillip que tardaría en hacer efecto el suero de la verdad. ¿No debería haber empezado ya?

—En serio, ya te has divertido bastante —me dice con la voz algo temblorosa—. Muy graciosa, la bromita. Vamos a darle a Max un buen susto. Lo estás grabando, ¿verdad? —añade, volviendo a mirar en torno a sí—. Pues ya tienes lo que querías. Ahora suéltame.

No respondo.

—¡Suéltame, puta loca! —brama, llevado por la furia.

Ahí está, el verdadero Max.

El monstruo.

—No vas a ir a ninguna parte —le digo, luchando por mantener el control—. Quiero que me lo cuentes todo. Todo lo que planeaste, todo lo que le hiciste. Ha llegado el momento del ajuste de cuentas, Max.

—¡No sé de qué estás hablando! —insiste, con la cara roja, mientras se retuerce—. ¡Yo no le hice nada a Wren! ¿Que si quise? Claro que sí. Estaba muy buena, con ese aspecto de bibliotecaria sexi. Pero nunca tuve oportunidad, no pasó.

—¡Estás mintiendo! —le grito.

—¡Te juro que no! —exclama.

—La engañaste para que acudiera a la fiesta de Blackthorn —le acuso apuntándole con un dedo—. Le echaste algo en la copa.

—¿Qué? ¡Ni hablar! La invité, pensé que, bueno, a lo mejor podíamos escabullirnos un rato y pasarlo bien, pero eso no es delito —se defiende—. El caso es que no pasó nada. Me rechazó, desapareció sin más.

—¡No! —vuelvo a gritar, sacudiendo la cabeza. En teoría la droga debería estar haciéndole efecto ya. Tendría que estar confesando. Esto no funciona—. ¡Sigues mintiendo! —chillo, furiosa—. ¡Fuiste tú! ¡Le hiciste daño y ahora vas a pagar por ello!

—¿Tessa?

Me doy la vuelta al oír una voz desconcertada. Es Saint, que me mira horrorizado desde las escaleras de la bodega.

Capítulo 16

Tessa



Ay, Dios.

El tiempo parece detenerse cuando veo a Saint tratando de asimilar la escena, mirándonos a Max y a mí alternativamente.

—¡Saint! Menos mal, joder —exclama Max, aliviado—. Apártala de mí, ha perdido la cabeza. No sé qué coño le pasa.

Un gesto de certeza y perplejidad se instala en el rostro de Saint.

—Arriba —me ordena con firmeza, antes de girar sobre sus talones y subir hacia la cocina.

—¡Saint! —le grita Max—. No te vayas, vuelve. ¡Desátame!

Respiro hondo y sigo a Saint escaleras arriba, hasta emerger a la brillante luz solar que inunda la cocina. Lo encuentro allí, caminando de un lado a otro, pasándose la mano por el pelo, y en cuanto cierro a mi espalda la puerta del sótano, se vuelve hacia mí.

—¡Pero qué cojones haces, Tessa! —explota.

—Fue él, Saint. ¡Sé que fue él! —le aseguro.

—Pero si estaba en el hospital…

—No sabemos cuánto tiempo —le interrumpo—. Annabelle me confirmó que pasa por allí a que le pongan goteros intravenosos, así que podría haber vuelto a la fiesta con tiempo de sobra. Es el último sospechoso que queda —insisto, cada vez más desesperada. Estoy perdiendo el control del plan que con tanto esmero había elaborado, y no sé qué más hacer si no consigo que esto salga bien—. Es él, sé que es él. ¡Pero tenemos que lograr que confiese!

—¿Cómo? ¿Pegándole un susto de muerte para que te diga lo que tú quieres? —me pregunta Saint—. ¡Si está demostrado que la tortura no funciona, será por algo!

—Qué va, no es eso —insisto—. El suero de la verdad debería empezar a hacerle efecto.

—¿Cómo? —Se queda con la boca abierta y me mira con incredulidad—. ¿Cuánto tiempo llevas planeando esto? ¿Has estado mintiéndome durante todo el viaje?

—Lo siento, pero sabía que, si te lo decía, jamás accederías a ello.

—¡Por supuesto que no! —me grita—. ¡Tienes a un hombre atado en el sótano, Tessa! ¿En qué coño estabas pensando? ¿Se te ha ido la cabeza?

—¡Pues a lo mejor sí! —le respondo—. A lo mejor estoy un poco loca, pero me da igual. Lo único que sé es que fue Max, y tenemos que sacarle la verdad. Se acabaron las mentiras y los engaños. Que salga todo a la luz de una vez por todas. ¿No quieres eso tú también? —le pregunto, y le veo expulsar el aire.

—Claro que sí, pero…

—¿Pero qué? La droga debería estar haciendo efecto ya —repito, ansiosa—. Pero no dura mucho. Por favor —le ruego, y noto que se me quiebra la voz por la presión—. Se lo debo a Wren. Tengo que hacerlo. Por favor.

Saint empieza otra vez a dar vueltas de un lado a otro, hasta que de pronto se detiene.

—Solo preguntas —me dice, con gesto furioso.

A mí me invade el alivio. No se interpondrá en mi camino.

—Claro. Solo preguntas —convengo, y dirijo mis pasos de nuevo hacia la bodega.

«De momento», pienso. Lo que suceda cuando obtenga mis respuestas… En fin, eso es otra historia.

Descendemos de nuevo hacia la penumbra, donde Max nos aguarda.

—¿Por qué coño has tardado tanto? —Mira directamente a Saint—. Desátame y aléjame de esta puta loca.

Saint no responde. Se apoya contra la pared y me hace un gesto de asentimiento con la cabeza.

—La fiesta de Blackthorn —comienzo, preparándome para la batalla delante de Max—. Te llevaste a Wren. Dinos qué ocurrió. ¿Por qué te fijaste en ella? —exijo saber, manteniendo esta vez la calma. Ahora me dirijo a él con una frialdad y una rabia contenida—. ¿Te rechazó? ¿Fue eso? Pensaste en darle una lección y obligarla a hacer lo que no estaba dispuesta a hacer voluntariamente.

—¡Qué coño dices! —explota Max—. ¡Ya te he dicho que no le hice una mierda a tu hermana! Saint, tienes que parar esto —le suplica—. Ha perdido la cabeza, lo sabes. Ayúdame.

Saint parece debatirse, pero se mantiene firme.

—Responde a sus preguntas.

—No te pasaste el fin de semana en el hospital por una intoxicación alimentaria, ¿verdad? —continúo, buscando puntos débiles en su coartada—. Mentiste sobre eso, ¿a que sí?

Algo se agita en su rostro. Es la primera grieta en la fachada de sus mentiras.

—Cuéntamelo —le ordeno—. Volviste a Lancaster Manor, ¿verdad? Tuviste a Wren encerrada allí en un sótano, para poder tomarte todo el tiempo del mundo.

—No. —Sacude la cabeza y frunce el ceño—. No, no fue ella.

—¿Cómo que no fue ella? —pregunta Saint, interrumpiendo su relato.

—No estuve con Wren, lo juro —insiste Max—. Ya se lo he dicho a la psicópata de tu novia, que Wren me rechazó, así que me fui a buscar a otra con la que seguir la fiesta.

—¿Y por qué les mentiste a todos? —le pregunto—. Con la historia de la intoxicación y el hospital. ¿Por qué te tomaste tantas molestias en ocultarlo si no había sido más que un polvo sin importancia?

Max emite entonces un quejido de frustración.

—Porque me estuve follando a la prima de Annabelle, ¿vale?

Se hace el silencio.

Entonces Saint se acerca a él.

—Sigue hablando —le ordena.

—¡No te creerás lo que está diciendo! —exclamo—. Está desesperado. Ahora mismo diría cualquier cosa.

—No —me corrige Saint—. Está siendo muy obediente, gracias a tus drogas. No creo que ahora mismo sea capaz de inventarse algo así.

—¡Gracias! —resopla Max.

Yo giro la cabeza de golpe para mirarlo.

—¿Y quién es la supuesta amante? —pregunto, escéptica.

—Kitty Aldridge —masculla, y Saint suelta una carcajada de incredulidad.

—¿Te estuviste follando a Kitty?

Max asiente y después pone una sonrisa pícara.

—Esa chica tiene un lado muy salvaje. Para cuando acabó conmigo, casi me envía de vuelta al hospital.

—Kitty es una joven de la alta sociedad —me explica Saint—. Prima de Annabelle. ¿Cuántos años tiene, diecisiete?

—Venga, tío, tiene dieciocho —protesta Max.

Saint pone los ojos en blanco.

—Y no solo está emparentada con Annabelle. Su padre es el presidente de la Comisión sobre Estándares Mediáticos y de Radiodifusión.

—¿Entiendes por qué no podía decir nada? —dice Max, asintiendo con vehemencia—. Mi padre ya ha amenazado con cerrarme el fideicomiso si no me pongo las pilas. Casarme con Annabelle es lo único que le dejará satisfecho y, si se supiera lo de mi canita al aire… Saldrían todos perjudicados; no solo yo, sino la empresa entera. —Hace una mueca de dolor—. Adiós a los nuevos planes de fusión. Mi padre me mataría con sus propias manos. No puede enterarse nadie.

—Lo siento —me dice Saint en voz baja.

—Yo no —exclama Max—. Ahora, si no te importa, ¿puedes hacer el favor de sacarme de este puto sótano?

Lo observo con atención, preguntándome si estará tirándose un farol monumental para despistarnos.

—¿Puedes demostrarlo? —le pregunto—. ¿Hay alguna prueba de que estuvieses con esa tal Kitty cuando dices que estuviste?

Max se retuerce un poco más, visiblemente incómodo.

—Sí que hay pruebas. Digamos que… es posible que… la dejara preñada.

—¡Max! —exclama Saint, perplejo.

—¡Fue un accidente! —se defiende, como si fuera un colegial avergonzado—. Dijo que lo tenía controlado. La familia cree que fue un lugareño del pueblo y lo llevan todo con discreción para salvar las apariencias. Pero se hizo una prueba de ADN —agrega, mirándome—. El niño es mío y todas las fechas coinciden. Tuve que prometerle una vida de lujos para convencerla de que firmara el acuerdo de confidencialidad. —Emite entonces un silbido de amargura—. Fue el fin de semana más caro de mi vida.

Me dejo caer, hundida, y mis esperanzas se precipitan contra el suelo polvoriento del sótano como esquirlas de cristal.

Max es un gilipollas egoísta y negligente, pero veo la verdad escrita en su rostro.

Ya no está mintiendo. No fue él.

Y yo sigo sin estar más cerca de la verdad.

—¿Tienes más sedantes? —me pregunta Saint.

Asiento sin mediar palabra y le entrego el vial. Saint vuelve a subir las escaleras y regresa poco después con un vaso de agua.

—Toma —dice acercándoselo a Max a los labios—. Esto te calmará mientras empiezo a desatarte. Te sacaremos de aquí en un abrir y cerrar de ojos.

—Sé que las locas son bestiales en la cama —comenta Max después de dar un trago—, pero, en serio, el polvo no mereció la pena —le dice a Saint antes de apurarse el vaso. A los pocos

segundos, se desploma y vuelve a quedar inconsciente.

—Lo llevaré a la cama —me dice Saint mientras empieza a aflojarle los amarres.

—No recordará gran cosa —le aseguro—. Las drogas… harán que lo tenga todo borroso. Podemos decirle que bebió demasiado, que se pasó con la fiesta.

Saint me lanza entonces una mirada furiosa.

—Tú y yo no vamos a hacer nada —me espeta, cargando a hombros con el cuerpo inerte de Max—. Tú te vas a ir a nuestra habitación y me vas a esperar allí.

Su voz me indica que no se trata de una petición, sino de una orden.

Dejo que Saint se lleve a Max a una de las *suites* de invitados. Yo me voy a nuestro dormitorio y espero allí, como me ha ordenado. Ahora que se me ha pasado la rabia que me cegaba, me doy cuenta de lo enfadado que debe de estar conmigo. Y además lo entiendo. Visto desde fuera, lo que he hecho aquí hoy parece obra de una psicótica. ¿Engañar a Max para que viniera hasta aquí? ¿Drogarlo? ¿Atarlo e interrogarlo para que me diera respuestas? Es una locura.

Pero volvería a hacerlo. Sin dudar. Saint tiene que darse cuenta de que no me detendré ante nada en mi búsqueda de la verdad.

Oigo pasos y, al cabo, entra Saint, que tiene la mandíbula apretada por la tensión. No dice palabra, se quita la corbata y los zapatos de vestir. Se desabrocha también el cinturón y se queda mirándolo entre las manos. Deja escapar un soplido.

—Me dan ganas de ponerte sobre mis rodillas y darte unos buenos azotes —me dice, aún con gesto furioso—. Salvo que ambos sabemos que a ti te dará exactamente igual.

Dejo escapar un suspiro trémulo.

—Lo siento —digo, y él se queda mirándome con rabia.

—No es verdad, no lo sientes.

—Vale, no lo siento —admito—. ¿Qué quieres que diga? Necesitábamos respuestas y las he conseguido.

—¡Necesitábamos, en plural! —ruge Saint, con la cara encendida de ira—. Tanto tú como yo. ¡Me prometiste que no te dedicarías a hacer estupideces como esta!

—¿Y qué iba a hacer? —le pregunto, también a voces, manteniéndome firme—. Se lo debo a Wren. ¡Juré que haría lo que hiciera falta para encontrar a su agresor!

—¡Y a mí me juraste que no volverías a actuar a mis espaldas! —exclama—. ¡Joder, Tessa, se supone que somos un equipo!

—¿Me habrías apoyado en esto? —le pregunto, incrédula—. ¿Si llego y te digo que quiero drogar a Max y obligarlo a decir la verdad?

—Sí.

Su respuesta inmediata me frena en seco.

—No —insisto, sacudiendo la cabeza.

—Sí —repite él, y recorre la distancia que nos separa. Me estrecha la cara entre las manos y entonces me fijo en la rabia desesperada que habita en su mirada—. ¿Es que no lo entiendes, cariño? Haría cualquier cosa por ti —promete—. Me vuelves tan loco que a veces se me nubla la mente, pero quemaría el mundo entero si me lo pidieras, si eso nos permitiera poner fin a esta misión. ¿Por qué no te das cuenta? ¿Por qué no entiendes de una vez que pienso estar contigo hasta el final?

Dios…

Me quedo mirándolo, sin palabras. Su rostro es la viva imagen del tormento, y no es de

extrañar, con todo lo que le he hecho pasar. Con las amistades que le he hecho romper.

Los riesgos que ha corrido, solo porque se lo he pedido yo.

Me invade la emoción, un maremoto de deseo. Estiro las manos hacia él y prácticamente me lanzo a sus brazos y empiezo a besarlo con pasión. Deseo sentirlo. Necesito demostrarle lo que significa para mí su lealtad. Emite un gemido contra mis labios y entonces él también pierde el control, me empuja contra la pared y devora mi boca como si fuera suya.

Reclama mi cuerpo como si le perteneciera solo a él.

Porque así es. El roce tosco de sus manos me enciende el deseo, y yo me aferro a él, anhelando ya sentirlo dentro de mí. Me acaricia con vehemencia por encima de la camiseta, me pellizca los pezones con fuerza y me hace gritar, llevada por el inesperado subidón de emociones.

—Calla. —Aparta su boca de la mía y veo la rabia encendida aún en su mirada—. Si solo sigues órdenes cuando estás desnuda, esta vez me vas a hacer caso, joder.

Me arranca la ropa del cuerpo sin vacilar un instante, hasta dejarme desnuda y sin aliento entre sus brazos. Entonces me da la vuelta y me empuja de cara contra la pared, aprisiona las palmas de mis manos a ambos lados de mi cara y me separa las piernas. Me tiene a su merced.

Joder. Se me dispara el pulso ante esta muestra de poder, pero estoy ya tan entregada que solo sirve para desearlo más.

Trato de empujar hacia atrás, pero Saint me sujeta con firmeza.

—No te muevas —me ordena, y respondo con un gemido cuando me agarra del pelo con una mano y tira de mi cabeza hacia un lado para dejar al descubierto la larga columna de mi garganta —. Ni te atrevas a moverte.

Me chupa el cuello, dándome mordiscos a su paso, y el roce áspero de sus dientes me provoca en la piel un cosquilleo, resultado de un cóctel desconocido: una mezcla de placer y dolor, con una pizca de expectativa y unas gotitas de miedo.

¿Qué quiere de mí? ¿Qué está intentando demostrar?

—¿Tú sabes lo que me provocas? —me pregunta, casi frenético. Me embiste desde atrás y siento la silueta dura de su polla a través de los pantalones, apretando contra mi culo, clavándome a la pared. Me retuerzo entre sus brazos, pero no me suelta, me tiene bien agarrada —. Joder, Tessa… Pierdo la cabeza cada vez que entras en la habitación… Y cuando estoy dentro de ese coño apretado que tienes… —Emite un gemido atormentado, embistiéndome una vez más—. Me consideraría un hombre afortunado si me muriera sintiendo cómo te corres.

—Pues fóllame —le suplico, jadeante. Ansío sentir su polla dentro de mí—. Fóllame, Saint. Te necesito.

—Claro que sí —murmura—. Puedes poner mi vida patas arriba sin pensártelo dos veces, pero cuando estamos los dos solos, cariño, sabes que soy yo quien manda.

De pronto me aparta bruscamente de la pared y me empuja hacia el suelo hasta ponerme de rodillas.

—Sigue una puta orden —me exige mientras se abre los pantalones y se saca la polla, dura y palpitante—. Sé una buena chica durante cinco putos segundos y chúpame la polla.

Ni siquiera espera una respuesta, me agarra del pelo y me arrastra hacia él, agarrándose la polla con la otra mano para abofetearme con ella. Abro la boca, perpleja, y también excitada. Dios, sí. La abro con ganas y me meto su capullo entre los labios.

—Joder, sí, qué gusto… —gime entre dientes, hundiendo la polla en mi boca. Apenas me da tiempo a tomar aire antes de que me embista hasta el fondo, tanto que casi me atraganto con ella. Trato de apartarme, me entran arcadas, pero él me sujeta con una mano firme agarrada a mi pelo

—. No, cariño, esta vez no te saldrás con la tuya. —Su voz suena severa y, cuando levanto la mirada, veo en su rostro un nuevo gesto de determinación; una especie de control desesperado, como si estuviera tratando de demostrarse algo a sí mismo, no a mí—. Aceptarás lo que te dé y me darás las gracias como una buena chica.

Vuelve a embestirme la boca, más adentro, una y otra vez, hasta que lo único que puedo hacer es dejarla abierta y permitir que me la folle, mientras voy notando el calor en la tripa, que se extiende por todo mi cuerpo, hasta que empiezo a temblar de deseo y es entonces cuando al fin Saint me la saca de la boca con un pop húmedo y lascivo.

Tomo bocanadas de aire, tratando de respirar, medio mareada. Jamás lo había visto así antes, tan dominante. Me pone tan cachonda que ya estoy empapada y noto la humedad pegajosa entre los muslos, anhelando sus caricias.

—¿Qué se dice? —me recuerda Saint sin soltarme el pelo.

—Gra-Gracias —consigo responder, estimulada por mi propia sumisión.

Sin embargo, no recompensa mi obediencia. Se limita a ponerme en pie y tirarme de cara sobre el colchón.

—Seguro que ya estás mojada. Sí, eso es —murmura con satisfacción, me agarra de los tobillos y me separa las piernas. Gimoteo contra las sábanas cuando tira de mí hasta el borde de la cama y se sitúa entre ellas—. ¿Quieres que te toque, cariño? —me pregunta, inclinado sobre mí—. ¿Quieres que juegue con ese clítoris tan dulce que tienes hasta que llores de placer? ¿Quieres que te lo chupe un poco y te demuestre lo mucho que te gusta?

—Sí —respondo con un sollozo, perdida en el infierno. Me retuerzo, corcoveo contra las sábanas para intentar asirme—. Por favor, Saint…

—No.

Me penetra sin previo aviso, agarrándome con fuerza por las caderas, hasta la base de la polla.

Yo grito, consumida por la fricción, abierta por la mitad y, al mismo tiempo, apretando los muslos en busca de algo más.

—¡Saint!

Mi voz reverbera, suena sorprendentemente desesperada, y Saint responde con un gemido de excitación.

—Joder, cariño. Ya lo sé. Ya lo sé…

Me coloca una mano en la base de la espalda, casi con ternura, y entonces me folla con tanta fuerza que creo que voy a desmayarme de placer.

¡Madre mía!

Grito de nuevo contra las sábanas, o a lo mejor es que no he dejado de hacerlo; todo a mi alrededor aparece borroso. El mundo se desdibuja, ni siquiera soy capaz de construir palabras, ya nada importa más allá del peso de su cuerpo, poseyéndome, y el dulce y áspero roce de su polla, una y otra vez, sin descanso, acercándome al paraíso con cada potente empellón.

Es un milagro. Una experiencia religiosa, dejarme follar por este hombre. Dejar que posea mi cuerpo. Y no quiero que acabe, pero ya siento el cosquilleo incipiente del clímax, en la base de mi columna, haciendo que me retuerza y gima con fuerza.

—Sí, eso es, cariño. Notas los espasmos, ¿verdad? —me dice Saint dándome un azote en el culo—. Tu cuerpo no miente. Aunque a tu boca se le dé muy bien.

Y entonces tira de mí hasta colocarme a cuatro patas, y me monta, me embiste desde atrás, y cada empellón me dilata más, cada gemido descarnado me enciende la sangre en las venas.

Es demasiado. Demasiado bueno.

Joder.

Me rompo. El orgasmo me sacude, destruye lo poco que queda de mi autocontrol y empiezo a gritar, a sollozar, a temblar entre sus brazos.

Y Saint sigue follándome, empalándome con una pasión animal. Encorva su cuerpo sobre el mío, me rodea, me sostiene cuando ya no lo soporto más; me acaricia con la polla ese punto ardiente dentro de mí hasta que noto los inicios de un segundo clímax, espontáneo e inesperado. Llevándome hacia el borde del abismo.

—Dios mío. —Echo la cabeza hacia atrás y dejo escapar un gemido—. ¡No pares!

—Nunca —promete Saint con un grito desesperado—. Joder, Tessa, ¡no pararé nunca!

Sus movimientos se vuelven frenéticos, y ya ni siquiera puedo seguirle el ritmo. Soy líquido en sus brazos, lánguida y jadeante, cautiva del placer que me recorre nuevamente, enviándome directa al siguiente orgasmo.

—¡Joder! —Saint ruge mientras hunde la polla en mi coño palpitante una vez, dos veces más, hasta que se corre dentro de mí, explotando con un grito gutural y salvaje.

Nos desplomamos juntos, jadeando, sin poder apenas respirar.

«Haría cualquier cosa por ti».

Sus palabras se repiten en mi mente aturdida y extasiada. Si antes me quedaba alguna duda de que hablara en serio, me las ha borrado todas a base de orgasmos. Me perturba la fuerza de su pasión… y de mi placer.

No hay nada semejante. Nada podría ser comparable, ni de lejos.

¿Por qué entonces no logro dejar atrás esta búsqueda amarga y destructiva, que amenaza con arrasar con todo lo que aún me importa en este mundo?

¿Por qué no puedo permitirme amarlo sin más?

Capítulo 17

Saint



¿Hasta dónde estoy dispuesto a llegar por esta mujer?

Ya no se trata de una pregunta hipotética. Ha secuestrado a uno de mis amigos más íntimos. Lo ha atado.

Lo ha drogado y amenazado.

¿Y qué he hecho yo?

Ayudarla.

Peor aún, no me arrepiento, ni siquiera a la luz fría de la mañana del día siguiente.

Doy un sorbo al café y dejo escapar el aliento, agotado, de pie en la terraza de atrás, contemplando los tranquilos campos y bosques que se extienden ante mí. Tessa ha dormido como un tronco; no me sorprende, después del polvo que le eché ayer, pero soy yo quien se ha quedado la noche en vela, preguntándose cómo coño voy a limar asperezas con Max.

Nuestra amistad da igual. Tessa podría acabar en la cárcel por el numerito que se marcó ayer. No me queda otro remedio que rezar a Dios para que su droga funcionara y, como dijo, Max no recuerde lo que le sucedió.

Lo que hizo Tessa… sin pararse a pensar ni por un momento en las consecuencias, para cualquiera de los dos.

Mierda.

Yo sabía que estaba desesperándose, decidida a encontrar al agresor de Wren antes de que se acabara el tiempo. Pero no pensé que fuese a llegar tan lejos. Ni que yo iría justo detrás, sin importarme la ley, ni la ética, ni nada más allá de lo que ella desee.

«Por favor, Saint…».

Soy un hombre fuerte. Testarudo, según dice la gente. No me pliego ante nadie, pero, cuando Tessa me mira con esa expresión desesperada, no puedo negarle nada. Ni en la vida, ni en la cama. Hundido hasta el fondo de su dulce coño, retorciéndose y gimiendo para mí, como hizo anoche.

Me obedeció, desde luego, arrodillándose ante mí para chuparme la polla hasta volverme medio loco; siguió todas las órdenes furiosas que le di, como si de algún modo eso fuese a proporcionarme la ventaja. Pero sé que, incluso haciéndola gemir y suplicar —con las piernas abiertas, húmeda para mí, con los ojos en blanco de placer y sus deliciosas tetas temblando por el impacto de mis embestidas—, no es más que un dominio transitorio. Una breve degustación de lo que es el control.

Tessa ha sido una mujer de armas tomar desde el día que nos conocimos.

Por eso la quiero tanto.

Me apuro el café y vuelvo a entrar. Encuentro a Max de pie en mitad de la cocina, frotándose los ojos. Tiene un aspecto horrible, pese a haber pasado dormido casi veinticuatro horas.

Me quedo paralizado un instante en el umbral, alerta. ¿Se acordará? Me pregunto si todo este asunto estará a punto de acabar de manera épica.

—Joder, cómo me duele la cabeza —murmura—. ¿Tienes más café?

—Prepararé otra cafetera —respondo con cautela y atravieso la estancia. Lo mantengo vigilado mientras enciendo de nuevo la máquina de expreso. Le veo apoyarse en la encimera, rascándose y bostezando, y alcanza uno de los bollos que he comprado en el pueblo.

—Joder, debo de estar haciéndome viejo —comenta, sacudiendo la cabeza—. Las resacas nunca me dejaban tan destrozado.

Una resaca. Así que no se acuerda.

Gracias a Dios.

Trato de disimular mi alivio y le ofrezco una sonrisa compasiva.

—Ibas bastante a tope —le digo, y lamento la mentira, pero no veo alternativa—. No podíamos seguirte el ritmo.

—Ya… —Max se queda callado y frunce el ceño—. Refréscame la memoria, ¿quieres? Lo de anoche lo tengo bastante borroso.

Vuelvo a reírme.

—¿Qué ha sido de tus sobrehumanas habilidades para la fiesta? —bromeo, y Max esboza una sonrisa.

—Que te jodan. Te puedo ganar bebiendo sin despeinarme, ya lo sabes —me responde mientras mastica el bollo. Parece más relajado, vuelve a ser el de siempre a medida que va despertándose—. Déjame adivinar: Tessa y tú os fuisteis temprano para iros a hacer los tortolitos los dos solos.

—Tú lo has dicho —convengo, y le acerco una taza de café—. Pero parecía que tú te lo estabas pasando bien por los dos. ¿Quiénes eran esas chicas? —añado, y él parpadea, sorprendido.

—Y yo qué coño sé. —Mira a su alrededor—. Ni siquiera recuerdo cómo llegué hasta aquí.

—En coche —le informo—. Junto con un par de rusas. ¿O quizá eran bielorrusas? El caso es que os dejamos solos. Según parece, pidieron un taxi y se marcharon antes de que me despertara.

Siento un chute de culpabilidad por mentirle, más vigorizante que el expreso triple, pero ¿qué le voy a hacer? Mejor que piense que pasó la noche haciendo un trío drogado que atado a una silla en una bodega, largando sus secretos gracias al suero de la verdad.

—Ahora que lo mencionas, sí que recuerdo algo así… —Max sonríe con satisfacción cuando Tessa entra en la cocina. Lleva el pelo mojado de la ducha y va envuelta en un mullido albornoz. Cuando ve a Max, se queda paralizada y me mira nerviosa.

—Estaba contándole a Max lo de su fiestecita de anoche. Con las dos chicas rusas —agrego, mirándola fijamente.

—¡Cierto! —exclama, aún nerviosa—. No pudimos seguirte el ritmo.

—Bueno, como le acabo de decir a tu hombre, tenéis que dejar sitio a los expertos —se jacta Max con arrogancia.

—¿No querrás decir profesionales? —respondo, ya más relajado. Está claro que no se acuerda de nada y se cree nuestra historia—. Será mejor que revises tu billetera, tío. No sería la primera vez que te llevas una sorpresa desagradable a la mañana siguiente.

—Joder, tienes razón. —Max sale disparado de la habitación. Poco después, nos grita—: ¡Todo en orden! Mi desempeño debió de ser recompensa suficiente para ellas.

Tessa se acerca a mí apresuradamente.

—¿De verdad no se acuerda? —me pregunta en voz baja.

—De nada —confirmo sacudiendo la cabeza.

—Gracias a Dios. —Suspira con evidente alivio.

—¿Ahora ya te crees que no fue él? —le pregunto. Y me dice que sí con la cabeza.

—Pero, Saint… —Traga saliva y me mira a los ojos—. Era nuestro último sospechoso. El último de tus amigos con el tatuaje. Si no fue él, entonces ¿qué hacemos ahora?

No tengo una respuesta que ofrecerle. Pero, antes de poder tratar de tranquilizarla y decirle que ya encontraremos —juntos— la solución, me vibra el teléfono anunciando la recepción de un mensaje. Y después otro. Y luego también una llamada.

Tessa frunce el ceño cuando lo agarro.

—¿Qué sucede?

—No lo sé. Es mi hermano.

Miro el mensaje. Por un terrible instante, me pregunto si mi padre habrá sufrido otro ataque al corazón, pero entonces compruebo que se trata de un asunto totalmente distinto.

—La doctora Valerie DeJonge… —respondo despacio, sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Qué le pasa? —pregunta Tessa.

—Ha muerto —le digo, agitado, al levantar la cabeza.

Tomamos el siguiente vuelo disponible a Inglaterra y llegamos a Heathrow a primera hora de la tarde.

—¿Tienes más detalles? —me pregunta Tessa cuando vuelvo a mirar el teléfono.

Sacudo la cabeza.

—Robert dice que ha sido un accidente de coche. Es todo lo que sabe.

—Es todo tan de repente —comenta ella—. Si la vimos hace tan solo un par de días en el evento de Ashford.

—¿Estás segura de que tienes que volver a Oxford? —le pregunto, apretándole la mano, preocupado aún por cómo gestionará el hecho de que nuestra investigación haya acabado de nuevo en un callejón sin salida.

Pero Tessa no menciona nada de eso. Se limita a suspirar, apática.

—No puedo seguir faltando a seminarios y conferencias —responde—. Me sorprendería incluso que mi tarjeta de la biblioteca siguiera funcionando y que no me hayan revocado el acceso.

—Puedo llamar al decano de la facultad, no tienes más que pedírmelo. Es un gran admirador —agrego.

Razón por la cual sigo de baja extraoficial frente a mis tareas como docente, para echar una mano a mi familia.

—Ya te diré hasta qué punto estoy metida en un lío —me dice Tessa con una sonrisa apagada —. Puede que tengas que hacerme el favor.

La monto en un coche y después me voy directo a casa de mis padres en el barrio londinense de Hampstead, con la intención de averiguar más detalles. Se trata de una gran propiedad cerca del parque Heath, con unos jardines que son el orgullo y la alegría de mi madre. Me hace pasar y me da un beso en la mejilla.

—Qué tragedia —me dice, vestida con su habitual camisa impoluta y sus pantalones de pernera ancha—. Y justo cuando estamos tan cerca de lanzar el nuevo medicamento.

—Madre, no puedes decir eso. —Parpadeo, sorprendido por su frialdad ante la muerte de Valerie. ¿Acaso estaba al corriente de la aventura de mi padre?

—Me refiero a que es una lástima que no vaya a poder ver el fruto de su trabajo —se explica mi madre, pero después frunce el ceño—. ¿A qué creías que me refería?

—A nada. ¿Está papá? —pregunto, cambiando de tema.

Hace un gesto vago en dirección a su despacho, situado al fondo de la planta baja.

—Lleva todo el día al teléfono, tratando de asegurarles a los inversores que esto no cambiará nada. El estrés no creo que le venga bien. Y recuérdale que se tome el zumo de verduras —agrega mientras me alejo—. ¡Y que no lo eche en las macetas, como lleva haciendo toda la semana!

Recorro el pasillo y llamo a la puerta de mi padre.

—Adelante.

Entro y lo encuentro en mitad de una llamada telefónica. Me hace un gesto con la cabeza para que me ponga cómodo y luego sigue hablando, sentado en su sillón de orejas de cuero.

—No, Lionel, esto no cambia nada. Es una tragedia, desde luego, pero la investigación era un trabajo de equipo. Contamos con un equipo excelente, y seguimos con lo planeado para anunciar los resultados del ensayo… Mmmm… Sí, exacto. Saluda a Carole de mi parte.

Cuelga el teléfono y me mira a los ojos con un suspiro.

—Llevo así todo el día —me informa—. Los equipos de Ashford, los inversores, están todos inquietos por lo que pueda significar esto para la empresa. Pero ya les he dicho que va todo bien. Era una mujer talentosa, desde luego —agrega de manera apresurada—, pero el grueso de sus tareas se centró en el inicio del proyecto, la investigación sobre el alzhéimer y el diseño del medicamento. Ahora que hemos terminado con los ensayos clínicos, hay muchas otras personas que pueden terminar el trabajo.

Frunzo el ceño. Habla con absoluta indiferencia sobre la muerte de la mujer con la que estaba acostándose. La mujer a la que ha mantenido a cuerpo de reina a costa de las arcas de la empresa Ashford.

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —pregunto, inclinándome hacia delante.

—La policía dice que fue un accidente —responde apartando la mirada—, que patinó en un tramo mojado de la carretera y se estrelló contra una torre de alta tensión.

Parece una explicación razonable, pero hay algo en su expresión que me da que pensar.

—¿Papá? —le digo, y entonces deja escapar un suspiro.

—Puede que estuviera un poco… nerviosa. Fui a verla y terminé con ella, como me dijiste —me explica—. Se puso histérica, no paraba de llorar. Intenté calmarla, pero no me hacía caso, así que pensé que sería mejor marcharme. —Vuelve a suspirar—. No sé en qué estaba pensando, dando vueltas por ahí a esas horas de la noche. Pero la policía dice que hay indicios de que había estado bebiendo, así que… —deja la frase a medias y traga saliva—. Una tragedia. Una auténtica tragedia.

Me recuesto en mi asiento. Por lo menos, la historia tiene sentido. Valerie parecía una mujer serena y sensata, pero, si estaba enfadada y angustiada, y además había bebido… No hay manera de saber lo que podría haber hecho.

Pero, aun así… me da la impresión de que hay algo que mi padre no me ha contado.

Se levanta y va a ordenar unos papeles que hay sobre su mesa.

—¿Qué tal en Francia? —me pregunta como si tal cosa—. ¿Habéis podido descansar Tessa y tú? No deberíais haber vuelto antes, por aquí lo tenemos todo bajo control.

El mensaje está claro: asunto zanjado.

—Sí, ha estado bien —respondo poniéndome en pie—. Gracias.

—Me alegro de verte, hijo. —Me dedica una sonrisa de labios apretados—. Y no te preocupes por lo de Valerie. Lo superaremos. Te prometo que nada echará a perder el lanzamiento.

Salgo de su despacho. No debería sorprenderme la fría respuesta de mis padres ante la muerte

de la doctora DeJonge. Al fin y al cabo, a lo largo de toda mi vida, siempre han antepuesto Ashford a todo lo demás: el nombre de la familia, nuestro legado y también la empresa.

Aun así, me quedo con un mal sabor de boca. Mi padre parecía más aliviado que otra cosa por haberse quitado a Valerie de encima, y parece que lo único que le preocupa a la gente son los posibles efectos que su muerte pueda tener sobre el gran lanzamiento de la nueva medicina. No el hecho de que una mujer brillante haya fallecido, demasiado joven, y probablemente haya dejado atrás una familia destrozada.

Pero este es el motivo por el que me he mantenido al margen de los asuntos de Ashford durante tanto tiempo. Te vuelve frío por dentro, hace que todo sea secundario a las necesidades de la familia.

Pero para mí no. Ahora sé cuál es mi prioridad.

Es Tessa.

Siempre Tessa.

Pero, cuando me pongo en carretera para regresar a Oxford, de pronto recuerdo la furia desesperada que vi en sus ojos mientras interrogaba a Max… y su expresión de derrota esta mañana, sabiendo que habíamos vuelto otra vez a la casilla de salida. No soporto ver lo mucho que le afecta esta interminable búsqueda de la verdad. La está destrozando por dentro.

¿Cuánto tiempo podremos seguir así?

Capítulo 18

Tessa



Me despierto de nuevo en Oxford con un nudo amargo en la boca del estómago. Me quedo allí tumbada unos instantes, aún medio dormida. La casa está en silencio, los pájaros pían frente a las ventanas y el sol frío de otoño se cuela por las cortinas abiertas. Todo está tranquilo y perfecto, incluido el hombre que duerme junto a mí con un brazo posado sobre mi abdomen con gesto posesivo.

Y entonces me doy cuenta. Es el cumpleaños de Wren.

Hoy habría cumplido treinta y un años.

Se me encoge el corazón.

Veo que me vibra suavemente el teléfono en la mesilla de noche: es mi madre, que quiere hacer una videollamada. He estado evitando hablar con ella desde hace semanas, solo le envío mensajes cortos diciéndole lo ocupada que estoy con los estudios, que me lo estoy pasando muy bien, pero sé que hoy tendrá ganas de hablar.

Me levanto de la cama, me pongo una bata y bajo de puntillas hasta la terraza interior.

—Hola —respondo, y siento una punzada al ver su rostro familiar en la pantalla—. Tan tarde y sigues levantada —añado al calcular la diferencia horaria—. ¿No es medianoche allí?

—No podía dormir. —Mi madre me dedica una sonrisa cariñosa, pero yo advierto la tristeza en sus ojos—. Quería intentar pillarte antes de que estés demasiado ocupada para hablar. ¿Cómo estás?

Trago saliva y me acurruco en el sofá.

—Todavía no lo sé —respondo con sinceridad—. Acabo de caer en la cuenta.

—Hoy sé amable contigo misma —me aconseja—. En la terapia de grupo todos me dicen que es importante honrar tus sentimientos, no tratar de fingir que estás bien.

Su grupo de terapia del duelo. Empezó a ir cuando murió Wren, y siempre me dice lo bien que le ha venido el contactar con otros padres que también han perdido a sus hijos. Me alegra que tenga personas con quienes hablar. Que no tenga que enfrentarse sola a un día como hoy.

—¿Vais a ir papá y tú a visitar su tumba? —pregunto.

Nunca encontraron el cuerpo de Wren. Se perdió en las profundidades del lago Michigan, pero de igual modo mis padres escogieron una lápida en el cementerio local para poder tener un lugar donde ir a visitarla.

Mi madre asiente.

—Luego vamos a plantar un árbol en su honor, en el parque que hay en la ladera. ¿Te acuerdas de lo mucho que os gustaba jugar allí cuando erais pequeñas? Pues hablé con el

ayuntamiento y nos permitieron plantar un árbol en su recuerdo.

Asiento con brusquedad, notando ya el escozor de las lágrimas que se me empiezan a acumular en la garganta.

—Es una idea preciosa, mamá.

—¿Y qué tal tú? —me pregunta entonces—. Has estado muy ocupada. Me alegra, parece que te lo estás pasando muy bien allí.

—Claro —miento con una sonrisa forzada.

—¿Y la cosa sigue yendo bien con ese hombre con el que sales? —me pregunta esperanzada.

—Va genial —confirmo con gesto afirmativo. No le he contado ni la mitad de lo que ha ocurrido con Saint, solo que estoy saliendo con alguien—. Es especial, mamá —añado, aún con el nudo en la garganta—. Me ha apoyado mucho con todo lo de Wren.

Interrogando a sus amigos en busca de la verdad.

Pero mi madre no sabe hasta qué extremos ha llegado Saint por mí. Solo cree que salimos a cenar a sitios románticos y nos acurrucamos juntos para ver películas por las noches.

—Cuánto me alegro, cielo —exclama, visiblemente aliviada—. Me tranquiliza saber que tienes a alguien en quien apoyarte. Y que estás disfrutando de tu vida allí. Me quedé muy preocupada por ti después de que sucediera. Sé que la admirabas mucho, pero me alegra ver que estás construyendo tu propia vida.

Trago saliva. ¿Qué pensaría si supiera que es todo mentira, que sigo consumida por la muerte de Wren y persigo su fantasma por esta ciudad?

—¿Está papá por ahí? —le pregunto en su lugar, y entonces sonríe.

—Ay, no. Se quedó frito hace horas. Está enganchado a una nueva serie sobre una detective vidente, ¿la has visto?

Charlamos un rato más, sobre los cotilleos del barrio y su club de jardinería, y luego bosteza y me dice que es hora de irse a la cama. Le digo que la quiero y nos despedimos, pero, después de colgar, me quedo allí sentada un rato, viendo los pájaros del jardín.

Mi madre está sanando.

Lo noto en su forma de hablar, en que es capaz de compartir recuerdos y mencionar a Wren sin compungir el rostro por el dolor de su pérdida. La herida de perder a una hija nunca se cerrará, pero por fin ha encontrado la manera de reconstruir su vida y seguir adelante sin vivir en el pasado.

Como estoy haciendo yo.

Oigo un golpecito en la puerta y, al mirar hacia allí, veo a Saint de pie en el umbral, con pelo de recién levantado, unos pantalones de chándal y una camiseta de manga corta.

—Hola —me dice con ternura, y por su mirada entiendo que ha oído al menos una parte de la conversación.

—Hola —contesto.

Se sienta a mi lado y me pasa un brazo por los hombros. Me acurruco junto a él y disfruto de su abrazo cálido y firme.

—¿Cómo está tu madre? —me pregunta.

—Está bien —le digo, con un dolor en el pecho—. Hoy van a plantar un árbol. En recuerdo de Wren.

Me aprieta con cariño.

—Puedo cancelar mis planes de hoy —me dice de inmediato—. Podemos quedarnos en casa o ir a algún sitio. Lo que quieras.

—No pasa nada —respondo lentamente mientras me incorporo.

—Los cumpleaños son duros —me dice Saint—. Después de lo de Edward… Bueno, no sabía qué hacer con mi vida.

—Yo tampoco lo sé —admito—. Por eso creo que debería intentar pasar el día lo mejor posible. Comportarme con normalidad. Tengo un montón de conferencias y lecturas, y ya voy retrasada como mínimo con dos trabajos…

—¿Estás segura? —me pregunta con el ceño fruncido.

Asiento con la cabeza, decidida. Si dejo que germine el dolor, aunque sea por un instante, me preocupa que me consuma.

—Estaré bien —le miento con una sonrisa—. Te veré por la noche para cenar. Podemos hablar entonces.

Me levanto antes de que pueda rebatirme y voy a ducharme y vestirme. Sigue mirándome preocupado cuando regreso, pero por suerte le suena el teléfono, así que le doy un beso en la mejilla y agarro mis cosas antes de que pueda decir nada.

—Deberías responder. ¡Luego te veo! —susurro, y salgo corriendo de casa.

Hay solo un breve trayecto desde casa de Saint hasta el centro de la ciudad, donde se ubican las viejas facultades protegidas tras altos y vetustos muros. En mi calendario figura una conferencia a las nueve de la mañana, de manera que me sumo al flujo de estudiantes que se dirigen hacia las salas de conferencias.

Pero algo me detiene.

Me quedo parada al pie de los escalones, viendo entrar a la gente. Los estudiantes lucen un aspecto fresco, estudioso, los hay jóvenes y también mayores; van chismorreando sobre lo que les pasó la noche anterior, o revisando ansiosos sus notas. Vista desde fuera, sé que soy igual que ellos, con mi mochila llena de libros, mi sudadera de la facultad y mis vaqueros, pero por dentro siento como si me encontrara al otro lado de una barrera invisible, observándolos desde lejos. La multitud disminuye cuando llegan las nueve en punto y pasan de largo, hasta que solo unos pocos rezagados pasan corriendo junto a mí para llegar a tiempo.

Pero aun así no entro.

¿Qué narices estoy haciendo aquí? Vine a Oxford por una razón, encontrar al agresor de Wren, pero aquí estoy, meses más tarde, sin hallarme más cerca de la verdad.

«Le he fallado», pienso.

Me doy la vuelta y me alejo por High Street en dirección a la verja de Ashford College. Cuando entro, Blake, mi bedel favorito, me saluda, pero yo apenas logro agitar la mano con gesto lánguido, envuelta aún en una especie de aturdimiento. Paso de largo el frondoso patio interior y los claustros con sus corrientes de aire, hasta emerger a los jardines traseros y enfilar el sendero que serpentea junto al río y desemboca, cruzando el bosque, en la linde de los terrenos de Ashford.

«Le he fallado», me digo de nuevo.

Toda mi búsqueda, los riesgos que he corrido, las traiciones, y todavía no tengo nada en claro. He puesto mi vida patas arriba, he recorrido miles de kilómetros desde mi casa y me he matriculado aquí con un falso pretexto. ¿Y para qué? No hago más que dar pasos en falso, seguir pistas equivocadas y toparme con callejones sin salida. Las pistas de la Sociedad Blackthorn me condujeron hasta Saint y sus amigos, pero he examinado a todos y cada uno de los hombres que tenían el tatuaje de la corona y todos cuentan con una coartada sólida para el fin de semana que Wren permaneció cautiva. Saint estaba fuera del país. Sebastian Wolfe se encontraba en Nueva York. Max Lancaster estaba tirándose a la prima adolescente de su prometida. Hugh Ambrose se

hallaba dando una conferencia en Estocolmo.

Ninguno de ellos se la llevó, y ya no me quedan pistas que seguir. Podría haber sido cualquiera el que tuviera ese tatuaje, si acaso Wren lo recordaba correctamente, pese a sus recuerdos fragmentados y a los efectos de la droga.

¿Dónde me deja eso?

Me vibra el teléfono en el bolsillo. Es Saint.

—Solo quería saber cómo estás —me dice con voz suave y serena—. Antes te has ido corriendo.

—Estoy bien —respondo, aunque me sale casi como un sollozo.

—Ay, cariño —me dice con un suspiro—. No pasa nada. ¿Dónde estás?

Miro a mi alrededor mientras me sorbo la nariz.

—En el paseo del río, en Ashford..

—Enseguida voy.

Encuentro un lugar a la sombra junto a la orilla del río y me siento a esperar, apoyada en un árbol. Saint no tarda en aparecer, se sienta a mi lado y extiende sus largas piernas sobre el suelo cubierto de hojas.

—Has escogido un buen sitio.

—¿Para mi pequeña crisis nerviosa? —trato de bromar.

—Para recordarla —me corrige con cariño—. Yo también paseaba por aquí. Da mucha paz. Edward siempre me decía lo importante que era meditar y pasar tiempo en la naturaleza —añade, y pone los ojos en blanco con cierto cariño.

—Wren también era así —digo, sonriendo—. Tenía sus pódcast sobre *mindfulness* y sus rutinas de autocuidado. Siempre me enviaba enlaces sobre cómo responde el cerebro a los árboles y a la luz del sol, era la manera sutil que tenía de decirme que levantara mi culo del sofá.

Saint se ríe.

—Creo que se habrían llevado bien.

—Sí —convengo—. Seguro que sí. Qué triste. Que no estén aquí con nosotros. Que ya no pueda hablar con mi hermana.

—Claro que puedes —me asegura Saint, y lo miro sorprendida—. Pero no esperes que te responda —aclara con una sonrisa amarga—. Yo hablo con Edward a todas horas, le cuento las cosas que me pasan. Me imagino lo que diría en respuesta. Por lo general me diría que espabilara y sentara la cabeza. —Sonríe.

—Wren era justo al revés —le digo, sonriente también—. Quería que viviera grandes aventuras. Que recorriera el mundo, que me enamorase y me desenamorase, que hiciera cosas asombrosas e impulsivas.

—Todavía puedes —me recuerda, mirándome—. Puedes hacer lo que quieras.

—Salvo encontrar al hombre que le hizo eso —señalo—. La única cosa que me prometí a mí misma que haría. No sé qué más hacer, Saint —añado, quejumbrosa—. ¿Cómo vamos a localizarlo? He estado investigando, he utilizado hasta la última información de que disponía, ¡y todavía no tengo nada!

—Me tienes a mí —responde de inmediato, estrechándome la mano. Se la agarro con fuerza, como si fuera una cuerda salvavidas que evitara que me lleve la resaca—. Mira, sé que estabas decidida a encontrar respuestas y, si quieres seguir buscando, te apoyo, hasta donde desees llegar —se aventura a decirme, pese a la visible preocupación que se dibuja en su rostro—. Pero ¿dónde vas a poner el límite? ¿Y si aquí no te queda nada que encontrar?

Su pregunta queda suspendida a orillas del río, entre ambos, confirmando mis miedos más

profundos. Desde que Max se descartó como sospechoso, me he preguntado cómo voy a continuar con mi búsqueda, si no hago más que toparme con callejones sin salida. ¿Voy a pasarme el resto de la vida buscando a un monstruo que puede que ya no esté aquí?

Y, si pongo fin a la búsqueda, ¿me atormentarán la culpa y el remordimiento?

—¿Qué haría entonces? —pregunto, desconcertada ante esa idea. Mis ansias de justicia me han alimentado durante tanto tiempo que ya no puedo imaginarme mi vida de otra forma—. ¿Volver a Estados Unidos?

Saint niega con la cabeza.

—Podrías quedarte y construir una vida aquí en Inglaterra.

De nuevo, trato de imaginarme cómo sería.

—No pertenezco a este lugar, a Oxford —me justifico—. No logro ponerme al día con los estudios. Ni siquiera me apetece. Esta mañana no he llegado a entrar a la conferencia; no tenía ganas de ir.

—Pues no lo hagas. —Saint se encoge de hombros—. Déjalo.

Me sorprende su tono distendido.

—¿Así, sin más?

—Solo viniste a Ashford College para volver sobre los pasos de Wren —me recuerda con una sonrisa—. Y yo estoy aquí ahora porque deseo estar cerca de ti. Así que trasládate conmigo a Londres. Te quiero, Tessa —agrega, y el corazón me da un vuelco ante la sorpresa de sus palabras—. Quiero tener un futuro contigo. Pero esto no va de mí. Tú también te mereces un futuro. Ya tienes un gran trabajo que te encanta en Ambrose Foundation, ayudando a la gente, marcando la diferencia. Podrías empezar desde cero —me anima, acariciándome suavemente la mejilla—. Construirte una vida propia, en lugar de limitarte a seguir los pasos de Wren.

Tomo aire y asimilo la posibilidad que plantean sus palabras.

—Mi visado… —empiezo a decirle, pero él me sonríe con suficiencia.

—Eso no es problema. Mis abogados pueden encargarse de ello, o puede becarte la fundación. De un modo u otro, te quedas. Si quieres, claro.

Sí que quiero.

Ya me imagino mi vida aquí, con Saint. Despertarnos juntos en su casa de Kensington, charlar mientras tomamos el café por la mañana, antes de tomar el metro hasta las oficinas de la fundación. Trabajar con Priya y el equipo en proyectos significativos que valen la pena, y después reencontrarme con Saint para disfrutar de una cena romántica en alguna parte. Pasaríamos los fines de semana recorriendo Londres: veríamos una película en Southbank, pasearíamos por Hyde Park, exploraríamos el mercadillo de Portobello… Y, cada noche, nos exploraríamos el uno al otro.

Sin secretos ni planes ocultos; se acabó lo de ir por la vida desconfiando de todo y de todos, atormentada por el pasado. Empezar desde cero, como bien ha dicho él. Los dos juntos.

Quiero todo eso. Y ese anhelo me recorre el cuerpo provocándome una nostalgia profunda que me llega hasta los huesos.

—Tengo que pensármelo —respondo, porque me siento abrumada, y Saint me sonríe.

—Por supuesto. Pero tendré que hacer todo lo posible por convencerte —agrega, y su sonrisa se vuelve pícara—. Mostrarte todas las ventajas de las que disfrutarías si aceptaras el trato.

—Me gusta cómo suena —bromeo, acurrucándome contra él—. ¿Desayuno en la cama?

—Siempre.

—¿Y masajes de pies?

—Necesitaré una excusa para quitarte las manos de encima.

Nos quedamos un rato más sentados a la orilla del río, contemplando los destellos del sol sobre la superficie del agua y los patos que pasan nadando por delante. Saint no vuelve a mencionar su propuesta, tan solo me pregunta por Wren y por los mejores recuerdos que guardo de ella. Hablar del tema me ayuda. Sé que él entiende lo que estoy experimentando, recorriendo la delgada línea que hay entre honrar a un ser querido y dejar ir el pasado para poder seguir adelante.

Cuando, transcurrido un tiempo, el clima refresca y hace demasiado frío para quedarnos allí, regresamos andando a casa, de la mano, por las calles adoquinadas. Oxford ya me parece un lugar algo más mágico, y a cada paso que doy siento que se va aliviando el peso que llevaba anclado al corazón.

Empiezo a dejarme llevar.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Saint cuando llegamos a casa—. Podría preparar algo de comer. Tenemos las sobras del pollo asado y…

Le interrumpo con un beso.

Después de tanto hablar, solo deseo sentirme cerca de él. Disfrutar de su compañía no con el propósito de escapar o distraerme, sino por el mero hecho de estar juntos, solos los dos. Pienso en el futuro que me ha ofrecido y siento que mi corazón ya anhela poder aceptarlo.

Así que lo beso. Le rodeo el cuello con ambas manos, aprieto mi cuerpo contra el suyo, tratando de transmitirle con la boca todas las cosas que aún no he encontrado la manera de decir.

Pero él lo sabe.

Me rodea con los brazos, estrechándome con fuerza, y me besa con vehemencia hasta que la cabeza me da vueltas y me quedo casi sin aire. Entonces se aparta, me estrecha la mano y me conduce sin mediar palabra escaleras arriba hasta el dormitorio.

Me desnuda despacio, sin prisa bajo la luz vespertina. Saboreo cada caricia, deslizo las manos por las superficies tersas de su cuerpo, voy retirando cada capa que nos separa hasta quedar los dos desnudos, yo con la respiración acelerada cuando el calor empieza a extenderse en mi interior. Lo necesito.

Aun así, nos tomamos nuestro tiempo.

Saint me tiende sobre la cama, baña mi cuerpo entero de besos ligeros como plumas, me lame y me estimula los pechos y el abdomen; acaricia con su aliento cálido la cara interna de mis muslos, venera cada centímetro de mi piel hasta que empiezo a temblar de deseo. Emito un gemido, disfrutando de las caricias lentas y tiernas, y me arqueo de placer cuando su boca al fin alcanza mi clítoris.

—Saint… —jadeo, notando los lametones de su lengua, suaves e insistentes, mientras se entrega a mi clítoris hasta que mi cuerpo empieza a elevarse. Me agarro a su hombro y lo aparto —. Entero —consigo decirle, mientras deslizo las manos por su cuerpo, alcanzo la curva prieta de sus nalgas y empujo de él hacia mí para acomodarlo entre mis piernas. Estoy mojada, excitada, preparada para recibir su polla—. Te necesito entero.

—Ya me tienes. —Se sitúa entre mis muslos y se sostiene con los brazos sin dejar de mirarme a los ojos.

Se hunde en mí despacio, un centímetro detrás de otro.

Dios mío…

Gimo de puro placer y arqueo la espalda para recibirlo; hasta el fondo. Esta vez me resulta diferente. Más profundo. Más intenso. Nos miramos a los ojos en todo momento, y la intimidad del acto me deja sin aliento. Alcanzo a ver la pasión feroz que arde en su mirada, percibo la ternura en cada movimiento de sus caderas cuando me penetra, hundiéndose hasta el fondo.

Tenso los músculos a su alrededor y oigo que emite un gemido rasgado y gutural.

—Joder, cariño…

Estoy en la gloria. Saint empieza a moverse, empujando su polla dentro de mí con movimientos lentos y suntuosos, y tengo que hacer un esfuerzo por no dejarme llevar, sollozando de placer entre sus brazos. Joder, nunca me había sentido así: tan conectada. Tan perfecta.

«Te quiero», pienso.

Pero, al ver el brillo de asombro en los ojos de Saint, me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

—Yo también te quiero, cariño —murmura, dándome besos en los labios mientras su polla me vuelve loca—. Joder, Tessa, no hay nadie más… Soy tuyo.

Mío.

Me aferro a él con más fuerza, enredándome a su alrededor, me pierdo en el roce húmedo de nuestros cuerpos y en los latidos desbocados de mi corazón; el placer aumenta y borra los confines del mundo que nos rodea.

—Saint —jadeo, temblorosa, detenida en el borde mismo del precipicio.

—Yo te sujeto, cariño —me promete, hundiéndose otra vez en mí, sin perder el ritmo, acompañándome en esos últimos metros hasta el olvido—. Puedes dejarte llevar. Déjate llevar por mí. Córrete.

La voz rasgada con la que me lo ordena me hace estallar en mil pedazos, y me rompo con un grito. El orgasmo me invade justo cuando Saint alcanza también el clímax; me deslumbra como un rayo de sol que recorre mis venas y espanta las sombras y la oscuridad, inunda mi cuerpo con un fulgor puro y perfecto, hasta dejarme jadeante entre sus brazos. Radiante y extasiada.

Purificada.

Miro a Saint, desplomado en la cama junto a mí. Tiene los ojos cerrados, sus densas pestañas proyectan sombras alargadas sobre sus mejillas, y el pelo húmedo y revuelto le cae por la frente. Siempre parece estar al borde del pecado, pero ahora mismo luce una sonrisa tan amplia que no hay manera de disimular su felicidad.

Dios, cómo quiero a este hombre.

Y así, sin más, el futuro me parece más sencillo.

—Sí —susurro, acurrucándome a su lado.

—Concédeme cinco minutos, cielo —responde con una sonrisa de satisfacción.

—Sí a lo de mudarme contigo —le digo riéndome.

Abre los ojos de golpe, gira la cabeza y me mira.

—¿Estás segura?

—Estoy segura de lo nuestro —susurro con un gesto afirmativo de cabeza, entrelazo los dedos con los suyos y poso nuestras manos unidas sobre su corazón—. Quiero construir un futuro contigo. Quiero ser feliz. —Respiro profundamente antes de añadir—: Es hora de dejar ir a Wren.

Capítulo 19

Tessa



Una vez tomada la decisión, todo parece encajar. Me siento con los administradores de Ashford y les comunico mi decisión de marcharme, argumentando que la presión académica es demasiado para mí y que no deseo hacer perder el tiempo a nadie.

No me extraña que ninguno de ellos me pida que lo reconsidere.

No cuento con muchas cosas, y casi toda mi ropa sigue en casa de Saint en Londres, de modo que apenas tengo un par de maletas que hacer, después Saint las carga en su coche y emprendemos el trayecto a Londres, viendo por última vez cómo se desvanecen por el espejo retrovisor los chapiteles de la ciudad. Cuando llegamos, el cielo está despejado, de un azul intenso, lo que interpreto como un buen presagio.

Es el comienzo de un nuevo capítulo, uno en el que, con suerte, podré dejar atrás la rabia y la amargura del pasado y construir un futuro próspero. Para mí.

Para los dos.

—¿Qué te parece? —me pregunta Saint el sábado cuando me muestra el espacio que ha dejado para mí en el vestidor—. Si no es suficiente, puedes usar como vestidor el dormitorio que hay al final del pasillo.

—¿Para qué? —protesto, riéndome. Tengo que vestirme para la cena que va a dar esta noche; quiero decir, que vamos a dar. Los invitados no tardarán en llegar, pero Saint me ha distraído un buen rato en la ducha y ahora vamos los dos con retraso—. Si apenas tengo ropa para llenar una balda.

—De momento —responde Saint con una sonrisa traviesa—. Seguro que otra visita a Bond Street con Imogen solucionará el problema.

—No vas a comprarme más ropa —le advierto mientras me pongo unos vaqueros y un jersey de cachemir amplio—. Ya has sido demasiado generoso.

No pago alquiler. Se hace cargo de todos mis gastos. Por no mencionar el abogado que gestiona lo de mi visado británico.

—No sé de qué estás hablando —me dice, tratando de aparentar inocencia. Esta noche se ha vestido de manera informal con unos vaqueros oscuros y un jersey, pero con el pelo revuelto y mojado y ese brillo travieso en la mirada, es cualquier cosa menos inocente—. Además, eres tú la que tiene un trabajo fijo ahora —me recuerda—. Yo soy solo un exprofesor universitario que vive de gorra con su fideicomiso.

—Porque los futuros duques solo saben vivir de gorra —bromeo.

—Es una larga tradición —me asegura—. Lo que mejor se nos da.

Me da un beso lento y tórrido.

—Se me olvida por dónde íbamos —murmura, acariciándome el cuello con la nariz mientras desliza las manos hacia abajo—. ¿El baño de invitados? ¿Las escaleras?

Insistió en que bautizáramos todas las habitaciones de la casa, para celebrar mi mudanza.

—Ya lo hemos hecho en las escaleras —le recuerdo, con la respiración entrecortada por sus estimulantes caricias—. Dos veces.

—Ya sabes lo que dicen —responde alcanzando mi cremallera—. A la tercera va la vencida.

Nos interrumpe el timbre de la puerta.

—Luego seguimos —le prometo, zafándome de sus brazos—. Ve a recibir a los invitados y yo voy a ver si puedo arreglarme el pelo y que no parezca que estabas haciéndome cosas impúdicas contra la pared de la ducha.

Me arreglo un poco y bajo a reunirme con Saint a medida que siguen llegando más invitados. Al poco tiempo, el pequeño jardín está lleno de risas y conversaciones, iluminado con velas por todas partes mientras disfrutamos de un fastuoso festín de comida y vinos.

—Espero que sea de *catering* —bromea Imogen, y Saint emite un quejido.

—Díselo, Tessa, diles que soy un chef muy capaz.

—¿Capaz de pasarte cuatro horas preparando esta lasaña? —respondo en broma.

Él sonríe y me pasa un brazo por el hombro.

—Vale, puede que tenga mejores cosas que hacer con mi tiempo…

Sonrío yo también. Se trata de un pequeño grupo —Imogen, Annabelle y Max, Hugh y su acompañante, y algunas caras nuevas—, pero me siento como en casa, sentada junto a Saint, robándole comida de su plato. Es un alivio mirar a mi alrededor y no tener que verlos a todos con desconfianza; al contrario, los veo como amigos, no sospechosos, ahora que he confirmado la coartada de todos.

—¡Hora del brindis, por nuestra invitada de honor! —anuncia Annabelle—. Estoy muy ilusionada por Saint y por ti… ¡Y porque te sumes a mi despedida de soltera!

Se produce una manifestación unánime de quejidos.

—No todo gira en torno a la boda —comenta Imogen, divertida.

—Me refiero a que me hace mucha ilusión que seamos amigas —protesta Annabelle—. Pero, Tessa, en serio, llegas en el momento perfecto, porque mi amiga del internado acaba de romperse el tobillo y la escayola habría quedado fatal en las fotos, ¡pero ahora tú podrás ocupar su lugar! Tenemos la merienda de chicas, la visita al *spa*, y luego nuestro ensayo de grupo…

—El día más feliz de tu vida, decían —la interrumpe Max, sardónico—. ¡Mejor dicho, los seis meses más aburridos de tu vida!

—Ayyy, si en realidad me quieres —responde Annabelle, que se inclina hacia él y le da un beso en los labios.

—Supongo que sí. —Max pone los ojos en blanco con gesto teatral y sonríe con arrogancia mientras le pasa un brazo por los hombros.

Yo siento una punzada de culpabilidad. Gracias al suero de la verdad, ahora estoy al tanto del secretito de Max. Ese último hilo de mis investigaciones aún supone un lastre para mí, porque no sé si debería decirle a Annabelle algo al respecto.

—Pero, volviendo a Tessa —declara Hugh, haciéndose cargo del brindis—, creo que hablo en nombre de todos los presentes cuando digo que jamás pensé que este día llegaría. Anthony St. Clair en una relación estable y comprometida —bromea. Saint se ríe a mi lado al escuchar los aplausos y alza su copa—. Pero nos alegramos mucho de que hayas aparecido para meterlo en

vereda y que se arrodille ante ti.

—¡Viva!

Yo también me río y le dedico a Saint una sonrisa traviesa.

—¿Has oído? —susurro para que solo él pueda oírme—. Saben que te gusta hacerlo de rodillas…

—Solo contigo, cariño —me dice con una sonrisa—. No tienes más que decirlo.

Las yemas de sus dedos trazan círculos sobre mi nuca, y enseguida me estremezco con esa deliciosa expectativa.

—Hora de una pausa para ir al baño —anuncia Annabelle poniéndose en pie—. Venga, Tessa, quiero hablarte de una asombrosa diseñadora de interiores que conozco. Haría maravillas con este sitio.

—No tan deprisa —protesta Saint—. ¿Qué tiene de malo mi casa?

—Nada, salvo que es muy masculina y deprimente.

—Querrás decir clásica.

Annabelle agita una mano para restarle importancia.

—Ya aprenderás a seguir la corriente con estas cosas. Es mucho más fácil cuando no te resistes —explica.

—Pero mucho menos divertido —observa Saint, lanzándome una mirada ardiente.

Esta mañana me aprisionó sobre el brazo del sofá y me torturó acariciándome el clítoris sin descanso hasta que me dieron ganas de arrancarle los ojos, y luego me corrí con tanta fuerza que juro que estuve a punto de desmayarme.

Me aclaro la garganta, sonrojándome, y sigo a Annabelle hacia el interior de la casa, pero debe de haber visto la mirada, porque sonríe.

—La fase de la luna de miel es la mejor, cuando no podéis quitaros las manos de encima.

—Es… agradable —convengo. Aunque eso es quedarme corta—. Sobre todo ahora que vivimos juntos, podemos relajarnos de verdad y disfrutar de nuestra mutua compañía, sin sentir que es algo temporal.

—Si quieres algo permanente, ¡espera a que te ponga un pedrusco en el dedo!

—No estoy segura —respondo, ruborizada de nuevo.

—Pues yo sí, y ese hombre está coladito por tus huesitos.

Me detengo y me pongo a limpiar la cristalería de la cocina mientras Annabelle entra en uno de los baños de la planta de abajo. Estoy tratando de encontrar la manera de abordar lo que descubrí sobre Max, o si acaso debería hacerlo. Sé que, si estuviera en su lugar, yo querría saber que mi futuro marido tiene un hijo secreto antes de caminar hasta el altar y dar el «sí, quiero». Pero Annabelle siempre ha parecido tener una manera distinta de ver las cosas.

¿Sería meter las narices donde no me llaman?

Espero a que vuelva a salir y entonces empieza a revisar la colección de vinos de Saint para seleccionar otra botella.

—Fue divertido vernos en Francia —comento con aire distraído—. Quizá demasiado divertido.

Annabelle suelta una carcajada.

—A Max le hace falta liberar un poco de tensión de vez en cuando, nada más. ¿Cómo dice la ley? No hay pena sin delito, ¿verdad?

Yo no diría que un hijo ilegítimo no constituye un delito, pero, antes de que se me ocurra cómo sacar el tema, Annabelle me mira.

—¿Te había dicho que Cyrus Lancaster y mi padre tienen negocios en común?

—No, no lo sabía —respondo, sorprendida.

—El negocio de mi padre se iba a pique el año pasado y Cyrus le salvó con una gran inversión. Ahora son uña y carne y están deseando que llegue el día de la boda. Es por el título, ¿sabes? —agrega con una sonrisa de suficiencia—. Aunque a Cyrus le guste alardear de ser un hombre hecho a sí mismo, le encanta la idea de que sus nietos estén en la línea de sucesión al trono inglés. Por eso sé que puedo contar con que Max nunca me avergonzará —añade, mirándome de forma intencionada—. Siempre hará lo que haga falta para enmendar sus errores y así tener contento a su padre. Y eso me tiene contenta a mí. ¡Ay, un Dom Pérignon del 97!

Antes de que yo pueda asimilar sus palabras, agarra una botella toda sonriente.

—Deberíamos volver —me dice alegremente—. A saber qué estarán tramando sin nosotras.

Entrelaza el brazo con el mío y me conduce de vuelta al jardín. Se han trasladado a los sofás que hay junto al fuego, y yo ocupo un sitio al lado de Saint y disfruto del calor de su abrazo.

—¿Va todo bien? —me pregunta al verme.

Asiento, porque es verdad. Annabelle me ha dejado claro a su manera que sabe que Max tiene escándalos ocultos, y no quiere que nadie los saque a la luz. No es que lo entienda del todo, pero he de respetar su decisión. Y me siento aliviada al saber que por fin puedo olvidarme del último asunto inconcluso que me rondaba por la cabeza.

El futuro se presenta ante mí lleno de posibilidades.

—Dicen que mañana va a llover —le comento a Saint, acurrucándome a su lado. Pienso en tardes frente al fuego, en paseos junto al río protegida contra el viento—. ¿Qué quieres hacer?

—Follarte —murmura con una mirada tórrida. Y yo me río.

—¿El día entero?

—La semana entera. El año entero —responde, me levanta la cara con un dedo y me besa hasta hacerme perder el sentido. Los demás se ríen y se mofan de nosotros.

—Os diría que os busquéis una habitación, pero ya tenéis muchas —bromea Hugh cuando al fin nos separamos.

—Tienes razón. Largaos, todos —ordena Saint, y me pone en pie—. ¡Se acabó la fiesta!

Me creo que está de broma, hasta que de pronto carga conmigo al hombro como si fuera un bombero y dirige sus pasos hacia la casa.

—¡Ya sabéis dónde está la puerta! —les grita a los demás—. ¡Nosotros estaremos ocupados!

—¡Saint! —me río a modo de protesta, balanceándome de un lado a otro mientras me lleva dentro—. ¡No podemos abandonar nuestra propia fiesta!

—¿Por qué no? —Sube las escaleras y me deja en la habitación de invitados—. Podemos hacer lo que nos dé la gana.

En un abrir y cerrar de ojos, me aprisiona contra la pared, me sujeta las muñecas a los costados y aprieta su cuerpo contra el mío. Se me acelera el pulso, y el deseo me enciende la sangre.

—Lo sabrán todos, sabrán que estás…, bueno, ya sabes… —Me sonrojo sin poder evitarlo.

—¿Sabrán que te voy a arrancar las bragas y a comerte el coño hasta que grites de placer?

Se arrodilla ante mí mientras me desabrocha los vaqueros. Dios mío, me pone muy cachonda ver cómo me desnuda. Me dejo caer contra la pared y noto que me tiemblan las piernas. La puerta del dormitorio está totalmente abierta y, a través de la ventana, abierta también, aún alcanzo a oír las voces de los invitados en el jardín cuando empiezan a despedirse.

Lo sabrán…

Esa idea me excita, y no puedo evitar soltar un gemido cuando Saint me baja las bragas y hunde los dedos entre mis piernas hasta encontrar mi lugar más húmedo.

—Eso es —me dice, mirándome con una sonrisa de satisfacción que me provoca un vuelco en el estómago—. Te gusta tener público, ¿verdad, cariño? Si gimes con fuerza, todos sabrán lo mucho que te gusta sentir mi lengua en tu coño.

Acerca su boca a mi entrepierna y empieza a lamer y a succionar, y yo tengo que llevarme un puño a la boca para evitar gritar de placer.

Es una sensación increíble, su lengua introduciéndose en mi interior, el riesgo de tener la puerta abierta… La emoción me recorre las venas como una droga potente, y enseguida me aferro a su pelo y empujo las caderas contra su boca en busca del clímax, conteniendo los gemidos hasta que ya no aguanto más, y entonces me corro, joder, me corro mientras grito su nombre, sin importarme quién pueda oírme.

Sin importarme nada más allá del placer que me recorre, un subidón que jamás igualaré.

—Esa es mi chica buena… —murmura Saint mientras me lame, hasta que casi me dejo caer entre sus brazos.

Se pone en pie y me lanza contra la cama mientras se arranca la ropa. Ya no alcanzo a oír nada del exterior, y rezo para que se hayan marchado todos, porque la mirada de Saint solo puede describirse como voraz cuando se saca la polla y se la agarra con la mano.

—Eso no ha sido más que el calentamiento —me advierte mientras se acerca—. Y, cuando digo que quiero que el barrio entero oiga cómo te metes esta polla, lo digo en serio. Así que abre las piernas y grita para mí, cariño.

Y eso hago.

Dos horas y cinco orgasmos después, me sorprende que nadie haya llamado a la policía para quejarse del ruido.

—Tus vecinos me van a odiar —le comento entre risas, casi sin aire, desnuda y sudorosa entre sus brazos.

—¿Estás de broma? Seguro que están todos masturbándose mientras te oyen —responde Saint mientras me acaricia la espalda con los dedos trazando círculos perezosos.

Me estremezco ante la idea y él se ríe.

—¿De verdad? —Se da la vuelta y me mira con una sonrisa de satisfacción—. Te gusta eso, ¿eh?

—Puede ser… —respondo; me encanta que esté tan en sintonía con todos mis deseos secretos.

—Lo tendré en mente —me dice despacio, y ya me lo imagino maquinando algo obsceno en su cabeza—. Seguro que podemos organizar algo en el club.

Dejo escapar un suspiro de satisfacción, que se convierte en un bostezo.

—Vete a dormir. —Y me da un beso cariñoso en la frente—. Ha sido un día muy largo.

—Pero abajo está todo hecho un desastre.

—Ya me encargaré por la mañana.

—Mierda —digo de pronto tras mirar a mi alrededor—. Me he dejado el teléfono fuera.

—Iré a buscarlo —me sugiere; aun así, salgo de la cama.

—Tengo que ir también a por agua. Enseguida vuelvo.

Cojo una bata y bajo descalza las escaleras. Algún ángel de mente organizadora —Imogen, probablemente— ha metido en casa casi todos los platos y copas y los ha apilado en la cocina. Me sonrojo de nuevo al recordar nuestra salida tan poco ceremoniosa, pero siento tal satisfacción por todo el cuerpo que, la verdad, no me avergüenzo.

Seguramente estén ya acostumbrados a los numeritos de Saint.

Fuera, el jardín está a oscuras, y no sé dónde está el interruptor de la luz, así que busco mi teléfono entre las sombras. ¿No estaba por aquí, junto al fuego?

Oigo de pronto algo que se mueve en el otro extremo del jardín.

Me quedo paralizada.

Está todo muy oscuro y no veo más que sombras. Se me eriza la piel y un escalofrío me recorre la espalda.

Se produce entonces otro ruido, alguien que se choca con algo… y unos pasos acelerados que se escabullen.

Hay alguien ahí.

Se me acelera el corazón.

—¿Hola? —grito, tratando de mantener la calma—. ¿Hay alguien ahí?

No hay respuesta cuando me acerco un poco más y miro hacia la oscuridad. Puede que un animal se haya quedado atrapado allí, o haya construido una madriguera…

—Shhh, no grites.

Una voz emerge de la oscuridad, me resulta tan familiar que juraría estar sufriendo una alucinación.

No puede ser.

Entonces, el intruso abandona el refugio de las sombras, y el corazón se me sale del pecho.

—No… —susurro, allí parada, sin poder creérmelo.

—Sí. Soy yo, Tessa —responde el fantasma.

Pero, por algún motivo, no se trata de un fantasma. No es un sueño. Porque a la mujer que tengo delante la conozco desde el día en que nací. La reconocería en cualquier parte, incluso merodeando entre las sombras con el pelo teñido y la mirada ansiosa, un año después de haber llorado en su funeral y de haberle dicho adiós por última vez.

No está muerta. Está aquí, frente a mí.

Wren.

Agradecimientos

Muchas gracias a Alessandra Roche y a May Chen, y a todo el equipo de Avon. También a quienes siempre están al pie del cañón: Gary Ungar, Tanya Mallean, Anthony Colletti, Sue Carls, Berni Vann y a la gente de CAA.

A mis animadoras y confidentes, Elizabeth L, Ava H, Ally C, Elisabeth D, Riann S, Ann M, Zach A.

Y, por último, gracias a toda la comunidad BookTok por defender estos libros. Me encanta vuestra mente obscena.

CONTINUARÁ

¿Qué sucederá después?
La apasionante historia de amor de Tessa y Saint
concluye de forma explosiva en
Seal My Fate,
el último libro de la trilogía
The Oxford Legacy.

Nota

[1] Fiesta *tailgate*: evento social que se organiza en los Estados Unidos en torno a los portones traseros abiertos de las camionetas, donde se consumen bebidas y a menudo se hacen barbacoas. Por lo general, se celebran en los aparcamientos de los estadios antes de los partidos de fútbol americano. (*N. del T.*)



Muerte en el meridiano

Suárez, Carlota
9788410021334
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

EN EL COMPETITIVO MUNDO DE LAS LETRAS, CADA PALABRA PUEDE SER UN ARMA LETAL Y CADA PÁGINA EL ESCENARIO DE UN CRIMEN PERFECTO.

Con *Muerte en el meridiano*, Carlota Suárez hace un ácido tributo a Agatha Christie,

desviándose del estilo clásico de la famosa autora, pero conservando elementos esenciales, como un misterioso asesinato en un festival literario: el Festival Meridiano Cero, evento que reúne a escritores, editores, traductores y blogueros que se celebra en la encantadora isla de Santa Lucía, una pedanía ficticia de la isla de El Hierro.

Andrea Sabugo, una escritora cínica y descreída, adicta al kétchup y las pipas Churruca, guiará al lector por un mundo literario crítico y competitivo. Con Minerva Novoa, exitosa novelista conocida como la Reina del Crimen, intentará descubrir al asesino de uno de los asistentes al festival. A medida que Andrea y Minerva avanzan en la investigación, se desvelan secretos oscuros y rivalidades intensas entre los participantes. Cada personaje tiene su propio motivo para querer silenciar a la víctima.

Muerte en el meridiano es mucho más que una novela de misterio. Es una reflexión satírica sobre el mundo literario y sus mecanismos internos, explorando temas como el éxito, la envidia y la obsesión por el reconocimiento.

«Una visión irónica sobre el mundo literario con una antiheroína desinhibida y original».

MARÍA ORUÑA

«Una novela negra mordaz, divertida y certera con una resonancia magnética de la trastienda del mundillo literario».

PERE CERVANTES

«Un crimen extraño. Dos peculiares investigadoras. Una crítica mordaz y descarada al negocio literario. Con una prosa directa y ágil, Carlota Suárez consigue descolocar al lector con *Muerte en el meridiano*».

LETICIA SIERRA

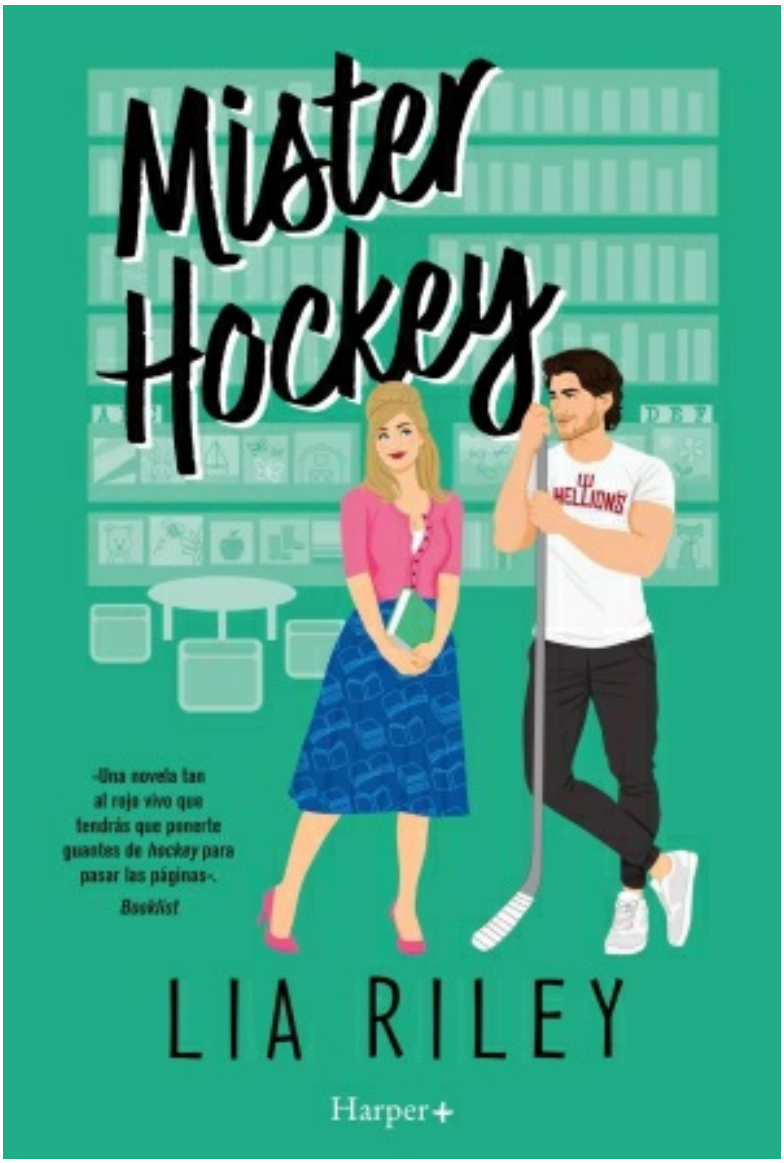
«Carlota Suárez ha llegado para subir el volumen del panorama literario. También para descorcharlo. Su honestidad y deliciosa pluma nos vacían de las mentiras que nos hemos contado sobre quiénes somos verdaderamente los escritores».

MEN MARÍAS

«Con pulso firme y oficio, Carlota Suárez plantea una historia en la que la intriga y el misterio compiten en interés con la reflexión acerca de la literatura y la sociedad literaria y todo ello con unos personajes sólidos e inolvidables».

LAURA CASTAÑÓN

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Mister Hockey

Riley, Lia
9788410641273
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En este romance deportivo saltan chispas entre un jugador de hockey malhablado y una tímida bibliotecaria.

Jed West es Mister Hockey: el capitán del equipo ganador del campeonato de la NHL y el jugador más atractivo sobre la pista de hielo, al menos según Breezy Angel, que lleva años suspirando por él y teniéndolo como protagonista de sus fantasías más íntimas. Pero estas no se hacen realidad…, ¿o quiza sí?

Todo cambia cuando Jed entra en la biblioteca donde trabaja Breezy como invitado especial del club de lectura de verano.

La atracción entre ambos es inmediata y lo bastante ardiente como para descongelar una pista de patinaje en tiempo récord.

Sin embargo, las cosas se complican cuando Breezy decide ocultar que es la mayor admiradora del jugador. Pero no es la única que tiene secretos, los de él podrían cambiar el curso de su carrera para siempre.

¿Encontrarán el valor para ser sinceros el uno con el otro o se acabará su historia de amor antes de que empiece?

«Una novela tan al rojo vivo que tendrás que ponerte guantes de hockey para pasar las páginas». *Booklist*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



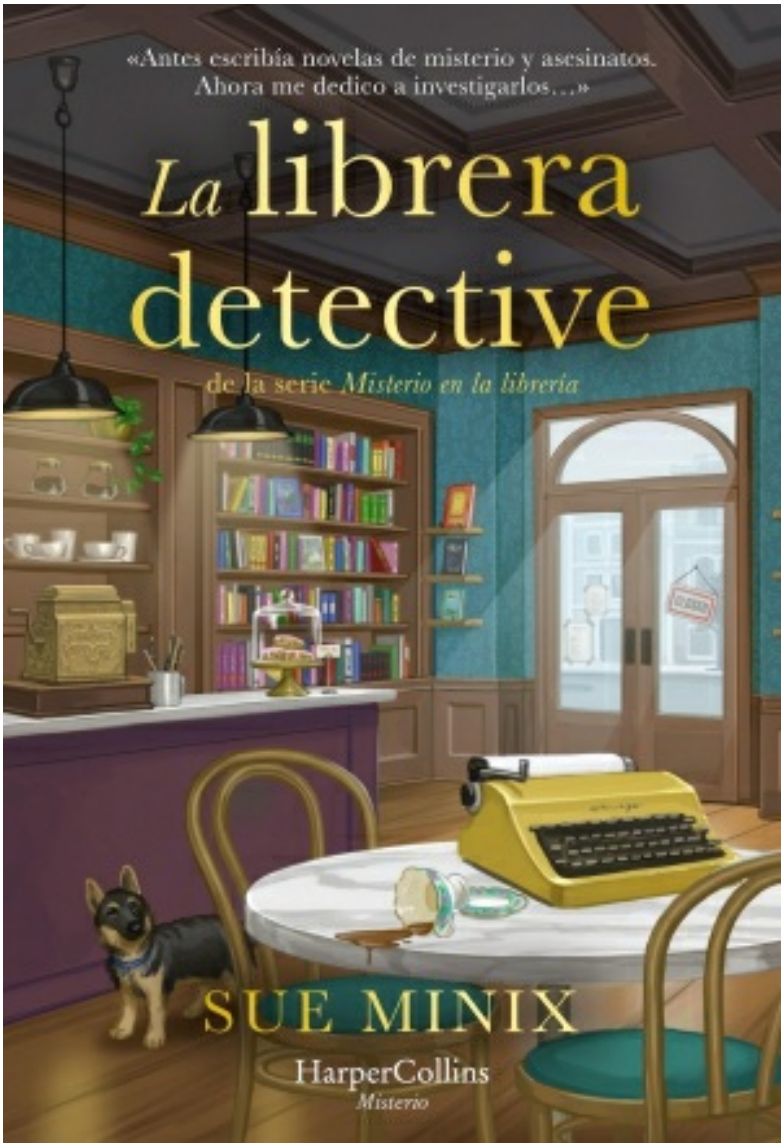
Adiós a la inflamación. Cómo prevenir enfermedades, retrasar el envejecimiento y perder peso

Moñino, Sandra
9788410021242
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN? Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica. En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud. La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables. UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA. Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio. «Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después. Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria. Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro. ¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La librera detective

Minix, Sue
9788410640917
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Jen, la escritora de novelas de misterio convertida en detective aficionada, se ha hecho cargo de la gestión de la librería de Riddleton, su pequeña ciudad natal.

Pero conseguir que cuadren las cuentas de Lectores Voraces no es nada en

comparación con cumplir la fecha de entrega de su nueva novela.

Sin embargo, la tarea de eludir las llamadas de su editora pasa a ocupar un segundo plano cuando el jefe de la policía local muere víctima de un presunto envenenamiento.

Para resolver el asesinato, Jen debe desempolvar una vez más su sombrero de detective.

Con todos los habitantes de la ciudad convertidos en posibles sospechosos, y con diversas evidencias que apuntan a incriminar a Eric, un agente de policía local íntimo amigo de Jen, la detective aficionada se ve obligada a trabajar contra reloj. ¿Podrá encontrar al asesino y superar su bloqueo como escritora antes de que sea demasiado tarde?

Perfecta para los fans de Agatha Christie, Richard Osman y S. J. Bennet, *La librera detective* es una novela de *cozy mystery* totalmente adictiva y que obligará al lector a seguir pasando páginas hasta altas horas de la noche.

Lectores y autores adoran la serie *Misterio en la librería*:

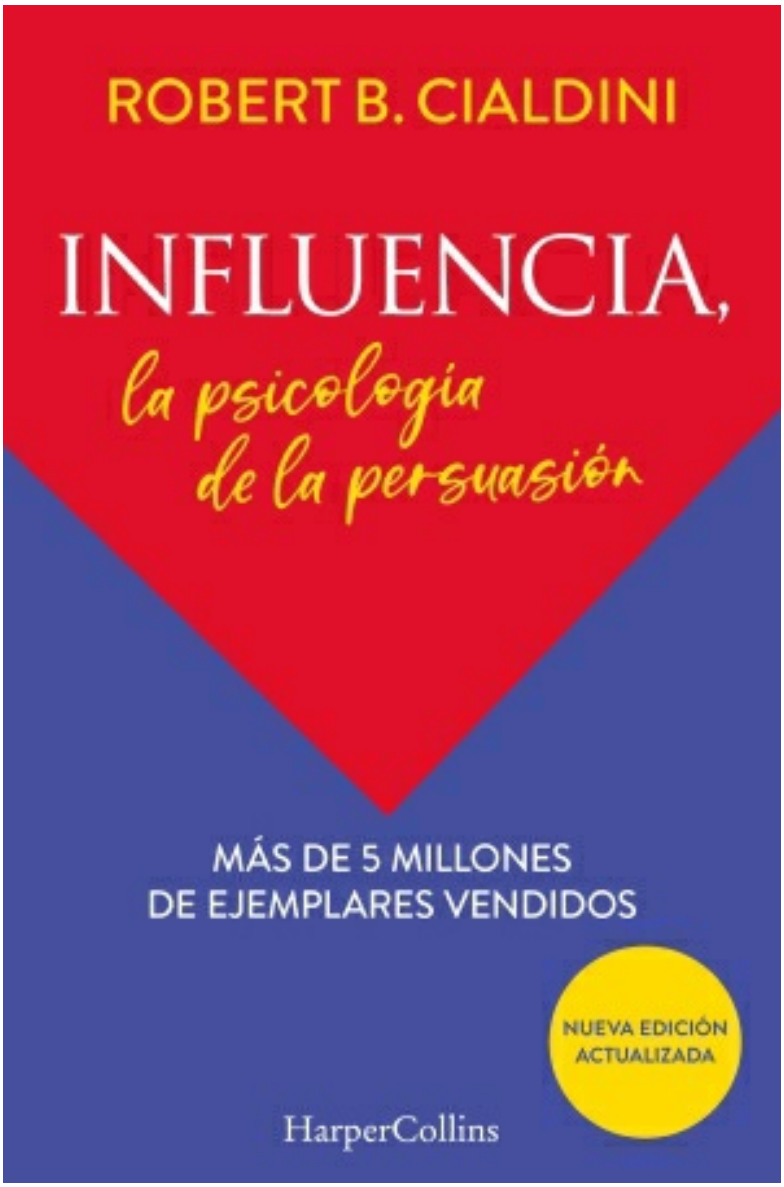
«¡Sue Minix ha creado un universo al que cualquier lector le gustaría poder viajar! Cuando llegué al emocionante final, me apetecía seguir compartiendo mi tiempo con los que se habían convertido en mis nuevos amigos». **Jamie L. Adams, autora de *The Ghost Town Mistery Series***

«Un ejemplo cautivador de *cozy mystery* lleno de giros insospechados, colocados justo en el lugar perfecto. ¡Mantiene la intriga hasta el final!». **Christina Romeril, autora de *A Killer Chocolate Mystery Series***

«Una trama inteligente y bien desarrollada, y unos simpáticos personajes secundarios que proporcionan la dimensión adecuada a la totalidad de la historia. ¡Recomiendo encarecidamente este libro!». **Gillian Morrisey**

«Una novela de *cozy mystery* formidable. […] La elección perfecta para leer el fin de semana junto a la chimenea. Lo tiene todo. Humor, intriga, personajes inolvidables y una ambientación adorable. Además de un personaje principal auténticamente feroz». ***NetGalley***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Influencia. La psicología de la persuasión

B.Cialdini, Robert
9788491397380
576 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El libro más importante sobre la ciencia de la persuasión que puede cambiar tu vida.

Tienes en tus manos la obra maestra de la persuasión. Un libro extraordinario que te ayudará a ser más eficaz en el trabajo y en la vida diaria, a maximizar tu carisma, a mejorar tus relaciones y estrategias para convencer y llegar a acuerdos ventajosos, en definitiva, alcanzar el éxito a todos los niveles.

En este manual definitivo, Cialdini explica, con rigor científico y de forma sencilla, cómo provocar en las personas la respuesta deseada y cómo protegerse ante intentos poco éticos de persuasión.

Un compendio de sabiduría para convertirte en un hábil influyente.

Bibliografía: https://www.harpercollinsiberica.com/images/pdf/bibliografia-influencia.pdf

«Cualquiera que desee ampliar al máximo sus capacidades comunicativas y negociadoras debe leer el libro Influence de Robert Cialdini. Sus conocimientos básicos estarán incompletos sin él»

Chris Voss, autor del éxito de ventas según el *Wall Street Journal, Never split the difference*.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)